

ALEXANDRA DELIGIORGI

MUJERES O MATERIA OSCURA

ALEXANDRA DELIGIORGI
MUJERES O MATERIA OSCURA

Traducción de
Maila García Amorós

Granada 2017



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

Biblioteca de Autores Griegos Contemporáneos

Director de serie

Matilde Casas Olea

Comité científico

Juan Luís López Cruces, José Antonio Moreno Jurado

Alicia Morales Ortiz, Idoia Mamolar Sánchez, Raquel Pérez Mena

DATOS DE PUBLICACIÓN

Título original: *Γυναίκες ή σκοτεινή όλη*

Autora: Alexandra Deligiorgi

Traducción: Maila García Amorós

pp.: 272

1. Literatura. 2. Novela

© de la edición griega: Εκδόσεις Κέδρος

© de la edición española: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, C/Gran Vía, nº 9-2ºA, 18001, Granada/ Fax: 958-220874

© de la imagen de portada: Βασίλης Παπασάικας

Ilustración de la portada: *Vasilis Papasáikas, Amazona*

Maquetación y diseño de portada: Jorge Lemus Pérez

ISBN: 978-84-95905-86-4

Depósito legal: GR 839-2017

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra preceptiva autorización.

ÍNDICE

I.	9
I. Huellas, 1	9
II. Huellas, 2	43
III. Los pantalones	53
IV. Lo absoluto	91
V. La fotografía	117
VI. El vagar	145
VII. Lo relativo	159
VIII. Los crímenes invisibles	189
II.	213

I

Huellas, 1

1

El vestido rojo con los barquitos verdes era una concesión de su madre a su nacimiento, con el que había frustrado su sueño de tener un hijo.

Este acontecimiento tenía lugar los domingos. Lo llevaba de manera casi ritual, como si fuera el regalo que le hacían los domingos y los veranos, además del cierre de los colegios. Ese día, los pantalones cortos azules y la camiseta perdían su particularidad de ropa cómoda de llevar y de lavar, adecuada a las necesidades y a la estética de la vida cotidiana. La asistencia obligatoria a la iglesia, que se continuaba incluso tras el final de la primavera, pues los reducidos recursos de la familia no les permitían veranear fuera, imponía el cambio de indumentaria.

Así pues, los domingos, ya fuera verano o invierno, volvía a ser chica gracias a un contrato social. Pero para personas de imaginación fácil como su madre y ella misma, los contratos tenían una validez limitada, pues para ellas el valor y la esencia de las cosas lo determinaban las deliberaciones internas y no las personas.

En este caso en concreto, la esencia era que, aunque había nacido niña, no representaba tanto el género de las chicas como el deseo de su madre de que hubiera sido un chico. Esta desilusión le creó la obligación de parecer y de sentirse chica, pero una chica, sustitutiva del hijo deseado, cargado de expectativas que sacarían

a la familia del anonimato para hacerla partícipe de un proceso de plenitud, terminantemente prohibido a personas pobres, sin posibles. Tuvo que suplir con su modo de ser las expectativas que frustró al nacer. Para llevar a cabo esta ardua y delicada empresa, ya que todo ello debía hacerse sin perturbar el equilibrio social que aseguraban las distinciones entre lo masculino y lo femenino, tenía que ser y que parecer chica, pero comportarse como si fuera un hijo cargado dones y no un chico cualquiera.

Al crecer en el vacío de la ausencia de un hijo tantas veces prometido, que no llegó a nacer y que sólo la inmensa imaginación de su madre y sus propios esfuerzos podían hacer vivir, se afanaba en adivinar qué decían los libros que leían los mayores, porque los cuentos que le contaba su abuela y las fotografías de las películas de cine que contemplaba sólo para su placer, no aligeraban la carga de preguntas sin contestar ni la ayudaban a encontrar el modo de levantarla. Como le era imposible resolver sus dudas adivinando qué decían los libros, observaba continuamente lo que ocurría en casa. Antes de aprender a leer y a escribir, desarrolló un mecanismo de reflexión, que consistía en pasar una y otra vez por el tamiz de su mente todo cuanto veía y escuchaba y cuanto de aquella observación retenía su memoria. Testigo de la situación de su casa y barruntando el atolladero en que terminaría, aprendió a aceptar con estoicismo la antítesis entre lo que era y lo que debía ser.

2

Su madre, por el contrario, resolvía esta antítesis del modo más práctico y rudimentario, ya que en invierno, con la excusa de las bajas temperaturas, le ponía el vestidito de punto y por debajo

unos pantalones largos que le llegaban hasta los cordones de las botas, mientras que en verano, los días de diario llevaba los pantalones cortos y los domingos, tan escasos por otra parte en relación con los demás días de la semana, un vestido que no le permitía olvidar su obligación de conciliar en su género sus dos géneros, al contrario, la exacerbaba, pues la indumentaria dominical suponía una gran excepción.

Estos tejemanejes de su madre, que no quería arriesgarse a otro embarazo y a otra expectativa frustrada, llegaron a su fin cuando entró en la escuela primaria. Los pantalones por debajo del vestido terminaron. Combatió el problema del frío adaptándose a las inclemencias de la naturaleza y aumentando su resistencia a los cambios climáticos por medio de una compleja disciplina a la que tenían que someterse los niños y, con mayor motivo las niñas, que por tantas cosas tendrían que pasar. Esta disciplina interna y externa, le imponía una acción-reacción a todo lo que, tanto ella como todos los demás, tenían que soportar en casa, con su madre y sus cambios de humor como protagonistas y voz cantante.

3

Llevaba el vestido rojo con los barquitos verdes cuando distinguió entre el ramaje de los árboles al hombre que la acechaba como un cazador a su presa. Entonces, sin comprender por qué, el sentido del juego desapareció de pronto en su interior y en el vacío que dejó se extendió la necesidad de huir, de correr para salvarse. Porque, aunque el cazador, pese a su disposición amenazante, no levantaba su arma para disparar, el modo en que acechaba tras los árboles la convertía en presa.

Su acechanza transformaba la tranquilidad del atardecer dominical entre el oscuro verdor de los jardines en una preocupación mortal ante el peligro de que ocurriera algo que sin remedio alguno le haría daño. La acechanza se repitió otras tardes, poco antes o poco después de que cayera el sol y siempre sentía lo mismo al distinguirlo entre los árboles.

¿Por qué no le dijo nada a su padre de aquel peligro que la acechaba, que la amenazaba? Porque su padre, abstraído en desvelos que siempre superaban sus fuerzas, daba la impresión de que se derrumbaría si le ocurría otra desgracia. Nunca hablaba de lo que pasó siendo niño. Tuvo que venir de Atenas su hermano pequeño, Nionios, a quien las dos pequeñas veían por primera vez, para escuchar la historia de la pasarela que levantó a la abuela Furniadi del puerto de Estambul para dejarla directamente en el barco que ya había zarpado. Sus tres hijos en cubierta sufrían por su madre, que había ido corriendo a visitar al Metropolitano Xrisanthos a su paso por el Patriarcado, para hablarle de su marido y para que le diera ánimos. Todos se desternillaron de risa con la imagen de la abuela colgada de la pasarela, pero su padre estaba lánguido y miraba al vacío. En un féretro que tenían al lado habían escondido al tío Nikolaos y gracias al tragicómico episodio de la abuela que llegó tarde, pisando mareada las tablas de cubierta y abalanzándose sobre sus tres hijos, a los turcos se les olvidó pasar revista, de modo que una hora más tarde abrieron la tapa y el tío Nikolaos salió. Durante todo el viaje hasta el Pireo, Nikolaos miraba ora reflexivo, ora atormentado, el mar que lo llevaba al destino al que, sin vuelta atrás, se dirigía el barco. Solía decir algunas frases en francés, su mente se había quedado anclada en los memoranda de

las comisiones y de las reuniones en las que durante cinco años rogaron a Venizelos¹, a los oficiales franceses e ingleses y a los diputados griegos que enviaran un ejército para combatir las atroces matanzas que los enloquecían².

Y eso fue lo que hizo el resto de su vida, mantenía correspondencia en francés con personas destacadas, según su criterio, hacía donaciones para los huérfanos de los repatriados a una madre patria desconocida y extraña, una esponja que trataba de absorber el dolor que generó en su interior la tragedia de perder el lugar donde habían nacido y por el cual habían luchado y sufrido tantas generaciones –que se ponga aquí una fuente, allí que se construya el colegio, que se invite a orquestas y a profesores, que se hagan parques y baños públicos para que el país brille con un resplandor marsellés en la Anatolia turca.

Le volvía loco pensar que todo esto se perdió porque todo salió al revés y el sueño de hacer un estado propio³ se convirtió en una pesadilla. Sólo cuando hablaba o leía en francés se le olvidaba. A sus sobrinas, sin embargo, no tuvo tiempo de enseñarles ni una sola de estas palabras. Se les quedó sólo el «allez, allez» de cuando iban a visitarlo y los ponía a esperar durante horas en el salón y el «merci» que les decía cuando le preguntaban «¿Cómo estás, tío

¹ Eleftherios Venizelos (1864-1935), uno de los más importantes estadistas de la primera mitad del siglo XX en Grecia.

² Se refiere a las persecuciones de griegos en las zonas de Asia Menor y del Ponto por parte del gobierno joventurco, principalmente tras el estallido de la I Guerra Mundial.

³ En 1921 se propuso la creación un Estado Póntico independiente que nunca llegó a llevarse a cabo.

Nikolaos» y él respondía agobiado un «bien, bien, merci» como si les dijera «pobres niños, ¿qué me estáis preguntando?».

Su padre continuaba mirando al vacío hasta que, cuando todos se rieron a carcajadas con las peripecias y la templanza de la abuela y después hubo una pausa, en los escasos segundos de silencio que siguieron, comenzó a contarles cómo su madre cogió a sus tres hijos, Panayotis, Marika, a él y a uno más que aún llevaba en el vientre y fue en busca de su padre que se encontraba en el destierro, donde lo habían mandado junto con tantos otros las tropas de los Jóvenes Turcos⁴, dejando mujer e hijos a merced del agá Osmán. En este vagar por cumbres y montañas, el bebé, que nació una noche en una iglesia y al que dio el nombre de Ioannis, tuvo que morir dos meses más tarde en una cueva donde se habían escondido con otras mujeres de la furia joventurca, ya que para que se salvaran los mayores no podía oírse ni el balbuceo de un bebé. Su padre sentía un agobio que lo devoraba. Sólo cuando veía a su madre y cuando reía parecía que este agobio salía de su interior y volvía a ser una persona normal.

Por eso, era la persona menos adecuada a la que plantearle un problema. A menudo lo oía decirle a su madre que no se cansara porque se pueden tener más hijos pero madre no se tiene más que una. Con esta frase su padre subrayaba, sin duda, su propio cansancio o más bien, su completa incapacidad de volver a empezar una nueva vida con otra pareja, porque desde donde alcanzaba su memoria, no buscaba ni perseguía nada.

⁴ Sobrenombre del partido político turco Comité de Unión y Progreso que, tras deponer al sultán Abdul Hamid, gobernaron el Imperio Otomano desde 1908 hasta el final de la I Guerra Mundial. Durante estos años se llevó a cabo un genocidio contra griegos y armenios.

El dilema *gloria* o *materia* era para él resplandor de la sabiduría y, siempre que se ponía didáctico, lo decía con la solemnidad que merecían estas palabras que lograban albergar, en sus escasas sílabas, ni más ni menos que todo el misterio de la vida. Sin embargo, la materia que determinaba el mundo se había perdido con el destierro y la gloria que lo movía era inalcanzable para la mayoría, en cuya categoría asumió, de manera natural e indolente, que pertenecía él mismo. El heroísmo que mostró en el frente de Albania y que quedó atestiguado en la mención de honor que mandó hacer el comandante tras la batalla que libraron para reconquistar los montes de Bulgaria y liberar a los soldados que se encontraban allí, era un recuerdo escondido en el fondo del cajón. Sus hijas no podían tomar ejemplo ni aprender nada de esos únicos momentos de gloria que experimentó en el campo de batalla. Como además nunca hablaba de ellos, no tenía tampoco nada que lo animara.

De este modo, el apego que sentía por su madre, porque era lo que daba a su vida sentido y rumbo, la hacía única, mientras que sus hijas, gracias a las alegrías conyugales, que nunca le faltaron, se convertían en valores intercambiables, seres que en cualquier momento podían fallecer y dejar su lugar a otros idénticos a ellos, porque se pueden tener más hijos.

Sin embargo, por mucho que lo pensara, a ella le resultaba difícil comprender cómo podían volver a nacer con tanta facilidad y que la segunda vez fueran exactamente iguales a la primera. Así pues, no le dijo nada a su padre, porque su frase «se pueden tener más hijos» que decía una y otra vez delante de ellas como un imbécil y que ninguna creía, la privó para siempre del sentido

de la exclusividad sin el que se puede ser obrero, comerciante o médico, pero nunca escritor, maestro o bailarín, que eran las profesiones que prefería.

4

Así pues, no encontró motivo ni tenía margen para revelar a su padre el peligro de aquel desconocido que la acechó repetidas veces durante aquel verano, mientras duraron aquellas vacaciones fuera de la ciudad, maravillosas por todo lo demás, a una hora de camino en taxi y dos en el carro del lechero, con los huertos llenos de tomates y demás verduras, los surcos de agua que los rodeaban y los refrescaban, la albarda del burro en el armario de la casa que alquilaron, la vaca en el establo, que por primera vez tenía el lujo de ver de cerca todos los días y los niños que participaban en los juegos y que anhelaban su compañía como algo excepcional.

Naturalmente, tampoco le dijo nada a su madre, porque ella, quitando las cancioncillas del programa infantil de la radio que les cantaba tras escribir la letra con esmero para que se la aprendieran, se limitaba a dictar los principios que había creado a partir de su escasa experiencia y a trazar el rumbo de lo que debían hacer de acuerdo con ellos, pero nunca les dijo nada de cómo debían comportarse. A decir verdad, para afianzar su sabiduría, algunas veces en lugar de refranes, soltaba historias de Nasreddin que les sorprendían. No tenían ninguna duda de dónde las había oído ni de quién las había aprendido, pero sí de por qué se las contaba, ella que ansiaba hallar sentidos ante los que la filosofía popular se encogía de hombros. A excepción de los principios y las historias de Nasreddin que corroboraban su valor, todo lo demás era o

conducía a una charlatanería inútil en la que se negaba a dedicar ni un solo minuto, sobre todo a su hija pequeña, quien desde muy pronto comprendió que el único modo de llamar la atención de los demás, y en particular la de su madre, era no crear el más mínimo problema. En efecto, la niña hablaba sola durante horas, se imaginaba cosas increíbles, nunca tenía nada que objetar, aprendía enseguida lo que le decían y participaba en cuerpo y alma en los esfuerzos de la familia por cuadrar su círculo.

No hacía falta que su madre dedicara ni un solo minuto a los detalles porque nunca le sobraba tiempo, como demostraba el hecho de que nunca bajara al barrio a hablar con las vecinas, excepto si había sido especialmente invitada a una casa y sólo por la tarde o por la noche. Prefería, si no tenía cosas que hacer, perderse en las novelas que adoraba. Se las prestaba el señor Yamouroglou, un pequeño comerciante que vivía con su madre y su hermana soltera en el piso trasero de la planta baja del edificio neoclásico de al lado. Siempre que tocaba el timbre para que le prestara un libro para su madre, le abría él la puerta de madera tallada de color rubio oscuro y sin los cristales que tenía la suya, la escuchaba con atención decirle «Señor Yamouroglou, me ha enviado mi madre para que me dé *Doctor Zhivago*» él, sin alterar la expresión de su rostro, decía «un momento», dejaba la puerta entreabierta de modo que podía distinguir los adornos de yeso del techo y en un minuto, que ella pasaba con la cabeza levantada para contemplarlos, regresaba con el libro que le daba cerrando la puerta casi al mismo tiempo.

Con el libro bajo el brazo, intentando adivinar la historia por el título, pensaba cuán sombría y muda era la casa del señor Yamouroglou. Tantas veces como llamó a su puerta, y no fueron

pocas, porque su madre terminaba el libro en seis días como mucho y se lo daba para que lo devolviera y cogiera el siguiente, nunca oyó ni la radio, ni a su madre, ni a su hermana hablar en la sala o en las habitaciones de dentro. Un silencio sepulcral reinaba siempre en el interior de la casa, los únicos sonidos salían de los libros que le prestaba para llevarle a su madre que los esperaba con impaciencia. *Mañana todo será mejor* de Annemarie Selinko, *El herrero* de Ohnet que les encantó a todas y se lo leían por turnos en voz alta a la abuela a quien también le encantó, aunque lo encontraba incomparable con *Pies Grandes*⁵ que oía por la radio, *Cumbres Borrascosas*, algunas de Cronin, de Zola, *Los Hermanos Karamázov* de Dostoievski. *Lolita*, sin embargo, le costó bastante, un nombre absurdo que vaticinaba un libro inadecuado para las niñas y que, en efecto, al contrario que *El Herrero* o *Los Hermanos Karamázov*, su madre tuvo el cuidado de guardar bajo llave en su cómoda. El señor Yamouroglou, que sentía debilidad por los clásicos neogriegos, desde Kondilakis y Karkavitsas⁶ hasta Viziinós⁷, cuando se los prestaba, un instante antes de cerrar la puerta, le decía «con cuidado, ¿eh?» como pidiendo que le asegurara que los entregaría a la interesada con religiosa devoción para que no le ocurriera nada a sus finas y blandas tapas y en efecto, llevaba los libros con gran respeto. Eran los tesoros que daban sentido a la vida de su madre y a la suya propia, pues los tomaba prestados en secreto

⁵ Obra del autor griego Ioannis Kondilakis (1862-1920).

⁶ Andreas Karkavitsas, autor de novelas y relatos breves. (1865-1922).

⁷ Yorgos Viziinós, autor de relatos breves y la novela *Moskof Selím*, historia de un soldado (1849-1896).

para encerrarse en el sótano de Aryirí cuando su madre tenía muchos quehaceres en casa y no tenía ni tiempo ni cabeza para libros.

A su madre le gustaba tanto pasar las tardes con ellos que se olvidaba entre las páginas que leía y por momentos todos creían que no estaba allí. En efecto, estaba en otro lugar, allá dónde viajaba su imaginación y le hacía creer firmemente que mañana todo sería mejor, como merecía su grandeza y que las niñas tenían una gran suerte al tenerla como madre.

Pero así como el tiempo nunca le sobraba, tampoco su carácter malhumorado se suavizaba más que cuando se despistaba y cantaba. Entonces su voz, además de una afonía latente, adoptaba, a causa de la calidez que le daba a la canción, una dulzura increíble para la medida en que solía contenerla. Esto ocurría a menudo cuando tenía quehaceres, pero también cuando los terminaba y cantaban también las niñas:

El amor corre como una bala

Tal vez un día no te quiera

a la vez y totalmente atentas a la melodía, como si hubieran hecho un coro en secreto para disfrutarlo ellas solas. Aunque por las ventanas y balcones de al rededor los vecinos agudizaban el oído y se decían «han terminado los quehaceres y han empezado a cantar» o «han empezado a cantar para terminar mejor los quehaceres».

Con los cambios de humor y de voz de su madre entre la dulzura y el enfado, ésta las convenció de que en el fondo su intención era buena. Todos vivían el drama de que se viera obligada a vivir

en un lugar equivocado y con las personas equivocadas: las niñas, a las que intentaba obsesionadamente volver a moldear, como si hiciera falta volver a parirlas, su marido, que la había raptado como a una sabinia o como a la hermosa Helena y que, sin embargo, en nada se parecía a los héroes de las novelas que le fascinaban, la casera, la única que parecía darse cuenta, porque Aryirí era imparcial y le echaba en cara el autoritarismo por el que se dejaba llevar sin vacilar, no sólo con las niñas sino también con las vecinas y los vecinos, cuando se atrevían a venir con la menor queja contra sus hijas. Porque ella se merecía una vida de horizontes abiertos, lejos de la artesa, la cazuela y el trapo.

Por ser la más pequeña y por ello estar libre de las labores del hogar, jugaba con su muñeca sin brazos y tenía todo el tiempo para jugar a la vez a ser el testigo imparcial de todo cuanto ocurría tanto en su propio mundo como en el mundo de fuera, su casa. De este modo, asumió el sagrado deber de juzgar los casos y de impartir justicia.

5

Objetivamente, de las catástrofes y los desastres que a menudo amenazaban sus arcas, rara vez no era culpable su madre, pues era incapaz de deponer la ira y de encontrar el modo de evitarlos. Como su madre nunca se ponía en el lugar del acusado, sino en el del juez y en el del censor y, a pesar de esta violación del derecho, albergaba un sentimiento de cariño hacia su padre, siempre desfavorecido e inútil, porque no arreglaba ni enchufes ni grifos, ni leía libros, ni tenía sentido del arte ni de la filosofía, aprendió a tener en consideración, es decir, a temer la ley del más fuerte.

Su tendencia a filosofar sobre la situación era el único contrapeso que equilibraba su voluntad de identificarse con él, a fin de escapar a la dura imputación y a las reprimendas que adornaban su modo de expresarse, siempre diferente. Resolvió el dilema entre ser justo en sus juicios o firme en sus decisiones con un espíritu filosófico y extremadamente sometido.

Mucho más tarde, cuando reconoció la misma mezcla de servilismo y moral en cuantos filosofaban motivados por la participación en el ejercicio de la autoridad, huiría de ellos como de la peste. Además, cuando después de algunos años, se dio cuenta de la magnitud de la comedia humana que puede desencadenar una disposición mnemotécnica que emula a la justicia, comprendió que los desfavorecidos no siempre eran los *supuestos culpables* y esto contuvo su impulso de defender a cuantos gritaban pidiendo justicia. La frase “somos inocentes”, que decían una y otra vez como si fuera un estribillo incomprensible hasta para ellos, le hacía apretar los dientes, que se afilaban y crecían como si fueran los dientes del cordero que se tornaban dientes de lobo. La injusticia que les hacía hervir la sangre cegaba a los desfavorecidos y los hacía tomarse la justicia por su mano. Dispuestos a lo que sea con tal de recuperar la sangre derramada, cometer injusticia contra justos e injustos era un mal necesario, un síntoma de su deseo de venganza.

De este modo, las cosas más sencillas, poco a poco, se volvían complejas y enrevesadas. Porque no basta con ser o con creer ser un desfavorecido para tener la razón de tu parte, había que tener también un espíritu audaz y un talante orgulloso que hacen a la justicia, no sólo destacar, sino también ser la clave secreta de la grandeza humana.

Pero entonces, tantos años antes, su padre era, sin duda, el débil y el desfavorecido en lugar del fuerte, un supuesto culpable inocente en el fondo. El más fuerte de la casa y por consiguiente del mundo, no era el que, por supuesto, llevaba los pantalones que le planchaban, sino su esposa, que a pesar de acusarlo y subestimar-lo, tenía la razón de su parte. Su madre era la fuerte, los errores la devoraban y la enfurecían, su padre era el débil, el que daba pasos descuidados, el que rendía cuentas a medias, siempre algo menos de lo que debía, de lo que podía o de lo que quería. La bendita risa en la que se refugiaba para deponer la rabia por sus errores era el disolvente con el que intentaba hacer desaparecer sus fallos y aunque el ambiente se relajaba y decrecía la tensión, él se encontraba ya incluido entre los culpables.

En estas complejas circunstancias, ella iba perdiendo su rostro todavía informe y se ponía el rostro de su madre para poder existir. Ya fuera representándola o imitándola, se identificaba con ella, gracias a un sentimiento común que entonces ignoraba: sentía lástima por su padre, le compadecía, sin embargo, colaboraba con su madre.

Cuando terminó aquella ridícula historia de los pantalones, todos los demás dentro de casa y en general en el barrio la olvidaron enseguida. Sin embargo, para ella, que al comienzo de la adolescencia seguía temiendo despertarse una mañana siendo chico en lugar de chica y además incapaz de esconderlo, el cambio adquirió unas dimensiones exageradas.

6

Jugaba continuamente a ser madre. Su único punto de referencia era una muñeca sin brazos ni piernas, circunstancia que se

atribuía a sí misma de la mejor manera, lo cual invalidaba todo el teatro que se hacía en torno a los pantalones y al valor simbólico que adoptaban en una casa que albergaba a seis mujeres y a un único hombre de dudosa credibilidad.

La única diferencia con su madre, que trataba de reafirmar con su imaginación, porque también ella cantaba y devoraba libros y se dejaba llevar por el autoritarismo cuando se enfadaba, era el derecho a tener un solo hijo y no cuatro, ser ligeramente más cariñosa e infinitamente más justa con él y con los demás. En este juego, no se contemplaba en absoluto un esposo ni un padre para la muñeca mutilada. Por cierto, ¿quién era el padre de la muñeca mutilada?

La historia de la flor volvía a representarse con todo su esplendor. Su madre era una ferviente adoradora de la Virgen. El único icono que había en la casa era uno que representaba a la Virgen con el Niño Jesús del modo menos bizantino posible. Una imagen al modo occidental, con un marco de madera tallada, que coronaban unos angelitos de madera apoyados en unas anclas inclinadas y adornadas con hojas de parra.

El del arcángel con la balanza estaba olvidado de la mano de Dios, nadie le hacía caso salvo ella, que lo miraba con temor y respeto. Su alma era lo más pesado que tenía, ¿cómo podía una balanza tan pequeña sopesar correctamente? Había asumido desde muy pronto y sin que nadie se lo pidiera el papel de juez y el problema de la justicia, que intentó resolver, como Nasreddin, aprendiendo a inventarse soluciones que dieran fin a todos los conflictos familiares. Por ello, compadecía al desfavorecido de la justicia, pero se reconciliaba con la injusticia a la que, como juez, declaraba inocente, de manera que el acusado se convertía en víctima de un castigo injusto e inevitable.

Sabía muy bien lo que hacía cuando, ya en segundo curso de primaria, empezó a pedir con insistencia cambiar de religión, como comentaba su padre, o de dogma, como le corregía su madre y de ortodoxa como su padre, su abuela, sus hermanas y todo su entorno, quiso convertirse en católica como su madre, aun conociendo las consecuencias de este cambio, ya que en Navidad y sobre todo en Pascua, en su casa no se vivía el nacimiento de Cristo ni el drama de la Pasión, sino el drama del Cisma de las Iglesias.

7

Se adentraba en el campo enemigo como Temístocles refugiado en la corte de los Persas decepcionado por la estupidez de los atenienses. Desertaba sin importarle que su padre anduviera cabizbajo desde el Sábado de Lázaro y que, ya el Domingo de Ramos, volviera a experimentar la angustia existencial de haber compartido su vida con una persona de otro credo, partidaria del Papa y descendiente lejana de los cruzados, que con sus bendiciones mancillaba, por las atrocidades que cometieron para honrarlo, la historia de Constantinopla, de las costas del Mar Negro y de Jonia, de Tierra Santa y de su corazón.

La Semana Santa era el único periodo del año en que su padre estaba seguro de haber perdido el juicio y de reconocer, además, el verdadero rostro del enemigo. Su mujer era la reencarnación del Conde de Flandes que levantó a las multitudes del lumpen de Francia y de los países de alrededor en expedición contra el ilustre pero ya decadente Bizancio para gloria de un Dios diabólico en sus exigencias, que encarnaba a la perfección el entonces Papa de Roma.

Era el único periodo del año en que su padre, evocando la ciudad natal de los Comneno, rabiaba por la estupidez de haberse casado con ella. Ninguna duda podía contener la idea de que la mataba sólo por salvar su alma del crimen que había cometido al unir su destino al del maquinador Balduino reencarnado, destructor de su adorada ortodoxia, o que la abandonaba a ella y al mujerío que había engendrado para meterse en un monasterio que recordaba al café Acrópolis, donde se refugiaba durante casi cinco horas todas las tardes, porque, si bien volvía de la oficina cerca de las tres para descansar, a las cinco ya le entraba la manía de que vivía en un gineceo o en una escuela femenina o en una fábrica tabacalera en la que trabajaban sólo mujeres.

La Semana Santa era la semana de su propio drama: ser devoto ortodoxo y a la vez esposo de una papista no arrepentida, inscrita en la legión de mujeres de la minoría católica. Cuando pasaba la segunda resurrección, el Domingo de Pascua ya tarde o tal vez al oír el “Cristo ha resucitado” que lo calmaba y lo conmocionaba con el dolor que le provocaba la muerte y el triunfo del aplastamiento, su padre asumía que toda su vida estaría pagando por aquel desliz registrado en la lista negra del cielo, que lo señalaría por siempre jamás por la ignominiosa insensatez de haber olvidado lo más básico y lo más sagrado al elegirla como esposa.

Su hija volvía a lo más básico y a lo más sagrado con su petición de hacerse católica, tema que abordaba sólo para hacerle ver que lo querría mucho más interesante de lo que era, lo cual hería profundamente sus sentimientos hacia él, y que no estaba dispuesta a perdonarle esta desilusión. Y como por un milagro, él lo aceptó al instante, como demostró el hecho de que no opusiera resistencia

alguna y de que, sin la más mínima reacción, se sometiera al sino. El diablo, la serpiente, el Papa había metido las narices en su casa y había puesto en marcha contra él una nueva cruzada, pero no precisamente la más atroz, porque ¿qué podía hacer una niña pequeña frente a la grandeza de Constantinopla, que sobrevivió a 1204⁸ y a todo lo que vino después?

Mucho después de esta situación que se creó en su casa- porque su madre se lo tomó muy en serio y pidió al padre Vutsino información sobre qué dice la ley y demás - no recordaba la más mínima tensión por parte de su padre. Siempre amargado, se negó una vez más a intervenir, aunque fuera de manera rudimentaria, en lo que concernía al destino de su hija, que era además la única chica de la casa por la que sentía debilidad, como demostraba el que le dejara jugar con su pelo, atarle cintas y bailar con él el kalamatianó o el vals cuando pasaba algo y no iba al *Acrópolis* o volvía de allí temprano. Además, era la única chica educada para acatar la orden interna de su madre de que fuera también el chico que no había podido tener por su culpa, hecho que su padre no se tomaba demasiado mal, porque una cosa era el hastío y el aburrimiento que sentía entre tantas mujeres y otra cosa las ganas de enfrentarse a un varón desconocido que a saber cómo le saldría.

Gracias al infortunio de su madre de no haber tenido un hijo –nadie más sentía ese dolor– y a sus esfuerzos por enmendar las cosas con o sin pantalones, se hizo respetar ante él como si fuera una proyección de su madre. Que se hiciera católica era lo último

⁸ En 1204 tuvo lugar el paso de la IV Cruzada por Constantinopla y la disolución del Imperio Bizantino hasta 1261.

por lo que podía protestar. Lo primordial es que a uno no le pase nada malo, pero después es imposible o inútil querer contener el impulso, una desgracia trae otra desgracia y así sucesivamente. Pero entonces su padre no llegaba tan lejos. Con el entusiasmo que le transmitía la ortodoxia lograba ahogar estos negros pensamientos cantando salmos.

En efecto, desde que reveló su intención de pasarse al ejército enemigo del Papa y sus representantes en toda la tierra, lo único que hizo su padre fue cantar salmos más a menudo y no sólo los domingos por la mañana mientras se afeitaba y se arreglaba para ir a la iglesia. Cantaba, además, mucho más fuerte para que se le oyeran en las tres plantas de abajo, hasta el patio de la casa, acompañando a la radio que emitía la liturgia a todo volumen.

8

Por supuesto, su intento por convertirse al catolicismo pasó sin pena ni gloria porque la ley ponía obstáculos. En su casa le quedó sólo el sambenito de «occidentalista», que aceptó de manera estoica y responsable. Desconocía el ámbito griego, su historia, su geografía, su literatura, sus costumbres y su modo de sobrevivir y de retorcerse en el estrecho cerco que la ceñía para centrar su atención en el deslumbrante occidente.

Cuando en el colegio todos los demás leían a Diomidis Petsálikos, ella se deleitaba a escondidas, como si se tratara de algo ilegal, con las páginas de *La vida en la tumba*, con *La isla perdida*, con los *Viajes* de Ouranis o con *La Princesa Isabó*. Dios sabe cómo, descubrió la historia de Pompadour y de la Revolución Francesa, las biografías de André Maurois, a Unamuno, a Shopenhauer

y durante años rechazó el sentimiento de dolor y desgarró que le provocó, no tanto Paleón Patrón Germanós elevando el estandar de la libertad, como el asedio de Mesolongui en la historia de Jaido, un libro que le regaló su padre por Navidad.

Sin embargo, en cuanto puso un pie en Europa, volvió atrás intelectualmente y, mientras todos asistían a las clases de los semiólogos, los estructuralistas, los esquizoanalistas y demás, ella expresó su deseo de estudiar las revoluciones del siglo XIX en Europa. Desde la Grecia romántica de las discrepancias y la discordia, hasta la Grecia postmoderna de la miseria paulatina, volvieron a rondar su mente los bandoleros que iban y venían a Morea perseguidos por los gobernadores turcos, ladrones por el poder, ladrones para los pobres, Kolokotronis, que libró batallas en las montañas y en la Asamblea Nacional y aquella grandeza de Solomós que le hizo un nudo en la garganta para no tragárselo: *“... entonces comprendí que aquello era Mesolongui. Pero no veía ni el castillo, ni el cuartel, ni el lago, ni el mar, ni la tierra que pisaba, ni el cielo. Todo lo cubría una oscuridad inmensa llena de relámpagos, truenos y rayos. Y al alzar las manos y los ojos para suplicar, he aquí que entre el humo apareció una mujer grande, con un vestido negro cual sangre de liebre, que apagó la chispa al tocarla...”*

Todo esto ocurriría al empezar a hacerse adulta, cuando se hubieran grabado en su interior, como una experiencia imborrable, no sólo los abusos que sufrió bien en su imaginación, o bien en la realidad y que estimulaba con su imaginación, sino también aquellos que correría el riesgo de sufrir en el futuro. Así, se distraía y se quitaba los pantalones mentales en torno a los que había erigido su existencia, a fin de sentirse segura y protegida de

la estúpidamente peligrosa falta de hombres, quienes, por lo que hacían o dejaban de hacer, parecían tenerlos siempre bajados y muchas veces hasta cagados.

9

Al terminar aquel verano único en el pueblo (único porque, sin saber por qué, no volvió a repetirse) la acechanza del aldeano fue a parar a la caja de los miedos guardados. La única marca que dejó fue que, en adelante, apretaría las manos constantemente, de modo que sus tendones estaban siempre hinchados como si levantaran peso y sus dedos cada vez más delgados como si los sometiera a un continuo ejercicio de musculación.

Durante aquellos dos meses en el pueblo, no ocurrió nada que justificara el miedo que engendraba la acechanza de niñas pequeñas, pero sentía un sudor frío cada vez que olvidaba el escudo protector que le brindaban los pantalones, de tejido auténtico al principio, y de fantasía y simbolismo más tarde.

Hasta que dos meses después, sentada en el poyo de cemento de la panadería, donde solían reunirse por la tarde todos los niños del barrio para contar historias, antes de las batidas en los patios de alrededor y en los sótanos de los edificios neoclásicos, volvió a verlo frente a ella a bastante distancia, cuando, por instinto, giró la cabeza hacia donde se encontraba. Es de extrañar, sin embargo, cómo lo logró, porque entonces aún no llevaba las gafas que tres años más tarde le descubrirían un mundo diferente a aquel en el que creía moverse.

En aquel momento le cantaba las cuarenta a Kostakis, el hijo del panadero, que había tenido la osadía de enamorarse de ella.

¡Qué desfachatez! El hijo de un panadero que desde hacía años atormentaba a su mujer, Teodora, con una que tenía de amante, según decían las marujas del barrio. A su madre este hecho le provocaba el debido asco y, sin embargo, lo confirmaba la risa nerviosa de la propia Teodora, que se reía incluso cuando debía llorar o enfadarse, haciendo que todos quisieran llorar o enfadarse por ella, incluido su esposo Stravros.

Él, claro está, se reponía rápidamente con la idea de que en la vida sólo el buen ánimo cuenta y contrarresta las amarguras. Además, Teodora era y sería siempre así y aunque le había dado tres hijos, nunca logró que reconociera el hecho de que ella también existía ni el equilibrio interior que le supondría tal reconocimiento. Esto no ocurrió nunca, por lo menos durante los tres años que vivieron en el mismo barrio, porque el panadero cedía los derechos de su esposa a su amante, dejándole a Teodora el cuidado de calmar y de apaciguar con sus risas y sus risitas su paulatina y sosegada locura.

10

Su mirada atrapó al vuelo la imagen del inminente violador en el momento en que atormentaba por enésima vez a Kostakis con truculentas historias sobre el fin del mundo, cosa de la que disfrutaba mucho, porque siempre conseguía desconcertar al muchacho, un año mayor que ella, que se encogía y se volvía todavía más fanático y más servil.

Lo que su mirada atrapó al vuelo era como un castigo por los tormentos que le hacía pasar a Kostakis, asustarlo para someterlo a través del miedo, neutralizando, de este modo, la amenaza de su

amor por ella. Además, estaba enamorada de otro chico del barrio, más blanco y más limpio cuyo padre, enfermo pero dedicado, no daba a nadie el derecho ni la ocasión de burlarse de su mujer ni de sus hijos con sus costumbres y sus propensiones.

La narración sobre el fin del mundo se vio interrumpida en el momento en que llamas abrasadoras rodeaban el universo. Le dijo a Kostas que seguirían la conversación al día siguiente, a la misma hora, en el mismo poyo y se levantó lentamente, con la frente preocupada por el temor que le provocaba la acechanza del mismo desconocido, que se atrevía a extender su campo de acción más allá del radio natural que fijaba el pueblo.

Se alejó lentamente de la panadería y, sólo cuando llegó a la calle que desembocaba en la arteria principal comunicando la plaza Bardaris con la de la Comandancia, comenzó a correr fuera de sí. Aunque su angustia la había dejado helada, en lugar de paralizarle los músculos, los hizo más fuertes. En adelante, le ocurría siempre lo mismo, incluso en los más amargos momentos de miedo y de decepción nunca dejaría de afrontarlos.

La mayoría de las veces, la angustia de representar con éxito el papel de alguien que no deja que la desesperación pueda con sus convicciones la hacía retorcerse en movimientos ineficaces, olvidando la estrategia, el objetivo y las tácticas adecuadas para llegar a buen puerto. Malgastaba literalmente sus fuerzas.

Los escasos resultados de su resistencia a la desesperación o a la decepción se equilibraban con un sentido de la vida que recuperaba de tanto girar sobre el sitio. A Dios gracias, a pesar de la pena o de la decepción, continuaba dominándola el sentimiento de que, en lugar de estar muerta desde hacía tiempo, estaba viva

y seguía siendo poderosa en su debilidad. Esta ilusión le bastaría durante muchos años.

11

En cuanto llegó al final de la calle Gladston, atemorizada ante la pregunta “¿y ahora qué hago?”, se metió en el vestíbulo de un edificio de cuatro plantas que hacía esquina para esconderse en el recoveco de detrás de la escalera, que dejando el sótano y trazando una leve curva conducía a las plantas de arriba. ¡Cuánto más fácil habría sido volver a casa, a cincuenta metros de la panadería, y meterse en la habitación de su abuela, tan ajena y, sin embargo, tan suya, que a diferencia de todos los locos de su familia, encontraría seguro el modo de poner las cosas y su corazón en su sitio!

Se refugió durante un buen rato en el recoveco que formaba la curva de la escalera del edificio de la esquina de Gladston con la plaza de la Comandancia, intentando calmar su angustia. A excepción de su abuela, nadie podía salvarla del lobo. Esa abuela, que por lazos de sangre le era ajena, era sin embargo, la única persona suya. Aunque no conocía el mundo exterior, conocía la realidad igual de bien que los cuentos. Esta era la conclusión que extraía del modo en que la abuela reñía a su madre sin miedo y sin apasionamiento, hecho que doblegaba, como por arte de magia, los arranques de su madre. Nunca la oyó contestarle o discutir con ella y no porque Aryirí fuera la dueña de la casa, que llevaba requisada desde 1946, cuando por un traslado de su padre se vieron de pronto y se quedaron en esta ciudad desconocida e inhóspita.

Su madre no conocía estas políticas, pero aunque las conociera, nunca admitiría sus ruines artimañas, ni que fuera el otro el gran

Papa, como solía decir. No era eso lo que la hacía callar y no reaccionar a las reprimendas de la abuela, cada vez que sus nervios la hacían propasarse y arrojar palabras y cosas de las niñas por el gran balcón de la cocina que daba al patio, con tal rabia, que sobrepasaban la pared y caían directamente al suelo del patio. En aquellos momentos creía a los Papaioannou, quienes nunca dejaban pasar la oportunidad de decirle que se la habían comprado a los gitanos y de reírse del horror que experimentaba.

Paradójicamente, su madre no reaccionaba a las reprimendas de la abuela cuando les imponía, ora a una, ora a la otra, algún duro castigo en nombre de la disciplina que debía enseñarles.

Para su madre, la abuela no era simplemente la dueña de la casa que les alquilaba, hecho que tampoco tenía tanta importancia, sino la representante del mundo exterior del que ella había sido excluida, cuando, con la bendición de su madre, se casó con un sargento primero, que al verla por primera vez con dieciséis años a su salida a caballo del cuartel, se atrevió a ir a casa de sus padres, declarar su interés por su hija y a continuación, a pedir su mano para una boda salvadora, como decía su madre, cosa que jamás le perdonó. Así pues, la abuela, propietaria o no de la casa, único ser del mundo exterior con el que convivían, desempeñaba el papel de la madre que le faltaba, cuando logró no asociarla al desagrado que despertaba en su interior el recuerdo de la suya.

12

Con la imagen de su abuela Aryurí en la mente, abandonó el hueco de la enorme escalera del edificio de la calle de la Comandancia y, con la misma imagen, encontró valor para volver a coger

la calle Gladston, demorando, como descuidada, sus pasos para girar a continuación por su calle, hacia el número seis, donde se encontraba su casa.

Cuando empujó la puerta de la calle, cuyas ventanas de cristales transparentes tras la cancela estaban siempre cerradas y una vez que se vio envuelta en la tranquilidad de aquella media oscuridad, echó un vistazo a la derecha y luego a la izquierda para asegurar el terreno de la desesperante presencia del desconocido, quien, con toda probabilidad se habría cansado de esperar y no la perseguiría más.

Atravesó la entrada de baldosines blancos y negros casi a oscuras y se disponía a pisar el primer escalón de la escalera de piedra para subir a la primera planta, donde seguía la de escalones de madera que conducía al último piso, directamente a su casa, cuando lo vio allí, inmóvil, con la espalda vuelta hacia el rincón que formaban las dos paredes, dejando paso libre por la parte de fuera de la escalera.

El sitio donde estaba, tres o cuatro escalones sobre el nivel de la entrada, formaba un descansillo desde donde empezaban los demás escalones que llevaban a la primera y a la segunda planta. Se quedó paralizada al ver el traje gris y la corbata escondida tras los botones de la camisa, pero no de los pantalones que se ya disponía a abrirse una vez le hubo ofrecido unos caramelos que llevaba consigo adrede.

Chocolatinas en lugar de caramelos era lo que le daba el señor Kostas cada vez que la veía en la calle y le pellizcaba con fuerza la mejilla, unas chocolatinas inofensivas, porque el señor Kostas, cosa rara para la Grecia de postguerra de los años 50, estaba in-

creíblemente gordo, tan gordo que no se imaginaba cómo podía desabrocharse los pantalones para irse a dormir.

Los caramelos constituían el cebo para aquel crimen, unos caramelos que, de todos modos no le gustaban, no como los dulces de almáciga, por los que sentía auténtico delirio, un delirio que hacía presagiar las interminables cavilaciones filosóficas de su adolescencia y de su vida adulta, la cual viviría sin las vehemencias de la adolescencia y sin el comedimiento de la edad adulta. Durante muchos años se negó, además, con tozudez, a marcharse del lugar donde había transcurrido su gris infancia.

13

Al mismo tiempo que la ofrenda-cebo, distinguió entre la oscuridad sus dedos intentando desabrochar el pantalón. Gracias a que tenía las dos manos ocupadas, una desabrochando los pantalones y otra ofreciéndole los endemoniados caramelos, Dorotea encontró la ocasión y el valor de escabullirse hacia la salida del edificio y desde allí de nuevo a las calles del barrio.

Dónde se refugió para escapar definitivamente al peligro, cuánto tiempo tuvo que esperar antes de arriesgarse a volver a casa, qué hizo cuando volvió, cómo durmió esa noche, los sueños que tuvo y los que no tuvo y por qué no volvió a repetirse la acechanza del desconocido en el pueblo de las vacaciones, no pudo traerlo a su memoria, ni hablar de ello durante años, aunque continuó sintiendo ese miedo interior durante mucho tiempo.

En los años de pausada autoconsciencia que siguieron, jamás se refirió a estos detalles tétricos y con el tiempo hasta graciosos. El hecho quedó guardado en su memoria como un episodio real

e imaginario al mismo tiempo, en el hueco donde su psiquismo ideaba y trabajaba los símbolos clave que conducen a la vida, unas veces a la ruina y otras a la salvación prometida por esa misteriosa baza de la vida, el futuro.

Bastantes meses después, cuando la acechanza del aldeano desconocido quedó relegada en los estratos traseros de su memoria, fue dejando de jugar en el barrio. Bajaba a mirar cómo jugaban los demás cuando su madre tenía que fregar toda la casa y la obligaba a ahuecar el ala para que no pisara, ya que de punta a punta de la casa, no había tabla ni baldosín que se librara de sus despiadados golpes de fregona. Cuando, en las tardes de verano, la casa se quedaba vacía, con su padre en el café, su madre en el balcón, bien en el suyo o bien en el de la vecina, y sus hermanas cada una perdida con sus amigos, asomaba también ella a jugar a la rayuela o al parchís. Por regla general, cada partida que jugaba era también un esfuerzo vano, pues no le ganaba a nadie ni nunca vencía, jugaba sólo para olvidar sus reflexiones y sus fantasías que ponían en conexión el mundo en el que vivía con su empeño por dirigirlo y alterarlo.

Este empeño provocó durante muchos años un trastorno irreparable en su relación con el tiempo. El presente, ya fuera una noche de verano o una tarde de invierno, transcurría desde un *ahora* que unía el antes con el después y todo lo que se salvaba de este vacío era utilizado como un pretexto para saltar en el tiempo. Era como el trampolín en el que te preparas para sumergirte en las profundidades, sólo que las profundidades, en este caso en concreto, no estaban en el agua sino en el aire que soplabla y borraba los detalles de todo cuanto había ocurrido. De esta manera, había que volver a construirlos y, ya puestos, corregir todo aquello que

evocaba su recuerdo o todo aquello que estaba ocurriendo y que vivía con los sentidos para volver a escribirlo uno a uno, ya libremente, en su imaginación. Imperaba un futuro hipotético que se llevaba por delante lo indefinido y el presente con los «ocurrirá» y «ocurriría» que su deseo avivaba.

Ignoraba el significado del «aquí y ahora», el significado del «pasa algo» y no «ha pasado», el de «pasará» o «pasaría» o, mejor dicho, lo despreció durante años, hasta que ella misma transgredió el presente de manera definitiva e irrevocable.

La tarde de la inminente violación de su infancia, no llevaba los pantalones burdeos, quizás porque a mediados de octubre los vientos del norte que nos helaban no habían llegado todavía. Si los hubiera llevado, tal vez habría evitado la angustia que le provocó la acechanza del aldeano desconocido.

Esto lo pensó más tarde, cuando se unió con Memos de manera definitiva e irrevocable, como ambos creían entonces, y para ratificar esa unión, que todo indicaba que sería eterna, volvió a ponerse pantalones, sólo que esta vez de manera triunfal y no con resignación. Los pantalones no eran ni burdeos ni de lana, sino negros y aterciopelados, tan aterciopelados y tan negros que auguraban la preponderancia de una materia oscura sobre los hechos, ya que todo puede volverse en contra, no tanto por las decisiones que se toman a la desesperada, cuando creemos que merecemos algo más o algo menos de lo que tenemos, como por pasos irreflexivos, como los que se dan para lanzar los dados en un juego al que se juega con desdén, porque las partidas a las que se puede jugar una y otra vez, las veces que uno tenga ganas, no recuerdan en nada a la vida.

Solía traer muchas veces al recuerdo la ciudad de los Comnenos, cuando su padre había envejecido ya y el regreso a su tierra natal estaba apuntado en la lista de imposibles que llenaban su vida. Para poder preguntarle, buscaba elementos que lo hicieran recordar todo lo bueno y lo malo de aquella infancia que el olvido se había tragado. Su padre revivía con estas conversaciones y se alegraba porque por fin tenía la prueba que necesitaba para corroborar que también él había existido, cuando el vacío y los abismos del tiempo le hacían dudar seriamente. Entonces se encerraba en sí mismo y en su cuarto porque le perseguía la conclusión de que la vida era una quimera.

Entonces le leía:

“Novorossik, 24 de noviembre de 1918, edición especial del periódico Chernomorsky Mayak (Faro del Mar Negro), página nº 73 (en ruso, griego, inglés y francés). Bienvenidos, campeones y gloriosos adalides de los derechos humanos, con alegría, sinceridad y franqueza, os saludamos hoy, nosotros que desde hace tanto, soñamos con ver a los colosos marinos, surcadores de las azules aguas del Ponto y orgullosos portadores de la bandera de la victoria de la verdadera libertad de las naciones.

Al arribar hoy a nuestro puerto, nos habéis traído la feliz noticia de que amaneció el vivificante sol de la paz, que desde hacía tiempo esperábamos con impaciencia. Nos habéis traído la buena nueva de la paz que, cual nuevos dioses del Olimpo, bajasteis a la tierra, ya que habiendo luchado en esta monstruosa guerra, cual si de otra Titanomaquia y Gigantomaquia se tratara, derrotasteis al funesto militarismo que representaban los teutones.

Recibimos esta buena nueva con profunda alegría y eterno agradecimiento, muchísimo más cuanto más brillante que la luz es el árbol de la siempre deseada libertad, regado en abundancia con vuestra honorable sangre, que durante años enteros con inmensa generosidad habéis vertido, se convirtió en un frondoso árbol de hermosas hojas, de dulces y jugosos frutos para la cruel y atormentada de forma inaudita humanidad sometida. La historia, este juez incorruptible de las acciones humanas, habrá de juzgar, a través de los siglos, a todas las generaciones que, vertiendo ríos de sangre, frustrasteis el malvado intento por restaurar el inmoral e inhumano régimen según el cual prima la ley del más fuerte y en consecuencia los sufridores y pequeños estados han de ser esclavos de los fuertes y estar a merced de sus acciones y de sus actos. Os saludamos pues, héroes de la libertad, de los estados aliados y libertadores de la humanidad sometida!”

Y en otra ocasión:

«Padre, escucha lo que dice este libro sobre cómo fracasó la República del Ponto»

«... 22 de abril de 1918, telegrama privado de la Gobernación griega en Constantinopla, comunicó a la Santa Metrópolis la disolución de la Cruz Roja Griega en Giresun. Al día siguiente, muy de mañana, la corporación al completo, presidida por el Metropolitano Laurencio, descendió, junto con multitud de gente, al puerto en medio de campanadas y de un entusiasmo indescriptible, con ramos de flores y escarapelas con los colores nacionales a recibir a la embajada que estaba apunto de arribar a bordo del vapor “IOANNINA”.

El metropolitano se dirigió durante unos instantes a la embajada,

*la señorita Galatia Pavlidou, sobrina de Constantinidis de Marse-
lla, ofrendó un ramo de flores. Desde el puerto se dirigieron todos
al templo Metropolitano de la Metamorfosis, donde se celebró un
Tedéum, tras el cual el abogado M.J. Hermedis se dirigió, en nom-
bre de la Comunidad, a la embajada y habló extensamente sobre los
siglos de terror de su pueblo y del brillante día de la liberación que
habría de comenzar tras el armisticio. A continuación, la embajada,
acompañada por el Metropolitano, los notables y multitud de gente,
se dirigió a casa del célebre Capitán Georgís Pachá Constantinidis,
donde se ofreció un té. Después, la embajada visitó la acrópolis de
Giresun, donde admiraron las asombrosas bellezas de la ciudad, se-
guidamente visitaron el orfanato, donde se celebró una bendición
y, entre vítores y aplausos, se alzó con la blanquiazul bandera de la
emoción nacional y de la paz en el mundo.*

O este fragmento del Metropolitano Gervasio:

“En el Fanar⁹ de Constantinopla. Enero 17/30/1919

*La mayor parte de la población griega de la Ciudad y del interior,
huyendo de las represalias de los Jóvenes Turcos, junto con el ejér-
cito ruso, se batieron en retirada hacia Rusia, donde errante y sin
hogar es conducida a las ciudades de Crimea y del Cáucaso. Cuantos
se quedaron se ven azotados por el hambre y la gripe. A esto añadan
la mala praxis turca con sus atroces ardides, la falta de seguridad
en los pueblos, los continuos asaltos y el terrorismo. Al interior no ha
llegado ni el eco del armisticio. En lo que respecta a los provincias*

⁹ Barrio de Constantinopla que albergaba a gran parte de la población griega de la ciudad.

de Argyproupoli, Tropul, Jeriana, Trípoli, Giresun y Karagisar, no hay definición más representativa que las tres palabras que siguen: horror, ruina, cementerios”.

Y otros muchos.

II

Huellas, 2

1

“Dorotea, ponte el vestido bueno” le dijo su madre. No hacía falta que le dijera cuál. Tenía uno para el verano y otro para el invierno. Ahora era verano y se refería al rojo con los barquitos verdes de popelín que tanto le gustaba. Le quedaba bien, le hacía parecer aquello que se sentía a los cinco años, un ente femenino con una imaginación desbordante y una desbordante tendencia al amor. Dedicaba todo el potencial de su cerebro a crear historias de amor que nadie vivía, pero que eran suyas. Desbordaban su mente incluso cuando escribía las letras del alfabeto para aprender una a una las vocales y las consonantes con las que un día formaría palabras y frases para contarlas.

(Por ejemplo: “aquel verano fuimos, en un taxi cargado de maletas y bolsos, a un pueblo junto a la ciudad, para ir de vacaciones por primera vez. El lugar, lleno de huertos con tomateras y sandías, era verde y rojo, como mi vestido. Exceptuando al desconocido con su fino bigote que, a menudo al caer la tarde, se metía inesperadamente y sin que nadie lo llamara en nuestra pandilla, haciendo de su presencia en la oscuridad una pesadilla, todo fue como un sueño hasta regresar a casa, poco antes de que entrara septiembre...”).

2

“Para mañana, traed seis nombres de mujer que empiecen por «Gl» les dijo la maestra, la señora Notsiou, en primer curso de primaria. Tras el primer susto, les asaltó el pánico. Ella encontró el nombre «Gladis», su abuela el nombre «Glenda», su madre el nombre «Glauca».

«Glauca, ¿Qué nombre es Glauca?» exclamó su padre, que empezó a disgustarse con las cosas de la maestra «se han perdido todas las demás consonantes, con tantas consonantes que hay y ha tenido que decir Gl». Con aquella turbación, la mandaron corriendo a los Papaioanou, que tenían, además del diccionario de la lengua en tres tomos, la *Enciclopedia Sol*. Allí encontraron, en efecto, el nombre Glauca.

“Papá, Glauca es un nombre...”

“Vale, vale, anda que... Glauca.” Pero también esta se la tragó.

3

“¿Cuántas quedan?” preguntó con agobio el padre, pues era miércoles por la noche y acababan de terminar el horario de tarde del colegio y el jueves todas tenían horario de mañana. Quedaban otras tres, la abuela propuso el nombre «Glafira», pero a su madre no le pareció adecuado, le parecía un nombre de pueblo, no lo anotó en su cuaderno, prefirió quedarse con esos tres, pero en el último momento, como por una genial idea, añadió el nombre «Gloria» que le resultaba muy familiar, porque al salir del barrio, cerca del estanco, estaba la fábrica de chocolate que llevaba ese nombre y que reconocía por el olor, un olor amargo como a café quemado que mareaba y que en nada recordaba a

las deliciosas chokolatinas Gloria, envueltas en su papel rojo con letras doradas.

4

¿Era rojo el papel? ¿Tenía de verdad las letras doradas? ¿Cómo se iba a acordar? ¿Acaso alguna vez le compraron chocolate? El señor Kostas, cuya hijita Angelikí se le murió y a la que ella vio en su féretro de nogal cuando subió a su casa, al verla por el barrio, algunas veces le apretaba la mejilla y le daba una chokolatina Gloria. El señor Kostas era bajo e increíblemente gordo, como una pelota, al contrario que su alta y enjuta mujer, perdida entre el gris de su pelo y el negro de su ropa. No hacían buena pareja. Él tenía como patrón el buen humor; ella la pena. Tenían una hija mayor, una combinación entre el padre gordo y la madre alta y enjuta, una hija alta y gorda, buena, cuyo nombre recordaba también a los ángeles y que nunca pareció tener celos de las chokolatinas Gloria que el señor Kostas le daba a veces a Dorotea, cuando se la encontraba por el barrio al regresar a casa por la tarde. Esto se acabó con la muerte de Angelikí, tras una enfermedad que dicen que duró meses y que a ella le parecieron años. Abría con tanta prisa el envoltorio para comerse el chocolate que nunca se fijó en qué más ponía en el papel.

Sea como fuere, era rojo con letras doradas como la gloria, ya que sólo la gloria podía ser tan dulce como las chokolatinas que le regalaba el señor Kostas, a cambio tan sólo de aquel fastidioso apretón en la mejilla que se la coloreaba todavía más cuando se resistía a la violencia de un gesto tan abusivo e indiscreto.

Pero ¿era caso el único que osaba hacerlo? Todos cuantos pasaban por la calle y daba la casualidad de que ella estuviera

jugando a rayuela o sentada mirando cómo corrían los demás niños, de manera totalmente inesperada, levantaban el índice y el pulgar y le apretaban la mejilla, ora la izquierda, ora la derecha, con tanta fuerza que sorprendía la vehemencia de aquel movimiento miserable.

Si hubiera conocido la palabra «derecho», les habría preguntado directamente que con qué derecho le apretaban la mejilla. Pero en su casa nadie hablaba de derechos, todos hacían lo que se les decía y la conversación sobre lo que no querían hacer estaba fuera de lugar. Incluso en el sorteo para ver a cuál de las niñas le tocaba ir a por el pan, que les quedaba lejos, nadie sacó el tema de los derechos y las obligaciones. En aquel momento no había sitio para palabrerías, todo eran obligaciones, cosas que había que hacer sin rechistar. Su madre sólo hablaba de eso. No les enseñó que con inteligencia te puedes zafar de las obligaciones reivindicando lo que crees que te mereces.

5

¿Tan sonrosadas estaban sus mejillas tras la guerra civil¹⁰ que impresionaban a vecinos y transeúntes? Lo dudaba mucho.

En su calle, gracias a los edificios neoclásicos que adornaban una de sus aceras, la miseria minorasiática¹¹ podía ocultarse.

¹⁰ La guerra civil griega tuvo lugar entre 1946 y 1949.

¹¹ Se refiere a la situación de pobreza de los refugiados griegos procedentes de Asia Menor, tras la entrada de las tropas turcas de Mustafá Kemal en la ciudad de Esmirna y alrededores en 1922 y los intercambios de población entre Grecia y Turquía en 1923, tras los cuales alrededor de 500.000 griegos de Asia Menor pasaron a Grecia.

Entre la otra acera, donde se podían distinguir puertas de jardines de casas desvencijadas, pintadas de color teja u ocre media-ba un hueco a modo de plaza que las alejaba y así no resultaba tan desagradable contemplarla. Sólo la situación que imperaba en la tienda de ultramarinos de la esquina y los niños descalzos atestiguaban la pobreza del barrio, un barrio insignificante que anunciaba la pobreza, todavía mayor, de las callejas que se abrían en sus lindes.

En estas callejas, hechas de piedras tiradas al azar sobre el suelo que se hacía barro en invierno y que muy pronto, antes de entrar enero, se llenaban de maleza, las acacias ocultaban con esmero la pobreza de las viejas casas que aún se mantenían en pie, intactas desde la invasión del neoclasicismo en las calles de arriba, con nombres de diplomáticos ingleses y franceses, porque estas calles tenían la suerte de desembocar en la arteria principal por donde, en lugar de carros, bicicletas y motocicletas destrozadas, pasaban autobuses y coches. El ruido se confundía con la música y las imágenes de los cines de verano que funcionaban para los visitantes de las provincias y los habitantes de la zona.

Al contrario que los diplomáticos extranjeros, Lloyd George, Gladston y otros, que daban su nombre a las buenas calles, las callejas a las que conducía por la parte de arriba llevaban casi todas nombres de poetas griegos: Calvos, Mavilis, Palamás, Krístalis y se encontraban en la curva que hacía la calle, como si sólo los poetas pudieran llevar a los miserables que vivían en los alrededores de la estación de tren y la plaza Bardaris hacia los centros de las autoridades que anunciaban las escaleras de mármol de la palestra romana, un poco más arriba, a cierta distancia. Sólo iban allí de

paseo, por la noche los días de entresemana, cuando las pipas sustituían su insatisfecho deseo de helado.

6

«Dorotea, ¿te lo has puesto?»

«Sí, mamá»

«Ahora ponte los zapatos».

Se refería a los blancos con el lacito, esos que le había teñido con un trapo mojado de albayalde y que necesitaban una segunda mano porque hacían aguas, tal vez hasta una tercera si se habían ensuciado por el camino de tierra por el que había que pasar para ir a pasear por la plaza Aristóteles. Ir y volver llevaba más de una hora los domingos por la tarde, de seis a diez, en que volvían haciendo una parada en la lechería de Sideris para comprar tarrinas de yogurt. El adormecedor olor del local, y del propio Sideris, se unía a la sensación de que estaba agotada por un paseo que empezaba con entusiasmo y terminaba siempre con la duda de por qué dar un agradable paseo tenía que conllevar tantas molestias. Alguna vez pedía que la cogieran en brazos, aunque tuviera ya cinco años. Nueve de cada diez veces le decían que no. Pero la décima, su padre la levantaba en brazos una manzana y ella presumía como si fuera la reina de los pensamientos de su fiel sirviente. Más tarde la bajaba y encendía un cigarro del paquete color palo con letras caligráficas que formaban la palabra *aroma*, diríase que puesta allí para encandilar de antemano a una juventud que ya nunca estaría libre de tabaco.

Cuando la llevaba, olía el aroma en su pelo ya ligeramente escaso. Era un olor agradable, una mezcla entre tabaco, champú Hermes y familiaridad, que la relajaba. Era un aroma que le inspiraba

ese sentimiento indefinido de simpatía, ternura y bienestar que alimentaba por su padre. Era una persona totalmente suya, que no rivalizaba con ella, admitía que era imperfecto a su lado y la dejaba creer que la servía porque sentía debilidad por ella. Y aunque no fuera así, eso es lo que daba a entender y Dorotea lo aceptaba. Era el único modo de adorarlo ella también, de manera inconfesada, a escondidas de su madre, que no permitía esos excesos.

7

«Dorotea, ¿te los has puesto?»

«Todavía no, mamá»

La segunda vez que dijera «todavía no, mamá» su madre irrumpería hecha una furia en la habitación. «¿Qué voy a hacer contigo y con los malditos zapatos? ¿Es que piensas ir descalza?» Ella odiaba los zapatos, siempre le apretaban, tanto los de verano como los de invierno, aquellos brillantes de charol con la hebilla y el botón. Eran bonitos, pero pequeños, siempre más pequeños de lo que debían y no sólo al año siguiente, sino el mismo año en que se los compraban. Ojalá pudiera caminar descalza. Aquellos zapatos blancos, teñidos de albayalde, con agujeros por una parte, no eran tan bonitos como los de charol, pero sí igual de estrechos. Le apretaban el dedo gordo, que con el tiempo se había doblado, como si quisiera encogerse para hacer sitio al maldito zapato y que cupiera el pie y poder olvidarse de las voces de su madre, quien con el tema de los zapatos se encolerizaba y se empecinaba hasta que al final la obligaba a ponérselos.

Entonces hilaba una historia para intentar dar un sentido a su cojera y poder aguantar aquel martirio. Había resultado herida

en una batalla librada por ella al alcanzarla por error la espada de su amante. Entonces, ora uno de los luchadores (el hijo del panadero) cuyo pelo olía mal, ora su rival (el hijo del empleado en el abastecimiento de agua) cuyo pelo olía como el de su padre, porque también él era débil pero bueno, la cogían por las axilas y la ayudaban a sentarse sobre la verde hierba, algo más allá de la llanura en la que por ella se había librado la batalla. El hijo del panadero, como era mal estudiante en el colegio, se hacía malo, mientras que el hijo del empleado, como era limpio y aplicado en el colegio, se hacía bueno. Éste sólo perdería los aires de fineza que evocaban sus gestos al empezar una relación con una chica de un pueblo de Serres, mucho más tarde, al final del bachillerato. Entonces, a los cinco años, no podía imaginarse que estaría tan loco como para mostrar indiferencia a sus amores. Cuando tuvo que admitir que, sin estar loco, era indiferente, lo atribuyó a los pantalones que le ponía su madre debajo de aquel horrible vestido de punto.

8

Era ya mayor cuanto volvió a ponerse pantalones. Paso por alto aquellos vaqueros de su primera adolescencia, cómodos para sus entrenamientos en la barca de cuatro remos de la Asociación de Amigos del Mar, como paso por alto aquellos color burdeos de su primera infancia, que le pusieron a la fuerza un invierno helado y los fríos inviernos que siguieron, para protegerla supuestamente del frío y, en realidad, de su género. Porque ella era chica y quería ser chica entre bonitos vestidos que subrayaran el contraste con aquellos ordinarios pantalones hechos para chicos, de quienes se

enamoraba apasionadamente a temporadas. Me refiero ahora a los pantalones que llevó después, sin que hubiera necesidad alguna, plenamente consciente de que algún día debía expresar el sentimiento de independencia que estaba obligada a cultivar en un mundo de dependientes. (Su madre les había dado la orden a sus cuatro hijas: «no tengáis necesidad de nadie, sed independientes»)

Aunque, gracias a su facilidad de adaptación, los dependientes son más felices, ella aprendió a que le provocaran asfixia: el agobio que les causaba necesitar sentirse seguros, evitar constantemente el derroche o desear ser raptados se unía directamente con la muerte y con su muerte y eso la ahogaba. Era como un contrato general que todos se apresuraban a firmar como locos, como si grupos de agentes de seguros hubieran salido con un plan y una estrategia a asegurar a los habitantes del mundo. Los unía entre sí con las leyes de la economía, el principio de ganancia, el canon del intercambio y de la lucha entre iguales, en una guerra mundial declarada a la generosidad. Los malditos ahorros se volvían benditos sólo porque se veían continuamente amenazados por la necesidad.

Muchos años después consiguió olvidar el mote que le sacaron por culpa de aquellos pantalones negros, suaves al tacto, agradables a la vista con el brillo aterciopelado que envolvía sus piernas y revelaba su hermosa forma. Su nombre fue siempre Dorotea, pero ahora le gustaba.

III

Los pantalones

1

Nunca tuvo agallas para soportar la dura y cruda realidad tal como la determinaban los acontecimientos que la dejaban perpleja ante la mirada de un espectador aterrado por su desnudez.

Más correcto sería decir que reivindicaba con tesón su derecho a transgredirla con su mente y con su imaginación. Y el único modo que encontró para modificar todo su escenario de turno, el tono, la voz, los matices de sus sentimientos, el modo y la intensidad de sus movimientos y de sus gestos, fue convertir las apariencias en algo diferente a lo que parecían ser. Porque, por una curiosidad irresistible que la miopía de su ojo izquierdo avivaba y excitaba el astigmatismo de su ojo derecho, se le hacía necesario llegar hasta el fondo de las cosas y, como no podía captarlo, porque le faltaba el conocimiento y el ejercicio necesario para ello, se lo inventaba.

Si alguna vez, después de incorporarse a la categoría de los idealistas, se refugió en sus artimañas para idealizar la realidad, construyéndola pieza a pieza, con paciencia, con argumentos y un plan de base, como si tuvieran que hacer un edificio con los corchos de una maqueta, no sólo de hierro y de cemento, sino de un material etéreo que funcionara como el cemento armado en hierro, no fue por pasividad o por necesidad, todo lo contrario.

Esa labor era de todo menos sencilla. Sólo que cuantos habían sido y continuaban siendo víctimas de los comunicados del

idealismo, ésos que convertían sus invenciones y sus mentiras en una empresa que, aunque era poco rentable, salvaría a la humanidad, participaban en ella como si fueran voluntarios que marchaban con entusiasmo a enrolarse en el ejército para combatir en una guerra que prometía el final de la desgracia del género humano. Pocas veces las víctimas se convierten en víctimas con tanto celo y tanto esmero.

Naturalmente, todo lo había planeado de antemano, como si el deseo frustrado de su madre de que fuera niño, que ella había tenido que compensarle a la fuerza, estuviera grabado en su ADN y luchara por compaginar lo que era con lo que debía ser, para que la realidad y el sueño encajaran. Si su madre hubiera sido un poco menos osada, habría dudado echar sobre sus espaldas aquella carga invisible y, sin embargo, insoportable.

Las idas y venidas entre la realidad, que conformaban las circunstancias o las situaciones, y el mundo imaginario, cuya superficie atravesaba con el fin de modificarlo, suponían un balanceo continuo, que nunca, ni siquiera cuando con el tiempo se acostumbró al movimiento del péndulo, dejó de provocarle mareo y desagrado. Como si estuviera dentro de un mar en el que siempre soplara de poniente.

2

El primer síntoma no tardó en declararse. El barrio en que nació, tan necesario para ella como el aire que respiraba y tan real como la seguridad que le daba aquel paisaje, se convirtieron en un paraíso perdido cuando tuvieron que abandonarlo, porque la abuela Aryirí acabó cediendo a la decisión de su hijo de que los

desahuciara. Los años habían pasado, el derecho de requisa de la casa ya no tenía vigor, la Ocupación y la Guerra Civil eran heridas que todos querían cerrar con proyectos de ley que cambiaran las circunstancias, para recordar, sólo en la medida en que lo aguantaran, las pesadillas de un pasado no tan lejano. Por otro lado, las niñas habían crecido mucho, Dorotea iba ya a tercero de primaria y la hija mayor estaba terminando el Barchillerato. Con todo esto, la abuela Aryurí no tuvo otra elección, las niñas eran demasiadas y sobre todo, estaban creciendo a un ritmo preocupante, tenía un hijo que casar y aquella casa se había convertido en un lugar peligroso además de asfixiante.

Su padre aceptó la decisión de Ayirí y su hijo, era lógico que los propietarios quisieran disponer de su casa, donde ellos vivían como si fueran los amos y con todos estos pensamientos lógicos de uno y otro lado, no hizo falta acudir a los tribunales. Tenían que abandonar la casa en tres meses y llevaban ya dos años de pasividad y aplazamientos y otro más de indirectas y choques. Al final, hasta hubo algunas conversaciones con su madre a puerta cerrada en la habitación de la abuela (para que no oyeran las niñas), cosa que sucedía en contadas ocasiones. Sólo ella, que era la niña mimada, tenía derecho a encerrarse en la habitación de Aryirí. Ya muchas veces había demostrado que se merecía aquel derecho, ya que incluso cuando fue a visitarlos su verdadera abuela, le dijo que no lo era, señalando con el dedo a Aryirí para mostrarle quién era su auténtica abuela, y ésta hacía como que le regañaba sin poder esconder, sin embargo, la sonrisa de alegría que le levantó las mejillas y dejó ver su dentadura en todo su esplendor. De color chocolate en la base, como

si fuera de auténtico y delicioso chocolate y blanquísima en los extremos, como gruesos copos de nieve o gotas del helado que les vendía el heladero, cuando recorría los barrios con su carrito.

Ella, que adoraba las albóndigas de Aryirí, ésas que hacía con tanta cebolla, las peras que colgaba de un cordón de una pared a otra de la despensa, los pañuelos negros con flecos que se ponía los domingos, incluso cuando no podía ir a la iglesia y le daba un billete de cinco dracmas para que comprara y encendiera velas por ella, las pesadas enaguas de color rosa oscuro bajo sus vestidos normalmente negros y tantas otras cosas o, mejor dicho, todo lo demás, adoraba sus dientes.

3

Cuando se trasladaron a la casa de la calle Terpsícore, de tres habitaciones y una sala-recibidor, donde pusieron una rudimentaria cama de campamento para Dorotea junto al diván donde dormía la tercera hermana -las otras dos hermanas dormían en el cuarto de los niños, donde no había sitio para todo- como no lo había en el comedor, donde pusieron el sofá y la mesa para los contados encuentros con sus antiguos vecinos los días de fiesta, las seis sillas y los dos sillones con reposabrazos donde podías apoyar los codos y donde se acomodaba a menudo el vecino que los visitara y su padre. Pero con ningún cálculo o reflexión había modo de que cupiera una cama para la hija menor o para la mayor, lo cual, como dijo su madre para que se les fuera la pena, no quedaba bien con la estética y la funcionalidad de la sala.

En esta nueva casa Dorotea se dejó arrastrar por la melancolía y poco a poco, por la negra pena del exilio. Allí se separó de su

vieja cama de madera, de la calma de su habitación al medio día, entornadas las persianas de las ventanas que daban a la parte de atrás de la casa, con su patio abajo y macetas y árboles al fondo, donde ataban el columpio para mecerse. Allí comprendió el significado de la palabra nostalgia y después de llanto y sollozo por algo que pasó de manera irrevocable, que se fue y que nunca más volvería.

La causa de estos terribles sentimientos no era el hecho de que, como muy pronto se dieron cuenta, la casa se encontrara en la calle de peor reputación de la ciudad. No se habían percatado antes por las prisas de su madre por hacer la mudanza sin escuchar la opinión de su padre, que había encontrado una casa en Orizómilos y por su empeño de no apartarlas de los alrededores del centro de la ciudad, donde se habían instalado por primera vez. «No vamos a hacer de las niñas unas pueblerinas» le dijo un día para zanjar la conversación y aquella misma tarde empezó a recoger las cosas.

Entonces se percató de que cada vez que su madre temía las objeciones de su padre, que ciertamente conducían a decisiones equivocadas, elevaba el tono de la voz que, como por arte de magia se hacía más dura, como si no fuera la misma, sino la de algún otro escondido en su interior y que era el responsable de aquel espantoso milagro. Jamás la oyó pedirle por favor o dirigirse a él de buenos modos. Esa voz, por lo general dulcemente ronca, cuando tenía que elevar el tono para adquirir un matiz duro, se convertía en un tiro de gracia y ya no había más que hablar. Lo que ahora temía su madre más que nada era ir a parar, como los parias, a algún barrio apartado donde no hubiera ni escaparates ni cines ni teatros y a saber qué profesores y qué escuelas.

Este miedo llegaba a ser terror y espanto, un agobio subcutáneo provocado por la tendencia de su padre a dejarse llevar por el sentimiento de decadencia que le poseía desde mucho antes de la mitad de su vida, desde el final de la guerra civil cuando, en lugar de celebrar el triunfo por la rotunda victoria de la nación y la derrota de los conspiradores comunistas, a él se le vino la moral al suelo, como si fuera uno de los rebeldes perseguidos, cuya única salvación fuera el Telón.

4

Esto fue lo que vivió la familia con su llegada a esta ciudad extraña, cuya posición en el punto más difícil del horizonte era suficiente para sobrellevarla como si fuera un Telón dentro de las fronteras, construido especialmente para esos desahuciados. La mente de su madre había identificado, claro está, el declive con su traslado del radio de su propio Telón. El terminar en un barrio fronterizo era para ella peor que la bancarrota que amenazaba al comerciante.

Descubrir que la casa se encontraba en la calle de las putas fue un golpe para su padre, que no lo habría soportado si no hubiera encontrado a los catorce meses una casa en su antiguo barrio, a donde volvieron para quedarse –por un tiempo, les dijo, hasta encontrar algo mejor– en un bajo, dos casas más allá de la última planta de la casa de la abuela Aryirí, en el número dos.

Durante su breve estancia en la calle Terspijori, su padre sentía la necesidad de narrarles momentos en los que había experimentado una conmovedora alegría, para hacer frente a la melancolía que había inundado el ambiente. Solía contarles cómo un turco

salvó al abuelo Thódoros en su interminable vagar por el destierro, en un momento en que no habría soportado más calamidades. Después, con el rostro iluminado, como si saliera el sol en el invierno más oscuro, les narraba una y otra vez el día en que su padre llegó de repente a la barbería donde él trabajaba a los doce años al salir del colegio, durante los primeros años de exilio. Su padre se convertía entonces en un pequeño Telémaco a quien la diosa Atenea hacía decir lo que él deseaba decir: que todo pasa y que a veces ocurren cosas inesperadas que ponen fin a la espera interminable y a nuestra pena.

Con estas narraciones que la arrastraban, se entregó a la nostalgia, no sólo hacia los buenos tiempos en la casa de Aryirí, sino también hacia aquellos que pondrían fin a su destierro.

Para salvarse del sentimiento de desarraigo y de la espera interminable antes de poder volver a su antiguo barrio, su patria, dejó de prestar atención a las escenas de casa y comenzó a observar el duro mundo exterior. Justo en frente de la entrada de su casa, al final de una escalera vertical, que formaba una especie de terraza en la parte de arriba, había una chabola con un patio al lado, cubierto con una gran parra, mesas y sillas de mimbre, que en las noches de verano se iluminaba con acompañamiento de canciones populares y se llenaba de hombres.

“Mantubala, dulce amor mío”¹² era casi un himno nacional con el que se abría el espectáculo. Su padre, que nada más oír canciones populares o rembéticas¹³ en la radio, la censuraba girando

¹² Frase con la que empieza la canción popular griega titulada “Mantubala”.

¹³ Tipo de música tradicional griega que comenzó a cultivarse por los

bruscamente el botón, ahora no se le iba el disgusto. Allí tuvo que cantar Vamvakaris en el periodo de entreguerras. Pero si estuviera allí escuchándolo, el resultado sería el mismo para sus oídos y para la desesperación que le transmitían esas canciones de decadencia y vergüenza.

5

Cuando le invadía el agobio y la desesperación, iba a la zapatería de en frente, que regentaba un tal Melissás, porque parecía una persona comedida y un señor y tenía en su desván una colección de mariposas colocadas en cajas de nogal con un cristal, para mostrarlas con orgullo a cuantos entraban en la tienda.

Su padre se refugiaba en la zapatería de Melissás, quizá por la colección de mariposas, que lo sacaba de lo acostumbrado o quizá porque Melissás era el único en un radio de cien metros fuera de la casa que se mostraba de acuerdo en que ese barrio no era para ellos “ni que estuvieras loco” quería decirle “¿dónde vas con cuatros hijas, hombre de Dios?” pero le retenía la amabilidad que le imponía su debilidad de carácter. Con todo, estaba de acuerdo con su padre, que entraba en la tienda a contarle sus penas, como si tuviera que rendirle cuentas a alguien del barrio por su nefasta metedura de pata, en que tenía que llevárselas de allí lo antes posible. Una nueva mudanza tomaba en su mente las dimensiones de una empresa salvadora.

Al lado del centro con las bombillitas y la *Mantubala* estaba la casa roja que alojaba a las cantantes. Era un edificio alargado de

refugiados procedentes de Asia Menor después de 1922.

dos plantas cuyo interior tuvo Dorotea la oportunidad de explorar en algunas ocasiones, con su largo pasillo y sus paredes pintadas de azul con algunos dibujos dispersos con hojas de parra y flores, las puertas a derecha e izquierda y el alto techo, pintado del azul oscuro del cielo que le provocaba un sentimiento de respeto.

Allí iba a entregar los vestidos que su madre había empezado a arreglar al comprender que también ella tenía que hacer todos los sacrificios posibles para sacar el dinero que les permitiría mudarse de una vez.

Durante ese tiempo intentaba ocultar su tono reprobatorio, gritaba menos, diríase que para guardar las fuerzas que derrochaba. Estaba claro que se sentía culpable y por ello desarrolló una actividad poco acostumbrada, dejando atrás su voluntad de expresarse con tanta rabia, cual cólera que fuera a llevarse por delante la desgracia. Como si quisiera enmendar las consecuencias de su fatal precipitación, sin saber cómo, empezó a arreglar los trajes que vestían a las cantantes para sus espectáculos en los centros nocturnos de la zona. Vestidos largos de satén en azul y salmón con pliegues y un extraño hueco debajo de la axila. Dorotea no se atrevía a preguntar para qué servían aquellos extraños agujeros entre el cuerpo y las mangas.

Cada vez que tenía que entrar en la casa roja para entregar alguno de los trajes a los que su madre había arreglado el doble o escondido artísticamente la tela estropeada con algún añadido, el interior de la casa la recibía con una extraña quietud. Ni un ruido salía de las puertas de las habitaciones, como si no hubiera un alma allí dentro o como si todos cuantos allí vivían hubieran caído en un sueño centenario en el palacio de la princesa encantada.

La casa no sólo parecía inmoral, sino también embrujada. Las cantantes, que dormían toda la tarde, esperaban también que un hombre las sacara del espectáculo para cantar por fin fuera de programa, sólo para ellas mismas o para los hijos que soñaban tener tras convencerlo, con su belleza o con sus tormentos, de que fuera marido en lugar de proxeneta. Sólo cuando llamaba a la puerta en el número que le decía su madre se oía algo así como un soplo de viento, se abría lentamente la puerta, una mano regordeta recogía el vestido y un instante después le daba el dinero.

6

Fue entonces cuando su madre comenzó a recordarles continua e insistentemente que tenían que estudiar fuera como fuera. Era el único modo de no tener necesidad de nadie. Así, tras ponerse de acuerdo con el padre Nicéforo Lorenzo, metió a las dos mayores en las monjas, se movió para meter también a la tercera, que en un año terminaría la escuela primaria y, por su puesto, los mismos planes esperaban a largo plazo a Dorotea. Tenían que aprender lenguas extranjeras y letras.

La energía que puso su madre en sus consejos (decir consejos es una forma de hablar, pues sonaban a órdenes) eran un plomo que caía sobre ellas y les aplastaba los hombros, cuando su intención era precisamente la contraria, darles alas. Era como si quisiera cosérselas para que volaran. Nunca, nunca la oyeron decirles que buscaran un marido rico o, aunque fuera uno que les cubriera las necesidades básicas. El matrimonio, aunque no lo reconociera abiertamente, era un desliz que, si bien no saboteaba, sí dificultaba dramáticamente el plan de independencia que ideaba por ellas.

Para su madre la vida de las chicas ni empezaba ni terminaba con la familia. Tal vez esto lo consideraba evidente, pero soñaba con oírlas hablar francés o inglés, aunque el italiano era su anhelo cada vez que hacía suyos los sueños que debían hacer realidad sus hijas. Soñaba también que condujeran un coche, que viajaran al extranjero, aunque lo mejor sería que se instalaran en otro país más avanzado que la pobre Grecia, que tuvieran su propia cartilla de ahorros y claro está, un trabajo que las librara de la esclavitud de la casa.

La única manera de hacer realidad todo esto eran, en su opinión, los estudios. Dos de sus cuatro hijas se habían convertido desde hacía tiempo en unas fanáticas de la lectura, sólo una tendía más hacia el deporte y la que le seguía a los chicos y al arte.

Dorothea iba amontonando los consejos, tal vez porque hacían el mundo todavía más feo y la necesidad de cambiarlo más imperativa. Su facilidad para imaginar cosas distintas a las que veía sin sus gafas se convirtió en un juego del que disfrutaba en secreto y más tarde, en una costumbre. Un rostro cruel se transformaba, como por arte de magia, en una dulcísima figura, palabras que sonaban toscas a sus oídos, las sustituía por otras que tenía que encontrar en el diccionario de su mente en cuestión de segundos para ponerlas en boca de cuantos brutos las proferían.

La persona que insultaba a su padre de la manera más vulgar estando ella presente en el despacho, cierto día que por una maldita casualidad apareció por allí para recoger el dinero del alquiler, se derritió como una vela ante ella y ocupó su lugar la imagen de un jefe serio y cordial que explicaba a su padre lo que tenía que hacer en ese caso concreto. Naturalmente, no pudo olvidar

aqueellos inenarrables insultos y al salir del despacho sintió el corazón en un puño por la humillación que había recibido su padre y por extensión ella misma. Lo único que logró levantarle el ánimo y convencerla de que todo aquello se corregiría algún día fue la hermosa imagen que creó para hacer desaparecer este horrible hecho, tan hermosa, que la convenció (una vez más) de que además de su esfuerzo y su paciencia, su imaginación obraría algún día el milagro y convertiría en ídolo de lo real lo que creó en su mente como una imagen que no se correspondía con lo que veían los demás.

7

La literatura extranjera estimulaba todavía más su imaginación y en ella se refugiaba cada vez que la necesidad de hermosas imágenes del mundo que la rodeaba se tornaba asfixiante. ¡Qué digo cada vez! lo correcto sería decir que continuamente, porque la necesidad de hermosas imágenes era insoslayable.

Sin embargo, conforme crecía, esta transformación fugaz de lo áspero a lo suave, de lo feo a lo bello y demás se hacía cada vez más difícil. Necesitaba algo que conectara la imagen creada en su mente para verter en ella un objeto real. Sólo así conservaría su valor, aun si carecía de la exactitud que exigía la representación fiel de sus características o sus particularidades. Pues no había duda de que esta institución rudimentaria de la realidad cuanto más inexacta era, tanto más auténtica se volvía.

Lo que tenía que mediar para conectar los objetos, los hechos y las situaciones reales con las siempre imprecisas imágenes auténticas que moldeaba con la ayuda de su imaginación era un

razonamiento rudimentario al principio que, con el tiempo y la práctica, se convirtió en todo un arte. Fue un descubrimiento casual y lo acogió como si ella misma lo hubiera inventado.

Lo que creyó haber inventado no era el teléfono de Bell, ni el fonógrafo de Thomas Edison, que adoraba tanto o más como adoraba la radio, lo que creyó haber descubierto personalmente era la máquina filosófica con la que durante siglos algunos cosieron la imaginación a la realidad. No le importaba en lo más mínimo cuántas observaciones y fantasías tuvo que cortar previamente antes de coserlas con la máquina filosófica, ni hubo nadie que le diera la señal de alarma ante aquellos arbitrarios tijeretazos y cosidos que, si bien sostenían todo tipo de hecho inexplicable, también infringían las normas de la coherencia. Nada parecía estar dado o estructurado por definición. Todo podía hacerse y deshacerse como lo dispusiera su voluntad, solo había que tener ganas de cortar y coser a su medida. Sólo hacía falta que las ganas fueran verdaderas e inextinguibles. Esto lo aprendió de los libros de teorías y de los ensayos.

Los libros de teorías y los ensayos eran los únicos que no tenía que memorizar como ocurría con los teoremas, las combinaciones químicas y los tipos de física. Lo único que exigían era comprender qué querían decir aquellos sentidos ocultos y continuar lo que decían extendiendo sus reflexiones en las páginas de su cuaderno.

Al contrario que la literatura, que leía sin voz, cuando descubrió por casualidad los ensayos y las reflexiones filosóficas y se aficionó a ellos, podía conversar con sus autores. Éstos, lejanos y muertos desde hacía tiempo, respondían a sus interrogantes y a sus discrepancias, como si tuviera con ellos una interminable

conferencia telefónica sin factura y por supuesto, con recompensa por sus objeciones, comentarios y observaciones. Porque siempre que comprendía lo que le decía el teórico o el pensador que leía era como si cobrara una cantidad simbólica para sus gastos diarios.

8

El airecillo que levantaban las páginas de los pensamientos y las opiniones, que refrescaban su rostro como una brisa, renovaban el oxígeno dentro del envenenado ambiente de las circunstancias. Pero el airecillo no era precisamente liviano, sino una materia oscura de pesadas partículas subatómicas que, si bien no tenían la densidad, la masa ni el tacto de la materia auténtica, tal como preveía la física, la ayudaba a crear un paso propio por los espacios por los que caminaba sin tropezar sobre las personas ni los objetos y confería un ritmo, exigido por su vagar en el tiempo, a los movimientos palpitantes de sus pulmones y de su corazón.

El paso era travieso, como travieso era el ritmo. Ambos despertaban la sensación de un mundo caótico que la tranquilizaba en lugar de asustarla, ya que el abismo que lo engullía y lo devolvía era fruto de su propia inspiración.

Sin la brisa de esta materia oscura y sin su palpito interior, estaría a merced de la inmensidad de un océano de acontecimientos que, sin ser nosotros quienes los provocaron, rara vez nos mecen plácidamente, sino que casi siempre nos sacuden como las olas salvajes de una tormenta. Porque todo cuanto ocurría no solía ser como ella habría hecho que ocurriera si hubiera estado en su mano.

Prácticamente olvidó los pantalones. Hasta el final de la adolescencia llevó unos vaqueros comprados en la tienda de Katranzos para las excursiones que organizaba la academia de inglés, donde los alumnos con padres de Giannitsá, de Serres, de Drama¹⁴ y las zonas de alrededor, afianzaban, más que el inglés, la importancia del sueño americano y se habían volcado como locos sobre Hemingway, Steinbeck, Pearl S. Buck y otros, que les transmitían las costumbres y la psicología de los habitantes de Oklahoma, de Cincinnati o de California.

También los llevó durante algún tiempo en las excursiones de la Asociación de los Amigos del Mar, en la que se inscribió para poder surcar los mares tanto en invierno como en verano, entrenando con la barca de cuatro remos. Exceptuando los largos recorridos por el mar que la hacían expansionarse, encontraba inhumano el remo en sí mismo, sin embargo, continuó entrenando como si lo hiciera para salir con su barquita al lejano horizonte del ponto en busca de aventuras sin lamentos ni lágrimas, a ser posible, a las que no se podrían comparar ni la piratería ni las batallas navales con barcos piratas o de guerra ni, por supuesto, los cruceros en barcos de amor. Éstos últimos especialmente alimentaban su imaginación con imágenes muertas.

Fue entonces cuando escribió lo que no era exactamente una novela infantil, cuya heroína de 15 años, Katerina Leonardo, huérfana de madre desde muy pronto, vivía entre las begonias de su terraza, en un castillo construido en la flagrante calma de una playa desierta, olvidada de la mano de Dios, hasta que su padre,

¹⁴ Ciudades de Tracia, al norte de Grecia.

Andreas Leonardo, entregado poco a poco a la bebida, se suicidó con un revolver y se vio obligada a marchar a la ciudad. La autora interpretó este giro vital como el rosado amanecer tras una infinita noche oscura. De ahí el título *Rosado amanecer*, que no reflejaba tanto lo que ocurría en la trama, como lo que la historia prometía que ocurriría al final.

Volvió a ponerse pantalones mucho más tarde. Primero para hacer ver su herida y luego por costumbre, de modo que, con los años, hasta cuando llevaba las faldas más largas que podía encontrar en el mercado o en las traperías, los pantalones se convirtieron en una especie de armadura de hierro en su interior.

9

Sólo se separó de la armadura cuando se vio obligada por las circunstancias a recurrir a la lógica para poner freno a la cadena de desilusiones, que durante años enteros hirieron su quijotismo, unas veces como una tormenta y otras como el granizo. Esto ocurrió muy tarde, mucho después de la historia que estoy narrando, a una edad en la que la mente, salvo excepciones, hace tiempo que ha madurado y está en disposición de educar los sentimientos.

Hasta entonces, con la insistencia de un niño o de un fanático, continuaba viendo en Don Quijote el símbolo de cuanta generosidad y amabilidad podían albergar todos aquellos que deseaban vivir como seres humanos. Sus tragicómicas meteduras de pata, las continuas ofensas de su escudero, que intentaba hacerle entrar en razón, creando con sus groserías un contrapunto capaz de hacer volver en sí a su señor, intimidaban a Dorotea tanto como lograban intimidar al mismo caballero de la Mancha.

A pesar de la miseria que desprendía su intención, desengañada pero magnífica, de hacer con su valor un mundo mejor, Dorotea insistía en recurrir al caballero de la triste figura y en extraer de la generosidad de su alocado proceder el criterio último para sus juicios, sus comentarios y sus reacciones ante lo que hacían y ante lo que les ocurría a ella y a todos los demás en el remoto nuevo mundo se iba apagando también.

En lugar de pararse a pensar que la intención de Cervantes era hacer una crítica al mundo medieval que se estaba extinguiendo, abriendo con la sátira y la ironía secretos caminos en la mente de los hombres de su época, para facilitar el brusco paso desde el pasado que defendía su moral al futuro de la emancipación capitalista que amenazaba con destruirlo, ella prefirió plantear la cuestión de otro modo.

Que me perdone el gran Cervantes, pero en mi relato Dulcinea, en lugar de recibir con pasividad e indiferencia el amor de Don Quijote o de burlarse de él, es ella quien se enamora. Pasa así de aldeana que trilla cebada o de señora, princesa y ama del Toboso, a una joven que coge impulso apoyando sus dos manos en el caballo y salta, más ágil que un halcón, para sentarse sobre su lomo como un hombre. Su rostro rechoncho se deshinchó y adquiere líneas finas, la piel roja y áspera toma el color del alabastro y el tacto de la flor, su nariz ancha se vuelve delicada, los párpados se aligeran y es como si no cubrieran sus ojos ni siquiera al dormir. Al querer ser uno con él, porque su locura y su deseo de grandeza la conmueven, ve por sus ojos y lo que a la luz del sol se ve negro se torna de un blanco deslumbrante como el de las nubes que envuelven la cima del monte. La fealdad encuentra el modo de

convertirse en belleza y la belleza en un motivo más para la búsqueda de la verdad. Su mirada, cortante cual daga cuyo filo reluce para ocultarnos su fuerza, aniquila la astucia de la maldad y la miseria de la envidia.

Gracias a esta fuerza que extrae del amor, el mundo vuelve a ser inmenso e inabordable, en lugar de encogerse entre balances de conocimiento e ignorancia. La ciencia, que define con exactitud y con la misma exactitud puede prever, se encoge de hombros. Porque conoce el movimiento de Marte, el tamaño de su contorno, su edad, pero no tiene ni idea de lo que piensa un gato, de lo que se imagina el perro y de lo que recuerda una persona que delira encerrada en su psicosis.

Ahora podía comprender todas estas cosas incomprensibles y sentir las gracias a su amor por un hombre loco e inocente que le enseñó su locura y que dejó que le enseñara esa sabiduría femenina desconocida para los científicos y digna de desprecio para los filósofos.

Y aunque era más que evidente que los hombres, desde hacía siglos, habían dejado de ser o de querer ser caballeros, ella insistía en afirmar en conversaciones y en sus agendas que ahora les tocaba a las mujeres pasar al estadio de la caballerosidad antes de entregarse a la jungla de la competitividad. *Pero ¿no te das cuenta? Los hombres han declinado, se han convertido en niños irresponsables e inseguros, no se reconocen a sí mismos en la historia, como si no la hubieran hecho ellos, sino sus madres, sus abuelas, sus bisabuelas. Estás en las nubes. No hay ni rastro de caballerosidad, ni una pizca de generosidad, nos cierran la puerta en las narices cuando antes nos la abrían para que pasáramos,*

nos piden que paguemos la cuenta cuando antes pagaban ellos la nuestra, duermen a pierna suelta, cuando nosotras nos despertamos con los ojos como platos por las preocupaciones. Tú estás loca, amiga mía, no sabes lo que dices. Sí, estaba loca. El amor de Don Quijote era el secreto que le daba la fuerza para convertirlo en un hombre de su edad y de su época, delgado e imperfecto que tomaba forma gracias a su bondad. Él la alimentaba con su generosidad y la hacía ser suficiente e incluso sobrar para ella y para todos los demás.

Creando un Don Quijote a su medida y contrario a la medida de la época, también ella podía transformarse, puesto que lo único que buscaba era identificarse, ser uno con él. A menudo la exasperaban la necedad de los taimados y la actitud indolente de los vagos y aún más a menudo se quejaba por lo mísero de sus sentimientos, sin embargo, nunca nadie la vio nerviosa o histérica. Cuando alguna de sus conductas le afectaba, apretaba el acelerador de su tartana – ya quisiera poder llamarlo coche- como si espoleara a su caballo y se perdía.

«No, no, no estoy loca, o a lo mejor sí, quiero estar loca, imaginar la caballeridad como la resistencia quemada, que la vulgaridad que aplasta nuestras almas dionisiacas desmontará y matará nuestra idiosincrasia literaria, por mucho que la sustituyamos con tecnología avanzada. Si realmente queremos reivindicar un discurso propio, es decir, si pretendemos escribir la historia directamente y no por detrás ni de manera indirecta como tan bien hemos aprendido o tan mal nos enseñaron». Y continuaba con la misma fuerza «Porque nada en absoluto podía cambiar con hombres ex caballeros, que habían convertido las ciencias,

las artes, las letras e incluso las armas en un negocio y con mujeres que cambiaron su condición de señoritas por virilidad y prostitución alternativamente».

10

Pasados muchos años se atrevió a soltar todo esto ante unas antiguas compañeras, más tarde feministas con una actividad organizada, que defendían en octavillas, entrevistas de prensa, conferencias en islas turísticas y ciudades de las provincias de especial interés o en su propio terreno, con un letrero en la puerta que hinchaba su odio por cuantos varones habían cometido y seguían cometiendo deliberadamente todo tipo de violaciones contra grupos de mujeres desprotegidas. Querían que fuera miembro activo de sus organismos y asociaciones, siempre y cuando aceptara la forma de pensar formulada en el estatuto del movimiento. Y por supuesto, no hacía falta que se lo dijeran, el que ayuda, recibe ayuda.

Ella, siempre testaruda y sin pizca de sentido común, continuaba exponiendo su opinión.

«Esta laguna en los hechos históricos que creó, entre otras cosas, la falta de una caballerosidad femenina explica» les decía «no sólo el hundimiento político de los hombres, sino también la incapacidad psíquica a la que habían llegado ya mucho antes de la I Guerra Mundial. Ya que las mujeres» continuaba «que podrían inspirarles algún otro sentimiento, capaz de elevar su ímpetu calculador, continúan comportándose como sirvientas y amas de casa de la Edad Media».

«Pero ahora dirigimos empresas, escuelas, decimos misa, tenemos derecho al adulterio y a la plena custodia de los hijos, estamos a cargo de despachos clave en el mecanismo estatal, legislamos» le recordaron fuera de sí por el modo en que exponía sus argumentos. No habían visto un espécimen semejante en muchos años, como si no tuviera experiencia personal del comportamiento desalmado de los hombres. ¿Qué decir?

Sobre esto último no le dijeron nada. A pesar de sus irrefutables argumentos, ella insistía en que «ahora, al contrario que en aquella época lejana, el hecho de que pudieran tener puestos de dirección fuera y dentro de casa no cambiaba tanto la situación».

Insistir no tenía sentido. Sus opiniones eran demasiado personales como para resultar útiles y ser tomadas en serio. Además, su intención era destacar en un mundo hecho para hombres y, en la medida de lo posible, conquistarlo, no desmontarlo para volverlo a hacer de manera distinta. Con estas miras, lo que hacía falta eran fogosas críticas contra los hombres, mientras que ella señalaba la necesidad de la autocrítica en un universo de seres interdependientes, lo cual las sacaba de quicio. La autocrítica era impropia y dañina, las cosas no habían madurado tanto como para que las mujeres se arriesgaran al más mínimo ataque contra su autoestima, hecho que reforzaba el sentimiento de injusticia que habían alimentado, pero en absoluto el de justicia.

Ella continuaba insistiendo en el sentimiento de justicia que nace en nuestro interior cuando buscamos verdades históricas y bajan los tonos de los exaltados y de los dogmáticos, ya sean hombres o mujeres.

¡Ah, hasta aquí y no más! Esto sí que no era una reacción. Así pues, aunque con la mejor intención le habían preparado algunas presentaciones de libros de literatura femenina (como aquellos de Doris Lessing, pero también de alguno ignominioso que se convirtió best seller con el título de *El final de la vergüenza*, en el que la heroína, una vez rotas las cadenas impuestas por el hombre, se encadena con su amiga más reciente en una competitividad insidiosa y en un odio mortal) en secreto y sin que hiciera falta ponerse de acuerdo entre ellas, las anularon. A ella no hizo falta darle explicaciones sobre este encuentro planeado adrede que resultó desacertado y totalmente fuera de lugar. Además, ni les preguntó ni volvió a mencionar su propuesta, que sin jaleos retiraban en el último momento, lo cual facilitaba las cosas. El tedio que sentía cada vez que la obligaban a encontrar excusas, libró a los de su alrededor de esta táctica estúpida e insustancial que sigue el sentido común en momentos de mucha presión. De este modo, las cosas se desarrollaron de manera natural. La dejaron tranquila y afortunadamente tampoco ella volvió a llamarlas.

11

Volvieron a llamarla cinco años más tarde, tras la edición de una novela, en la que Dios sabe cómo, mediante digresiones, encontró el modo de defender ni más ni menos que los mecanismos que movían la producción y los que mueven el amor no difieren en lo más mínimo, ya que el mismo encanto secreto de la plusvalía inspira y refuerza las motivaciones de la circulación de los bienes materiales y de los eróticos y que en esta concertada empresa de la vida que imponía un imperioso reparto del trabajo, los hombres

habían asumido transportar los bienes materiales, y las mujeres los bienes eróticos, que eran los hombres.

En aquella novela, con el desafortunado título de *El eclipse*, a fin de mostrar con exactitud cómo son las cosas, centraba su implacable interés en una tal Elena o Ileana. Puso a esta Ileana, más tarde Elena, comportándose como una loca en bares y cafés, dominada por acontecimientos que habían hecho de su vida personal un desastre. Si bien tuvo la brillante pero absurda idea de cambiarlos para que los personajes y las situaciones reales no fueran reconocidos (redujo los hijos abandonados de Ileana de dos a uno, convirtió su trabajo de abogada en el trabajo de la heroína como profesora de filosofía e hizo que llevara una vida libertina –lo cual estuvo a punto de provocarle a su madre una apoplejía– mientras que la traición conyugal se convirtió en un fiasco de su esposo y señor). Ya desde la segunda línea su vecino y lector no tuvo ni la menor duda de quién estaba narrando la vida de quién. *¡Qué poca imaginación y ni rastro de vergüenza! Se atreve a hacerse la escritora. Yo digo que no tiene vergüenza.* Decían a sus espaldas, cuando a ella no dejaban de preguntarle cómo iba su libro, que mejor habría sido no escribirlo. *Ahora mismo nos toca a nosotras y empieza a narrar todo lo que pasa en nuestras vidas, al cuerno su libre imaginación, sus frases están cantadas, por mucho que cambie los nombres, los caracteres y las épocas, uf, uf, lejos de nosotras semejante espécimen,* que lo uno no puede conseguir, dice que no vale la pena. Ella, que quiere llamarse escritora y que no sabe ni papa de literatura y que puso en evidencia a personas respetables con su manía de meterse donde no la llaman, tenía que aprender y recordar la lección antes de volver a cometer el error de ponerse a narrar historias.

El tema de la circulación de los bienes materiales por parte de los hombres y de los bienes eróticos, que eran los hombres, por parte de las mujeres ocupaba unos pocos párrafos en su libro impreso. El manuscrito del capítulo en cuestión, en el que desarrollaba extensamente sus opiniones se perdió en el trayecto de correos París-Atenas y no llegó jamás al editor, quien procedió despóticamente a corregir las pruebas y a editarlas sin más dilación. Cuando ella se tiraba de los pelos, la suerte vino a salvarla. Fue para bien aquella pérdida porque no bastaban los hechos falsificados del modo más vil, era el momento de que escucharan sus teorías.

Molestas por cuanto decía sobre la circulación femenina de los bienes eróticos, las feministas, reconocidas ya por sus luchas y por su actividad, le pidieron que participara en un programa de radio con tema de interés femenino del que se habían responsabilizado con entusiasmo y que emitían de diez a once de la mañana los sábados en la radio local. En el teléfono se mostraron cordiales, pero gélidas en la cabina de la emisora.

Como comprendió más tarde, la invitación era una trampa innecesaria que las propias responsables del programa, que la habían tendido, estaban seguras de poder evitar: pensaron que la situación haría que cediera un poco y que fuera más flexible, siguiendo los consejos de su editor de que no dudara siquiera en dar cota al público femenino a fin de nivelar el libro a la demanda de mercado. Tanto él, como las responsables del programa pensaban que esto es lo que haría un profesional.

Pero ella se negó a hacerlo. Inflexible como una azuela, insistió en el valor de la autocrítica que habría de salvaguardar, en la crítica que ejercían contra los hombres, no sólo la objetividad requerida, sino también la esencia necesaria, fruto de la exaltación de los problemas que generan las relaciones de los hombres y de las mujeres con el poder.

Tras el primer cuarto de hora, una de las dos responsables del programa se retiró y la conversación se convirtió en una charla incómoda que no tenía nada que ver con el libro, donde se le oía decir un «sí», de vez en cuando un «pero», dos o tres veces un «gracias a ustedes» cuyas últimas sílabas se ahogaban entre las notas de la música con la que se cerraba la primera media hora.

Según su opinión, que tuvo tiempo de exponer en los primeros cinco minutos, durante todos estos siglos de historia moderna y contemporánea, en los que los hombres porfiaban en medrar en el análisis y en la síntesis que exigen los negocios y la escritura, las artes y las ciencias, las mujeres permanecieron estancadas en su antigua calidad de esclavas o de señoras, de nodrizas y de amas de casa.

-Quieres decir papeles – interrumpió la interlocutora.

-No, no, calidad – insistió ella – es decir, papeles que se convirtieron en su segunda naturaleza.

En su cuaderno personal lo decía, como es lógico, con más vehemencia, para que sonara con mayor convencimiento a sus oídos. Pero nadie se para a escuchar las reflexiones personales de una antifeminista desconocida cuando aprieta el botón de la radio para despejar la mente. Según dijo el editor, su libro cayó en el

olvido después de dos reediciones, de modo que se vio obligado a enviarle de ochocientos a mil dracmas anuales¹⁵ por los tres o cuatro ejemplares que decía vender. Dorotea, herida por la ofensa, le escribió un día que dejara de enviarle la liquidación de las cuentas y le aseguró que ella misma compraba por lo menos diez ejemplares todos los años de la librería del barrio. El editor se puso furioso, *será insolente y taimada, ni que fuera Jatzís*¹⁶, que se atrevió a protestar por el robo de sus derechos de autor – y qué no tuvieron que aguantar los editores y sus escritores consejeros. Ella estaba segura de que Jatzís no era injusto ni absurdo ni tacaño, si no, no escribiría como escribía.

13

Quince años después, un día que cruzaba la calle como solía hacerlo, sin hacer caso al paso de cebra, al saltar a la acera fue a dar con Ileana. No la habría reconocido de no oír que la llamaba por su nombre. Desde hacía más de diez años era una abogada de éxito en Atenas, sus hijos habían terminado sus estudios en Inglaterra y la adoraban, a pesar de haberlos abandonado durante un largo periodo al conocer a Apóstolos, quien más tarde sería su compañero de vida. En los diez minutos que duró su incontenible charlatanería en la calle, Ileana le dijo que *El Eclipse* la había hecho sentar cabeza. Comprendió lo que tenía que hacer y qué debía evitar. Logró entenderse con su primer marido y, si bien temía

¹⁵ Mil dracmas equivalían a tres euros.

¹⁶ Dimitris Jatzís (1913-1981) célebre escritor griego de novela y relato breve.

su vileza, su irresponsabilidad y sus mentiras, con una indirecta que resultó brillante, comenzó a decirle las mejores palabras sobre su bondad y su amabilidad. Y mientras esta táctica daba sus frutos, se volvió una costumbre decir las mejores cosas sobre el supuesto Tomás. Lo mismo hizo con su madre. Se repetían las llamadas, los llantos, las preocupaciones por sus hijos, pero era una piedra en lo concerniente a su padre, a quien admiraba tanto como lo admiraba su madre. Las llamadas terminaron con una última vuelta de halagos a su buen carácter, que hizo que sus nietos la adoraran. Tres años después y durante veinte meses, Elena llamaba para interesarse por sus hijos a casa de su suegra, donde los había dejado por estar demasiado ocupada con Apóstolos, quien tenía que convertirse a toda costa en su compañero como, de hecho, se convirtió.

Lo más asombroso de todo es que sus hijos, que hasta entonces se quejaban y la mareaban con sus críticas, ahora la admiraban y la adoraban. «*Bravo mamá, te has desenvuelto muy bien*» le decían sin parar, incluso sólo con la mirada. “Ah, Dorotea, Dorotea, si no me hubieras hecho sentar cabeza con tu libro, aún estaría frenética contigo. Porque cuando lo leí, me sacó de mis casillas esa estúpida historia que te inventaste, porque al final, tu versión los deja bien a todos menos a mí y a mis hijos. Escandalizó a mi madre, que encontró, por fin, la oportunidad de decir *Apáñatelas tú, yo no me meto*, puso furiosa a mi suegra, que empezó a hablarme de usted como si nos hubiéramos conocido el día anterior, amargó a mis hijos, que desde entonces no dejaban de llamarme *tonta, tonta*, siempre que podían y de desahogar su enfado por mi estupidez. Por no hablar, añadió, del interminable agradecimiento

que provocó a los de fuera, ya que los tormentos y las desgracias de los demás confirmaban sus pasos cautelosos, que aseguran a las personas coherentes una vida digna y feliz”. Para terminar le dijo: “Gracias a Dios, con tu loca imaginación y tu crítica me hiciste entender que es muy difícil que el mundo sea mejor. Era yo la que tenía que adaptarme».

Tuvo tiempo de observar que la sonrisa de aquella renovada Ileana-Elena, al nombrar a Apóstolos, se convertía durante dos o tres segundos en una mueca en sus labios.

No le preguntó nada sobre ella, como si conociera su vida durante todos aquellos años de ausencia y silencio. Si le hubiera preguntado, le habría dicho que lo más duro al principio fue que, uno a uno, la habían ido dejando de lado por miedo a que siguiera inspirándose en sus vidas. El «los trapos sucios se airean en casa» venía aquí como un guante, lejos de esta soñadora, que con la primera sonrisa-mueca que vio en los labios de su heroína, empezaba ya a imaginarla luchando durante meses para convencer a Apóstolos de que se divorciara y hasta que lo logró, él procuró recordar las gracias de su antigua vida, cuando era libre y se dejaba caer en el abrazo de mujeres bellas y feas. Lo que más lo conmovía en ellas no era tanto sus cabellos de seda, su gracia, las líneas de su rostro, las curvas de su cuerpo, como el incalculable valor que exigía su plan de una conquista heroica pero no sentenciada.

¡Ah! Con todo aquello, no tuvo tiempo de ocuparse de aquella sonrisa-mueca. Tampoco tenía sentido. Su heroína se endeudó con Apóstolos y sus concepciones sobre el amor y la vida; era una maniobra estratégica para llevar a cabo la conquista, una maniobra que volvía a sentar nuevas bases en lo concerniente al tema

de los derechos de los géneros, de la libertad y el respeto a la personalidad de los demás y de la nuestra. Estaba segura de que, si continuaba tirando del hilo de la historia de su antigua heroína, iría a dar con su humor furioso por todo tipo de contrapartidas a las despiadadas infidelidades de Apóstolos, pero sobre todo, a las interminables llamadas que hacía por si acaso a su actual suegra y a la nieta que le había dado su hijo Apostolakis, antes cabeza de familia y hombre libre más tarde.

Pero no tenía tiempo. Además, Apóstolos era también una víctima del sistema de explotación que reparte la dedicación y el esmero en dosis iguales, gracias a su propio equilibrio.

Una cosa era segura, iba pensando conforme se alejaba del lugar del inesperado reencuentro con Ileana, no hace falta compadecerse. Aunque antes hacía hincapié en el sentimiento de justicia, ahora está de más. Cuando injustos y desfavorecidos de la justicia se abrazan fuertemente para salvarse unos a los otros, la cuestión de la justicia se hace demasiado delicada.

Quería quedarse un poco más con Ileana o volver a verla, pero dudó en pedírselo. Además, antes de encontrar las palabras adecuadas, ella hizo una señal al conductor del taxi. «Perdona, tengo prisa. Voy a casa de mi ex-suegra, me está esperando». La última sílaba se ahogó en el ruido de la puerta del taxi mientras recibía a Ileana en su fresca sombra.

14

Incluyo aquí las páginas de su diario, que datan de la época en que publicó *El Eclipse*, aunque no sé si el lector de hoy en día tendrá más ganas de recorrer sus líneas, aunque sea de refilón, que los

oyentes del programa de radio. Excepto si de verdad le interesa el tema de los hombres, las mujeres y el ejercicio de la autoridad.

25 de agosto de 1986

...panaderas o marquesas, público de los recitales de Mozart o actrices de representaciones de Marivaux, todas habían aprendido bien y dominaban una sola cosa, cómo manejar a los hombres con sus besos y sus caricias, aun cuando éstos eran violentos con ellas con fustas, patadas y puñetazos...

Y más adelante:

Diríase que las mujeres del siglo XVII no habían nacido en el ascendente mundo de la manufactura o del intelecto inexperto y racionalizado. Aunque, en la misma época Rosalba Carriera, ese Canaletto femenino de Venecia, en lugar de paisajes con palacios, iglesias y canales, pintaba personas sobre lienzos que por supuesto, se perdieron...

Las mujeres del siglo XVIII eran como si las hubieran programado, incluso sobre la cama dónde domaban a la bestia, para mantener una interminable correspondencia donde hacían públicas, principalmente a hombres, las actas de sus logros: sin que hiciera falta mover ni un dedo, sólo el culo. Porque en efecto, era un gran logro que el mundo se hiciera y se deshiciera sin que ellas lo quisieran y, sin embargo, según su voluntad.

...¡Voluntad! ¡Qué gracioso! No era exactamente según su voluntad, sino según una obstinación que se queda en el fondo de la caja cuando se precipitan desde dentro pasiones extrañas y agrietan las superficies bien selladas, sin que escapen, sin embargo, al control de sus movimientos de jefe de Estado Mayor, gracias

a la sensatez de los hombres. Gracias a sus movimientos de jefe de Estado Mayor, los hombres nivelaban las heridas que el orden del universo recibía por parte de aquellas pasiones extrañas, para darles nombres agresivos y elegantes como Leviatán, Naturaleza, Historia, Emancipación. Esta era la voluntad de los hombres, de acuerdo con la obstinación y el capricho que los llevaba a luchas contra desventurados rivales en una situación igual o parecida a la de cuantos se habían puesto a definir los celos de un rival malintencionado o la fiereza de un amante engañado, provocando en su interior la vanagloria del vencedor.

Con todo esto pasaron dos siglos de Ilustración y secularización que hicieron a los hombres sentir en sus carnes que si las mujeres no fueran eternamente incorregibles, no serían mujeres. Así, las féminas se quedaron al margen de la historia, en el infierno de la eternidad que crearon para ellas con su propia ayuda. Elevando a proxenetas a objeto de sus pasiones, las mujeres convertían a sus amantes, a sus hijos primogénitos y a los que seguían o a sus viejos esposos en seres duros, canallas, con una ética sanguinaria y moral amiga de guerras que mostraba cuánto las tenían en cuenta y cuán poco las respetaban...

...Trasladando el campo de batalla a las industrias manuales o a motor del siglo XIX, los hombres fueron despiadados con sus mujeres e hijos. Incluso las duquesas y las condesas que llenaban los salones y las Cortes de la Santa Alianza perdieron la dulzura y la indolencia que un día caracterizaron las representaciones barrocas de su cuerpo y, envueltas en los trajes de corte imperio del clasicismo, se les pegó algo de la pátina que dejó en su piel y en su alma la dura vida de las fábricas.

...La enajenación de los hombres, faltos de aquellas criaturas femeninas que encontrarían la entereza de plantearse su posición en la historia y no en los tocadores donde maquinaban sus intrigas, era tal que hasta estas mujeres al margen de la historia, con su eterno papel de esclava o de señora, de amante o de esposa se vieron obligadas a desprenderse de sus títulos o a malvenderlos.

Ya en la Belle Époque, las mujeres que vemos paseándose en los parques, desnudas primero y luego vestidas hasta el cuello, con las sombrillitas sobre el hombro, mujeres de Manet, de Monet o de Seurat, nos permiten distinguir en ellas la reflexión que les provocaba o que les imponía la sensación de un destino inexorable. Lautrec y poco antes Degas las transporta con una intención radicalmente realista, a los verdaderos lugares en que viven. Cuantas no pueden ahogar el letargo del esfuerzo en el vasito de ajeno se casan con el burdel y se entregan al can-can.

...Sin embargo, había ya mujeres que hablaban y eran escuchadas. No hay que olvidar a las hermanas Bronte: se mueren por escribir obras de arte. Tan jóvenes y tan poco maestras. ¡Ay, Emily! Escribiste una tragedia moderna, donde el mal propaga la desgracia y la desgracia encuentra el modo de deshacer el mal. Tú sabías que la pasión sin el amor es un caracol desnudo sobre una quilla. George Eliot tuvo más suerte que tú. Gracias a su amante, un hombre de letras que supo cómo orientarla correctamente, encontró su camino en la historia, no sólo de la literatura, sino también de la sociedad inglesa. ¡Cuánto la envidié por su fuerza a la hora de convencer a Lewes, padre de cinco hijos, para que se tomara en serio su talento y la convirtiera en una criatura femenina del futuro,

es decir, en un ser que empeña todas sus fuerzas y su carisma y, en lugar de establecer ella qué constituye una violación de la ética, exige a la sociedad que acepte las costumbres que consagran a un pseudónimo masculino por su forma de expresarse y de existir. Su biógrafo se dio buena cuenta. Eliot, que nunca se casó con su amante casado, se casó, poco antes de morir, con su sobrino, veinte años más joven que ella.

... Cuando conoce a Lewes tiene ya treinta y seis años y podría sentirse fea y vieja. Su sobrino de dieciséis años era joven y bello. Cuando se fijó en él por primera vez, el chico estaba tal vez junto al coche que iba a llevar a su tío y a la mujer de extraña fuerza, y radiante fealdad a Dover y desde allí a través de Ostende, a la Alemania de Feuerbach. Puede que una noche, sentados Eliot y Lewes con las manos enredadas, junto a la chimenea de una posada y, mientras conversaban sobre los manuscritos de la traducción de *La Esencia del Cristianismo*, que había revolucionado tanto a Marx como a Engels, la llama del fuego le recordó de pronto al hermoso joven, tal como se erigía en silencio, testigo de su atrevida escapada. Treinta años después, con este primer y único cónyuge de su vejez, vive la pasión que se debía a sí misma y a su época victoriana.

... Esto, aunque no es venganza, se podría llamar así a la ligera. Pero yo no lo haría. No creo que a Eliot le gustase expresar la intención vengativa que acumuló en su interior el puritanismo victoriano. Sin derrumbar la hipocresía como una sufragista frenética, se refugia en el matrimonio con sus propias condiciones amasadas en la dedicación que le devuelve su propio concepto de la libertad. Aunque vive durante años la vergüenza de una relación ilícita sin el menor reparo y lo convierte en el catalizador de su

vida y de su obra, luego enmienda esta tensión con un matrimonio a su medida, una medida desconocida para sus contemporáneos. El matrimonio con el que un día tuviera dieciséis años, cuya belleza la deslumbró, en lugar de traicionar sus ideas revolucionarias, demuestra al contrario, su fuerza invencible. Ah, el señor Lewes obró de manera inspirada, sabia, casi divina. El terreno, sin embargo, lo siembra y lo cultiva la insólita fuerza de su compañera, George, que caballerosamente rechaza los derechos supuestamente adquiridos de su género.

...En cuanto a nosotras, merece la pena recordar aquí a Mantó Mavroyenous¹⁷, quien rompió el corazón del gentil pero no irresoluto Ipsilantis¹⁸, como también a Bubulina¹⁹, que sembró el terror

¹⁷ Heroína de la guerra de la Independencia griega nacida en 1797. Al empezar la revolución, en 1821, marchó a la isla de Mikonos y allí levantó a sus habitantes contra los turcos. Puso toda su fortuna al servicio de la revolución y ella misma combatió a los turcos en distintos lugares de la geografía griega. Al terminar la guerra, Ioannis Capodistrias le otorgó en título de Teniente General Honorario, honor que se daba por primera vez a una mujer. Decepcionada por su desgraciada aventura amorosa con Dimitrios Ypsilantis, regresó a Mikonos, donde murió pobre y olvidada en 1840.

¹⁸ Dimitrios Ypsilantis fue un héroe de la Guerra de la Independencia Griega, nacido en 1794. En 1821, al comenzar la revolución, se encargó el liderazgo de los rebeldes del Peloponeso y se dispuso a formar un ejército regular. A finales de 1821 comenzó los trabajos de la Primera Asamblea Nacional y en 1822 fue elegido Presidente del Consejo. Tomó parte en los asedios de Nauplio y de Argos, en la expedición contra Atenas y en otras muchas numerosas batallas. Con la llegada del Primer Presidente, Ioannis Capidistrias fue designado Mariscal del ejército. Murió en 1832.

¹⁹ Laskarina Bubulina, fue una importante heroína de la Guerra de la Independencia griega. Nació en Estambul en 1771 y poco después se trasladó con su madre a la isla de Hidra, de donde procedían. Se casó dos veces, primero con Dimitrios Yiannouzas y más tarde con Dimitrios Bouboulis, quien murió en batalla y de quien heredó la fortuna con la que construyó

entre los marinos de la flota turca tanto como el valeroso Kanaris²⁰. Pero Mantó acabó siendo presa de su desafortunado amor, mientras que Bubulina, quién lo iba a decir, murió por los disparos de un marinero turco.

Pero si queremos dejar de lado las excepciones de valor y pasión y leemos los relatos de Jatzópulos²¹ y de Alexandra Papadopoulou²², nos daremos cuenta de la realidad. ¿En que difiere la sumisión de la esperanza? El odio de Stravros por su mujer, que le arrebataron los soldados cuando se iban de Grecia y del que siempre la hizo responsable, como si hubiera ocurrido por su voluntad, marca las historias, de modo que, cada vez que algo va mal,

cuatro barcos, incluido el gran buque de guerra *Agamenón*. Bouboulina formó parte de organización revolucionaria Filikí Etaireia, siendo su único miembro femenino. Compró armas y municiones, que distribuía desde el puerto de la isla de Spetses. En esa misma isla formó un pequeño ejército al que embarcó en el *Agamenón*. Al mando de ocho barcos logró el asedio naval de Nauplio, liderando sus tropas hasta la caída de la ciudad el 13 de noviembre de 1822. Más tarde participó en la conquista de Monemvasiá y de Pilos. Llegó a tiempo a la caída de Trípoli, donde se reunió con Theodoros Kolokotronis. Durante la exterminación de los cuarteles y fuertes otomanos, Bouboulina consiguió rescatar a muchas mujeres griegas que formaban parte del harén del sultán. Sobre su muerte, en 1825, existen distintas versiones, una de las cuales apunta a que Bubulina fue asesinada por la familia de su nuera y otra a que fue víctima de una bala perdida en la boda de su hijo. La más extendida, sin embargo, es la de que cayó por los disparos de un marinero turco.

²⁰ Konstantinos Kanaris (1793-1877) fue un almirante griego que combatió en la guerra de la independencia. Al final de la guerra obtuvo el grado de almirante, y más tarde fue Primer Ministro de Grecia en seis ocasiones.

²¹ Konstantinos Jatzópulos (1868 - 1920), novelista, poeta, ensayista y periodista griego, fue uno de los primeros defensores de la lengua popular y precursor del socialismo en Grecia.

²² Alexandra Papadopulu (1867-1906) fue una escritora narrativa griega, defensora del uso de la lengua popular en la literatura. El eje central de sus obras son los problemas político-sociales de la época.

el sambenito de banal y de puta cae sobre ellas y sesga toda las reivindicaciones de Stelias y de Anniós porque haya un elemento más humano en su vida.

...La mayoría de estas historias acaban mal, pero fueron escritas por personas que sabían muy bien lo que es la trama, el cambio de la fortuna y la catarsis...

...Así pues, existen unas pocas mujeres que comienzan a escribir la historia en la medida en que pueden, rodeadas y obstaculizadas por una multitud de esclavas y de señoras que sueñan sin luchar o que luchan sin soñar...

En el siglo XX el mundo masculino se llena de obreras, amantes y prostitutas. El que estas mujeres fueran al mismo tiempo madres y esposas no cambiaba nada. Ya vivieran en el pueblo ya en la ciudad, con miriñaques o percales al principio, con delantales o trajes más tarde, se convierten rápidamente en víctimas del más duro castigo. Sin embargo, es algo distinto a parir sin descanso, a trabajar en el campo, a pincharse los dedos con la aguja, a amasar el pan, a cargar leña y agua del pozo, a calentar la comida y a alimentar a las gallinas, a ordeñar vacas, a cambiar pañales a sus hijos y a los hijos de sus hijos, a cantarles y a contarles cuentos, a asistir a las parturientas, a lavar a los heridos, a adornar la casa y a abonar y regar las plantas, a preparar hojaldres o tortas de maíz para los difuntos, a lavar a los niños y a los muertos. ¿Qué habían hecho para merecer un castigo tan duro? Simplemente, fueron indiferentes a cuanto ocurría ante o a unos centímetros de sus narices. Evitando decir que no, durante siglos si eran esclavas y que sí, si eran señoras, dejaron a los hombres sin un apoyo para el presente y sin retos para el futuro. Por no atreverse a decir no,

si eran esclavas y al consentir en decir sí, si ellas y los demás consideraban que eran señoras.

Y concluye:

...Nuestro destino es pesado y complejo. Nosotras somos la suave caricia en la espalda del mundo, el cuchillo que corta el cordón, la sangre que lo alimenta. Cuando la sabiduría se queda sin pasión y cuando la pasión ignora la sabiduría, engendramos y criamos monstruos, hombres, hijos e hijas. Es, en efecto, pesado e insostenible este destino tan complejo. Las feministas no pueden darse cuenta. Antes de aprender la dialéctica, se apresuran a agarrarse a las cosas y se vuelven realistas. Con su pasión irreflexiva, que insiste en que se haga el milagro aquí y ahora, un milagro que nadie enseñó hacer a nadie, ellas siembran y ellas recogen cizaña. Hacen su vida más difícil y más turbios sus modales.

Yo querría que mis ojos fueran negríssimos en la oscuridad y muy azules a la luz, como los de los gatos, que en silencio y con tino, guían sus pasos sobre la pared del balcón como si fuera mediodía en la noche más oscura.

IV Lo absoluto

1

No es de extrañar que se viera envuelta en las redes de lo absoluto una mujer de una pequeña ciudad, criada según la ética que manaba de su familia y que se movía en ámbitos que habían asumido organizar a niños y adolescentes en un ejército de salvación con Cristo por bandera. Y no es de extrañar porque en realidad el lema de este ejército era el sometimiento y, sobre todo, la obediencia.

Abandonó la organización «Ciclamen» por aburrimiento, porque dictaba con trampas los juegos a los que tenían que jugar todas las mañanas de domingo, de doce a una, en presencia de un guardián del decoro de los miembros del equipo; a menudo era una muchacha, no mayor de veinte años, a quien los niños creían de la edad de la tía solterona, de las que en aquella época, tantos años después de la guerra civil, había una en casi todas las familias.

En el pobre salón de alguna casa, cedido especialmente para las reuniones, una docena de alumnas jugaba en grupo a algo así como el teléfono roto pero al revés, en el que tenían que definir las cosas más abstractas, los celos, el pecado, el bien y así hasta que, un poco antes de la una, se hacía rápidamente el recuento de los tomos de *La vida del niño*²³ que se habían vendido a lo largo de la semana, y cada dos semanas todo terminaba con la entrega

²³ Revista infantil de la época de fuerte contenido religioso.

de los nuevos tomos a cada niño para su próximo lanzamiento al mercado. Las niñas que recibían de veinticinco a cincuenta tomos eran las mejores en todos los aspectos, bien se merecían como premio las estampas que les repartían allí mismo o los libros que se entregaban en celebraciones especiales una o dos veces al año en la gran sala de *La vida*.

A ella le daban cinco tomos y a la fuerza vendía tres. Todos los domingos tenía que sufrir la vergüenza de devolver los que le habían quedado, lo que la salvaba, sin embargo, era que leía de cabo a rabo la revista, sin pasar por alto la llamada de atención que adornaba la última página. Allí encontrabas poemitas musicados con las notas escritas en el pentagrama. Muchos años más tarde, en sueños o en momentos de completa apatía, susurraba todavía algunos versos, como estos:

El barco surca
raudo las olas
el mar en derredor
brama y hace espumas
en extraños lugares
quiere llegar lejos
y atravesará
el salvaje mar.

Encontrabas también chistes de Totó, oraciones que dejaban a los niños boquiabiertos con tantos *nunca* y tantos *para siempre*, que frustraban cada una de sus dudas lógicas, pero que decían, sin embargo, en voz alta o para ellos, apretando sus dedos cruzados: “Ayuda, Señor, a estas flores a que den ricos frutos. Hazlas dignas

de tener siempre abiertos sus pétalos al sol de Tu justicia y que aspiren Tu frescura celestial. Que no las ahoguen nunca las ortigas ni la brutalidad del mal. Que no las marchite nunca el mal tiempo ni el Ábrego del pecado. Consérvalas, Señor, siempre puras y frescas, inmaculadas e invioladas para que dispersen Tu aroma en la Tierra y para que perfumen eternamente tu huerto celestial. Amén”.

Encontrabas por entregas los cuentos de *Paraskevás* y *los bandidos* pero también *El de la Capital*, *El luchador japonés del amor*²⁴, una página dedicada a las chicas y una a los jóvenes trabajadores, una página en viñetas dedicada a la historia *La hora de la Gracia*, ambientada en época de Nerón, cuya heroína, una tal Claudia, era la personificación del autosacrificio y otra página con rompecabezas e imágenes mágicas *para agudizar la mente*, como les informaba el redactor en la cabecera y por supuesto, los padecimientos de un tal Menos el despistado, soso y sin gracia, porque peripecias tan evidentes, de las que se daría cuenta hasta el más tonto, no podían ser peripecias.

De cuando en cuando, informaba con fotografías a sus lectores sobre las actividades de los niños de Préviza, de Katerini, de Quíos y de otros sitios que, como buenos cristianos, estaban obligados a participar en la competición de buenas acciones. Cuando años después vio en una carretera de Yugoslavia a niños construyendo el camino, sintió que ya había vivido aquella escena. Si hubiera puesto su mente a trabajar, cosa que por entonces ni se le pasaba por la cabeza, habría recordado, a la primera, las fotografías de los niños de Katerini, de Platanobrisi de Drama o

²⁴ Libros infantiles de contenido patriótico y religioso.

de Barusia de Kálamos, que cargaban piedras para la reconstrucción de salas de lectura, de salas de reuniones y de escuelas. Eso decían los pies de foto.

Ponía especial atención en las fotografías que transportaban al lector a otros lugares de Grecia, y a veces incluso del extranjero. Era como si, por medio de aquellas fotografías, viajara a lugares concretos del mundo, mientras que con los dibujos volaba a otra parte, a lugares que no se habían registrado jamás en los mapas de la tierra. Gracias a la evasión que le procuraban las fotografías y los dibujos, el ámbito de la casa y el camino que conducía a ella se ampliaban y el mundo del barrio dejaba de ser asfixiante.

2

Se aburría y se cansaba de los supuestos juegos del “Ciclamen”, con el guardián que supervisaba su desenlace y, sobre todo, del toma y daca de los números que tenían que comprar o vender, pero no de la revista. Algunas veces su mirada se quedaba clavada en la portada de colores, con Jesucristo al timón de un barco en medio de una terrible tormenta nocturna o con el niño con la antorcha en una mano y en la otra el *Nuevo Testamento* y un círculo resplandeciente al fondo, que rodeaba a dos ángeles apoyados uno en el otro, mientras que el aire sostenía las aureolas sobre sus cabezas. Había otras con el bombardero del 21, que contemplaba como si el papel tuviera un imán que atrajese su mirada y no la dejara extenderse por sus páginas, si no se quedaba clavada sobre él dos o tres veces durante cinco minutos y durante muchos días después.

Leía y volvía a leer los tomos, a falta de otras obras no leídas, prestadas o compradas en días de fiesta. Cuando cada año, tras la

entrega de los veinticuatro tomos, las mayores traían a casa un nuevo tomo, que enriquecía los estantes reservados a los libros en la precaria estantería, aquello era una fiesta. Esta sensación de fiesta se fue perdiendo poco a poco, cuando empezó a leer los libros y los escritos de los mayores, conforme los iba descubriendo.

El «Ciclamen», ora por el comercio, ora por los juegos, no dejó daños en su interior, como si hubiera sido una ocupación prestada, que un día devolvió con alegría a su auténtico dueño, la organización eclesiástica de *La vida*.

Con el catecismo, en cambio, cortó de raíz. Esto ocurrió más tarde, cuando ya había leído a escondidas los libros que los mayores leían con agrado, sobre todo por considerarlos prohibidos. Ocurrió de repente, no tanto a causa de los libros, como del enojo que sintió al darse cuenta de la adoración que alimentaban los catequistas por los uniformes y por los uniformados. Eran uniformes que herían de muerte la imaginación con su monotonía, eran deliberadamente obscenos en su falso puritanismo y siempre estrechos, como si fueran dos números más pequeños para quienes convencían de que se los pusieran.

Las medias de nailon y la falda de cuadros estrecha que llevaba en segundo de bachiller eran un escándalo para los catequistas. Rompía el asfixiante cordón que construían con sumo cuidado para los catequizados, preparándolos para todo tipo de asfixias, en las que debían ejercitarse el resto de sus vidas. Para los catequistas la salvación era proveer el alma de los zapatos necesarios, como si de ahí en adelante la vida fuera un camino interminable, en una era con un horizonte inmenso pero borroso. Entonces, todavía era difícil comprender cómo los guardianes de la perfecta

impartición de la catequesis estaban mandados a definir los límites de los niños, de los pobres y de los débiles, porque ni ellos mismos soportaban ya estas confrontaciones ni de broma. Ahora les tocaba a otros. Para ellos el martirio había terminado. La confrontación con el límite que ponía el listón un poco más lejos y un poco más profundo en la tierra, no era ya una situación, era una idea.

Se fue corriendo y no volvió a poner un pie allí. El Dios Santo, el Padre Nuestro y el Credo, que añadió en un momento crítico para la familia, el Por el Deseo de los Santos y el Amén que se acompañaban de bostezos de alivio, fueron cortados de raíz, los paseos por la iglesia de San Demetrio en forma de T, donde podían contemplar a los chicos que se metían allí, se convirtieron en paseos por Parórama y por Arestouí²⁵ los domingos con su amiga Eva. Relamiendo el flan que les traía el camarero, hablaban de sus antiguos amores con los chicos del edificio de enfrente, porque plantados en los balcones, las miraban y ellas hacían como que no veían nada. Tenían que convencerlos por todos los medios de que los ignoraban y lo conseguían. Pagaban tres con cincuenta por el flan y con el resto de la paga volvían a coger el autobús y se metían en el cine, donde se derretían literalmente con las películas en blanco y negro del cine italiano y los tan sugerentes y casi incomprensibles sentimientos que les provocaban sus planos.

3

Mucho más tarde entendió lo absoluto como un traslado del Infierno al paraíso, del cielo a las entrañas de la tierra, cuya curva

²⁵ Barrios de la ciudad de Tesalónica.

superficie podía unir por fin aquellos lugares inconexos e insalvables, donde los ayes de los condenados ahogaban los gritos de alegría de los pobres de espíritu que habían logrado salvarse en el país de los bienaventurados y viceversa.

El límite que superaba los límites e insinuaba lo absoluto no lo imponía ningún dios, sino los mortales, al querer y poder transgredir los mandamientos de sus encargados. Continuaban insistiendo incluso cuando querían y no podían. Porque no me refiero al *no robarás*, al *no levantarás falsos testimonios* y demás, sino a mandamientos de increíble meticulosidad, que ningún dios se dignaría a concebir, y mucho menos a formular.

Con todo, los catequistas encargados de ellas, les hablaban mucho de la voluntad, pero nada del deseo que la mueve, de manera que la voluntad acababa convirtiéndose en una máquina para entrenar el alma en la ascética y en la privación. Su cuerpo se tornaba una bicicleta, cuyos pedales giraban sin cesar sin recorrer camino ni distancia y hacían resollar al alma. Junto con la energía despilfarrada, sus miembros y su mente se perdían el paisaje, que normalmente en un paseo en bicicleta se despliega en lugar de encogerse. Al contrario que sus padres y tutores, ellos tenían preparados el discurso y el decorado en el que tenía que articularse. En pocas palabras, era un paquete ideológico de una coherencia indisoluble y terminado desde el principio, que ninguno de sus posibles receptores estaba en disposición de desmontar para volverlo a montar más o menos, según sus propios prototipos y combinaciones de imágenes y palabras. Gracias a estas combinaciones, lo que sentían y lo que vivían cabía en un fuerte envoltorio, capaz de salvaguardar su contenido de las fugas y de la desaparición que

lo amenazaban continuamente. Porque *nunca se sabe qué puede pasar y nadie puede estar tranquilo, pero tampoco podían dejarlos que expresaran con sus propias palabras lo que les decían. Esto era demasiado*. Para ser exactos, era peligroso en exceso, aunque Dios echara siempre una mano, tanto en los asuntos sencillos como en los complejos.

Si ahora los catequizados eran chicas, el daño parecía irreparable. Porque para las mujeres que la burguesía había decidido salvar de la vehemencia de las aventuras amorosas y de la locura de las decepciones que les aguardaban, lo absoluto era una palabra imprecisa en su significado y por ello difícil de usar, dejada al margen de los diccionarios, casi en desuso, como creían que se merecía.

4

¿Era acaso por tozudez o a causa de su talante soñadora por lo que hacía crecer en su interior la necesidad de existir en un mundo vivo, que vibrara y sufriera por su deseo de algo mejor? ¿O acaso por las catástrofes y las guerras que dañaban el recuerdo de la familia, cuando las despertaban los cuentos, las historias personales de los vecinos el día de su santo o las novelas solitarias más tarde?

En un escenario de ruinas, proyectos naufragados, sueños frustrados que no doblegaban el juicio se exigía a los niños poner punto final a los círculos abiertos, a las heridas abiertas, a las cuentas pendientes, antes incluso de empezar a crecer. Cargaban en sus espaldas los suspiros decepcionados de los mayores. Ninguno de los adultos que votaban o de los que luchaban por ganarse el pan tenía el valor de reconocer que estaba cansado de tantas decep-

ciones y tantas frustraciones. Fingían que había margen para un último esfuerzo y si ellos, extenuados por tantas derrotas, no podían hacerlo, sus hijos, niños y adolescentes, podían levantar mejor que ellos el peso de esta empresa, ése, al menos, era su deseo.

Parte de la herencia que les dejaban no era siquiera un puñado de dracmas, sino el deseo de *algo mejor*, una frase que oían una y otra vez como si fuera el tema central de su educación y que había que repetir continuamente. Este recordatorio les privó para siempre del sentimiento de presteza que exhalan las cosas cuando las tocamos con las manos o las vemos con nuestros propios ojos. Porque los mayores tuvieron la precaución de ocultarles la decadencia y el vacío que había marcado su mundo y su época, alejándolos de ellos para que no los vieran, así de miserables eran. Esto solía hacerse mediante la opresión, es decir, con prohibiciones y con palos, pero lo conseguían sobre todo, con promesas. Sólo que los pequeños, como los pobres y los débiles, no tenían ya nada de primera mano, ni siquiera lo que veían y lo que oían a su alrededor y en su interior eran datos directos de las sensaciones internas y externas, que son la magia de la conciencia. Todo era un préstamo con hipoteca, como si en su calidad de no poseedores, ni siquiera estuvieran presentes.

Como la miseria que les rodeaba era insoportable, Dorotea se aferró al carácter absoluto, a todo carácter absoluta, como si fuera la escoba que barrería los andrajos, la basura, la chatarra, los objetos y herramientas inútiles por el uso, que daban aspecto de basurero unos instantes antes de empezar los trabajos de reconstrucción de las ruinas.

La chispa de aquellos trabajos de limpieza que precedían a la creación de una nueva realidad eran concepciones ideales y fantásticas de todo tipo. Aquello que no podía verse con los ojos pero sí con la mente y con la imaginación comenzaba por el deseo de algo mejor, que los pequeños, los pobres y los débiles sentían, pero no podían expresar con palabras. Atestiguaban la materialización de ese discurso mudo las lágrimas, el temblor de la nariz, la respiración acelerada, el suspiro profundo, la apertura de la mano extendida y, poco después, el cerrar el puño o los dos dedos extendidos que formaban la V latina para decir *venceremos*. A quién y cómo, no tenía tanta importancia.

Conservó esta disposición absoluta incluso cuando, una vez hubo escapado de las garras de las organizaciones religiosas o deportivas, representaba conversaciones e historias en sus cuadernos y más tarde amores, competiciones, intervenciones y correcciones en los textos mal escritos. Esto le proporcionaba: un hilo que unía la miseria que sujetaba la cobarde y vulgar mano del cínico, con el ideal de un mundo generoso y bello que cultivaban cuantos imbéciles echaban a volar sin las alas necesarias o algún equipo de vuelo semejante. Sólo los curas, los catequistas o unos pocos maestros con su vara estaban en disposición de pronunciar las aladas palabras. A continuación, aunque esto ocurrió mucho más tarde, los dirigentes se las dirían a los partidos, a las juventudes políticas, a las asociaciones y uniones sindicalistas.

Sin embargo, el deseo de algo mejor, siempre oscuro y abstracto por el modo en que se enraizaba en su interior y por el modo en que habría de salir, estaba allí, tan imposible de acallar, que nadie,

ni el más cínico de los cínicos, ni el más escéptico de los escépticos, ni el más sufrido de los realistas, por mucho que lo menospreciara o que se mofara de él, podía reducir. Lo absoluto era y seguía siendo un ente inalcanzable capaz de convertir el basurero en un lugar de ensueño, el puente que uniría la orilla en la que se amontonaba toda la amargura con la orilla donde se resguardaba la sonrisa de la fe y de las expectativas. Por un lado, lágrimas que hacían surcos la tierra y hundían en ella los pasos de los melancólicos y por otro, verdísimos helechos poco exigentes y de gran resistencia a la sequía y a la falta de luz, una oportunidad, en todo caso, de creer que son alas que los transportarían desde los lugares de la tristeza, a los lugares de alegría incontenible por el milagro de que el mundo se había arreglado.

6

Este mundo arreglado, inconcebible para una mente cuadrículada e inexistente para los ojos del miope, construido y revelado con la ayuda de la imaginación, hacía brillante y profunda la mirada que lo observaba. En él no había pies descalzos ni platos vacíos, el despertador tenía todos sus tornillos, el techo estaba seco, las tablas no chirriaban. Por ningún sitio se veían parches. Habían desaparecido los mocos pegados antaño en los labios de los niños. Las cucarachas encerradas en su nido, como si no ya se atrevieran a ocupar la cocina, igual que los chinches en la cama, las moscas exiliadas a otro sitio, los murciélagos mudos e inofensivos, incluso cuando se meten en los canalones para volar. Día y noche lo mismo, un paraíso en la medida de lo posible, un orden creado y no impuesto y, sobre todo, verdadero, puesto que no

había caído del cielo, sino que había sido construido por inspiración propia y a su medida.

Por su manía de conservarlo para vivir a su abrigo, Dorotea odiaba a cuantos pintaban la suciedad para esconderla. Hacían como que barrían sin escoba en las manos. Tenían pañuelos para el sudor, pero no había sudor en su frente y no parecía importarles.

Por supuesto, de la hipocresía con la que lograban hacer que el mundo real pareciera hermoso, aun cuando continuaba siendo miserable, nacía su propia necesidad de un mundo de auténtica disciplina, donde la belleza no se opusiera a la justicia, sino que la secundara. Con una disciplina así, la culpa y el castigo serían en adelante la balanza que mediría la injusticia.

Aunque la sacaban de quicio los imbéciles que anulaban las distancias espacio-temporales y hacían que todo ocurriera misteriosamente, como por ejemplo, en el sitio, en un aquí y ahora que engañaba al inocente, (el mal que se hacía pasar por bien, la desdicha que fingía ser dichosa, las moscas que actuaban como abejas y en lugar de hacer miel, la ensuciaban), a pesar de todo, eran ellos quienes la inspiraban.

Y como la inspiraban, lo absoluto dio a su vida una dimensión tragicómica que no habría adquirido si hubiera podido refrenar su desagrado y entrar tranquila y flexible en el ciclo de los enamorados. Esto no ocurrió porque el entusiasmo con el que creía en ellos se convertía, en un noventa y nueve por ciento de las veces, en un bumerán que se volvía contra ella. El desagrado y el entusiasmo iban y venían alternativamente, como círculos homocéntricos que, antes de perderse volvían a formarse eternamente.

En el fondo, aunque ignoraba los motivos por los que los amores y la verdad parecían no poder conciliarse, prefirió seguir siendo contradictoria. En esta peligrosa acrobacia, lo absoluto era al mismo tiempo la cuerda y la pértiga. Con la pértiga apretada entre sus manos la sensación de peligro se esfumaba y se fundía con su manía por descubrir a los falsos y una vez desarmados, por poner fin a los cuentos que hacían que el infierno en la tierra pareciera en su regazo el reino de los cielos.

En este juego, donde el miedo al peligro se tornaba temeridad, Don Quijote fue y continuaba siendo la personificación del amor verdadero, del amor absoluto que convertía los instantes efímeros en eternidad, brindándoles la inmortalidad que se merecían. Él expulsaba a sus posibles rivales del corazón de Dorotea, de modo que sus amores con amantes reales, creativos, pero débiles y embusteros, eran breves. Lo que duraba demasiado era el veneno de sus decepciones amorosas.

7

Ninguna de las mujeres que conocía entonces en el reducido ámbito semicircular de su barrio, o de las que conocería más tarde, cuando sucesivas mudanzas la apartaron de su radio, hacía referencia a lo absoluto. Les era desconocido, por mucho que se rompieran la cabeza intentando recordar, ninguna recordaba el significado de esta palabra tan misteriosa. Si alguien les dijera que los filósofos, ante su incapacidad de darle una definición, se referían a él como “el límite que supera los límites”, ellas habrían abierto la boca para reírse a carcajadas. *Anda que... menudos sinvergüenzas. ¡Qué cosas se inventan!* dirían por dentro y seguirían

riendo. *A otros con esos cuentos, nosotras ya estamos hartas. ¡Anda que... el límite que supera los límites!* Estas frases retorcidas eran, en el mejor de los casos, verbalismos, y como sabía hasta el gato, no había que fiarse de los palabreros.

Al contrario que la palabra *libertad*, que les recordaba continuamente sus limitaciones, sus contratos y sus prejuicios, sobre los que tropezaban como si su camino estuviera asfaltado con pedruscos que hacían de su ir y venir diario un martirio, muy pocas mostraban interés por la palabra *verdad*. La mayoría no alcanzaba a comprender los motivos por los que la libertad y la verdad eran sentidos siameses, cuya unión les demostraba, no sólo por qué era imposible despegar una de otra, sino también la importancia que tenía su forzoso y asfixiante abrazo. Por muy razonables que fueran, sin la razón, exigir libertad terminaba siendo un juego para veletas. La verdad, que se convertía el legislador último, era lo que le daba a la libertad su sentido, su valor y su modo de expresarse. Porque sin la verdad ¿qué libertad querían y para qué?

Los Edipos femeninos, que rara vez solían encontrarse en el tumulto de las relaciones, éstos que, ignorando los platos rotos que tenían que pagar, querían pensar que no eran sólo ciegos y cojos, sino también sordos. Les habían cortado las orejas para que no pudieran oír ni a las sirenas ni la voz de la razón, pero también los dedos, para que no hicieran tonterías, como si fuera el bien que se tornaba mal y el mal que, cuando se propaga, no hay modo de enmendar. Todo esto, invitación de los sentidos, tentaciones de los instintos, remordimientos de conciencia, represiones ordenadas por el cerebro, eran cosas arriesgadas, lo mejor era no revolver y servirse de ellas dando lugar a la rabia y

a los demonios. La mayoría había crecido en una sabiduría monjil, de la que muchos años después se sentirían secretamente orgullosos. Lo que les dejó fue la mirada interior que adoptan los ciegos para distinguir entre la negra oscuridad los árboles, las colinas y el ratón que duerme en el rincón del armario. Y como, ni siquiera a la luz del mediodía podían distinguir con facilidad los detalles de los objetos, era natural que divinizaran la vista, el oído y la libertad de movimiento gracias a los cuales nada podría escapárseles o, si se les escapaba, tendrían la capacidad de reaccionar con sangre fría, como si ya no pudiera sorprenderles nada. El resto estaba de más, alguna vez, por si acaso, una trampa tendida.

Por el peso del pensamiento con el que se habían cargado y la angustia de salir adelante para ser dignas de confianza, pero femeninas, espontáneas pero lógicas, cuidadas y cuidadosas, con una belleza que conmoviera y una mente que embelesara, cariñosas y duras al mismo tiempo y cuando hiciera falta, extrovertidas, para exhalar y transmitir alegría y a la vez introvertidas para que no las tomen por mujeres ligeras, tontas o creídas, aprendieron a calcular mejor los valores del intercambio de las cosas y de sus sentimientos. Y como no se les pasaba por la cabeza las limitadas posibilidades de la vista, ellas insistían en que no se les escapaba nada. Aunque en el fondo insistían, porque muy pronto se dieron cuenta de que las reacciones retardadas, incluso las más innovadoras, no tendrían el resultado deseado.

De este modo, al creer que pensaban de manera metódica, es decir, con paciencia y sistema, no soportaban a aquellos que, sin hacerse los ciegos, insistían en la capacidad del hombre de ver y

oír más allá de lo que ve el ojo y atrapa el oído. Para esos inocentes jactanciosos, que defendían lo ultrasensible de la mente y a veces, cuando exageraban, la función ultraconsciente, gracias a la cual la mente puede concebirlo instantáneamente, se complacían, en declarar su disgusto, su lástima y sobre todo su desconfianza, con un movimiento de la cabeza de derecha a izquierda y al revés. El idealismo no era la teoría del conocimiento, que habría de defender o justificar su lógica, y menos aún su misticismo improvisado. Satisfechas con el cuidado que mostraban, se refugiaban en otros términos, como por ejemplo *sub specie aeternitatis*, como invocaban con ironía, en el *a posteriori*, que defendían mecánicamente, en el *qui pro quo*, que evocaban provocando para conservar el sentido de sus insinuaciones. Sólo cuando hacía falta expresar la necesidad del amor o hacer referencia a su valor, recordaban el *sine qua non*. Pero nunca, nunca el término “absoluto”.

Y no lo hacían adrede, sino de manera natural. Porque estas palabras eran adecuadas para aludir a la locura de algunos hombres que conducen al género humano a luchas, actos violentos y discordias marcadas por la insolencia que dañaba su bien escondida alma femenina. Sin embargo, para criaturas como ellas, rodeadas por la vida y por la muerte, el absoluto era el *sine qua non* al revés, que expresa, según decían, lo que está de más, lo que está absolutamente de sobra o lo completamente absurdo. Un *absurdum* que se mofaba de su necesidad de reflexionar sobre su naturaleza finita. Dicho de otro modo, una palabra petulante, incapaz de desmontar siquiera una de las leyes de la relatividad: el que la vida empiece con la estrecha unión del esperma con el óvulo, el que se cree en la matriz, el que el contacto con el pecho sustituya al

nudo gordiano que representa el cordón umbilical, el que tarde o temprano llegue la mortal edad adulta, el duro esfuerzo por progresar, las putas y los engaños para ganarse el pan y el orgasmo, la ganancia en lugar de la pérdida, el que se imponga el ascenso en lugar de la caída, la opresión y el empujón en un lugar construido con antagonistas declarados (¿quién podría negar el papel de perro en la manada de perros que le promete una buena vida?) y tantas otras cosas que esperan pacientemente la menor indirecta en este término impreciso.

En definitiva, estas mujeres atormentadas y despiertas, ésas que tenían siempre los pies en la tierra, que aprendieron a poner freno y límite a todo, menos a su deseo de una vida buena y feliz, aun sirviendo a los “Ciclámenes” o a cristianos, no se quedaban en agua de borrajas. No les había afectado ninguna de las invisibles, pero corrosivas, consecuencias de sus dictados. Sus verdaderos catequistas y sus inspiradores habían llegado en el momento oportuno, en el instante debido, como sus amantes y protectores, como Dios manda y no sin previo aviso. Eran hombres enseñados a luchar en palestras de tierra, encerrados en tolos con una perspectiva limitada y un objetivo claro. Los puntos de fuga en este cuadro vivo no se perdían nunca en la negrura del fondo ni en el azul del infinito.

Ella, conquistada por las ideas y no por los hombres, identificaba estas esmeradas regulaciones con unas medidas de seguridad, que en lugar de protegerla, la sometían; con el freno que suponía esa presencia que no dejaba a su mente volar ni perderse. Poder volar y perderse con la mente... creía que quien nace mujer en un mundo históricamente masculino por la adoración al falo y

al fascismo, estaba obligada a tomar en serio la relatividad de las cosas, por miedo o por necesidad, pero sobre todo, por la ignorancia que engendraban el miedo y la necesidad. Porque el miedo al que alimentaban tantas limitaciones y contratos le venía como un guante al miedo a la verdad. Así, jamás se preguntaron cómo era posible tomar en serio todo lo relativo y lo limitado y aterrizar sin haber despegado ni volado nunca. Dorotea consideraba el hecho de que pensarán poner los pies en tierra una exageración más de su psicología como pensaba el muerto de sed perdido en el desierto en la última gota de agua de su cantimplora.

¡Ah, la psicología femenina! Cuando lo ve todo negro, se refugia en la histeria y ésta adopta mil rostros: se convierte en el sustitutivo de los argumentos lógicos, pero también de los soñadores, una locura que lo arrasa todo para poner en su lugar su doloroso estallido. Y como con la mente fija allí donde pisaban, las mujeres que conocía pensaban tanto en lo relativo, que lo absoluto terminaba siendo producto de un talante jactancioso y altivo.

8

Empezó a sospechar todo esto al final de la adolescencia, cuando se multiplicaron a su alrededor los flirteos, los ligoteos, las citas a ciegas, los compromisos oficiales en los que terminaban sus sueños y sus estrategias para casarse y ser una pareja feliz. Fue entonces, a principios de la década de los 70, cuando le habló a Aterí de Yoryis, su primer amor, de manera tan apasionada y poética, que Aretí se apresuró a conocerlo y se repitió la historia de Lucinda y Fernando que narra el alocado Cardenio, de manera menos trágica, claro está, pues cuando Aretí siguió a Yoryis a algún

lugar entre las fronteras de Francia y Suiza, para hacer juntos la especialidad, Dorotea, en lugar de enloquecer como el traicionado Cardenio, ahogó dentro de sí la melancolía que le provocó haber puesto toda su alma en describir los encantos y el temor que le inspiraba aquel estudiante tarado, el endiablado, el maldito Yoryis, que pisaba el pedal de un Saab prestado y corría a ciento ochenta kilómetros por hora sobre el asfalto desgastado durante más de cinco minutos, que trasnochaba tres o cuatro noches seguidas y cuando no pasaba las noches fuera, las pasaba en vela escuchando en la oscuridad, que decía que iba a ir a África y lo hacía, que le hablaba de Kazantzakis y del valor de la aventura que nos hace superar los límites y la medida que nos imponen. Quiso transmitirle a Aretí todo el atractivo y el temor que le inspiraba –porque Yorgis, que narraba todo esto, no hablaba jamás de sí mismo- y parece que lo logró con creces. Cuando después de algunos años se separaron y Aretí volvió para instalarse en Atenas, al encontrársela un día casualmente Dorotea y preguntarle qué tal estaba y qué hacía Yoryis, no se esperaba que le dijera, llena de cinismo, que había perdido un riñón y todo su pelo, de modo que ya no valía la pena preguntar por aquel irresistible atractivo de los viejos tiempos.

Durante aquellos viejos tiempos, después de que Aretí se marchara con Yorgis, sus amigos, en lugar de aumentar disminuyeron, al contrario que el hastío que sentía y que no era sino el reflejo del escaso interés de los demás por sus modales y sus ideas. Su cabezonería de no ponerse como objetivo algo alcanzable y concreto la hacía incomprensible, inaccesible e ilusa. Tanta insistencia inútil, acababa siendo molesto, le decían los chicos y chicas, sobre todo chicos, a los que nos les caía tan mal.

Ella estaba en baba, sus amigas flirteaban con sus posibles amantes, más tarde con su marido, Memo, quien estaba tan contento de que su mujer no se diera ni cuenta, incluso cuando entraban en la habitación a las nueve de la mañana para hacerles una visita, porque les cogía de paso, justo cuando ella tenía que salir corriendo a coger el autobús para ir a trabajar.

Esto, que no lo era todo para los demás, lo era todo para Dorothea, quien se enardecía con por las cuestiones sociales que conducirían a su época a la perdición o a la salvación, el futuro del mundo y otras cosas inútiles por el estilo, porque ella nunca puso freno a la inquietud que le causaban, mientras que la Transición²⁶ había empezado a poner parches a los antiguos pecados y a curar como podía las heridas reabiertas en los tiempos de la dictadura.

En la escena que montó en su mente, la relatividad ponía en su sitio a los que mandaban y a los mandados, a los inteligentes que ocultaban sus ambiciones y a los imbéciles que las mostraban, a los canallas por su ralea y a los amantes desabridos de suma vileza, a los oportunistas y a los lisonjeros, a los que nacían con estrella y a los estrellados, a los usurpadores en prácticas y a sus experimentadas víctimas, a los simples y a los cerebrales que son dos veces más simples con su manía de ocultarlo.

Ante un panorama ordenado de forma tan realista, no había sitio para principios ni sentimientos absolutos. Una mujer *mujer*, como ella aspiraba a ser, lo sabía bien. Pero había lagunas, grietas en el terreno o en una pared, una repentina interrupción de

²⁶ Se refiere a la transición democrática griega que tuvo lugar tras la caída de la dictadura de la Junta Militar (1967-1974).

la corriente, que paradójicamente se prolongaba más allá de la media hora normal, y sobre todo, estos inesperados desprendimientos en las relaciones que unían a los pillos con los inocentones o a los excelentes jactanciosos con los mediocres que se enorgullecen sin pudor y hacen tambalearse sus combinaciones en apariencia imperturbables. La certeza se tambaleaba y cada cual a su manera buscaba como un loco una base estable, de acero o de cemento a ser posible. Y no había más que hablar, todas las oraciones eran pocas. Lo que hacía falta eran reflexiones y movimientos cuidadosos que arrojaran de una vez la inseguridad que habían criado como cuervos, generación tras generación, al calor de su regazo. Todos estaban decididos a intentarlo, como las fuerzas de emergencia que se apresuran en momentos de peligro.

Entonces se encontraba en su momento álgido. Vivía como si formara parte de una expedición para salvar un mundo que ella creía que podía volverse a construir desde el principio, cuando todos creían, aunque no se lo dijeran, que se engañaba tristemente.

9

En el cénit de la revolución sexual, cuando todos disfrutaban del desnudo y del chirriar de la cama, absorbidos por el entusiasmo que provocaba el lema *desatad los yugos, los yugos desatad*, nadie vio venir el cansancio.

A pesar de la euforia y de los banquetes que les procuraba la liberación de la moral, sus compañeros y sus amigos seguían molestándose con cuantas mujeres se rompían la cabeza por su época y por las vueltas que da la vida. Les bastaba contemplar un pecho esbozado bajo la camiseta para encender su interés, todo

lo demás, los obstáculos de la vida en la ciudad, la angustia existencial y las teorías que enmendarían un sistema lleno de imperfecciones quedaban en segundo plano. Aunque no quedaran en segundo plano, esto no era una cuestión que atañera al grupo, sino a grupos cerrados que más tarde dejarían de lado los temas existenciales para centrarse exclusivamente en las cuestiones de partido y en la revolución. Si era chica quien andaba removiendo tales cuestiones y a menudo en el momento más inoportuno, un escalofrío helado les quitaba las ganas. Allí donde el aire no olierá a vagina se paraba todo, se quedaban de piedra, hacían en secreto un giro de ciento ochenta grados, alguien daba la señal de retirada y su grupo de amigos volvía a ser masculino.

Ante este cambio repentino en el ambiente, que helaba el deseo y secaba los ojos, las chicas se aterraron. Había llegado el momento de que las dejaran tranquilas. Entonces ellas ¿qué harían? Sin chicos el mundo era más pobre, y cuanto más lo pensaban, más dispuestas estaban a quitarse los vaqueros en medio de la cafetería, a quitarse sus camisetas de algodón y a quedarse desnudas para deslumbrarlos. En menos de un minuto, todos los chicos regresarían, los ojos volverían a humedecerse y su corazón se repondría del susto y volvería allí donde el calor de una caricia deshacía el seso y lo vaciaba de preocupaciones, estudios e ideologías.

Dorotea se hacía más dura. Su testarudez no traía más que dolores de cabeza al grupo. Sin ser fea, se comportaba con absoluta indiferencia hacia su belleza. Cuando hablaba los ojos se le hacían aún más grandes, como si quisieran transmitirles la fiebre que producen terribles secretos a punto de desvelarse. Se olvidaba de sus ganas de bromear, de los chistes y de los flirteos y contestaba a

los comentarios y a las guasas con las que intentaban vencer la resistencia de las chicas. Entonces, se hacía realmente insoportable. Las otras la preferían, aunque no les hablara y se desentendiera de lo que pasaba en el grupo.

Casi pedían que apareciera algún buen cristiano que la conquistara para que bajara la guardia y perteneciera a alguien de una vez y no se metiera en las conquistas de las demás. Aunque tenía uno de los mejores culos de la promoción, algo había en su comportamiento que hacía que a nadie le fuera posible imaginarla con los pantalones bajados. En realidad, ellos eran los caballeros y ella tenía que ser una de las dueñas de sus pensamientos. Sin embargo, se metía donde no la llamaban, estropeaba el ambiente que creaba el tonto que mostraban con orgullo las chicas para quitar el miedo a sus conquistadores.

10

A ella le caían bien, los comprendía, se enamoraba de cuantos no tenían aires de amo y señor, sino de dandi y de embustero que se lanza a las calles a vivir aventuras, que ahoga sus penas en vino y combate el sueño con tres o cuatro noches en vela. Sin embargo, le resultaba imposible serles condescendiente.

Se reía de los cuentos que se contaban para despertar el interés de los demás, tanto de hombres como de mujeres, y respondía con sus propios cuentos que les quitaban las ganas de seguir con la conquista.

No se tomaba a nadie en serio. «Caballeros y polígamos, no puede ser» les gritaba muerta de risa. Y ellos se hacían un lío y no podían decidir cuál de los dos preferían. Tal vez querían ambas

cosas, para que las dueñas de sus pensamientos se multiplicaran y no sufrir así por una sola, sino por dos o tres al mismo tiempo. De un modo extraño, se multiplicaban también sus puntos de vista y creían esto y lo de más allá, en una múltiple unión de contradicciones de una maestría sorprendente. Se acabó, en su manía por que no se les escapara nada, porque lo querían todo: la sobriedad y la comodidad, el margen y el éxito, se movían continuamente de un punto de vista al otro, como si anduvieran siempre en busca de la perspectiva adecuada. ¿Cómo iba a tomarlos en serio?

En momentos de entusiasmo, cuando los vinos de resina o la voz de Esquenazi²⁷ o de Joan Báez tropezaban con su nuca como el sudor o la frescura en la calima, sus amigas se volvían almas gemelas y después volvían a su caparazón.

Por este cambio de paisaje, que de familiar pasaba a ser extraño y viceversa, aprendieron a limitar el uso del término a su forma adverbial, *absolutamente*, indiferentes a las reservas y las recomendaciones de los filósofos del pasado y seguro que de los del futuro.

«Porque no olvides, Dorotea» le decía su amiga Eufemia en un delirio que podía durar hasta cincuenta minutos sin pausa «que incluso a ellos los puede arrastrar a pequeñas alegrías o a pequeñas penas, a arrebatos de deseo que se desvanecen antes de que llegue a cerrarse el ciclo que hace al mismo tiempo el placer del amor y su destrucción».

²⁷ Rosa Eskenazi (1890-1980) fue una célebre cantante griega de Rembético que poseía una voz y un estilo único en su género.

Eufemia era la única que comprendía el valor de una disposición absoluta, pero de un modo extraño, resultaba insoportable hasta para aquella idealista no declarada, cuando con tesón y fanatismo apoyó el amor, el amor absoluto, tal como lo expresó y lo escribió el Apóstol San Pablo en su célebre epístola; Eufemia, que era igual de cautelosa, estuvo de acuerdo con esta interpretación, pero para el resto de las chicas fue indiferente. Este amor tenía Eufemia en la mente cuando, al marcharse Thanasis, ella se encerró en su habitación durante un año y no asomó ni a la puerta de la cocina. Su madre lloraba al teléfono “¿Qué vamos a hacer con ella? Venid a hacerle compañía, mi Eufemia ha enloquecido, no come, no habla y a veces delira”.

Aunque no lo reconocieran, todas leían libros y revistas literarias, todas soportaban la poligamia que imponían los tiempos, los reparos éticos, la resistencia, así como la necesidad de la dedicación, que raramente confundían con la necesidad de la entrega, era todo ello síntomas de melancolía compulsiva y lo conjuraban. Sin embargo, en el fondo, el matrimonio era el puerto que su mente elegía para arribar. Y lo elegía porque, en realidad, no era un puerto sino un punto de partida, ya que esta idea, principio y fin a la vez, era algo parecido a la espada y al escudo cuya voluntad belicosa aseguraba su supervivencia.

11

Porque el matrimonio no era sólo la unión que promete el amor, sino la unión institucionalizada que les daba la fuerza, como les enseñaban los manuales de la escuela. Era la solución mágica para igualarse a sus muchos desconocidos que llevaban la misma

vida. O mejor dicho, era el perfecto (perfecto, por decirlo de algún modo, dirían si les preguntaras) teorema ante el cual palidecía hasta el de Pitágoras. Podía revocar la exclusión con la que la sociedad reivindicaba a los meticulosos, a los maniáticos, a los peculiares, y garantizaba, al mismo tiempo, la redistribución de los ingresos y de las cargas. Garantizaba también esa dulce certeza de que no pasarían sus vidas solas, completamente solas entre compañías femeninas cuando envejecieran y sus hijos se fueran corriendo, hartos de boquerones y vino de resina, de amantes o de los nuevos cónyuges en la familia. Era también el permiso para la vida social, las invitaciones, las parejas de amigos, las excursiones en grupo, que podrían continuar durante toda la vida. Una mujer sola o una mujer abandonada era la marca de una vida de pena y dolor. Iba a darse directamente de morros. Más de quince años después no tenían ya ni la menor duda de la incapacidad de su mente para las matemáticas, no tanto en el álgebra como en la trigonometría. Porque sin un sitio donde estar, ¿para qué quieres los símbolos?

V
La fotografía

1

A veces envidio a quien es capaz de expresar lo que ve y lo que piensa con una máquina de fotos. En este caso, sin embargo, en que el rostro se pierde tras la mueca, el fotógrafo se encogería de hombros. Es preciso dar algunas explicaciones al lector.

Es posible que escogiera el personaje del caballero femenino por tontería, idiotez, sandez, necedad o por cualquier otra cosa que pueda suponerse contraria a la inteligencia, pero no por vicio. Las decepciones que Dorotea sufrió en el amor, en la amistad y en el trabajo, por la endiablada competitividad que implican estos frentes, cada uno con sus exigencias y sus mecanismos, la condujeron a esta reacción.

Sin embargo, lo que se ingenió no era tanto una ideología como una postura ante las cosas y ante los demás. Era absolutamente necesario poner límite al sinsentido y a la vileza de las relaciones. Como si fuera el único modo de que no muriera de asfixia una persona que era, cierto es, demasiado sensible. Así pues, consideró que, si quería salvarse de los envenenados sentimientos que le provocaba el toma y daca con su entorno, tenía que convertirse en una mujer-caballero.

Entonces se dio cuenta de que su nombre, que de niña no soportaba, le venía como anillo al dedo, pues lo que deseaba era convertirse en un ser que transmitiera con una credibilidad absoluta

el deseo de existir como regalo. No era una labor sencilla pues, sin llegar a ser meticulosa, era un poco retorcida, un tanto chiflada, no recordaba precisamente a un hada bañada de luna, era tierna en su embeleso y peculiar en todos los aspectos. Tal vez en otra época habría querido que la llamaran doña Dorotea, pero el título de señora no aportaría nada a la contemplación de un regalo sorprendente, no tanto por la generosidad, como por el tino de quien hace el presente, al regalarnos justo lo que no teníamos y deseábamos más que nada.

Por supuesto, Dorotea no era el regalo de ningún dios, porque Dios, que sobrevivió gracias a las infracciones de la metafísica, nace con nosotros, se arrastra por las profundidades de nuestra existencia, examina el esfuerzo que hacemos por librarnos de la muerte, inminente en cualquier momento y, aunque por nuestras oraciones nos promete un buen resultado en todo aquello por lo que luchamos, porque suponemos que representa el espíritu del bien que es el demonio en nuestro interior; nosotros tenemos la valentía de olvidarlo en los malos momentos y de no pedirle explicaciones. Cuando, a pesar de sus promesas, todos nosotros lo hemos olvidado, evitamos proferir maldiciones e insultos contra él. Y aunque duerme en nuestro regazo, simulando que somos sus hijos, continuamos siendo personas.

2

Diré además que la figura del caballero femenino, cuya fantasía atormenta su mente (y la mía), no tiene nada que ver con las diosas antiguas, ni con Deméter, ni con Hera, y mucho menos con Afrodita, ni con Artemisa ni con Hestia, todas ellas personajes mitológicos

sin infancia, sin circunstancias responsables de su carácter (al contrario, su carácter es el que determina las situaciones), personajes, en definitiva, hechos y terminados desde el principio.

Si tuviera que dar al lector indicios para el reconocimiento, que despertaran sus ganas de remodelarla con sus propios medios, diría que el punto de referencia más acertado serían, tal vez, las heroínas míticas.

Me viene a la mente Ío, por ejemplo. Sin embargo, Ío sufrió mucho por hechos de los que ella no era responsable, sino los dioses y diosas que sienten envidia, sufren, se toman la libertad de intervenir en el sino de los mortales, sin necesidad de hacer algo por ganarse ese derecho. Los dioses y diosas, seres del mito antiguo, son personajes que ejercen sin piedad su autoridad sobre las desdichadas criaturas que el poeta, ya que es él quien mueve los hilos del mito, convierte en héroes y heroínas del drama. El sentido de lo justo que lo mueve a hacerlo equilibra la estructura de la narración mítica, que de otro modo quedaría peligrosamente oscura, y lo más importante, le corresponde con la inmortalidad que garantiza su trama a quienes actúan y a quienes sufren.

Sin embargo, al contrario que las heroínas mitológicas, la desconocida e insignificante Dorotea se niega a ejercer o a sufrir la autoridad de los demás, de modo que nadie era culpable de la mayoría de sus padecimientos.

En efecto, ella tenía más culpa que nadie, porque, aunque en su lista negra estaban escritos los cobardes que no tuvieron el valor de apartarse del camino señalado y ante la menor dificultad se apresuraban a conciliar lo que consideraban inconciliable, convirtiéndose así en embusteros, en una ralea que aborrecía,

como aborrece el diablo las oraciones, ella les permitía entrar y saquear. Les dejaba que le robaran sus libros, sus mecheros, sus vueltas y su mente. Si alguna vez con sus gestos daban la sensación de portarse de manera obscena sobre un cadáver que, aunque mudo e inmóvil, como todos los cadáveres, no se descompone, esto se debía a su superficialidad al pensar que, a pesar de las apariencias, no era la víctima que les hacía creer que era. Porque ella, una apasionada de la verdad, decía experimentar con los límites de la tolerancia y de la resistencia, cuando los demás medían sus movimientos al milímetro. A la menor oportunidad se lo decía a la cara, lo cual los sorprendía y los aterraba por unos momentos. Sólo cuando se reponían del susto, pues muy pronto se daban cuenta de que sus declaraciones no eran más que palabras, por divertirse con ella, le decían *me asustas*, uno detrás de otro, *me asustas*. Y como les creía, intentaba no asustarlos.

Y cuanto más lo intentaba más débil se mostraba. Sin embargo, resultó ser una ingenua al ignorar la fuerza que tiene o que encuentra el embustero para echar mano de la verdad donde y como la presiente. En este juego, el rival se queda sin fuerzas, porque su pasión por la verdad no tiene el encanto que ejerce el embustero con sus embustes. El encanto del otro lo desarma, de modo que, aunque no quiere entregarlo y se resiste, se ha convertido ya en un títere miserable en sus manos.

Como todos los apasionados de la verdad, flirteaba hasta la saciedad con embusteros de toda la vida. Estos seres, veletas declarados, se dejaban arrastrar sólo por aquello que se inventaban en cada ocasión. Decían que querían experimentar emociones que nada de lo que hay o tienen en realidad podía provocarles y que

eran desdichados por este defecto. Confiados en esta alegre charlatanería, moldeaban la realidad hasta tal punto, que ellos mismos se harían un lío si lo que se inventaban no los llenara de un increíble regocijo. Un regocijo tal y tan increíble que engaña al apasionado de la verdad y lo convence de que el engaño al que atribuimos la mentira no existe, sobre todo cuando ésta está bien planeada.

Es justo entonces cuando empieza la cuenta atrás. El fanático de la verdad se ve atrapado en la magia del juego que posee el embustero. Porque lo curioso es que tiene ambición de aprender, mientras que el embustero no conoce la curiosidad ni la inquietud. Posee sólo el sentido de la travesura y desde el momento en que se dispone a atrapar a su víctima, no vive sino para el juego al que juega con ella, para los sabotajes que le provoca, convencién-dola de que es su colaborador y no su rival.

De este modo, al contrario que el embustero que, gracias al ánimo con el que inventa sus embustes, no corre el riesgo de enloquecer, el apasionado de la verdad corre el riesgo de enloquecer realmente. Porque, si bien no pierde en ningún momento el hilo de la realidad cual si fuera la llave de su casa, doblándose por el peso de su presión, se deja llevar por el juego del embustero de inventar modos de derribar su puerta. Y así sucesivamente y cada vez de manera distinta.

3

De su experiencia con los embusteros aprendió muy tarde qué es un encuentro de mal agüero. La obligaban mediante a artimañas a resistirse continuamente y de ese modo terminó por rechazar cuanto quería decir o hacer y por perder su rumbo. La rabia que

experimentaba, cada vez que descubría las intrigas que tramaban contra ella, estimulaba al embustero en lugar de intimidarlo. Le daba todavía más ánimo para perfeccionar sus movimientos en un arte ante el que la maestría del sastre o del zapatero palidecía.

Cuando comprendió que la seriedad con la que enfrentaba la mentira hacía crecer la ligereza del embustero, se quedó de piedra. Entonces, aterrada, se vio obligada a contraatacar. Admitió que nada estimula tanto al embustero como el sentimiento de que ha logrado su objetivo a la perfección. Porque, en cuanto se convencen de que se han asegurado el permiso a jugar eternamente su juego, pierden las ganas y buscan otra víctima.

Así pues, un día tuvo que hacer como que se convencía de las mentiras en las que se veía envuelta, cometiendo su segundo error fatal. Porque, sin entrar en el campo del enemigo y haciendo acrobacias sobre la cuerda floja del simulacro, con el vértigo del vacío bajo sus pies, se volvió débil y pasiva.

Sin embargo, su error, por muy fatal que fuera, no era nada en comparación con su error anterior, hacer de su falaz rival su compañero. Incapaces de ayudarla a acabar con el terrible monstruo que eran sus cuentos e incapaz ella también, sin su colaboración, de llevar a cabo su hazaña, lo único que buscaba era que el seductor de turno que elegía por compañero y que terminaba revelándose como su enemigo la dejara en paz de una vez.

Sólo Dios sabe lo que sufrió viviendo entre cobardes que echaban a correr en cuanto se daban cuenta de que el monstruo al que los habían mandado a matar rugía en las mazmorras que les habían cedido. Fingiendo que no aguantaban más el rugido, se iban de allí utilizando el hilo que les ofrecía para salir del laberinto de

su mente. No hacía falta ni siquiera incumplir promesa alguna ni cambiar las velas negras del barco. El duelo que provocaban al familiar, amigo o compañero que creyó en su muerte no había sido un descuido suyo, eso decían, y era la única vez que no mentían.

Porque a menudo la pérdida de tales seductores es un augurio terrible para sus allegados. Los que sollozan por su supuesta muerte son víctimas del hechizo con el que los embaucaban en un juego fatuo que se tomaron en serio los muy imbéciles.

Tantas veces como fue víctima de estas criaturas nefastas, tuvo que fingir que ella era una criatura falta de espíritu, prácticamente un cadáver, sin la menor intención de ser resucitado. Lo que urgía entonces era convencer al embustero de que la abandonara, cada vez en un rincón, en el mismo lugar y con el mismo deseo inextinguible de que llegara una criatura casi divina a encerrarla en su abrazo y a templarla con el calor de un fuego, ante cuya contemplación las hogueras del embustero de turno parecían la llama de un infiernillo.

Con esta extenuante resistencia y la mentira con la que invitaba al embustero a abandonarla, lograba encontrar por fin la calma. Aunque no se hizo fuerte, aprendió a no necesitar falsos milagros para creer en la verdad. Realmente, encontró la calma. El hecho de no haber sufrido igual que Ío lo debe a no ser creación de un poeta trágico de épocas antiguas, pero tampoco de un escritor engreído, de esos que crecen como champiñones hoy en día.

4

Me la imagino en la sala de lectura número 22 de la Facultad de Filosofía y Letras, con amores no confesados y no correspondidos, aun cuando se habían consumado completamente. Todavía

ahora la veo entrar distante en el edificio restaurado, en uno de los despachos que se tragaron el antiguo espacio de lectura. Cuantos echan una mirada parsimoniosa sobre ella afirman no entender a la primera qué quiere, ni a la décima aquello de lo que es capaz. Como si lo quisiera todo y no fuera capaz de nada.

Es natural. Después de tantas cosas que creía que merecía la pena perseguir o ser perseguida por ellas, la caza de brujas dejó su lugar a la caza de los perseguidos, de los izquierdistas primero, con los estandartes de su revolución puestos en sus cráneos, más tarde de los anarquistas, de los anarcoautónomos, de los marginados, ella también pedía un poco de espacio, un pretil de 60×60 metros cuadrados, donde pudiera moverse, bailar, descansar, conversar y pronunciar discursos cuando quisiera.

Pero ¿quién tiene ojos para ver y oídos para oír? ¿Quién la escucha? ¿Quien es escuchado? Nadie. Como si aquellos que hablan continuamente hubieran ensordecido, porque con los años, la caza de los fantasmas dejó lugar a la caza de los cargos, de los puestos, del prestigio que promete obediencia y dinero. Todo este disfraz aviva la charlatanería, que tiene como resultado lógico la sordera. Algunos de sus antiguos compañeros, que llegaron a ser importantes en el radio de su pequeño círculo, admiran sus propias publicaciones, propuestas y conferencias. Una pizca de mar que deja ver la ventana delantera de sus residencias de verano y sus dedos restallarán profundamente satisfechos. ¿Quién podría estar más harto de abundancia, en este instante feliz en que cae el sol en el trocito de mar que deja ver la vista de la ventana delantera? En ese preciso momento se pierden en el sueño de llegar a ser rectores o al menos vicerrectores, Presidentes de la República

o al menos diputados, consejeros del Primer Ministro o al menos del ministro y se sienten como si ya lo hubieran logrado.

Por supuesto, estaban también los otros, los héroes profesionales que por entonces, en los años 70, formaban grupos y grupúsculos para recalcar, en condiciones experimentales, su celo por la revolución. En sus encuentros con la asociación de arquitectos hablaban sin parar de la resistencia popular y de la lucha armada, mediante la que conquistarían el poder, contra la vorágine capitalista y la barbarie del imperialismo, con la que nadie disientía, solo que más allá de los asuntos políticos y eróticos, la lucha era igual de insidiosa, llena de antagonismo y de cuchilladas.

Otros, por su parte, en aquellos viejos tiempos, sin oficio o subempleados, pero nacidos con la estofa del tutor sindicalista, que tenían relaciones con algún alumno de Derecho o con alguna alumna de Medicina, que ampliaban el radio de su afán conquistador, preferían las reuniones en casas, donde, cuando terminaba la conversación basada en citas de los textos de Trotski, en referencias a los marxistas, en el conjuro de la mentalidad estalinista, la noche proseguía agradable con referencias de Dimos o de Loukás y de todos cuantos secundaban la literatura seria. *La montaña mágica* de Tomás Man o el *Fausto* de Goëthe, *Los Endemoniados*, y otras hazañas literarias eran la medida que subrayaba la santidad de su objetivo y compensaban su incapacidad de encarnar a los líderes que habrían de convencer a los demás.

Pero ahora que el tiempo ha logrado deshacer a estos supuestos héroes sin poner en su lugar antihéroes o ultrahéroes que podrían ayudarnos a expresar nuestro disgusto, los escritores hilan sombras cuando teclean sus palabras. En lugar de cincel, pincel,

espejos y lupas, utilizan rayos más fuertes que el láser para ilustrarlas, de modo que la narración se centra en sentimientos, reflexiones y reacciones internas en lugar de en los hechos.

De este modo, el lector de esos libros, escritos en el corte del hoy con el ayer y el mañana, se encuentra frente a oscuras sombras, unas veces exageradamente marcadas y otras perdidas en un fulgor que no permite distinguir demasiados matices. Él mismo tendrá que hacer algo con todas las ondas violetas y ultravioletas de que disponga su fantasía para reducir la fluidez de su contorno. El dar nombre y apellido a estas sombras no te salva. Por supuesto, el lector no tiene la culpa. Sin embargo, se confirma aquí el pensamiento de que para ser lector de literatura hoy en día, tienes que idolatrarla. Es decir, tienes que ser alguien que en sus más ocultos sueños se imagina que levanta su peso y le roba la fama a los clásicos, lo que le ha sucedido todos estos años a más de los que creemos.

5

Le sucedió también a Dorotea como a tantos otros que anhelaron un sitio en la historia de la literatura del país, y se quedaron a las puertas. El error de todos ellos fue que, si bien leían mucho, escribían poco y a su manera, como si no hubieran leído las obras maestras que adoraban. Pero si escribían poco y a su manera no era por arrogancia ni por pereza ni por pasividad ni por hacer gala de su osadía y de que no eran como hormigas. Lo que les hacía permanecer inactivos durante meses y lanzarse de pronto al asfalto de la escritura y por supuesto, estrellarse por el impulso excesivo que les impedía prestar atención a las señales, eran los

enredados sentimientos que les provocaban, en su confusión, el respeto por lo que leían en los libros de los clásicos y la decepción ante sus vidas, las vidas de los de al lado y la de los de enfrente. Esto los devoraba. Los demás, conservando su sangre fría y resueltos a destacar en esta carrera que exigía autocontención y no habilidad, en un continuo contacto con los literatos, con visitas a nuestros grandes poetas, con incomprensibles y logrados esfuerzos por editar revistas que les asegurarían el prestigio necesario para ascender o para enterrar a los que hacían su primera aparición o a los elevados, corrían impetuosos hacia el tercer nobel²⁸ que haría resplandecer de nuevo nuestro país.

Esta continua oscilación entre el respeto y el desaliento resultó ser una catapulta para los torpes y para los incontenibles, que caían en la escritura como en una fragua o en una guarida de leones. Esto destruyó su psiquismo y, justo en el momento en que estaban listos para saltar, con las alas que creían haber hecho surgir de sus hombros, se sentían máquinas voladoras incapaces de aterrizar. Un ruido atronador revolvió sus entrañas. Con el cinturón abrochado en su asiento, con papeles y tinta de imprimir ante ellos, la pantalla del ordenador encendida, aprietan el botón para abrir el programa. Todo está preparado para lanzarse al extremo del horizonte terrenal y, sin embargo, el paisaje que anhelaban disfrutar con la gracia de la expresión, cambia continuamente de lugar.

Este tipo de personas, y entre ellas Dorotea, hace tiempo que dejaron de experimentar el vértigo de la altura, porque no temen

²⁸ Son dos los poetas griegos que han recibido el premio Nobel de literatura, Yorgos Seferis en 1963 y Odysseas Elytis en 1979. De ahí que se haga referencia al tercer Nobel.

caer al centro de la tierra, están dispuestos a darlo todo por ese viaje, a ser incluso pasto de las llamas, sacrificando por él todo cuanto tienen y todo lo que son.

Y cuando están listos para hacer todo esto, entra en escena un sentimiento de asco que los paraliza. Los traslada al futuro. Ya se verá mañana, como comentaba irónicamente la tía Alikei, cuando dejaba su exposición a medias y corría a encerrarse en la habitación de Argirí o en el baño.

Eran varias las circunstancias que les impedían lanzarse a las entrañas de la tierra o al universo infinito. Principalmente, el asco que sentían por el régimen de complicidad instaurado entre los gobernantes que dominó, con todas la apreturas que impuso a quienes se quedan fuera del lecho nupcial y esperan su turno para coger el mendrugo que les corresponde, pero también la terrible soledad que amenaza a cuantos dudan si ponerse a la cola, aterrorizados por el irrefrenable alboroto y la incomprensión que hace crecer su claustrofobia. El hecho de que nadie consienta en dejarles un mensaje (*por favor dejen un mensaje*, repite después de muchos años el contestador, tan bajo y tan lento que la petición parece más bien en ruego). Aunque sienten continuamente el peligro de lanzarse a la oscuridad del infinito, no han experimentado ni una sola vez, ni un solo instante, el vértigo que provoca este peligro al hacerse real.

Esta gente se mueve para vivir con la cabeza agachada y los pies en alto como si estuvieran en una nave espacial en el instante del lanzamiento. El horizonte terrestre de cielo azul ha desaparecido. Arriba y abajo, cerca y lejos ya no valen o más bien, abajo se convierte en arriba y cerca en lejos. De ese modo, exceptuando

los fantasmas que propicia esta incómoda postura, no ven ni oyen más que los latidos de su corazón. Sin embargo, bajo la pesada escafandra que llevan, hasta estos indiscutibles sonidos se vuelven insonoros.

Dicen de estas personas que parecen aviones o helicópteros sin sistema de aterrizaje y, como es lógico, tampoco de despegue, o un Dos caballos con el motor de un Rolls Roys cuyo chasis y carrocería se hacen mil pedazos nada más ponerlo en marcha. En definitiva, dicen de esa gente que son como las promesas incumplidas y que no hay que tomarlas demasiado en serio.

6

Ella, sin ser ni Artemis ni Ió, aspiraba a convertirse en un Don Quijote femenino con la intención de rendir homenaje a los desgarrados valores que su figura desvencijada simboliza. ¡Y he aquí el inesperado milagro! Gracias a la torpeza redentora de sus hazañas, los destruye. Lo que consigue de este modo sólo podría calificarse como factible. Las carcajadas que provocan sus meteduras de pata y sus desaciertos renuevan a la gente que la rodea, que se relaja y ve las cosas con otros ojos. Pero ¿acaso podía hacer otra cosa?

Al contrario que muchos hombres que escribieron la historia de caballeros, piratas, bandoleros o espías, del canalla, el chulo o el dandi y luego la dejaron atrás, las mujeres, quitando algunas brillantes excepciones, nunca hicieron el esfuerzo de exigir estas metamorfosis. Y aunque lo hubieran querido, no se sabe si habrían sacrificado por ellas su inclinación al romance que cultivaron en el tumulto de su sentimentalismo.

Esto es lo que le habría ocurrido a Dorotea si hubiera tomado las medidas necesarias para ser feliz en su matrimonio y en su trabajo. Si todo le hubiera venido rodado, si su madre no la hubiera convertido en una máquina de rendimiento de trabajo y hubiera hablado más con ella en lugar de ordenar, si las personas que eligió o la eligieron para compartir con ella amistad, colaboración o amores, hubieran soportado la verdad un poco más, si las ocultas intenciones y los pensamientos mudos hubieran sido hechos y palabras, su relación con la realidad de la vida habría sido tal vez menos desastrosa. Esto no ocurrió, porque, siempre embelesada y distraída, creía en lo imposible. Allí donde las posibilidades eran escasas, allí estaba Dorotea buscando las ascuas para jugar con el fuego. Inflexible y rígida como era, no se daba cuenta de que el tiempo corría aunque pareciera parado.

Sin embargo, ese bicho raro que había tomado un rumbo equivocado, en lugar de regresar al punto de partida para coger, aunque fuera tarde, el camino correcto, ya que más vale tarde que nunca, se metió, sin que nadie se lo esperase, en una alegoría que la convirtió en máscara y en reliquia. Lo que ocurrió aquella tarde helada, cuando por un minuto perdió el tren París-Madrid y todo se quedó igual que antes de poner los pies en el andén y todo lo que vino después fue un intento desesperado por hacer ver que los errores que había cometido no eran tales. Aunque hubiera encontrado al hombre que habría de hacerla feliz, ella habría sopeado la felicidad y habría encontrado que era un sentimiento pasajero e incompleto en comparación con la esencia que emanaba de la ley-catapulta de su propia vida. Defendía que nada resulta necio o desacertado si tienes las agallas de insistir en lo que la realidad presenta como tontas o erradas.

Mientras Alonso la esperaba en vano durante horas en el andén de la estación de Zaragoza, calentándose los dedos congelados, hasta las dos de la mañana, en que seguía en el andén porque era incapaz de pensar qué otra cosa hacer, Dorotea se aferraba a su decisión de continuar insistiendo en aquello que había hecho siempre, a pesar de las pérdidas y las catástrofes que provocaba este comportamiento. A Memos no lo habría abandonado, ni aunque le hubiera aparecido un cáncer a causa de su pertinaz egolatría. Así, la cadena de transformaciones que tuvo que sufrir para seguir siendo ella misma, conforma, repito, el historial de un Don Quijote femenino sobre su caballo de madera, con un escudero inexistente y mudo y aventuras sin aventura. Sólo desaciertos, malentendidos, pérdidas y sanciones.

7

Es evidente, estimado lector, que incluso hoy en día el ser mujer te hace estar fuera de sí. Sabes que, desde el momento en que nace una mujer *mujer* y todos se toman en serio por ella este desgraciado incidente, se ve obligada a “rehusar” las acciones de los hombres sólo con la sumisión y, cuando se rebela, con la imitación. Antes de darse cuenta, se convierte, en ambos casos, en aquello que refleja la serena mirada de un hombre cansado de guerras, harto de fatigas, satisfecho por el desenlace de las batallas victoriosas.

Para Dorotea, el único modo de escapar de la sumisión y de la imitación era rastrear los recuerdos de su infancia para encontrar el camino, como si fueran las piedras que iba dejando tras de sí Pulgarcito bajo la amenaza del dragón y del peligro. Claro que los Pulgarcitos modernos ingenian estas soluciones, tan sólo para librarse del letargo que arrastra consigo la madurez, cuando hasta

lo posible parece imposible. Sin embargo, por mucho que el letargo propicie las huídas falsas, creía –y tal vez esto no te lo ibas a imaginar– que evocando los recuerdos de la niña que fue para no convertirse en una mujer sumisa o en una marimacho, podía manejar su niñez y controlarla, no sólo para no resultar perjudicada, sino también para protegerse de las estúpidas limitaciones que imponen cuantos ya habían perdido su niñez irremediamente. Así pues, cayó en la trampa que se tienden a sí mismos quienes, presionados por las cosas, calculan a grosso modo dónde pueden apoyarse y dónde no, sopesando los innumerables pros y contras. Porque me imagino que estarás de acuerdo en que este es un modo de crecer sin querer crecer, un método seguro para que te tomen en serio.

Tampoco la había atontado una adolescencia retrasada y retardada. A su edad estaba ya en disposición de conocer sus limitaciones sin sentirse acabada, de poner una medida hasta en sus más íntimos deseos, sin rechazarlos, ya que, después de los padecimientos y las lecciones propias o de otros a quienes había conmovido o molestado en su vida, logró algo realmente muy difícil: envolver hasta las más inquebrantables certezas que engendran nuestros deseos en un sentimiento indefinido que supera su ilógica lógica y los hace contenerse.

Habiendo pasado por hierro y fuego para desviarse de su vocación –cosa que no es fácil cuando se es mujer– con el tiempo adoptó unos principios que, si bien como es lógico, no le procuraron dinero, ni amistades, ni relaciones, ni más de un matrimonio, ni prestigio, ni responsabilidades, tampoco fueron los que le negaron todo esto.

El hecho de quedarse con una renta media, escasos conocidos y aún menos amigos, con un matrimonio naufragado que milagrosamente no se repitió, anónima y olvidada (sólo yo me ocupé de ella) se debía seguramente a una serie de circunstancias, casualidades y coincidencias. Sus elecciones y sus decisiones no determinaron demasiado estos giros de la vida, eso creía ella y en parte tenía razón. Nadie elige por voluntad propia su desgracia ni su miseria. Al contrario, y esto lo sabe todo el mundo, somos en gran medida nosotros y la suerte los responsables de nuestra felicidad.

Esto lo digo para que nadie vaya a pensar que fue víctima de alguna ideología concreta como ésas que encuentran terreno propicio y brotan en la familia, en la educación y en la política. A este respecto, como había ejercitado su entendimiento, aprendió a distinguir lo que prometían y lo que racionalizaban las ideologías y sorteó estas trampas.

Hasta la persona más simple puede discernir las posibilidades que tuvo de convertirse en algo distinto de lo que es con la intervención de estos mecanismos. Como podría también, bastaba con desearlo, oponiendo resistencia contra su funcionamiento arrasador, distinguir lo que había sucedido de lo que no. Una gran parte de la amargura y la envidia que reducen a la mayoría de la gente a harapos, se desvanecería. Entonces, ¿por qué no Dorotea, que no creía ni buscaba la sencillez de opinión o de ética? Simplemente, era y continuaba siendo una incorregible adoradora de las ideas.

Pero ojo, no te apresures a concluir que esto último lo dice todo y que yo complico hasta lo más simple haciéndote perder el tiempo, que a nadie le sobra. Insisto, las ideas que unos adoran como si fueran llovidas del cielo y otros combaten como si fueran el propio

diablo, merecen ser tomadas en serio, como los peces en las redes, las espigas antes de la siega o las estrellas que alumbran la noche, aunque no las alcances jamás. Quiero decir que las ideas nos alimentan y nos iluminan aunque sea en oscuras épocas de ayuno como la nuestra.

8

Si ahora no entro en detalles y evito narrar los pormenores de su vida, no es porque subestime la fuerza que posee la narrativa para recrear vidas más determinadas por las cosas y los hechos que por las ideas y las palabras.

Lo evito porque en el caso de esta mujer (y esto le ocurre a más de los que pensamos) se ha dado énfasis en lo que quería ser y tener y no en lo que era o había logrado obtener en unas circunstancias determinadas. Para este tipo de criaturas, de las que bien podría decirse que se dan muchos aires, ni siquiera los hechos que podrían repercutir de manera fatal en su desenlace, tienen la fuerza de beneficiarlos y los cambian provocando fisuras y cortes en su interior. Son incorregibles. Continúan creyendo, recreándose, deseando ser algo distinto de lo que son y tener algo distinto a lo que tienen, cuando los gestos, el comportamiento y, por supuesto, el modo de obrar, demuestran que no es fácil que lo logren.

De este modo, su vida se aleja de los hechos. Se convierte en objeto de un registro interior que condena a todo aquel que trata de recorrer un paisaje inapreciable que cambia continuamente antes de darle tiempo a retenerlo con una exactitud mínima. Es como si quisieras decir con palabras lo que ocurre en los brevísimos instantes en los que el tiempo atraviesa nuestra conciencia y

naturalmente erras, porque el tiempo, que fluye unas veces vertiginosamente y otras con una lentitud mortal, lo sitúa todo en un lugar inalcanzable y microscópico (así de efímero es) o allá donde la vista no alcanza y lo hace tremendamente pesado (tal es la pasividad que se apodera de ello). Esto lo consiguieron, sin conducirse a un atolladero, algunos grandes escritores que aceleran o deceleran en el momento justo y nos narran los hechos internos justo en el instante en que tienen lugar. Esto es lo que hacen Musil en sus registros épicos, Ítalo Calvino en sus pequeñas historias, Thomas Bernhard en su autobiografía o incluso Peter Handke en sus crónicas noveladas.

En nuestra historia es necesario transmitir la magnitud de la traición que volvió a experimentar, con motivo de la fotografía que se sacó unos meses después de separarse de Memos. Con su pose quiso plasmar en el papel, no tanto su ropa, su espacio o sus gafas nuevas (que por otro lado no lleva en la fotografía), como el caballero femenino que se esforzaba por encarnar. Dejemos al fotógrafo, que no es responsable del fiasco. El único autor y testigo al mismo tiempo de su fracasado intento de inmortalizar su empresa en un retrato era su mirada que, en lugar de expresar su locura, la satirizaba.

Es verdad que desde que tuvo la brillante idea de comportarse como un caballero, lo que perseguía con su comportamiento difícilmente podría advertirlo un ojo indiferente, poco perspicaz y sin experiencia y si lo lograba, lo consideraría ardid de un talante vanidoso. Sin embargo, tal conclusión es apresurada y arbitraria y espero que el lector haga el esfuerzo de comprender por qué.

Lo ayudaría si dijera que lo que perseguía, sin ser del todo absurdo, era exagerado, porque, ¿a qué receptor estaba destinada esa perfecta exactitud de la expresión que perseguía y para expresar qué y con qué medios? Incluso en el caso de que hubiera algún receptor concreto, la sospecha de que aquella mujer adolecía de un narcisismo irremediable no podía desaparecer.

Ella, si le preguntaran, insistiría, claro está, en que su intención era expresar sus valoraciones de las cosas y que lo que le dictaban hacer y creer no era la vanidad. Precisamente por eso no sucumbiría a las presiones cotidianas que la instaban a cambiar de comportamiento. Al contrario, las numerosas oportunidades de renunciar a su tormento eran algo así como la pena que tenía que sufrir para demostrar que estaba realmente decidida a insistir. Mejor dicho, era algo así como la tentación que acecha con una manzana en la mano, la manzana de la felicidad que amenaza casi a diario a las mujeres y las saca de la órbita de su pesimismo natural.

Ella, sin embargo, resistía la tentación de la felicidad y se entregaba a la tentación de la gracia. En esos momentos, aún antes de obtenerla, se sentía dueña de una inmensa riqueza que sólo las musas pueden conceder, en horas de impasible alegría o de impasible tristeza. No es fácil de imaginar, a menos que se trate una vez más de un escritor que se empeña en hacer bien su trabajo, desde el momento en que tomó la decisión de no contar cuentos. Porque podría convertirse en la mosca pegada al cristal de la ventana o en la gata que se sienta junto a él, mientras espera tranquilamente a que se abra el programa del ordenador para narrar las historias que ha concebido. Pero en lugar de inventar ficciones que agraden al lector a partir de elementos reales, se pone a narrar todo cuanto

atormenta a su héroe, impresiones y fantasías a las que ruega que le hagan el favor de expresar fielmente su propia historia real.

Él sabe bien qué es la gracia y el don. Sabe bien qué férrea disciplina y al mismo tiempo qué desaforada libertad exigen estas cualidades. La prueba es que les han sido concedidas a muy pocos. Además, sin ignorar los juegos a los que juegan las palabras, intenta refrenar sus ganas de jugar con ellas. Aun cuando parece que se ha dejado arrastrar hasta su abismal locura por las palabras, lo que hace en realidad es regularlas en base a las normas que determinan las relaciones de su héroe con el resto de personas, animales, ideas o cosas. Porque cree que podemos jugar cuanto queramos con las palabras pero no con las personas, las plantas o las cosas y las ideas que se les atribuye, por mucho que se hayan rendido ante nosotros y por mucho que nos dejen dirigirlos.

9

Así, sus intentos, la mayoría de ellos fracasados, por que le fuera dada la gracia de encarnar la caballería nunca le provocaron esa decepción que invade a muchas mujeres en cuanto sospechan que, para mantenerse en la piel de su género y no las tomen por hombres, tienen que ceder. Por otro lado, Dorotea había cedido mucho. Sin embargo, persiguiendo la gracia y el don, escapó a este tipo de decepción que la habría obligado a seguir el sendero de la sumisión o el de la imitación, en el que dominan el espíritu práctico, el tino y la eficacia.

Encantada de vivir sus pasiones como en una vigilia, satisfecha de luchar por cumplir sus deseos como y cuanto pudiera, feliz de no ser indiferente a su época, en dos palabras, asombrada de

poder pensar, de resistirse, a su manera, y al mismo tiempo de disfrutar del día a día, mantenía una conciencia ni desgraciada ni mala. Decimos que se carece de una conciencia desgraciada o mala cuando no se pasa las noches en vela sólo a causa del insomnio ni se duerme sólo por ahogar en el sueño su ánimo soñoliento.

Si no plasmara una estúpida sonrisa en el papel cada vez que se sacaba una fotografía, Dorotea podría estar tranquila con las tormentas y con la calma total que experimentaba en su vida, aun cuando ella misma las provocaba en parte o, mejor dicho, no hacía las maniobras adecuadas para evitarlas.

Esta sonrisa estúpida, que confundiría a todo aquel que la conociera por correspondencia, era una cuchillada en su corazón. Después de tantos intentos por presentar a una persona apasionada pero serena, ardiente y al mismo tiempo reflexiva, la imagen que daba -la de una criatura entregada a la mirada indiscreta de la cámara- era como un revés, como una traición, mientras ella continuaba buscando su anhelado continente, donde pasión y conocimiento, brotarían en un fuerte abrazo, cosa que no lograron jamás los rosales y las ortigas de los jardines de los dos hemisferios de la tierra.

Pero aun si alguien la conociera en persona, seguiría sintiendo confusión, porque Dorotea encontraba el modo de hacer aparecer en su vida diaria la misma sonrisa que ponía en las fotografías. La mirada extraña de la cámara, como la morada inhóspita del vecino, plasmaba cosas prosaicas mucho más mediocres de lo que desearía o se atrevería a soñar para sí misma.

¿Qué soñaba? Ni mucho ni poco, soñaba una mirada profunda, reflexión, gestos mesurados, un paso que no se arrastrara ni tropezara, una voz firme en todos los estadios de los sentimientos, ni una sola pregunta vana o inútil, comentarios que superaran los hechos, respuestas sopesadas y satisfactorias, humor, pero rara vez burlas, severidad en la medida justa y tan cuidada que resultara tierna, pensamientos sin presupuestos, juicios innovadores pero sin malicia, la verdad por encima de la belleza, pero consagrada a su curación, el ser y el no ser en un perfecto juego de derrocamientos y equilibrios, todo esto era lo que tenía en la mente cuando luchaba por crear un personaje para su persona.

Por supuesto, todo esto se hizo más sistemático al querer convertirse en un ser al que no afectaran los golpes, al que estrujaran y no se estruja, al que presionaran para que se doble y se resintiera, pero hiciera cuanto pudiera por no doblarse. Sin embargo, esa sonrisa, buena y boba más que endiablada o chispeante, franca, casi simple, seguía atrapada en la perplejidad y en la cobardía, en el sentido de la medida y en el deseo de exageración, en el sentido de las proyecciones que se hace recóndito y obstaculiza así su esencia más profunda. Todo cuanto anida tras las superficies.

El conocimiento del insondable fondo de la ignorancia, la indiferencia por el efecto corrosivo de lo vano y la búsqueda, casi siempre tormentosa y desesperada, de una libertad que resulta imposible concebir, descubrir, diseñar, realizar y hacer objeto de la narrativa, de las ilusiones o de las fantasías y, sin embargo, imposible de refutar o de olvidar, de ensombrecer, de censurar, de ofender en algún artículo o gaceta dominical, de abolirse por ley

o de ser el tema de una polémica rudimentaria y persuasiva, o – cosa que simplificaría la situación- de perderse, de desaparecer de su campo semántico e imaginario. Todo esto la hizo enfrentarse a su gran contradicción: moverse con los iones de una materia que reflejaba y desprendía ondas electromagnéticas o con los de una materia que no desprendía nada, una materia que aspiraba la luz como una aspiradora, sin dejar ni rastro y que, sin embargo, estaba presente y alguien debió de suponer que estaba allí. Al ver la oscuridad con la ayuda de la oscuridad, debió de sentirla por la hipermovilidad que desarrolla aun cuando no posee masa, ni cuerpo, ni miembros, ni cerebro, ni tiene necesidad de comunicarse, de interactuar o de negociar. Además, tubo que encontrar palabras para expresarla y para describirla, palabras dichas y escuchadas por primera vez, palabras inconcebibles.

11

Esta materia oscura que se enreda a sus pies y hace a su alma confundirse, perder la coherencia con la que visten sus pensamientos y que acentúan su desventura, justo en el momento de un repentino y feliz bienestar, esa materia oscura que hiela su risa, que hace su humor templado, negra su ironía, tullidas sus pasiones, que se tornan desatinadas, esa materia oscura que es fría y no lo es, porque la protege de la apatía, aun cuando cree que se ha entregado a ella, esa materia oscura con tantos axion que deja traspasar sus inclinaciones y sus posturas cada vez que siente que se adormece, que se mece en el letargo, que se enamora, que alcanza y hace alcanzar el orgasmo, que se muere por una despreocupación mortal, cuando siente que es obstaculizada por una mano invisible, que se

muere por mentiras y que le quita la misma pinza que le coge el corazón como un gancho de bronce y lo cierra por todas partes para compadecerlo, esa materia oscura en el fondo de su neurosis y de su psicosis, instigadora del delirius tremens que le venía a temporadas como a otros la fiebre de la gripe, de la tuberculosis o de las infecciones, esa materia oscura que la lleva al borde de la sabiduría para hacerla parecer idiota, para hacerla parecer poco honda en las profundidades, pusilánime en el límite de su aguante, mediocre en el fondo de su fantasía y embustera y mentirosa en el momento de la verdad, esta materia oscura adorada por los románticos y odiada por los realistas, perseguida por los racionalistas en una busca y captura sin precedente y causa de la persecución de los anarquistas, esa materia oscura a la que artistas y magos hacen sacrificios para que los convierta en canallas, farsantes e indigentes, esa materia oscura que engendra al pre-dios, al dios del amor, al omnipresente y después lo deshace como si nada, esa materia oscura que se mete en la vanidad de su sonrisa reflexiva para hacerla estúpida, volvió a plasmarla en la fotografía que se tomó para recordar cómo era el 15 de abril de 1987. Habría sido un día habitual, como todos los que siguieron al divorcio, si no hubiera decidido pasar sin más dilación por el fotógrafo para inmortalizar aquel preciso momento, antes de que lo arrasara el implacable paso del tiempo.

12

Dos días después, cuando la sacó del sobre y se puso las gafas para que no se le escapara ningún detalle de los que había plasmado, comprobó que la miraba sin verla, una criatura indefensa, expuesta y desprotegida, como si fuera presa de un

enemigo invisible que combatía con un humor contradictorio que oscilaba entre la alegría y la tristeza.

Aquella estúpida sonrisa reflejaba una rudimentaria disolución de su semajanza con muchos desconocidos y eso la aturdía. El enemigo era, por el momento, el fotógrafo y a continuación, todo aquel que mirara la fotografía. Su engañosa imagen era el detonante de la disputa. Las causas son confusas y oscuras. Aunque quería que lo que revelara la luz fuera un conjunto magnífico, más brillante que el sol, revelaba una figura borrosa. Una perplejidad abismal atravesaba su mirada y sus ojos se hacían redondos, profundos y oscuros. Diríase que un agujero negro en el centro de su mente, aspiraba y exhalaba lo denso y lo indeterminado de su mirada y la dejaba perpleja.

13

Aquí quedaría bien lo que escribió, ocho años más tarde, en las dos últimas páginas de su viejo cuaderno cuando leía el *Cielo abierto* de Paul Virilio.

...¿Cuáles son esas partículas que integran la masa oscura, la parte no luminosa del universo? Se tiende a pensar que los anillos oscuros de las galaxias están compuestos por partículas de supernova. Pueden encontrarse en la forma sólida de pequeños astros oscuros, pero esos cuerpos celestiales tal vez sean sólo una pequeña parte de esa materia oscura del universo. El resto de la oscuridad cósmica, que es tan grande que provoca la fantasía del científico, sería la masa ausente del tiempo. El tiempo cósmico escapa al límite de la velocidad de la luz, absoluto pero superado. Lo que se queda a la sombra de una aceleración que se limita a

300.000 kilómetros por segundo es la temporalidad del universo tiempo-luz que ilumina la creación pero es incapaz de iluminarse a sí mismo, ya que a causa de la limitada naturaleza de la velocidad de la luz, no podemos observarlo. En él se mueve el mundo universal, un mundo sin horizontes, sin peso y sin límite de velocidad que nos engaña con respecto a la naturaleza del espacio-tiempo entraterrestre. El tiempo-luz extraterrestre se ha tragado el espacio, el peso que esconde la densidad y su masa oscura. El resultado es la materia espaciotemporal, que se creó hace más de 15 billones de años y a partir de la cual surgió el hombre y el peso terrestre para inutilizar ahora las perspectivas geocéntricas y antropocéntricas que le atribuyeron y para desterrar al hombre que la había construido en el fotocentrismo del universo. El terrestre creador de las perspectivas geocéntricas y antropocéntricas, al no poder concebir el tiempo-luz en el cual se mueve el universo, se desintegra como se desintegra el campo de medida que creó para transmitirlo, en la época de la Ilustración. En este mundo infinito, que no tiene ya ni horizonte ni medida, cede también la realidad de los fenómenos naturales y su tiempo-flujo. El sentido de la realidad en la época de la velocidad de la luz, no tiene nada que ver con la que tenía en su mente Jean-Jaques Rousseau. Aquí no hay ríos, riachuelos, pájaros, Emilio, el Contrato Social, las travesuras de Diderot ni las maldades de Helvecio. El paisaje universal que se esfuerza en describir Paul Virilio se pulveriza a causa de la velocidad de la luz. Lo mismo que las palabras. El vértigo las mata.

VI El vagar

I

En la época de transparencia política que precedió a la caída del muro de Berlín, al fin de la URSS, a la guerra y la posterior disolución de Yugoslavia, como no tenía un sitio donde estar, porque desde hacía tiempo todo en su vida había pasado también al régimen de la transparencia y dibujaba el círculo de un deterioro fatal, una de las últimas tardes lluviosas de agosto tomó la decisión de marcharse lo más lejos posible. Por miedo a que su mente tomara al amanecer un rumbo contrario, a las tres de la madrugada bajó la maleta del desván, la arrastró hasta la habitación y puso algo de ropa de otoño, de invierno y de verano. Tiró cuantos papeles no tenían ningún sentido, *basta ya*, decía una y otra vez cerrando con llave sus cajones. Ya era hora de lanzarse más allá del radio que trazaba su vida.

La ciudad, que se volvía cada vez más asfixiante y provinciana, le recordaba a la ciudad de Anapli que abandonara Nicéforo Sgourós una mañana de otoño hacia 1290, para acudir a las aventuras a las que le llamaba su soñada Isabó²⁹. Al contrario que Sgourós, Dorotea no tenía ni espada ni corcel ni nodriza que agitará el blanco pañuelo de la despedida y llorara luego en él. Si bien sentía constantemente la llamada del amor, no tenía ya a nadie con

²⁹ Se hace referencia aquí la obra del novelista griego Petsalis...

quien soñar que mereciera los sacrificios que presagiaba su búsqueda. Llevaba desde abril pensando en Alonso, con la fotografía que le recordaba el vacío abismal entre el egoísmo y la separación. Después de su inútil espera en el andén de la estación y de una contenida carta que le había escrito desde una dirección de Ginebra, se lo había tragado la tierra. Quería volver a verlo, aunque hubiera perdido su rastro.

A la mañana siguiente llevó el Opel al taller, sacó el poco dinero que le había quedado en el banco, solicitó que le cortaran la luz, el agua y el teléfono, solicitó una excedencia, se compró un par de botas, las más blandas que encontró para el invierno y en la semana que transcurrió mientras le concedían las solicitudes, no dijo nada a nadie.

2

Su madre, aterrorizada por la separación de su tercera hija, Aristeia, que sobrevino justo después del divorcio de Dorotea, estaba angustiada por su nieta Calirroé, que de pronto se había quedado sin padre, «¡Madre de Dios!» exclamaba sin poder asimilarlo «cogió su sombrero, salió a dar una vuelta y no volvió». No tenía cabeza para pensar en otra cosa ni para tolerar la opinión de Dorotea de que su hermana se quedara en la casa donde vivía hasta entonces y cuidara a su hija igual que antes. «Eres una ingenua» le dijo «tú no sabes lo que es educar a un hijo» se atrevía a tener opinión «no nos hace falta». Ni ella ni su opinión le hacían falta a nadie, de modo que su madre continuó sus intentos por convencerla de que se trasladara al piso del al lado que, como por un milagro, se había desocupado, para poder asumir ella misma los deberes

de madre de su nieta. Así, la abandonada podría ver mejor qué iba a hacer con su vida. El divorcio de Dorotea no le preocupó y, al contrario que la separación de Aristeia, no pareció sorprenderle. Evitó dramatizar el hecho pensando *no tiene ni niños ni perros y de todos modos, el matrimonio no era para ella*. Por no hablar de la rabia que sentía desde hacía años y que no sabía ya cómo esconder, porque esperaba más de ella, no que realizara proezas, pero por lo menos que hiciera algo que demostrara irrefutablemente sus capacidades, su mente, ¡por Dios, hombre! Mientras que la muy idiota se pasaba la vida pegada a los libros y no había quien la despegara. Cuando su madre comprendió la dureza de la vida a través de los fracasos que herían ora a una hija ora a la otra, comenzó a despertar, a ser más práctica, con reflexiones que ahora tenían en cuenta cosas que antes no sólo no se planteaba sino que ni siquiera le pasaban por la cabeza, el despiadado paso del tiempo, el deterioro, la vejez, las posibilidades de que ocurriera lo peor, el *divide y vencerás* como defensa ante alianzas imprevisibles y desfavorables entre sus hijas y más cosas.

Al final su madre logró convencer a Aristeia, la mudanza se hizo en un abrir y cerrar de ojos y tres meses después su contacto con Dorotea, que por otro lado se había hecho más escaso, se vio interrumpido como por arte de magia. Dejó de llamar por teléfono cuando comprendió que su madre y su hermana, volvieron a ser uña y carne como antes, con el objetivo, esta vez, de afrontar juntas el ascenso a ese monte escarpado que es criar sola a un hijo, como decía su madre y repetía Aristeia. Pero nadie reconoció que se hace todavía más abrupto cuando las abuelas toman parte en la empresa rompiendo el frente familiar. A pesar de que el modo

con el que se arreglaron las cosas demostró ser un pasaporte al Infierno, por el agobio de su madre por haber llegado al límite, su padre quejándose de que con tanta presión la niña se iba a volver loca, Aristeia, después de pasar por el control de *a qué hora te fuiste a qué hora has vuelto*, acabó por no volver a casa por las noches, y siempre tenía una excusa preparada “esta noche voy a dormir en el piso de al lado” le decía a su padre, el tercer abandonado de turno, y desaparecía moviendo las llaves del piso de al lado. Sólo de pensar qué ocurría en los dos pisos, se le quitaban las ganas de intervenir como intervenía antes para decirles qué era lo correcto según su criterio. Por otro lado, ¿quién la iba a escuchar? Hacía tiempo que habían dejado de escucharla, ¿estaba acaso en disposición de decir algo correcto? Mucho lo dudaban. A su padre se le dio la orden de no intervenir y éste, no sé por qué motivos, obedeció. Tal vez temía que, si intervenía, empeoraría las cosas aún más, aun cuando peor no podían ir. También Dorotea prefirió el silencio porque no tenía otra cosa que preferir. Aristeia y las otras dos hermanas mayores le rehuían, les resultaba un tostón. Eso decían cuando se reunían alguna que otra vez para tomar café, con su madre a la cabeza, y no dejaban de recordarse una a la otra lo rara que era la pequeña, cómo las sacaba de quicio con sus juicios y sus críticas, las verdades que espetaba sin pensar, esas supuestas verdades y el modo en que las decía.

Un jueves de madrugada bajó la maleta a la entrada, hizo una última revisión a sus papeles, pasaporte, dinero, carnet de conducir, lo tenía todo, la cargó en el coche y se echó a la carretera. Antes de coger el ferri para Bríndisi quiso volver a pasar por Rajes, por Delfos, ver Galaxidi, bajar al sur para ver Maní y Mistrás, subir de

nuevo al Taigeto, seguir por la costa hasta los montes de Grecia Central y llegar a Arta y a Preveza. No tenía prisa por embarcar. Anhelaba volver a ver a Alonso, pero sabía que no sería fácil encontrar su rastro. Necesitaba fuerzas porque el rastreo adquiriría las dimensiones de una búsqueda heroica.

3

Estuvo fuera catorce meses y en aquel tiempo le pasaron las cosas que le ocurren a todos los que deciden marcharse retrasando el día del regreso para el día siguiente. En Delfos conoció a Eli, quien recorría Grecia después de una ausencia de diez años que duraron sus extensos e inútiles estudios. Compartieron la habitación de un hotel, comentaron la desaparición de la posada de Graviá, vieron una y otra vez el Auriga y las Fedriades, bajaron al mar y nadaron con la lluvia. La dulcísima Eli, que en sueños hablaba en inglés y en francés, era un alma extenuada antes de hora, agotada por las complicaciones de la vida. Iba a regresar a Burdeos porque aquí no tenía a nadie a quien ver ni nada que hacer salvo comer las albóndigas y las sepias que le preparaba su madre a ver si así la convencía de que se quedara. Intercambiaron direcciones y teléfonos, como, por mil motivos y por ninguno intercambiamos señas de contacto, palabras, sentimientos con tantos que vinieron, se quedaron, se marcharon y vinieron otros en su lugar, por mil motivos y por ninguno, también ellos de paso. Durante los cinco años siguientes intercambió con Eli una carta, una colonia, dos libros, dos postales y después la inexistente nada. Se fue de Delfos dos días después que Eli.

Pasó por Mani y por Mistrás para tomar impulso para subir al Taigeto y después otra vez al coche en dirección a Nauplio y a Galaxidi. En las montañas, su sangre volvió a mezclarse con el oxígeno, volvió a nacer, como si se hubiera interrumpido la circulación de su existencia y al rodar de los kilómetros un clac y otro clac, un tercer clac, clac, clac, se abrió la red que la contenía.

En el barco que la llevaba a Italia pasó toda la noche en vela. Al pensar qué dejaba atrás y qué encontraría en su partida como compensación, se le hacía un apretado nudo y era muy pronto para aprender a soltarlo. Se entregaba a su suerte y la convertía en algo más que en su colaboradora. Encontraría la senda por donde todo lo que había ocurrido se canalizaría en el futuro en lugar de convertirse en una lápida sobre ella. Llegando a Módena el Opel empezó a dar muestras de debilidad. Lo dejó en desguace y continuó en tren Milán-París. Llamó a Eugenia, que la alojó en su apartamento de un pequeño recibidor y una cocina en el piso 13. Llamó a los dos números de teléfono de Alonso que conservaba en su antigua agenda. Le dijeron que se había ido de allí hacía años, probablemente a Ginebra, a donde durante un tiempo estuvo yendo y viniendo. En efecto, la única carta que le había mandado era desde una dirección 21, Rue de Glacis de Rive, de una tal señora Ezer en Ginebra. Pero nada excluía la posibilidad de que Alonso estuviera todavía en París, habiéndose trasladado simplemente de casa. Por si acaso, llamó a cuantos encontró en la guía de teléfonos con el mismo apellido. Fueron coincidencias descorazonadoras que hicieron aún más apremiante la necesidad de encontrarlo. Volvió a los cafés y a las dos casas en callejuelas del Barrio Latino donde

un día habían sido invitados por un amigo suyo. Después de un mes de estancia le dijo a Eugenia que se iba a Madrid y desde allí a Zaragoza, donde se encontraba Alonso aquel diciembre en que lo dejó para volver a Grecia con la promesa de regresar cuando se aclararan las cosas en su interior. No volvió nunca porque, al apresurarse a aclarar ella misma lo que la fuerza del amor inesperado habría de aclarar, dejó que la traición adquiriera las dimensiones de un movimiento monstruoso que se llevó por delante a Memos y su propia vida. Temblaba desde hacía años ante la sola idea de su viaje a España y lo aplazaba continuamente. Era como si fuera a visitar a Cervantes en su casa y a su héroe en las cumbres y en los montes por donde lo arrastró durante dos tomos enteros.

De su viaje a Madrid, a Sevilla, a Cádiz y después a Marruecos y de nuevo de vuelta a Barcelona hasta el momento en que bajó en la Gare de Lyon a principios del verano, no hay postales ni fotografías, ni frases escritas de prisa sobre los papeles, que normalmente deja tras de sí un viaje. Se quedó con Eugenia unos días y luego otra vez a la estación. A mediados de julio, su amiga recibió de pronto una llamada desde Ginebra. Le decía que había encontrado a Alonso casado con Beatriz Ezer, que por la noche en su casa, después de cenar, le había leído el largo poema que le leyó en el salón de la Casa de Méjico. Un himno a sus pampas queridas que trabajaba desde hacía años y que había terminado gracias a Beatriz y al amor que sentía por él. Por teléfono le dijo también que aquella noche se había dado cuenta de que Alonso se parecía mucho a Nikitas Randos. ¿A quién? Eugenia, que no oía bien lo que le decía desde el otro lado de la línea, le pedía que le repitiera el nombre. “A Michalis Spiero” repitió. Antes de poner el auricular en

su sitio, Eugenia exclamaba entusiasmada “¡Ah, a Nikolas Kalas de Foyers d’incendie! ¡Ah, Foyers d’incendie...!”. Por eso quería tanto a Eugenia, algunas veces su entusiasmo le hacía olvidar sentir lástima, aun cuando debía. Pero no le dio tiempo a terminar la frase sobre *Foyer d’incendie*. La línea se cortó y el auricular se quedó apoyado en su pecho. No le dio tiempo a decirle a Dorotea que en agosto estaría en París y que podía volver. Ojalá volviera.

5

De sus cuadernos vuelvo a extraer algunas de las páginas que escribió durante periodo de repliegue que siguió a su larga ausencia. Fue entonces, en enero del 88, cuando asumió la tutela de su sobrina Calirro, que fue a vivir con ella, cuando Aristeia, para demostrarle al padre de la niña que ella no era su víctima, firmó un contrato de seis años como profesora en el Instituto Francés de Túnez. A pesar de las escenas de histeria que se sucedieron en las que su madre amenazaba con volverse loca, lo dijo y lo hizo. Llevaba dos años liada con un bala perdida que le destrozó la mente y aquel espectáculo no era adecuado para niños y mucho menos para su propia hija. Calirro vivía esperando el regreso de su madre o de su padre y sufría. Dorotea apretaba la mano de la niña y los dientes. Ella también sufría. Durante el día reía, le hablaba, la escuchaba. Por la noche, para consolarse escribía historias de criaturas que esperaban volver a estrechar entre sus brazos al hombre de su juventud, a sus hijos o a su madre. Escojo la historia de Helena con fecha del 23 de Marzo de 1990. Helena, hija del arconte del despotado de Épiro, paga las faltas de su ambicioso y necio padre. Su única arma es la espera y la resistencia. Con semejante destino la imagino confesando:

«Tengo veintitrés años y siento que mi espíritu se doblega. La soledad me mata. No olvido mi linaje y eso es lo que me mantiene con fuerzas. Mi única esperanza es volver a Arta y caer en el abrazo de mi madre adorada. Sé que mi ausencia es la pena que va menguando sus días y quiero recompensarla con la vida que me dio.

Mi marido Manfredo murió en la batalla de Benevento y me dejó viuda en tierra extraña. Lo amé con todo mi corazón, del que jamás compartí ni un trocito con mi padre, quien podría haber recibido de mí una mínima muestra de honor y agradecimiento si hubiera sido mejor padre. Sin embargo, Manuel, esposo de mi madre Teodora, señor del Épiro, no se puso límites ni a él mismo. Era un epirota de escasa inteligencia y por ello artero y envidioso y no se portó como un padre con ninguno de sus seis hijos. Sus tres hijos y sus tres hijas formamos parte de los bienes que gestionó sin cabeza con el elevado objetivo de recuperar Constantinopla de las manos de los francos, anticipándose a los planes del emperador Niceas, que tenía ambiciones parecidas a las suyas.

Su mente estrecha despertó en su alma, junto con la perfidia, la debilidad. Vivimos muchos años de nuestra infancia en el desierto, cuando su amante usurpó el puesto de nuestra madre y él, hecho una furia, no dudó en desterrarla de Arta. Cuando sus malas artes lo convirtieron en víctima, volvió a mi madre arrepentido pidiendo perdón y si no conociera su mezquindad no lo habría creído, pero las donaciones a los monasterios del Épiro que hizo en estas circunstancias nos convencieron a mí y a mi madre. Por otro lado, no teníamos más remedio que perdonarlo.

Por todo ello, dejé crecer y desbordarse dentro de mí con Manfredo el amor que no sentí por mi señor Manuel. Los siete años

que viví con él fueron años de amor y esmero a los que pusieron fin las espadas de Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia. Al igual que otras damas de mi linaje, nunca olvidé que soy griega y ortodoxa y los papistas tenían ya los ojos puestos en Manfredo. Porque el Papa no toleraba ambiciones que superaran las suyas y Manfredo ansiaba arrebatar el poder a los Francos para ser emperador de los griegos. Su alianza con los griegos no fue difícil porque simpatizaba con ellos más que con los latinos. Siendo normando e hijo de un emperador germano que estimaba a los griegos, siguió ciegamente la extraña tendencia de mi suegro Federico Hohenstaufen.

Su hermano mayor había heredado los dos reinos de Sicilia y mi esposo el Principado de Tarento. Mi cuñado murió muy pronto y dejó como sucesor a un bebé, a Corantino, cuyo regente, durante ocho años fue su tío Manfredo, quien usurpó el trono y se coronó rey.

Sobre Corantino no oí hablar a nadie desde que puse los pies en Italia. Algún tiempo más tarde, cuando mi padre se marchó a Macedonia a causa de la guerra contra Niceas, Manfredo invadió las costas de Diraquio y llegó hasta Corfú.

El odio de mi padre hacia el rey de las dos Sicilias dio lugar entonces a una lógica que convierte al enemigo en aliado. En esta repentina conciliación del normando con el epirota, fueron clave las costas del Épiro, que Manuel me dio como dote para tentar a Manfredo. Ambos tenían las mismas ambiciones y yo estaba destinada a ser el vínculo de unión entre el despotado y los reinos de Sicilia.

Amé a Manfredo desde el primer momento en que lo vi en el puerto de Trani, cuando advertí que relajó sus cejas fruncidas en cuanto me vio, muestra de la alegría y sorpresa que experimentó cuando comparó mi belleza con la de su difunta esposa, Beatriz y la encontró inigualable. En el momento en que extendió su mano hacia la mía, yo era la única Constantinopla que conquistaría jamás.

Nunca fui a la Ciudad. Sólo oí cosas míticas sobre ella. La ciudad que conocí fue Arta y a mi derecha el puerto de Trani, luminoso en plena noche para celebrar mi llegada, la llegada de la reina de las dos Sicilias.

Manfredo, al poseer terrenos de mi patria bizantina, que eran mi dote, podía aliarse con los cabecillas ortodoxos en contra de los papistas. Manuel, al cederlas, podía aliarse con los occidentales para recuperar Constantinopla de las manos de los papistas. De este modo, presencié muchas desavenencias y no sólo el Cisma de las dos Iglesias. Lo que no olvidé nunca fue la fe ortodoxa y mis orígenes bizantinos.

Mi santa madre nos dio educación a mí y a mi hermana pequeña, Ana, de modo que puedo leer y escribir y, aunque escribo con dificultad, las letras que nos enseñó hacían crecer su belleza y su encanto. Los Italianos de Apulia, al verme salir de la primera galera y poner los pies en aquella tierra extraña, se sintieron entusiasmados con mi presencia, mientras que yo ignoraba todavía el valor que tiene la belleza para una mujer. Más tarde aprendí también cuán efímera es. Los caballeros que recibieron a mi cortejo, cuando poco a poco abandonó las siete galeras que me acompañaban para la boda, me traicionaron.

Un mes antes había recogido mis pertenencias, joyas, alfombras, candelabros, muebles y había regresado en secreto a Trani con mi hija Beatriz y mis tres hijos. La tormenta nos retuvo en la fortaleza, porque el barco que nos iba a llevar de vuelta a nuestra patria no podía izar las velas. Antes de que amainara el temporal y de poder salir al puerto, los espías del Papa hicieron venirse abajo el puente de la fortaleza.

Desde entonces vivo aquí, en esta torre acorazada sobre la roca de Nocera de Christiani, separada de mis hijos y espero. Todos los días me prometen que me van a traer a mi hija Beatriz, de cinco años y duermo y me despierto y me duermo con este pesar.

Tengo todo el tiempo para llorar la muerte de Manfredo y a mis hijos, a quienes tienen apartados de mí y crecen huérfanos. Pero incluso en los momentos en los que el llanto ahoga mi pecho, no pierdo la esperanza de tener la misma suerte que tuvo mi cuñada Constantina y así como su cautiverio en Oriente terminó, así terminará también el mío en Occidente.

En mi mente estrecho a mis hijos en mi regazo y tiemblo de angustia por su suerte. Sólo deseo una cosa: el abrazo de mi madre, pero temo la justa furia de Dios. Cuando Manfredo me coronó como su reina y como reina de las dos Sicilias, también yo estaba consintiendo la usurpación de la corona del pequeño Corantino.

Ahora tengo depositadas todas mis esperanzas en su piedad. Con mis hijos en el regazo, anhelo el abrazo de mi madre. Sus oraciones me consolarán, sus súplicas me darán fuerza, volveré a erigirme sobre mis pies como reina y señora. Sin embargo, la oscuridad es densa y el tiempo implacable. Yo, una mujer que unió las costas de Grecia con las costas occidentales de Italia, querría

ser mi sierva. Su lugar es Italia mientras que yo nunca sentí que ésta era o que podría llegar a ser mi patria. Mi patria fue desde el primer momento Manfredo y después los hijos que tuve con él y por la voluntad de Dios.

Su padre, que es también mi padre, me deslumbró con sus encantos. Estaba lleno de vitalidad, no podía soportar la hipocresía de los papistas, era un infiel, como yo, y al igual que yo, adoraba las letras y el conocimiento. Con él conocí por primera vez en mi vida la alegría de vivir, que ni el cielo ni el infierno pueden albergar. Es una pena que mi marido no pudiera escapar al odio de Clemente o ponerlo a su favor. Mi suegro nos dejó sus virtudes – maldición.

Evoco todo esto para encontrar un poco de luz entre la negra oscuridad que salvó mi alma. Porque lo único que veo continuamente a mi alrededor es la oscuridad de esta torre cerrada que se traga la luz. Honorable madre, ¿cómo pueden salvarme tus oraciones de las faltas de mi padre Manuel y de las de Manfredo, que fue la dulce primavera de mi juventud?».

VII Lo relativo

1

Es cierto lo que dicen sobre el tiempo, que pasa sin que te des cuenta, cuando estás ocupado con mil cosas que te retienen por aquí y por allá. Durante una década pasó como el agua de un riachuelo para Dorotea, que no tuvo tiempo de pararse a pensar en el tiempo que se había ido. Sólo cuando se sumía en sus cavilaciones filosóficas, y esto ocurría cada vez con más frecuencia, el tiempo volvía a fluir de manera paralela a su existencia, que transformaba todo cuanto encontraba a su paso, incluso a ella misma. Pero el fluir de su existencia no era tan suyo como el “ser” que daba a cada época su propia realidad. Todo cuanto hizo y sufrió Dorotea, todo aquello que sintió y todo lo que la hizo pensar, no le ocurrió a ella, sino a una de las infinitas dobleces de la realidad, en las que se vio envuelta en parte porque quiso y en parte porque le tocó. Refugiada en su seno y convertida en una más de sus curvas, muy rara vez tuvo la sensación de que la subjetividad que anegaba la doblez se desbordaba, como si el pliegue que formaba todo su espacio ya no pudiera albergarla. Esto ocurría alguna que otra vez al terminar el día y con él las prisas, los trámites y las resoluciones, cuando, a pesar de estar muerta de cansancio, se negaba a acostarse a dormir. En vela en la oscuridad de su cuarto o de la sala del cine, aguzaba el oído para escuchar su modo de ser dentro y fuera de su época, como una ola que se golpeaba en la roca y

volvía intacta al agua antes de que ésta la arrastrara y destruyera todo lo efímero y escaso que un día la habían hecho destacar sobre todas las demás rocas que levanta el mar embravecido por los golpes del viento airado. Aquel minúsculo instante, al dilatarse, la anegaba y decía: *crezco, adquiero el peso del tiempo con el que cargo y me muestra que soy una persona distinta a la que creía ser*. Entonces admitía que estaba cambiando, a mejor decía su mente, a peor le susurraba el espejo. Sin embargo, no le preocupaba su rostro estropeado, sólo las distorsiones le asustaban y de eso, no tenía la culpa el paso del tiempo, sino el contacto con nuestro ámbito de acción.

El resto de las veces Dorotea era una más de los billones de partículas de la materia espaciotemporal de su época. Entonces no tenía tiempo para pensar en el tiempo que se iba.

A pesar de todo, no estaba dispuesta bajo ningún concepto a reconocer aquello de que «vanidad de vanidades eso sí que suena verdadero, no lo absoluto», como susurró una mañana de 1997 Jrisula Tartoglu, antes de encender nerviosamente su cigarro y afirmar que con eso le bastaba.

Habían pasado diez minutos desde que se habían sentado y habían tenido tiempo de pedir los cafés y de comentar la pésima decoración del café Mozár, donde se habían dado cita. Le respondió con dos monosílabos «sí» y añadió «igual que nos basta, en lugar del pan, el tierno bizcocho, la lámpara de cristal en lugar de la desnuda bombilla, el retal de terciopelo, en lugar del retal solo, etcétera», juntando toda la ironía que le sobra, porque Jrisula, o decía mentiras o no decía toda la verdad. Además, Jrisula, no entendía su oposición, que se le antojaba de solterona, no sólo

porque no se le pasaban por la cabeza las paradojas que mueven las cosas y los ánimos, sino porque no le interesaban ese tipo de detalles caóticos. «Pierdes el tiempo, muchacha», quería gritarle a Dorotea, pero su objetivo tenía prioridad, no estaba allí para hacerla entrar en razón, ni tampoco estaba dispuesta, especialmente ahora que la necesitaba, a tentar la decepción de aquella loca, que, como era bien sabido, se expresaba con la fuga y con la desaparición. La habían visto varias veces recoger los papeles de su mesa de reuniones, decir «adiós» dejando la puerta cerrarse con furia tras de sí. Según decían, estuvieron algún mes sin verla, que Dios sabe cómo lo pasó hasta que volvió a hacer acto de presencia en el espacio público de la sala de juntas, del despacho o de la cafetería. Es bien sabido también que impartió sus clases sin falta y que empezaba justo a su hora, que muchas veces se saltaba el descanso para corregir las fechas equivocadas, los nombres mal escritos y las interpretaciones erróneas de las redacciones de los alumnos. Pero también la vieron muchas veces en el parque con los niños, por la mañana o por la tarde, incluso cuando Calirroo ya se había hecho mayor, jugando acalorada con ellos tirando piedras en el riachuelo para oír el blum.

No cabía la menor duda de que era peculiar. Lo malo es que no tenía a nadie que se lo recordara dos o tres veces al día para que se diera cuenta de que, con tantas rarezas, había fracasado en lo más básico. Por supuesto, esto no era trabajo de los demás, y mucho menos de Jrisula, para quien tenían prioridad otras cosas como su carrera, la plaza que le prometía su boda con el profesor, las recepciones nocturnas en las que soñaba llevar terciopelos negros o sedas de colores pálidos que resaltaran su tez morena, aunque no

fuera ni india ni jamaicana, las egregias revistas que después de la boda, como por arte de magia (con la mediación del profesor y por un montante determinado) abrirían sus puertas a los insustanciales artículos que con tanto esfuerzo escribía Jrisula. Para Jrisula Tartoglou, futura señora de Petrojaris, esto tenía prioridad por su título y por su tema y todo lo demás eran ridículas artimañas que matan a los absurdos.

Con los pies apoyados en la silla de delante, mientras bebía su expreso, observaba cómo subía el humo al techo del supuesto café italiano y sentía una euforia oculta. Elías Petrojaris, eminente miembro de la comunidad universitaria, presidente y miembro de diferentes comisiones, jefe de numerosos proyectos, director del Centro de Estudios, consejero del Ministerio de Obras Públicas desde hacía años, candidato a Rector en las próximas elecciones, justo el día anterior le había puesto un anillo de diamantes en el dedo anular de su mano izquierda, como promesa de que la boda se celebraría en un abrir y cerrar de ojos. Faltaban seis meses para que saliera el divorcio, tenía motivos para estar tranquila y productiva, además, ese mismo día por la mañana se lo había vuelto a asegurar al despertarse. Le recordó también, no obstante, que rellenara los papeles para su participación en el congreso en la pequeña ciudad de Bélgica donde esperaban el acontecimiento como si fuera el Festival de Cine de San Sebastián, sólo que aquí, en esta pequeña ciudad de Bélgica, en lugar de película, se escucharían brillantes comunicaciones sobre estética y teoría del arte. «La estética» subrayó varias veces Elías «es el futuro».

2

Observaba el rubor de entusiasmo que le subía a Jrisula desde el pecho hasta el cuello; sus ojos centelleaban ¡Aquello sí que era un sueño o un cuento, un milagro que había ocurrido sin darse apenas cuenta, un ser soñoliento había salido temporalmente de su letargo! En general, el amor no era el culpable del desencantamiento de esta princesa encantada -de esta Cenicienta de carne y hueso, que soñaba con el rey y no con el príncipe- sino todo lo que prometía el amor del profesor Petrojaris. Le entraba una risa nerviosa al pensar en la imagen de Jrisula presidiendo sesiones de congresos, con la toga en la ceremonia de nombramiento de algún doctor *Honoris Causa*, recibiendo a compañeros de universidades extranjeras, parlotando incontenibles disparates que, con el tiempo, la convencerían hasta a ella misma de que tenían sustancia y fondo.

Esto es lo que habría ocurrido si Jrisula, desde las alturas de su triunfo y mientras sacaba de su carísimo bolso los papeles que le había llevado a Dorotea, no hubiera tenido tiempo de preguntarle cómo le iba. Su interés era falso, ya sabía cómo le iba. Le bastaba ver su ropa vieja para no tener ni la menor duda, era una masoquista sedienta de fracasos y cada vez que necesitaba verla, se escupía tres veces en el pecho³⁰ para que no se le pegara la mala suerte que irradiaba. Esos pantalones negros, estrechos y atemporales de los que Dorotea estaba tan orgullosa, porque le hacían sentirse moderna y lograban asestar un golpe al consumismo,

³⁰ Hace referencia a la costumbre griega de pronunciar tres veces la sílaba “ftu” para combatir el mal de ojo o la mala suerte. El sonido es onomatopéyico y simula la acción de escupir.

provocaban, no sólo su propia alegría sino también la de cuantos estaban a su alrededor. Sólo el estancamiento que sistematizaban por cuenta de Dorotea los ponentes de la comisión y, todos a una, los miembros del departamento a quienes les entraba alergia nada más oír la hablar con aquel tono serio y oficial que provocaba escalofríos. Aunque conocía bien su campo de estudio, había permitido que todos la dejaran muda.

Si había tenido que llamarla tres veces para pedirle, casi de rodillas, que le corrigiera su artículo para la revista *Études Métacritiques*, eso era harina de otro costal. Elías se lo había dejado bien claro. Podía llamar a miembros de la junta redactora de la revista y con diez mil francos franceses, *franceses -recalcó- no belgas*, para el responsable de la edición, todo podía ir viento en popa y recibir así la aceptación del artículo para su publicación. “Pero Jrisula, pon algo de tu parte, los artículos no son un corta y pega de citas ni un refrito de referencias a artículos de otros”. Elías tenía razón en esto también.

Por mucho que lo intentó, no logró hacer ni un simple comentario sobre la bibliografía que le había señalado. Entonces pensó en Dorotea que, a pesar de todas las calamidades que la arrastraban, por lo menos algunos reconocían que sabía hacer bien su trabajo.

3

En su primera llamada Jrisula intentó ocultar su impotencia tras un estallido de simpatía que le preocupó hasta a ella misma, porque solía ser increíblemente cordial con personas dispuestas a serle útiles o corto o largo plazo, ahora, próximamente o en un futuro más lejano, pero no con fracasados.

No dudó en decirle buenas palabras sobre su conferencia, de la que comprendió muy poco, aunque dejó claro que no estaba de acuerdo con los planteamientos y con las conclusiones de una engreída que la había tomado con los otros dos conferenciantes e insistía en que el candidato era muy superior al que apoyaba unánimemente el consejo.

Semejantes opiniones eran opiniones de masoquistas que disfrutaban de la condena que se habían impuesto a sí mismos, luchando en una guerra de tecnología atrasada, cuyos organizadores, cuando lo creían oportuno, no dudaban en disparar a la sien con silenciador o en clavar el puñal en la espalda de los imbéciles que se empeñaban en luchar con espadas y lanzas. *¿Será posible que nunca haya deseado organizar un congreso internacional o al menos nacional, aunque sea para cambiar la tartana que desde hace diez años no hace más que llevar al taller? ¿Y cómo podía –menuda desfachatez- alardear de riqueza como si fuera rica, cuando no lo era ni en sueños?.*

En la segunda llamada, porque la primera se la interrumpió Dorotea, *estaba muy ocupada y no tenía tiempo para quedar*, intentó ser más clara. Le dijo que estaba en un apuro, que era absolutamente necesario que le cogiera el manuscrito, le pedía una sencilla elaboración del texto y por supuesto, recompensada. Cuando la informó del tema, Dorotea le contestó que no podía hacer nada y le propuso recurrir a otro, de quien sabía que optaba a la misma plaza que Jrisula, aunque sin ninguna posibilidad, pues Elías Petrojaris conocía el modo de quitárselo de en medio aún antes de ser examinado.

Sabía que el otro no tenía ninguna esperanza de ganar la plaza. Tenía amplios estudios en Grecia y en el extranjero, ética y una personalidad inquieta que les molestaba. Sólo les auguraba dolores de cabeza. Pero lo que más les crispaba era la ignorancia que mostraba (o tal vez arrogancia) con respecto al código que habían institucionalizado para tratarse entre ellos. Jugaba limpio y, según parece, estaba tan decidido a seguir siendo así, que les sacaba de quicio. *Un semestre como científico especialista y se puede dar con un canto en los dientes. Gracias a Dios alguna plaza saldría para él en Patras, en Volos o en Mitilene. Que si dos hijos y gilipolces. ¡Que no los hubiera tenido! Porque ¿para qué quería los artículos sobre la Grecia del siglo XIX vista por Stendal y por otros literatos? Y ese relato ininteligible, mira que ejercer así de literato...*

La actividad académica era la coartada más fuerte en sus políticas y la dedicación a la literatura era un escándalo y una payasada. *¡Menudos pedantes y jactanciosos! Lejos de las aulas educativas, que por fin han abierto sus puertas a la política para que las personas mediocres tengan también un respiro. Él no les va, punto y final. Jrisula, fuera de toda duda, que era espontánea, sin el intelecto que la ética necesita para ser inviolable, con su título y su calificación de “suficiente”, con su tesis que hizo a trancas y barrancas y en la que todos echaron una mano, y la fuera de serie la terminó, y además, protegida del poderoso agente de la vida pública Petrojaris, ésa era la persona que necesitaban. Por otro lado, con el apoyo de Petrojaris, no sería objeto de jugarretas, calumnias, ni traiciones.* Su rival estaba perdido porque era mejor.

Ante esta propuesta, Jrisula se quedó de piedra durante unos segundos. ¿Era una de las bromas que solía gastar esa loca o tal

vez una de sus incontables meteduras de pata? Sin embargo, mantuvo la calma porque estaba desesperada, realmente desesperada, e hizo caso omiso, afirmando que el tema no permitía tal colaboración.

En la tercera llamada que le hizo, se vio obligada a decirle que no le pedía mucho, una revisión de la lengua y una elaboración superficial del contenido a fin de conferirle la cohesión y la coherencia que ella no conseguía darle por la dificultad del tema. Apenas se lo creyó cuando Dorotea, esta tercera vez, aceptó encontrarse con ella en el café Mozar recordándole que no se le olvidara llevar el texto.

4

Una vez en el café, olvidando el ruido que subía al techo junto con el humo, a Dorotea le dio por soltar un discurso sobre cosas que se suponía que Jrisula tenía que tener en cuenta para escribir con mayor facilidad sus artículos.

“La escritura” le decía “no es copia. Los que afirman tal cosa y se empeñan en demostrarlo son un síntoma más de estos tiempos. La han tomado hasta con la creación, con la que, por una envidia compleja, equiparan a la lectura y a la compilación artística. Si no tienes nada que decir, es mejor que no escribas, afirman. Olvidan que uno nunca sabe qué tiene que decir, si no empieza la reflexión interior sobre la modelación que empuja al escritor a exteriorizarla. El que escribe no tiene nada y menos aún algo que decir, pero él mismo ya es algo. De lo que es surge lo que tiene que decir y lo comprueba conforme lo vierte en el papel”. Por último, le recordó que los artículos, esa plaga de la vida académica, no hacen sino

extender la oscuridad a su alrededor. “El modo en que se escriben, el modo en que se publican, los objetivos a los que responden, las tácticas que alimentan son como una desgracia que dañó a la ciencia, a las letras y a las artes. Cuanto más citan, tanto más extienden la ignorancia”.

Entusiasmada con la rima, dio dos aplausos “¡vaya!” dijo y continuó “El que plagia o el que corta y pega citas, absorbido por el tema de su trabajo, no retiene nada de lo que lee. Lee con la respiración entrecortada, como el perro de caza que acecha a la presa, para copiar o para compilar algunas frases que hablan por él y lo libran del esfuerzo de pararse a volver a pensarlas. La escritura se convierte en caza o en pesca para los imbeciles. Con semejantes artículos en su activo, al final terminan siendo unos genios mentecatos. El prestigio y el reconocimiento que adquieren, sólo porque consiguen publicarlos es una cuestión gremial. Yo, personalmente, preferiría pertenecer al gremio de los panaderos y hacer pan”.

Hizo una pausa por si Jrisula quería hacer algún comentario. Pero, perdida en sus pensamientos e inexpresiva, continuaba dando la impresión de que la escuchaba. Entonces decidió llegar hasta el final.

«Los filósofos» comenzó a decirle esta vez con más fuerza «prestan atención al aterrizaje en la nada. Sin embargo, conservan la calma, alegando que hay que neutralizar al lector haciéndolo gozar del texto. ¿Gozar? Si el lector no pertenece al gremio de los especialistas, se pierde en un galimatías de términos desconocidos y si es joven o no tiene la sangre fría que da la experiencia, le invade un sentimiento de impotencia ante textos sagrados e ininteligibles. Pero, en nombre de Dios, por mucho que lo deseen los

incorregibles borjistas, pauldemanistas y demás, el mundo no es el texto perfecto que tienen ante ellos y que comentan a todas horas. Los antiguos lo habían comprendido muy bien y levantando la cabeza, que tenían agachada sobre los textos, dejaron que su mirada fuera seducida tanto por lo que veían como por aquello que no podían ver con los ojos. Sin embargo, los llamaron de todo, idealistas, románticos, escatólogos, incluso absolutistas. Por mucho que estos engreídos comediantes pensaran en lo absoluto tanto como los poetas, sus referencias a la relatividad contenida en el interior de lo absoluto, como la lava en un volcán, son incapaces de sacudirse la pasividad del sentimiento y de estimularnos. Su idealismo es bueno para ovejas que tiran recto hacia delante, aunque vayan a despeñarse por el barranco. Ya nos hemos despeñado demasiadas veces, no hace falta más.

»Eso decimos» continuó «seguros de que hablamos con fundamento. Después tenemos todo el tiempo del mundo para mordernos las uñas. Es una pena que la relatividad, tal como se concibe en nuestra época, se convierta en la coartada del escepticismo y del cinismo. Porque, aunque se aceptara universalmente, como de hecho se aceptó, que todo fluye entre lazos de interdependencia, que obligan a las fuerzas positivas a estrecharse fuertemente con las reaccionarias en un único campo de acción, ¿quien tendría el coraje de aguantar las maniobras que imponen estas condiciones? La mayoría, los que estamos sedientos de locura y no de poder, preferiríamos ser anacoretas.

Por supuesto, las mujeres de nuestra época no tienen tiempo para dedicarse a estas verdades ni a su valor. Sobre el poder, eso sí, saben de primera o de segunda mano, pero de la locura que

destapa la vileza del poder no se dice ni una palabra, no saben, no quieren saber. Ya es hora de que se pregunten qué caminos atraviesa la mente para volar con el raudo corcel del pensamiento. Una Iris Murdoch se atrevió a ello y corrió para salvarse buscando refugio en la literatura. Porque naturalmente, aunque hayas pensado en algo de esto, en la relatividad, por ejemplo, que se anquilosa en el poder o en el absoluto que muele la locura, tienes que experimentar. Porque una cosa es que lo albergue la mente y otra muy diferente es que lo albergue la vida».

Relatividad, relatividad, ¿qué quería decir? se preguntó Irisula poniendo su mente a cavilar lo que oía, pero lo único que le venía a la cabeza era aquello de que «todo es relativo» que dice el lumbreas de turno para terminar una conversación cuando su desarrollo no es favorable a sus opiniones, recordando a sus interlocutores que en última instancia nada merece ser tomado tan en serio y les tapa la boca. Sabía bien qué significaba esa frase, pero seguramente Dorotea no se refería a eso, porque si no, sus juicios y sus principios no serían inamovibles. Sin embargo, aunque quería preguntarle directamente “¿a qué te refieres cuando dices relatividad?”, prefirió encender un cigarro y quedarse callada.

Y mientras encendía y apagaba un cigarro detrás de otro, desesperada por las correcciones del artículo, Dorotea continuaba: “Estate segura, querida, de que saben -y si no lo saben lo intuyen- que en el mundo que han hecho pasivo la técnica y la ceguera, el pensamiento consiente la inexperiencia y el desequilibrio, la locura. La decisión irreflexiva se une a intenciones que regulan su refutación sin revelar el engaño. Con todo esto, los culpables que son declarados inocentes y los intelectuales que resultan ser contables ejercen

un control absoluto, de modo que nada puede detener el impulso de la política a la hora de levantar en su grueso cuello el peso de las cosas, pero también de nuestros movimientos por resistirnos a su lúgubre cambio. El cebo con el que rompen la resistencia y la falta de juicio es la remodelación, pero el resultado es la alteración. Las jerarquías encubren la interdependencia, severas formas de imposición la hacen desaparecer y los códigos nos marean, de modo que no podemos recurrir a nuestra parte en la elección ni en las decisiones. Por nuestro bien, nos hacen olvidar la interdependencia que teje la red de la relatividad, que evita que caigamos al abismo como camicaces. Sin embargo, falsean el contexto. Entierran bajo toneladas de alquitrán la elasticidad de las intenciones, de los movimientos y de las expresiones. Lo casual, expulsado del reino de las carencias, hace su aparición triunfal en el reino de la libertad, que nos ceden para que hagamos y digamos lo que nos plazca, sin la menor responsabilidad. Son otros los que se ocupan de esto, las armas, el dinero, el prestigio. Nosotros sólo somos los hijos, los hijos de nadie. Así, se corrompe lo relativo y zahiere la fuerza del absoluto. Humilla nuestra voluntad por un viaje en su misma anchura de onda. Porque tantas reverencias, tanto retoricismo, tanto navegar con viento de costado y tantas maniobras para excavar la tumba del rival sin que él se dé cuenta, mate, se dice a sí mismo, vamos a mate, y no puede creerse que ha llegado al borde del precipicio, le recorre un escalofrío ante su inminente caída y olvida con quién estaba, quien era, reaccionario en su mente, democrático en su ética, especialista en las maniobras, aristócrata en sus convicciones, ¿qué? ¿dónde hay una migaja, un poco de levadura para levantarnos el ánimo de alzarnos más allá de lo permitido y

de lo previsto. Lo absoluto, que acecha dentro de lo relativo, se recoge entonces en los estrechos límites de la perpetración del mal: el deterioro y la deformidad se divinizan, el caos sustituye a los símbolos apotropaicos y la idolatría cede sus derechos a la repugnancia. Un encogerse de hombros del cínico es suficiente, querida, para apagar la fiebre.”

Jrisula, con la mirada clavada en ella, le suplicaba que terminara. Sin embargo, perdía el control y su mirada se tornaba siniestra y amenazante, mientras que Dorotea, interpretando que aquellas cejas arqueadas expresaban duda y no amenaza de dioses y diablos, continuó:

«Con todo, el mundo, que ignora y sufre, muestra la felicidad y la sabiduría de su ignorancia, y su falta de educación le es indiferente. El mundo obsceno, que alardea de su estética, pudo encontrar un descanso de lo bello en la asfixia que promete ahora su entrega sin reparos a lo feo. Lo elevado toca fondo, se confunde con la nada, en vano simula que, permanece intacto en el oscuro fondo. Sólo la risa que se convierte en mueca revela el retoricismo del crítico del arte enmascarado, que puso de su lado al artista sin que hiciera falta engañarlo. Se entendieron desde el momento en que hablaron de dinero y el artista se convirtió en comerciante y el comerciante en adorador, no del arte, sino de sí mismo. Así pues, hay que hacer algo para detener este tipo de arte que acaricia la paranoia del patrocinado y que consiente la charlatanería de los tramposos que escupen sangre a fin de sacarle dinero al coleccionista».

La cabeza de Jrisula se había hundido entre sus hombros, que casi rozaban la superficie de la mesa. El espectáculo que ofrecía y su silencio, eran descorazonadores. ¡Cómo le gustaría que, en

el lugar de Tartoglou, hubiera un conversador con un interés implacable y con curiosidad, imparcial, coherente, con concepciones amplias y ganas de oponerse, aunque fuera matemáticamente seguro que la conversación tenía lugar con conocimiento y sinceridad. Alguien frente a ella que le contestara con referencias concretas a los hechos de la historia, con reflexiones que le demostraran un modo de análisis que no conocía y una perspectiva distinta que ignoraba, capaz de abrir un minúsculo agujero en su mente y, como por un milagro, sacarla del atolladero. Con el entusiasmo que le produciría, reencontraría el sendero para viajar muy lejos, hasta lo inalcanzable y lo inconcebible y todo ello, con la colaboración de dioses y demonios, se volvería comprensible y claro. Pero frente a ella tenía a una simple Jrisula, criada en Voidomati hasta que entró a la universidad y se dio cuenta de la fuerza del éxito y ahora, sin estar en lo que tenía que estar, tenía prisa por terminar el martirio del discurso con el que aquel esperpento encontró el modo –sus retoricismos– de atormentarla de esa manera, retardando el momento de ir al grano.

5

Y ya habrían llegado al grano si Jrisula, que no podía prever cuándo exactamente tendría lugar el inminente fin de su martirio, no la hubiera interrumpido con su inesperado envite:

«Tal vez tengas razón. Supongo que una mujer puede hacer algo al respecto». Esta frase desmontó y dejó sorprendida a Doro-tea. Luego, arrastrada por esta enigmática observación, continuó: «Sí, sí y no tendría nada que perder. Como mucho desafiar a la suerte de haber nacido mujer en un mundo de una masculinidad

decadente. Sí, ¿qué pasa? Este mundo, construido según esquemas metafísicos, invenciones de una fantasía lógica, nunca fue el mundo de las mujeres. Nuestro mundo, construido a partir de secreciones orgánicas, de palabras-verbo en lugar de sustantivos, de multitud de signos de puntuación, de cuantas oraciones son necesarias, de gestos, gritos y contracciones, es un mundo lleno de desvelos que consigue parecer tranquilo y llano, nuestro mundo es misterioso y está cercado. Cualquier esfuerzo por salir de él y echarse a los prados se convierte en objeto de una ironía implacable, como si los lindes los impusiera la propia tierra, un elemento del que la mujer no se distanció jamás. El viento y el mar, que recuerdan a lo inmenso y lo infinito, le resultan menos familiares...». Se incorporó en su silla para pensar un momento y continuó: “Es más correcto decir que, al contrario que los gatos y los perros, los pájaros, los peces y hasta los caballitos de mar nos resultan prácticamente incomprensibles. Aunque una vez existieron las ninfas y Perseo se enamoró de Andrómeda y su madre Casiopea se atrevió a afirmar que la belleza de su hija y la suya propia era mayor a la de las ninfas, ahora que Némesis había perdido su valor y su fuerza, ahora que Medusa era castigada por su maldad, ahora el mar y el viento nos resultan todavía más extraños que la tierra... Los duendes y las sirenas en la imaginación de las mujeres provocativas, adquieren los rasgos más prosaicos, cabello rubio, ojos cristalinos, una mirada supuestamente misteriosa y una supuesta expresión diabólica. En fin, créeme, las mujeres que imitan de modo tan prosaico a las ninfas y a las sirenas y que nos acostumbran a lo inconcebible provocan la desgracia de su género. De esta trampa, aun cuando no lo persigan, se salvan cuando muestran

absoluta ternura a un niño o a su amado. Entonces, sí, tiene lugar el milagro y lo inconcebible deja de causar pánico, puede introducirse en nuestra vida cotidiana, participar de nuestra rutina... Tal vez el arte se deja llevar por la entrega absoluta y vuelve a encontrar unos principios morales para su derribo».

A pesar de que ignoraba los detalles de la guerra que tenía contra ella el Departamento de Estudios de Teoría y Crítica, al pensar en la persecución amañada y ciertamente efectiva –la víctima estaba ante ella, era una prueba viva, convincente e incuestionable– Jrisula sudaba. No podía creer que los más altos escalafones tuvieran el poder de despedazar cuerpos, de hacer al objetor echar los higadillos y maldecir la hora y el instante en que se lio en las redes del ansia de poder. ¡Qué mundo este! Ya lo decía su madre: «Ándate con tiento, hija mía, que el mundo está lleno de malhechores, que te delatan por nada, te calumnian por nada y no olvides nunca que normalmente son las criaturas más tranquilas, más amables y más cordiales que encontrarás jamás. Lo único que quieren es hacer su trabajo y siempre lo consiguen». «¡Ah, mamá, mamá, ESTATE TRAQUILA, LO RECUERDO, hasta cuando me voy a la cama con Elías!».

Hizo un movimiento para expulsar las asociaciones de ideas indeseadas. Le dijo que encontraba todo aquello bastante convincente. Pero lo cierto es que aquel tema era lo último que le interesaba en el mundo. Mientras escuchaba a Dorotea, una nueva idea vino a incordiar su mente: esa mujer loca, completamente loca era, con todo, desafiante a su manera. Tenía la desfachatez de dar una representación cuando sabía que se lo contaba todo a Elías de cabo a rabo. Sin embargo, estaba a punto de estallar. ¿Por qué se le

habría ocurrido hacer el envite? Ya no aguantaba más. La dejaba desvariar y pensaba que habían logrado volverla completamente loca con las dificultades que desde hacía dos años le traían los miembros del Departamento, unas veces con informes de la Comisión de Derecho y otras veces con los enredos administrativos, hasta el punto de que hasta la secretaria cogió confianza y le sacaba la lengua. Incluso sus alumnos predilectos fueron directos a los despachos de los profesores a fin de intervenir en el momento adecuado del consejo para denunciar su comportamiento como no conforme a la moral de la comunidad académica, porque, al parecer, desechó la solicitud del alumno de doctorado que quiso cambiar de profesor al final del semestre. El tema de sus clases le resultaba difícil y como el alumno en cuestión se había asegurado el visto bueno de otro profesor menos exigente (siempre con el *sí, muchachos, qué queréis, muchachos* en la boca) fue a su despacho para comunicarle su decisión y Dorotea le contestó a gritos. Alguien debió gritarle a ella: *¿Qué comportamiento es ese? Mira que desanimar así a alumnos apocados e imbéciles... Ellos también tienen sentimientos, ¿qué quiere decir compromiso y contrato? Porque nunca aprendió a hacer oídos sordos y lo que padeció, lo padeció por su propia necesidad. Te lo tienes merecido, señora mía, porque te la estabas buscando. De otro modo, habrías evitado las críticas, las protestas, y tu célebre franqueza. ¿No querías que te estrujáramos, que te sabotéáramos, que te hiciéramos arrastrarte detrás de nuestros informes que interpretaban lo ininteligible para meternos en el bote y hacer con nosotros lo que quisieras? Pues haberte estado quieta, un poco de respeto a nuestro absurdo no te vendría mal, nosotros participamos en el juego con el reglamento*

que mejor nos viene cada vez ¿lo entiendes o no, mamarracho más que mamarracho? No vengas a pedir transparencia en la gestión de los presupuestos, criterios y juicios íntegros, ¿quién te has creído que eres? Nos dejamos el alma para poner en marcha este mecanismo, poniendo como levadura nuestro título y nuestro prestigio, nuestras interrelaciones, las interminables horas que pasamos con el auricular al oído y ahora vienes tú a exigir otra moral y otras costumbres. Anda y que te parta un rayo, estúpida, no sabes quiénes somos, quien nos perjudica maldice la hora y el momento en que nació. Porque estamos conjurados a participar en el juego, respetando hasta el último principio del intercambio que hace que veinte personas seamos una. ¡Menuda osadía venir a pedirnos responsabilidades! Mientras nos saca de nuestras casillas con sus tonterías y sus caprichos, ella a lo suyo, por un oído le entra y por otro le sale, la muy desobediente, está fuera de todo lugar, como si no se lo hubiéramos dejado claro, no hay más que hablar, ya es hora de criar cuervos. Nos la vamos a cargar, esa ya no levanta cabeza.

La orden que había sido dada tácitamente -nadie recordaba ya por quién- circulaba de despacho en despacho, de elector en elector y era evidente: *Cargáosla, no le deis ni un respiro, tendrá que pasar por encima de nuestro cadáver para llegar al escalafón jerárquico que ocupamos nosotros. Ya es hora de que nos controle a su vez, conjurada, menudo atrevimiento, redes de interdependencia, implicaciones, tonterías y chorradas.*

6

Como ya dijimos, ante la indiferencia general, se proclamaba a sí misma Don Quijote femenino con tanto cinismo como le faltaba

y tanta ingenuidad como le sobraba. Se fijó como objetivo que la estupidez perpetrada por el caballero de la Mancha pareciera sabiduría frente a su disposición de actuar en detrimento de sus perspectivas, pero no de sus ideas. Con su postura, se propuso reivindicar, no tanto a los ingenuos, como los títulos de quienes estuvieran en un serio dilema. Como es lógico, los de su alrededor se reían, y quienes no se reían, cuando no se enfurecían, no podían explicarse esa manía suya de salir perdiendo cuando podría vencer y triunfar o al menos empatar en sus derrotas.

En pocas palabras, una apología de lo relativo, tal como lo concebía el sentido común habría bastado para salvarse. Sin embargo, ella era testaruda, una borrica que insistía en la existencia relativa que insinuaba la relatividad y, al insistir, se convertía en un elefante que se precipitaba sobre una cacharrería y creía que lo iba a destrozarse todo y alguna que otra vez no fue improbable que sucediera. Con Dorotea y su comportamiento superficial, nadie podía dormir tranquilo.

Jrisula intentó con mucho cuidado orientar el tema hacia el artículo y hacia el dinero que había llevado consigo para darle. «Un adelanto», le dijo con la cartera en la mano y, como Dorotea había puesto el artículo en el bolso, con un seco «de eso ni hablar» Jrisula asintió «bueno, bueno, dejemos eso para otra ocasión». Sentía que se ahogaba y tenía tanta prisa por marcharse cuanto antes, que no hizo nada por intentar convencerla. Ni siquiera llamó al camarero para pagar. La próxima vez, la próxima vez, desde luego.

Una vez en la calle respiró. Aquella misma noche estaba invitada a la recepción que se ofrecía con motivo de la conferencia de Axelú en un chalet de Panorámica y tenía la intención de festejar el

sentimiento de triunfo que le provocaba el diamante que lucía en el dedo. Cada vez que levantara la mano para hacer gestos que subrayarían la dulzura y la fuerza de su expresión preferida “Perdón, osea”, cuando consideraba absolutamente necesario y procedente insistir en su opinión.

Dorotea no tuvo tiempo de explicarle por qué rechazaba el dinero que le correspondía como recompensa (su artículo sería leído por mucha gente). Tal vez eso le diera otra oportunidad de defender lo absoluto, sobre el que Jrisula no sabía ni aprendería jamás ni papa.

Jrisula se pasaba por el forro esas tonterías. No volvería a ver a más que en caso de absoluta necesidad a esa pobre arrogante, gracias a la cual su nombre, JRISULA TARTOGLOU, luciría escrito con letras mayúsculas en cursiva en *Études Métacritiques*. Entonces recordó que tenía que volver a verla para recoger el manuscrito corregido que le había entregado y sintió una presión en el estómago.

7

Anoto aquí lo que escribió en su cuaderno, nuevo todavía, cuando Jrisula se fue de la cafetería y cuando, una que vez pagó los cafés y a punto de marcharse también, volvió a sentarse. Calirroe tenía colegio de tarde y cogía el autobús para el conservatorio, donde la recogería a las nueve. La fecha no se anota en ningún sitio, pero debe de datar de un año antes de que se publicara el artículo de Tartoglou. En el lugar donde debería estar la fecha, leemos la curiosa frase “Mañana Calirroe cumple los doce años. Mi hermana Aristeia trabaja ahora en el Instituto Francés de Senegal”.

Después del punto con el que cierra la frase sigue una escritura negra y descuidada y tres renglones vacíos más abajo, escrito con otro bolígrafo se lee lo siguiente:

Las décadas de los 60 y los 70 constituyeron un lento aprendizaje del enredo y el desenredo. Allí donde el deseo se veía entorpecido, germinó la ambición. Cuando nos mataba el ansia de comunicación, creció además la sed de proyectos que llevamos a cabo para saciarnos. Hartos de ambiciones y de proyectos, la única realidad que se salvaba era la del sueño de saciar el hambre y la sed que sentía, porque se prorrogaba, como la espera de la lluvia cuando se le olvida caer durante meses e incluso durante años enteros.

Pero después vinieron las décadas de los 80 y de los 90, del 2000, en que la vida dejó de ser tan tormentosa, gracias al engaño con el que el pensamiento aclara las cosas y las situaciones y nos libera de los embustes. Si me agarré a ella fue porque el pensamiento era lo único que cumple lo prometido, al contrario que la imaginación o la sensación, que se quedaron helados cuando era el momento de mantener el calor de la fuerza que las mantenía en movimiento o que se secaban cuando el alma soñadora anhelaba su calor.

Papel y lápiz. Otro papel y otro lápiz. Polvo, polvo y olor a polvo. El horrible espectáculo de las uñas mordidas. De vez en cuando, algunas mañanas de sol, las ganas de vivir volvían a golpear el cristal de mi ventana. Me paré a escuchar, abrí un ojo, «¡ah!» le dije «¡Os habéis acordado de mí! ¡Qué maravilla! No os guardo rencor por vuestras largas ausencias. Venid, acomodaos en la habitación, os necesito». Les abría la ventana para que no golpearan el cristal y retiraba la colcha de la cama. Las ganas de vivir se metían allí, ca-

lentaban con su aliento mi vientre frío y me convencían de que me levantara, de que me vistiera, de que paseara por la playa. Aryiris, Sotiris, Keti y Kikí volvían a ser jóvenes e insoportables, algo así como los zapatos que compré ayer entusiasmada por la perfección de su forma. Unos zapatos tan bonitos para unos pies tan cansados, que han subido y bajado miles de cuestas con el mismo punto de partida y de llegada.

Eran días de descanso que terminaban con las ganas de vivir escapándose de nuevo por la ventana en cuanto caía la noche y venían los pensamientos y las reflexiones. Fueron décadas de fricciones y balances que preveían el futuro y lo minaban, décadas de esfuerzos por resucitar o por guardar hasta la más ínfima migaja en el balcón para los pájaros, agua en las macetas para las plantas, el cepillo recorriendo la espalda del gato cientos de veces, tantas, que acabarían por convencerlo de que el ronroneo de su barriga eran sonidos de su propio vientre frío.

Fueron décadas de incomprensión y vigilia, de una fidelidad alimentada por las infidelidades de los demás, de una libertad encadenada a la brutalidad de los hechos para intensificar su fuerza de emancipación. Aún más allá, las décadas de 2010, de 2020, que podría vivir con la memoria paralizada, cosa que empuja a mi imaginación a abrir las alas y a atravesar el tiempo con una perspectiva aérea de la historia y no sólo de los hombres, sino también de las piedras, de los animales y de las plantas.

Décadas claustrofóbicas, con el insistente pensamiento de sepelios, animado por la realización de un nuevo mundo electrónico, automático, con las huellas de la debilidad heredada del mundo antiguo borradas y su manía por imponerse. El adulterio,

la prostitución, los golpes de estado de todo tipo, las intervenciones, las violaciones, las falsificaciones, las tergiversaciones de los hechos gracias a las impresiones, todo se lava con la lluvia nuclear que cae sobre ellos y borra su antiguo significado.

Y continuaba diciendo que ahora el mal no existe porque ya no significa nada. Todo podía ser bueno y malo, hasta la virtud y la maldad. Todo dependía de la disposición del momento, de la fuerza de las circunstancias, de las dimensiones de la necesidad. En uno de esos arrebatos de inocencia que invadía a las multitudes, el oportunista, decía, fue proclamado rey, con títulos oficiales y el sello y el cuño de la nueva tecnología. Cada cual podía proveerse de una tarjeta electrónica de residente que lo llevaría a todas partes, le prestaría dinero, le permitiría encontrar trabajo, le procuraría diversiones, existencia logística, pero también aventura, a despecho de los contrarios y de los displicentes y de cuantos no querían dimitir, ni entregarse, ni adaptarse, por un defecto de la memoria que por su culpa no parecía querer olvidar el pasado ni el futuro.

Más abajo decía que una situación anhelada comenzaba a hacerse realidad: la reducción de la gravedad. Las personas se hacían pedazos y se volvían más ligeras. No tendrían necesidad siquiera de la escafandra imprescindible para estos casos, un uniforme, en definitiva, hecho de sensaciones que agudizarían la sensibilidad, tan necesaria en estas nuevas circunstancias en las que, aun sin quererlo, todos sin excepción volaban, si entretanto y después de tantos ejercicios de supervivencia no hubiera desaparecido el significado de sensibilidad. Hasta esta palabra ha sido olvidada. El revolucionario se convertía en publicista, el sacerdote en proxeneta

de cuerpos y de conciencias, la feminista en una compositora de himnos a la autoridad, el astronauta encerrado en un psiquiátrico tras una árdua empresa en el norte de Saturno.

E inmediatamente después:

Todos representaban un sueño que, antes de hacerse realidad, descarriló de su vía a causa de pequeñas cuentas y lo que quedó fue su recuerdo hecho pedazos: un domingo en Skiatos, un sábado por la tarde en la Asociación de Amigos del Mar, una noche en la playa que mostraba en una proyección especial la orgía de colores que moviliza el sol para evitar su caída y, en efecto, lo cosigue al caer la noche. Cartas sin responder que absorben una parte de los diarios de una aspirante a heroína de un largo relato. Lugares fantásticos de los sueños. Crestas iluminadas con luz eléctrica. Recorridos en un coche que corre a una velocidad vertiginosa o que avanza en segunda. El gato que lo sabe todo. La muda historia paralela. Las oscilaciones de la materia que causan explosiones estelares y explosiones verbales. Las supernovas, pero también los héroes antiguos que se apagan letanmente y dejan que la oscuridad envuelva su existencia. Su existencia camina errante para poner fin a su deseo y a su dolor, a su vileza y a su ambición. Unas veces es engañada y otras engaña y estafa a la gente sencilla, a los harapientos, a los extenuados que se han rendido antes de una batalla y cuentan lo que tienen y se compadecen de su naturaleza errante. Sobre los terrenos que se desvanecieron no se dice ni una palabra.

Una existencia distinta se acerca a ellos. Se les entrega antes de que puedan preguntarse si es para bien o para mal. Consideran, por supuesto, que son afortunados por el billete gratuito que les

aseguran para este viaje, su asiento en la espalda de algún otro. El viaje es largo, con muchas pausas en la jungla tropical, en los desiertos, en las estepas, en los oscuros bosques del norte o bien sin pausas, a través del vértigo de lo infinito.

Aquí arriba, donde el frío es más crudo de lo que puede soportar la imaginación, la belleza de Pilio o incluso la de Pindos sobresale como una farsa, nadie escapa al embeleso. Sin embargo, todos se sienten maravillados, tan maravillados como con la belleza, hasta agradecidos por ese vagar gratuito por la insoportable helada. Todavía no saben que en cuanto se agoten las reservas de información, de juicios y de sentimientos que permitían la comunicación o el combustible nuclear de los sentimientos, la otra existencia, la disfrazada de tigre, abrirá la boca y antes de emitir el menor rugido, los descuartizará en su esófago como despedida. El tigre no es una ballena, mastica antes de tragar.

El viaje al estómago de la ballena se concede sólo a quienes el tormento de la búsqueda ha convertido en harapos. Jrisula Tartoglou, increíblemente analfabeta y en la misma medida arrogante, no tenía ni idea. El descenso a la oscuridad del fondo de los océanos se destina a los denostados. Las interferencias de los aparatos de telefonía electromagnética no llegan allá abajo. Los sonidos mantienen su claridad, sin la cobertura de los cableados que recorren a lo ancho el fondo de los océanos. Nos remiten a los radares, a la perfección con la que superan el obstáculo de las distancias.

Los espacios son infinitos, tan infinitos como lento puede ser el paso de muchas generaciones, puestas una detrás de otra para formar la estela de un astro resplandeciente hasta el ayer, que ahora empieza a extinguirse. La vida requiere la muerte de numerosas

generaciones, de innumerables generaciones para ser eterna. No bastan ni treinta ni cincuenta, tienen que ser diezmadas muchas más, tienen que extinguirse una tras otra para poder darnos cuenta de qué eternidad se trata. Y mientras el tiempo no tiene el orgullo que hace falta para afirmar que es infinito, el espacio se muestra más astuto. Se extiende por galaxias y finge ser la proyección de esta galaxia en concreto, que alberga el sentido del espacio y se esforzó por comprender su sentido y su importancia.

El espacio, prisionero de las matemáticas, convierte lo infinito en un imaginativo símbolo insinuado, con una facilidad increíble, tamaños que deshacen la capacidad humana de concebir.

¿Acaso el gato, en la fuerza del sentimiento de celo o de la exclusividad que experimenta sería más capaz de albergar en su mente la *v* del infinito? ¿Qué le importaría? El sol que rompe al alba y se pierde en el occidente se hace cada día caliente y frío, oscuridad y luz. Porque autarca y vanidoso, el gato permanece despreocupado ignorando el funcionamiento del espejo que lo refleja. Sólo el tiempo, que empieza y vuelve a empezar por enésima vez su curso en momentos imprevisibles y repentinos, en definitiva, sin previo aviso, es una fuente de angustia. Sin embargo, el gato no tiene ni la más remota idea de esta angustia.

Así pues, no hay margen para trasladar el problema a los animales y a las plantas, ni a las mentes brutas que se imaginan que vuelan cuando su fantasía se arrastra para mostrarnos una y otra vez lo que ayer o anteayer vimos por centésima vez.

Lo que lo refleja todo pero no es capaz de albergar en ningún sitio su propio reflejo podría, en efecto, ser el mundo si el mundo no se hubiera hecho entretanto tan pequeño como para que cupiera

entero hasta en el espejo que llevamos con nosotras para pintarnos los dos centímetros cuadrados de nuestros labios.

Entonces, ¿quién creará el lugar en el que todo quepa y al mismo tiempo no pueda albergarse a sí mismo? ¿Quién creará una criatura que admita infinitas acusaciones y que al mismo tiempo no pueda acusar a nadie? Una criatura condenada a dar vueltas eternamente para encontrar un espejo que refleje su interminable necesidad de misericordia.

En una creación inconcebible como esta, la única clave son los desenlaces inesperados. Un giro en una dirección diferente y contraria a la que imponen las leyes vigentes y capaz de revocarlas promulga aquellas leyes y normas a las que obedeció para crearlas. La atraviesa una negación que logra, sin embargo, apoyar todo lo relativo a esta ambiciosa obra. El negar la tendencia, el negar la conciliación y el calcular como por arte de magia lo más provechoso, el ver lo más seguro, el demorar continuamente el asesinato, el demorar continuamente el rescate, el acomodarse descaradamente, todo lo convierte en un tamiz la crítica más despiadada, mientras que ésta se convierte en lugar de creación. Lo absoluto fulmina y revaloriza lo relativo.

¡Ah! Cuánto amé a esta criatura de mi deseo y cuánto la odié. Los filósofos que escogieron su época ya lo habían sospechado: los sentimientos divinos no son para los humanos, los humanos no son ni para animales ni para plantas. Su inocencia infinita los aborrece.

Ya era tarde cuando se marchó del café. Había oscurecido. Tenía que recoger a Calirroo en el conservatorio, a donde iba en autobús cuando tenía colegio por la tarde. Durante los tres años que habían pasado desde entonces su vida había cambiado. Una caída lenta y la pesadez de no dejarse amedrentar. El orgullo la hacía detenerse ante el precipicio al que la guiaban los acontecimientos, como si ni las rectificaciones ni los cambios radicales pudieran salvarla. Daré algunas pinceladas sobre esto en el próximo capítulo. Tal vez haya ocasión de relatar los detalles en historias con otros personajes también reales. Merece la pena señalar aquí que se le arrugaba la frente a la menor reacción, pero ella continuaba enfadándose, aprendiendo de sus errores e intentando enseñar a los demás de sus respectivos errores, ya que continuaba creyendo que nada podía doblegar a quien lucha por casos justos, incluso si en éstos todo estaba enfocado a hacerla tragarse máximas como el *sálvese quien pueda, el hombre es un lobo para el hombre, tu muerte es mi vida*, frases tristes que soltaron algunos melancólicos haciendo el recuento de su día o de su vida.

Mujeres amargadas hay muchas, sin embargo, muy pocas logran mantener el brillo en los ojos, que sonrían aun cuando ellas lloran por dentro. Ella, aun cuando le faltaban, las ganas lo intentaba y lo conseguía. Sólo quería una cosa: no sólo ser sino también parecer inmutable. Por consiguiente, tuvo que negarse a aprender a bajar la cabeza aún cuando tenía que tragarse su orgullo en el trabajo o en el amor.

No estoy en disposición de incluir aquí cartas amorosas que envié y además desconozco las respuestas que recibí. Podría, sin embargo, incluir las propuestas con las que sistematizaban su destrucción profesional. Ayudaría al lector a comprender con qué sombras y con qué fantasmas luchaba.

Para localizar y hacerme con esos documentos tuve que trazar todo un plan. Los cotejé con las casetes que registraron el proceso judicial de siete horas y que grabó en secreto alguno de sus electores que, por sus motivos propios, tenía una grabadora. Con el cotejo de los documentos y de las casetes comprobé que gracias a la lógica de la máxima *scripta manent* los documentos no registran el ambiente que imperaba en la sala. A pesar de ello, conservan su importancia y su valor, porque sin ellos no podía llevarse a cabo el degüello.

Sin duda, el lector sabe que las actas en las que se recogen este tipo de textos no se dan a terceras personas. Yo recuerdo simplemente que si alguien quiere introducirse en la burocracia y coger los datos que le hagan falta para esclarecer intrigas, engaños e injusticias atribuidas a inocentes, nada es imposible.

Tal vez tendría interés, dejando de lado las formalidades al comienzo de los discursos, aunque éstas ayuden a la imaginación a recrear la escena y el espíritu con el que se llevó a cabo el caso, recoger aquí una de las tres, la que firma un tal Dr. Habil. Jristos Adamantios Golias. Pero no es el momento. Tal vez en otra ocasión.

VIII

Los crímenes invisibles

1

«¿Qué tienes que perder?»

Le soltó esta pregunta después de cinco años enteros viéndose una o dos veces a la semana. Su presencia le ayudaba a mantener el buen ánimo, porque los ataques unánimes que recibía en el ámbito laboral duraron también cinco años enteros, que habrían sido años de disolución, si no hubiera seguido buscando el código secreto de las uniones que hacen lo extraño y lo impropio, familiar y comprensible de modo que ninguna herida es ya inesperada o mortal.

Pero entretanto y hasta que fuera hallado el código secreto de las síntesis, que la llevara a lugares más allá de la bondad y del engaño, de la inteligencia y de la estupidez, y hasta que la vida viva, plena y febril se reconciliara con la muerte, hasta ese momento era como si los golpes que recibía salieran de un cañón que le apuntaba, cuyas balas no eran precisamente de fogeo, aunque no se vieran los agujeros que abrían y aunque de los cráteres que se formaban no saliera ni sangre, ni líquido alguno, ni lágrimas. Crímenes invisibles, como los que evocaba Ann Backman para darnos a entender la magnitud y la gravedad de las heridas que provocan cuantos, con disposición ligera, te apuntan, disparan y luego se sientan a contemplar las muecas que haces antes de caer. Porque tú eras el objetivo al que apuntaban y te alcanzaron. Esta

ligereza de espíritu, no ignorada en la década de los 50 y de los 60, es la que invocan los escritores postmodernos para reconciliarnos con la barbarie de los tiempos, cuando a su manera nos gritan “no os preocupéis, tragáosla, tragáosla”, lo cual era algo del todo imposible para personas como Dorotea y su gata. Especialmente la gata no soportaba ni el menor ápice de maldad contra ella y manchaba la alfombra para protestar cuando le hacían lo que a ella no se le ocurriría hacerle a nadie que la quisiera.

Esta malévola disposición de ligereza pasa por todas las épocas, cuando las personas descubren modos de evitar los castigos previstos y cuando se vuelven injustas.

En los juzgados, que se hacen para impartir justicia, para hallar al verdadero asesino, que suponen que es la víctima, para esclarecer, además de las causas, el móvil del crimen invisible y el porqué de su perpetración, no precedió ninguna reconstrucción del crimen, porque nadie vio ni oyó nada de lo ocurrido. En estos casos, los testigos son perjuros, excepto si tienen mucha imaginación y otro tanto de sensibilidad para sentir y para reconstruir con exactitud el crimen invisible. Pero entonces no se presentan como testigos, no dicen nada.

Porque, de hecho, es imposible que digan algo. Los crímenes invisibles son invisibles; la luz que podría ser arrojada sobre ellos es absorbida en su interior. No desprende ni un destello, vuelve de nuevo a su impenetrable centro y se la traga como un agujero negro. Por eso se cometen tantos crímenes invisibles y todos sin escrúpulos.

2

«¿Qué tengo que perder? No tengo nada que perder» murmuraba y continuaba: «Sin embargo, hace ahora cinco años, creía que había encontrado en ti al hermano que no tuve para protegerme. Una Antígona masculina que me transmitiría su valor para combatir cuantos males e injusticias se cometen sin vuelta atrás. Una vez que la justicia lo ha ratificado, no hay más que hablar».

No le dijo nada. Nunca hablaba demasiado, aunque quedaba con él para que decir muchas cosas, para desahogar su enfado, su pánico y alguna que otra vez, su desesperación. Los ojos de su sobrina Calirroé la perseguían con su duda *¿por qué nunca aciertas? ¿cuándo vas a sentar cabeza?* En definitiva, no soportaba ver cómo se hacían cada vez más redondos cual círculos concéntricos que se perdían y regresaban implacables sobre la superficie del agua.

«En tal caso, no podemos seguir con esta historia de la amistad. Estoy harto, tienes que entenderlo. Esto no va a ninguna parte». Le dio el nombre de una especialista, había oído que acababa de empezar sus prácticas. Podría ir a sesiones de psicoanálisis al hospital para no pagar, aunque el motivo por el que le proponía esa solución, que ayudaría a los dos a poner fin a esa relación sin sentido, no era, como bien le explicó, el dinero que se iba a ahorrar, sino la posibilidad de sanar las situaciones traumáticas en un marco reglamentario e institucionalizado. «Porque, Dorotea, lo hagamos como lo hagamos, los amigos no son nuestras muletas, por no hablar de que con la amistad, vamos dando palos de ciego. Te lo vuelvo a decir, nosotros podríamos ser algo más. Para mí sería un descanso de mi infortunada rutina. Pero a ti nunca se te ha pasado por la cabeza. Estás continuamente en Babia. Ignoras

lo que siente la gente que te rodea o no la comprendes. ¿No estás cansada? Repetimos siempre lo mismo. Te has quedado estancada en el tema de la dedicación, en principios que superan tus propias fuerzas. Se han convertido en un estrecho corsé que llevas sobre la piel y te ahoga o más bien, en una coraza metálica cuyo peso no te deja ni respirar. Basta ya, ¿no te das cuenta de que dentro de poco acabarás dándote asco a ti misma? ¡Qué diablos! El *Idiota* de Dostoyevsky comprendía el sufrimiento de la gente y movía Roma con Santiago para ser absolutamente justo. Tú te has quedado estancada. Creo que es mejor que sigas con esta historia de la amistad con una mujer y que de ahí salga algo positivo».

Recogió sus manos que hasta ese momento movía de aquí para allá y se las metió en los bolsillos para mirarla con atención. «Ya es hora de que superes a tu madre y sus órdenes» le dijo para poner punto final antes de que terminara el tiempo que normalmente solían durar sus encuentros, como si no hiciera falta añadir nada más y la acompañó a la puerta, mientras ella seguía estupefacta y pasmada ante aquella decisión dictatorial.

Lo prefería como hermano antes que como amante y no podía entender dónde estaba el error en aquella comunicación legal y franca en todos los aspectos.

3

Desde el primer momento en que lo vio esperándola en el salón de la casa que tenía alquilada Melpo junto con otras tres inglesas, cerca de Russell Square, donde estuvo una temporada, lo consideraba algo así como un auténtico aristócrata. Aquel noviembre regresaba de su viaje a través de Londres, para encontrarse con la

única amiga del instituto que le había quedado, tanto tras la disolución de su vida conyugal, como algo más tarde, cuando comenzaron los apuros y las presiones en el ámbito laboral y se alejaron de ella cuantos intentaban mantener el equilibrio en aquel juego en el que pequeñas y grandes miras medían sus fuerzas por el poder. Aquel noviembre sentía casi la misma necesidad de gestos de cortesía que sentía al principio, cuando empezaron los efectos del divorcio y del abandono, cuando enmudeció el teléfono, cuando conocidos, amigos y familiares hacían como que no la veían, cuando los mensajes del contestador se quedaron sin responder y las llamadas que le hacía a Afro para que convenciera a Memo de que reconsiderara sus decisiones fueron vanas, ya que, la muy imbécil, ignoraba que Afrula era su amante, pero también cuando empezaron las agrias sonrisas de los que la rodeaban, sonrisas que, cuando no eran irónicas o distantes, se complacían en el estúpido silencio que irradiaban. *¡Dios mío, que Pegaso me saque de aquí! Los locos tienen derecho a la evasión. Pueden engañarse hasta que les vuelva la cordura.* Así, acabó en Mani, en Módena, en el tren a París y desde allí, en el tren a Madrid, en el autobús a Tánger y a Uarzasat que tanto admiró Kalas³¹ en su viaje a Marruecos, el mismo que

³¹ Se refiere al poeta y ensayista Nikólaos Kalas (Nikólaos Kalamaris), nacido en Lausania en 1907. Vivió en Atenas hasta 1934 y hasta 1938, entre Atenas y París. En 1940 se trasladó a Estados Unidos, donde se nacionalizó y trabajó como profesor asociado de arte en la Universidad Fairleigh Dickinson. Hizo su primera incursión en el mundo de las letras neohelénicas publicando ensayos y poesía en diversas revistas literarias con el pseudónimo de Spieros para los ensayos y Nikitas Randos para la poesía. Entre sus obras más importantes destacan los ensayos *Foyers d'incendie* (Focos de incendio) (1938), *Confound the wise* (Confundiendo la sabiduría) (1943) y *Primitive Heritage* (Herencia Primitiva) (1953) y sus colecciones poéticas *Calle Nikitas Randos* (1977) y

ella quería hacer siguiendo su rastro por los lugares donde ya no lo encontraría. Así, a su regreso a París se alojó en la habitación de Eugenia, una ex-maoísta que examinaba a los hijos de los sin-techo tres veces a la semana sin cobrar un duro y desde allí emprendió el camino a Londres. Con el final de aquella búsqueda de Alonso, que ella suponía heroica y que no era sino desesperada, lo único que tenía en la mente era cómo retrasar el regreso al lugar de los crímenes invisibles.

Fue el único al que se le ocurrió darle su entrada para que fuera ella en su lugar al musical que iban a ver Melpo y sus amigos. Y como Melpo, decidida a vivir para ella misma, no estaba dispuesta a privarse del espectáculo, él mostró generosidad de sobra. Y no es que fuera tan importante perderse el musical, un género que le era indiferente, sólo había oído una y otra vez *Jesucristo Super Star* en aquellos años de invencible optimismo, pero precisamente el que representaban esa noche le recordaba su amor por Alonso de Tucumán, que había enterrado en presencia de Madame Eger en Ginebra hacía unos meses. Ese gesto tan amable del amigo de Melpo funcionó entonces como un fuerte antídoto contra el envenenado sabor que dejan las quimeras cuando vagan por nuestro estómago vacío demasiado tiempo.

Durante tantos años siendo conocidos y otros tantos siendo amigos, lo elevó, se alejó de él, lo convirtió en ángel, en el fiel compañero de su mujer finlandesa, en el padre ideal de los hijos que tuvieron, en defensor de los desprotegidos, en perseguidor de los buscadores de fortuna sin cojones, expresión que utilizara

un especialista en depresiones al que visitó en un periodo difícil, cuando tuvo que reconocer que no aguantaba más la presión en el trabajo, en las amistades, en el amor y quien se apresuró a prescribirle unos psicofármacos terribles. Él sí que tenía cojones, expresión que utilizó el mismo especialista para insultar a todo el género masculino, verdugo de su propia clientela, porque con los psicofármacos y no sólo con la idea de que los tomaba, sintió que enloquecía desde la primera semana. Fue necesario que le diera una bofetada a un desconocido que estaba fumando en el ascensor, porque no apagó su cigarro en un espacio de 90×90 centímetros, (pero ¿era ese motivo suficiente, ¿acaso ella no fumaba?) para que abriera la puerta de su casa, se precipitara dentro y los tirara a la basura, lo que le hizo volver corriendo a la amistad que tenían. Él era su gentil y generoso amigo y se lo repetía siempre que empezaba una conversación con él.

Estaban de acuerdo en que los psicofármacos eran perniciosos, una auténtica catástrofe para quienes, con razón, dudan en probarlos. Hace falta una larga formación en el conocimiento de uno mismo para saber qué es lo que va a cambiar con un mínimo porcentaje de química en la sangre. Tomar un ansiolítico es como ponerse la ropa de los domingos para ir a trabajar. Con un antidepresivo la vida se vuelve soportable y no es necesario hacer nada por cambiarla. Con la química, sin buscarlo siquiera, te conviertes en un nuevo ser. Lo único que querías era dejar de sufrir. En tu nuevo ser, que no es nada especial –una camiseta que no traspase el frío, piensas para quedarte tranquilo con la demostración– te extrañas de la pasión y el delirio con los que insistías en hacer y en sufrir todo cuanto hiciste y sufriste en el pasado, porque ahora

la pasión y el delirio se los ha tragado la tierra. La humanidad, que lleva los blanquísimos psicofármacos como quien lleva ropa interior, ha perdido el sentido de su historia, no quiere recordarla y de ese modo, cuando tiene que repetirla, vuelve a ser tan inocente como la primera vez. Cuando no puede volver a ser inocente como la primera vez, cual psicópata, se asegura de no ser dueño de sus actos, lo cual quita de en medio al juez, desmonta al jurado y convierte su historial en un cuento literario. Los intelectuales de nuestro tiempo aplauden esta laxitud de la justicia al hacer hincapié en el valor de la ligereza que se enfrenta a la seriedad fingida y así los hombres se quitan de encima ese peso insoportable que le daban los antiguos escritores, esos que ambos adoraban.

Así pues, estaban de acuerdo en que esas medidas tan patéticas estaban justificadas sólo en caso de un dolor extremo. Cuánto han sufrido aquellos que, de manera indirecta, invocan estos psicofármacos, cuando hablan de la ligereza del ser, entre serenos autorretratos, sin las exageraciones y los desmadres de los modernistas. Su trabajo ex cátedra no es difícil, lo único que tienen que hacer es hacerse pasar por alguien que sabe lo que dice, es decir, por alguien que sabe hacer bien su trabajo, aunque no sepa. Pero, ¡qué diablos! ¿tan cobardes o tan estúpidamente superficiales son? La profundidad temporal que adopta nuestra existencia conforme caminamos del error hacia el movimiento correcto y del movimiento correcto a otro error sucesivamente, son nuestras reservas, malditas y benditas, y es lo que tenemos, no en el banco o en el bolsillo, sino en nuestro interior, junto a nuestra sangre, a nuestra saliva, a nuestra orina.

Estaban de acuerdo en que la sangre, la saliva y la orina son nuestra alma y en que las conversaciones sobre la ligereza no son más que tonterías. Estaban de acuerdo en el valor de la experimentación y de la búsqueda. Estaban de acuerdo en el deseo que es proyecto y decisión. Estaban de acuerdo en que los proyectos y las decisiones no pertenecen sólo al ámbito cerebral, en que la piel, el estómago, las tripas, la resistencia de los huesos, la elasticidad de los músculos son también responsables de nuestro espíritu y de nuestra sensibilidad. Estaban de acuerdo en que aquellos que esconden su pobreza de espíritu tras giros intelectuales y complejas formulaciones son los más peligrosos y que la certeza embrutece al género humano cuando sus representantes se relajan en ella, como si se echaran la siesta, después de un agotador ejercicio matutino. Estaban de acuerdo en que los necios que ignoran su necesidad son los más resueltos, en que son a los que hay que temer y en que la inteligencia y la integridad van juntas. Estaban de acuerdo en todo. Para siempre, para siempre. Eso le escribía en las postales que le enviaba de sus viajes “con amistad eterna, eterna”. Ya está, eso se acabó.

Sin embargo, pasaron dos años hasta que volvieron a verse. La evitaba. No tenía tiempo, los niños tenían problemas, una vez uno, otra vez el otro. Gunila se había vuelto a marchar a Finlandia para tres meses, algo la reconcomía, se había cansado del calor, del sol, de la ausencia de nieve, quién sabe. *Yo te llamaré, sí, sí, hablaremos.* Esto era necesario los dos primeros meses, después estaba de más, se los tragó el silencio. Ni siquiera en la calle se veían de manera casual, como si hubieran dividido la ciudad en dos zonas para evitar los juegos de la fortuna, que se divierte a costa de nuestros miedos y nuestras inhibiciones.

Cuando lo vio con aquella joven en el café de su barrio, tropezó con los lisos baldosines de la acera. Mira tú, imagínate, el narciso corroe la dedicación como un gusano, hace declinar la moral, la fidelidad se convierte en desvelo y se conforma con unas sabias maniobras que logran un enrevesado balance de obligaciones y necesidades y naturalmente, no vivimos solo para comer, para tramitar o para deber. La vida es sedosa y ruda, está tejida con percal y terciopelo al mismo tiempo. Los sentimientos mezclados que provoca el tacto cuando acaricias el aterciopelado tejido, se vuelven una masa en nuestra cabeza por la mañana, por la tarde y por la noche. ¿Y Gunila? Su amigo parecía estar en el séptimo cielo. La atisbó en el último momento al pasar por la ventana del café.

4

Le perdonó muy pronto este desliz, que digo pronto, casi al instante, cuando también ella prosiguió su propia campaña para unir sentimientos contrarios, órdenes contrarias que se niegan una a la otra y que, sin embargo, deseamos experimentar, en un intento por limpiar el terreno de la turbación y de la rabia de nuestros conflictos interiores.

Las frases que determinaron su existencia durante los dos últimos años, en que dioses y demonios se empeñaron en liquidarla, son las frases *sabe, me voy, no se debe*. Veía estas tres frases hasta en sueños. *Una, conocimiento, decía, con el que quiero colmar mi espíritu. Otra, evasión, con la que he llenado mi vida.* Y la tercera, contención que golpeaba su cuerpo hasta el momento en que vio frente a ella la chaqueta azul. La llevaba un joven, adulto ya desde hacía tiempo, con cuya voz soñó desde el primer momento saciar

el hambre que durante años le provocó el fantasma del amor único e inextinguible que buscaba en los amores.

Esa voz que, en aquel primer momento, decía algo sobre el Patriarca de Constantinopla, era clara, tenía peso, buscaba en todo esa seriedad distinguida. Nada podía vaticinar la tormenta sin pausa que levantaría la ligereza en el matiz y en el tono. Era evidente que de graznido no tenía nada y de ese modo, siguió siendo clara, clarísima, incluso cuando aquello que diría en los años venideros, aunque lógico en su expresión, ya que no infringía los principios de identidad ni de contradicción, se veía atrapado en un círculo vicioso de sentidos abstractos y dejaba que el miedo y el terror dominaran las frases que pronunciaba, en lugar de expresar elecciones, decisiones o algún plan de acción, cosas, en definitiva, que educarían la mente y los sentimientos.

Sumido en las profundidades, capaz de oponerse hasta a los análisis más afanosos, el miedo y el terror se tragaban la luz que podía caer sobre él para desnudarlo con su más potente proyector, un pensamiento liberado de convencionalismos. El miedo y el terror continuaron siendo oscuros e invisibles, tan oscuros, que te hacían creer que no existían, pero en realidad, con las interminables prohibiciones que imponían, lo que dejaba de existir era el deseo de vivir. Para ser exactos, no es que el deseo dejara de existir, sino más bien que una situación de continua decepción la conducía a sucesivas rebeliones sólo porque desde el principio estaba segura de que serían sofocadas.

Con semejantes zalamerías, cuando la voz salía por la boca, no encontraba obstáculos, el aire que la trasportaba los desviaba cual si bailara sobre ellos. Nada la rompía, al contrario, todo seguía su

ritmo con sutileza. Las cuerdas que la emitían no estaban dañadas por el humo, el uso o el dolor. Oscilaba en la escala tonal con facilidad, fluía sobre sus oídos como la música de un violín que afinaran con esmero y cuidado. Cuando pronunció la palabra *pantalones* y la segunda *a* sonó como una *e*, ninguna letra desmerecía a la otra, el resultado final era un armónico acorde que elevaba la palabra y sobre todo, su sentido. Era agradable oírla tan clara y tan fresca. Era una voz que el tiempo no podía envolver. Es una lástima que sus fonemas no fueran poéticos.

5

Durante mucho tiempo, al oír esa voz o al pensar en ella, su imaginación deambulaba por los sentidos y por la memoria y le recordaba la belleza del bosque y de los pájaros, la exhortaba a nadar en el río o a pasear bajo el denso follaje que se extendía a lo largo de la orilla. La hacía creer que oír esa voz tenía algo del sabor a azafrán, del aspecto de los jacintos o del color lila o malva que se podía atribuir con total correspondencia a los sonidos que exhalaba cuando la evocaba en silencio. Hundida en un silencio, ora alegre, ora melancólico, transmitía a aquella voz la fiebre que hace al inexperto morderse las uñas y el arrojado necesario para suspenderse durante horas en el vacío sin el menor titubeo. Esta situación la estimulaba a vivir con pequeños lujos, como derrochar el tiempo, algún dinero o algunas horas frente al espejo con su desnudez por compañera, para olvidar, durante días enteros, preocupaciones y cuitas del pasado y a su vez, el *no se debe* y el *me voy el sabe* y el *no he aprendido*.

Mucho más tarde comprendería que esa voz, cuyo silencio *llenaba la habitación de pájaros*, se consumió en la completa indiferencia que le impusieron como pena, en la falta de proyectos que le adjudicaron para que, absuelta del peso del castigo, viviera en un ahora interminable y en un fugaz en otro lugar, como si el tiempo, privado de su curso, se dispersara en momentos sin duración y sin futuro. En ese tiempo petrificado, que formaba cúmulos de fragmentos y que no fluía, la voz, ligera como una pluma, lograba viajar a otra parte en el momento en que se encontraba aquí y allá.

Y, sin embargo, tanta propensión y tanta inactividad no eran suficientes para hacerla entrar en razón. La canción popular que dice *sobre las nubes pasee contigo* era exacta en este caso. Quería todo cuanto le inspiraba aquella voz y sobre todo la quería a ella en sí misma, como si pudiera bebérsela y hacerla suya. Porque, con la estupidez del idólatra o del dogmático, seguía insistiendo en que su poseedor era el alma gemela de alguien que había perdido todas sus cualidades sólo por adoptar las de aquella voz y coincidir en todo con ella.

¿Y el Patriarca? ¿Y la casita en el campo? ¿Y el anillo? ¿Y el motor que iba a cambiarle al coche para que corriera a una velocidad vertiginosa con una inseguridad vertiginosa? ¿Y Alaska, y Cuba y México? ¿Y la chimenea que ardería lentamente, recordándole que no era una sin techo? ¿Cómo pudo olvidarlo todo, hasta su mente, por esa voz que hablaba de un confuso aquí y de un interminable ahora, sin brújula, sin compás y, por supuesto, sin futuro?

Supongo que lo olvidó todo, hasta su mente, que enmudeció, porque su indiferencia por el futuro convirtió el tiempo en una línea recta y esto era, al parecer de Dorotea, una auténtica desgracia,

porque la curva que, al replegarnos, traza el tiempo para descubrir nuestras intenciones, nuestras miras o nuestros proyectos, ofrece a nuestros ojos un horizonte, activa la vida y hace que pensemos en los días y en las noches como en piedras preciosas que ciñen mortalmente el cuello que adornan. En estos casos, el tiempo es lanzado a una velocidad proporcional a la intensidad de los retos con los que desafiamos a la pasividad, para armarlos de tesón y de insistencia contra ella. Como si la lisa curva del tiempo estancado fuera la que los pone en juego.

6

Al impedir al tiempo mantenerse en su curva, esa voz no permitía que ocurriera nada de lo que puede ocurrir sobre su curvatura. Sonaba, palpitaba, era agradable y odiosa, pero no viva. En medio de tantas dudas y tantos reparos, no asomaba ni un ápice de su sonido cristalino, lo cual demostraba que la vida le había sido arrebatada. Continuamente dividida en dos altavoces desacompañados, lo único que conseguía era olvidar la muerte que la acechaba, en lugar de transmitir la pasión que revelaba. De ese modo, se prodigó en camas que muy pronto y sin apetitos, se convertían en causa de increíbles reproches y más tarde en placeres sin placer y sin rastro alguno de aventura. Con una desaforada facilidad, todo la convencía de que no le hacía falta hablar para ser oída. No había un sentido exacto para nada de lo que podía decir, para nada de lo que quería que expresaran sus frases, aunque estuviera en disposición de pensar en ello. Cuando, muy rara vez, ocurría que hablaba y era escuchada, la necesidad que la empujaba estaba por encima de la voluntad que la mantenía muda.

La música que exhalaba era la máscara del marasmo, porque con una angustia extraordinaria y casi pueril, se hallaba en continua duda sobre si debía dirigirse a dos oídos o a cuatro. Así pues, no decía nada y cuando decía, nadie la escuchaba.

7

Es increíble que por ella Dorotea intentara caminar sobre las aguas. Y mientras porfiaba en este intento, inmensas llamas envolvían su casa. Su padre y Calirroo, colgados en las rejas del balcón, esperaban que hiciera algo para salvarlos, la casa se quemaba y ella corría de arriba a abajo aterrorizada, intentando avisar a los bomberos para que vinieran a salvarlos y a apagar el fuego. Pero el maldito número de teléfono no era correcto. Su padre movía la cabeza triste y pensativo. Calirroo estaba loca de impotencia y ella realmente desesperada por la estupidez de haber prendido fuego a su propia casa. Y en aquel preciso momento de angustia que la hizo sentir que iba a ocurrir una desgracia, gruesas gotas de lluvia comenzaron a mojar su ropa, los baldosines del balcón y las cortinas. La lluvia devoraba las llamas, en breve el fuego no sería más que un susto que ya había pasado, sin embargo, aunque inofensivo para todos los demás y para la casa, permanecería en su interior, abrasándola y consumiéndola lentamente.

Y como siempre hay algo factible, bien medido y perfectamente sistematizado para combatir con éxito lo que consideramos imposible, un día ocurrió lo que jamás creyó que podría ocurrir: el mar se vació y se encontró con los pies desnudos chapoteando en una ciénaga de algas secas y de peces muertos. Caminó durante meses sobre esta superficie mucilaginosa hasta que una mañana se dijo

¿Qué hago yo, un delfín, entre sardinas muertas? Entonces tomó el camino contrario y no se detuvo, estaba decidida a encontrar tierra firme.

La encontró en la cima de una montaña. Allí arriba, sin el anhelo de una caricia ni de cariño, los días se cuentan con los dedos de las manos. Un delfín no puede vivir ni en un mar vacío ni en la cima de una montaña.

Le resultaba difícil separar la palabra *pantelones* de la voz que la pronunció. Cada vez que se los ponía recordaba su metal, sus matices y su tono y cada que recordaba el sonido inarticulado que emitía, volvía a guardarlos en el armario.

8

A partir de ese momento todo cambió, para peor o para mejor, sólo Dios lo sabe. Porque se dice que, cuando tocas fondo, coges el impulso necesario para volver a subir a la superficie. Se dice que entonces recuerdas la oscuridad en la que te habías hundido como si fuera el último trofeo de una batalla que, por supuesto, perdiste, pero no te perdiste a ti mismo y esto es, en cierto modo, un triunfo.

En efecto, durante mucho tiempo, en lugar de buscar su muerte, la dejó meterse y anidar en su interior como si fuera su último trofeo. Lo primero que se volvió inútil fue el espejo, porque el espejo no mostraba ya nada de ella misma y de los demás mostraba sólo el dolor y la rabia que un día habían sido suyos y que ya no tenía.

9

Una de las innumerables mañanas que pasó en esta situación de abandono, en la que nada podía despertar el espíritu y los sentidos del letargo que se los había tragado, como necesitaba

consuelo, porque todo se había echado a perder, se imaginó que había sido una niña feliz.

«Soy hija de una familia feliz», decía. «Mi padre es un importante profesor de medicina y disfruta de la autoridad que ejerce sobre sus pacientes, sus alumnos de especialidad, los enfermeros y las limpiadoras del ala que alberga la Clínica Universitaria. Sin embargo, no es irascible ni arrogante, sino comedido y gentil. Se ha interesado a temporadas por mis problemas con sinceridad y sensatez. Su gran cualidad, por la que lo queremos y lo respetamos, es su fidelidad a mi madre. No se olvida de demostrarle que piensa en ella, con gestos sencillos que no requieren dinero sino tiempo para pensar en ellos y que sean acertados. Mi madre está profundamente tranquila a su lado. Caminan juntos por las tardes durante cuarenta y cinco minutos para confiarse uno al otro sus problemas, sus decisiones y sus proyectos.

No hay nada que pueda deshacer su unión y nuestra unión con ellos. Digo nuestra unión, porque tengo una hermana melliza una hora más pequeña que yo con la que saboree la compasión e intercambié el cariño. Nuestros sentimientos contienen nuestros pensamientos íntimos y por ello nunca habrá envidia, celos o rivalidad entre nosotras. Soy menos guapa que ella, pero más inteligente y eso nos complementa como si fuéramos una. Mi hermana es mi auxiliadora en todo momento, igual que yo para ella. Acepto sus críticas porque siempre son por verdadero interés por mí. Ella adora a nuestro padre y yo siento una profunda debilidad por nuestra madre. Ellos, sin embargo, nos quieren a las dos por igual. Nos dieron medios para mover cielo y tierra a fin de buscar y de dar felicidad a las personas que queremos y que nos quieren».

Este sueño engendra dudas que superan su voluntad de creerlo. Sólo consigue hacerlo real cuando lo completa con una pesadilla. Entonces, coge a su gata en el regazo: “Escucha, gatita, mi padre no se licenció precisamente por la Universidad de Cornell, sino por la Universidad de Bolonia. A continuación, consiguió homologar su título en Grecia con la ayuda de la directora de la Clínica Universitaria, donde hizo la especialidad y gracias a los hilos que ésta movió para concederle el favor que con tanta insistencia le pedía durante su relación secreta. Aunque tenía dos hijos tan sólo cinco años menores que él, se dedicó a él y le ayudó en su carrera. Le enseñó a desenvolverse, a no dudar en pisar a nadie para hacer la carrera que soñaba y a completar un *yo* repleto de inseguridades.

Tuvieron que pasar años hasta que me enteré, de casualidad, de su relación con una enfermera a la que le había montado un piso y a la que pasaba una cantidad de dinero que superaba con creces sus gastos mensuales. Como tuvieron que pasar años hasta que me enteré, de nuevo por casualidad, de que en los pasillos por los que deambula, con la compañía de sus estudiantes, no hablan de él con tanto respeto como él se imagina. Todos se preguntan cómo un pelota formado con conocimientos trillados y obsoletos se hizo con tanto dinero como para tener casa en tres ciudades del extranjero, casas de campo, una sirvienta, una cocinera y dos secretarías, una suya y otra de mi madre.

De casualidad, en un momento dado, descubrí que el amor de mi madre hacia él estuvo siempre mezclado con una dosis de asco.

No me toques, le dijo, y tuvo que chillar. Presencí esta escena al pasar al lado de la puerta de su habitación. De casualidad, me percaté además de los movimientos secretos de mi hermana para ganarse su cariño y una mayor parte de la herencia. Tuve que ponerme de acuerdo con mi madre para evitar de manera indirecta las operaciones judiciales que mi hermana estaba preparando contra mí. No la quiero, sencilla y claramente, la envidio por su belleza y su estupidez, porque es feliz rodeada de hombres que no temen acercarse a ella. La quiero y la odio al mismo tiempo. Monopolizó el cariño de mi padre y me arrojó como un lastre a la debilidad de una madre que es incapaz de poner las cosas en su sitio. Por muchos esfuerzos que haga por ocultarlo, la posición que adoptó para seguir siendo, por todos los medios, la esposa de mi padre, está llena de desórdenes y de desdichas”.

Acaricia una y otra vez a la gata. La mira a los ojos. La gata los cierra y bosteza. Ella continúa inmutable: «Sólo tú, Roxana, diosa de los sabios egipcios, estás en disposición de entender las tramas y los líos. La realidad está en el medio, entre sueño y pesadilla y nos obliga, a nosotros los vagabundos, a refugiarnos en el diván del obrero o del psicoanalista. Los necesitamos para que nos apoyen cuando la pesadilla se convierte en el fármaco que deshace las ilusiones con su veneno».

11

Porque además de la voz que vagaba como un fantasma por las habitaciones, estaba también la carta de Aristeia, que no quería volver a leer y llevaba dos meses sobre la mesilla. Es fácil, sin embargo, adivinar qué decía:

«Dorotea, hermana mía:

Con el regreso de Calirroo he vuelto a la vida. Durante todos estos años en el extranjero, he vivido como un muerto condenado a arrastrarse, porque no tenía el valor de enterrar conmigo el último rastro de esperanza que mantiene a los muertos con vida. Sólo que no sabía qué podía esperar y era incapaz de buscar y de encontrar una respuesta. Nunca te he escrito porque me habían abandonado la sensibilidad y los remordimientos mucho antes de venir a África. No he vuelto a Grecia, porque el asesino vuelve, la víctima no puede volver aunque quiera. La llegada de Calirroo ha levantado una tormenta en mi interior. El hecho de que quisiera verme ha sido para mí el triunfo de la resurrección y tu generosidad al ofrecerme este regalo me deja sin palabras. Esto te lo debo mucho más que los años que la has criado. Porque Calirroo podría haberme odiado, pero me sonrío y sus ojos centellean y eso me da ánimo para volver a pensar en cómo y por qué tuvieron lugar los crímenes que se habían despertado dentro de mí. Pero, ¿soy capaz?. Nunca me sentí responsable de mi hija. Lo único que veía al mirarla era la traición del amor, una maldición que, una vez que cae sobre ti, se repite. Sólo era capaz de sentir la rabia y el odio hacia su padre y hacia el amante que ocupó su lugar, porque yo no era nada para ninguno de los dos. Ahora te pido...

¿Otra vez? Aristeo no hacía más que pedir. Lo más probable era que ahora le pidiera lo que le pidió a su madre hacía veinte años y lo que le pedía antes a las dos mayores. Porque, desde que se fue, su madre y las dos hermanas mayores se habían convertido en un cuerpo sólido y ya no estaban disponibles, mientras

que el padre había vuelto a recibir la orden de no intervención. Ya era hora de que se tranquilizaran ellas también y que disfrutaran, una de su vejez y las otras dos de su vida, sin más aprietos. Además, como decían entre ellas, ¡por el amor de Dios! Ni Dorotea ni Aristeia eran unas niñas. El padre, a saber cómo y por qué, volvió a quedarse quieto.

No quería volver a enredarse entre las bárbaras costumbres de la familia, cuya crueldad extendía sus tentáculos sobre intenciones, sentimientos, pensamientos inconfesados, tan bien escondida, que era prácticamente imposible descifrarla. No podía volver a caer en la trampa que le estaba tendiendo Aristeia sin darse cuenta, porque cuando te encuentras en un apuro no reflexionas ni te das cuenta de nada. Además, era evidente la egolatría que lleva consigo el miedo a la competición. Ni siquiera se le pasó por la cabeza preguntarle cómo estaba o que tal vez también ella necesitara algo que, por una vez, estuviera en disposición de ofrecerle. ¿Era o no era su hermana? Pero Aristeia no podía pensar más que en ella misma. Con las “gracias” que daba, cuando las daba, preparaba a todas sus víctimas para asentir a la petición que se disponía a plantear inmediatamente después del agradecimiento. No siguió leyendo. La frase que seguía se la tragó el *no recibir es como no tener* que tuvo que decir en voz alta mientras dejaba caer la carta sobre la mesa, porque ya no tenía, ni podía, ni quería nada. En cuanto a las trampas –trincheras o diques– que le tendieron los parientes luchando o aliándose entre ellos, hacía tiempo que se las había tragado la oscuridad.

Calirroo se quedó un año en África. Al regresar se fue de la casa de su tía y se instaló en una ciudad más pequeña. Tras licenciarse

empezó sus viajes y su peregrinar. *He encontrado a mi madre, poco a poco, tengo que ir encontrándome a mí misma*, decía en una de las pocas cartas que le escribió para decirle que la quería mucho.

12

Un mes de julio igual de caluroso que aquel en que la trajeron a casa, Roxana terminó sus días en paz, envuelta en una blanquísimas sábana entre sus brazos. Con la muerte de Roxana, comprendió que también ella desearía la suya entre los brazos de alguien que la fuera a echar de menos y no bajo tierra y sin funeral, sino como cenizas arrojadas al mar que la llevara a Calirraji en verano o a alguno de los olivares de la parte oriental de las colinas que rodeaban el pueblo, por donde sale la luna de agosto.

Después, la amarga muerte de su padre. ¿En cual de sus hijas podía pensar con alegría? Cada una con sus fracasos, sus maldades, sus manías o su locura o con la más profunda tranquilidad que se puede sentir sin ser un borrico. Su padre quería irse. Se puso la ropa que le gustaba, deseó su muerte y fue una de las pocas veces que se le cumplió el deseo.

Incluyo aquí algunas notas y pensamientos de su diario del ensayo sobre Freud:

10 de noviembre de 2002

El duelo y la melancolía son dolencias somáticas o psíquicas. Sus causas se encuentran en el ambiente. Una persona querida muere o se pierde y como si no bastara esto, con ella se pierde la idea abstracta que podría suplir esta pérdida. Durante un tiempo estamos de duelo por esta terrible pérdida y después volvemos a

salir a la vida a buscar a otras personas que con el tiempo se harán igual de valiosas y poco a poco cerrarán la herida. Con el final del duelo, el *yo* recobra su libertad y rechaza las inhibiciones. Esto ocurre, ha ocurrido cientos de veces. Hay muertos que han resucitado. Los niños los adoran y ellos a su vez los aman sin escrúpulos, sin reparos y sin cohibiciones.

Por el contrario, el depresivo se deja arrastrar por la melancolía que le provocó la pérdida de su ser querido. La melancolía, sin la perspectiva de un final, se convierte en una depresión dolorosa a la que siguen cosas peores. Aparece una indiferencia hacia lo que ocurre en la realidad, a continuación el auto-escarnio y la espera del castigo.

Mientras que en el duelo hay siempre una muerte real o simbólica que provocó la pérdida, en la depresión, que es una exageración del duelo, la pérdida no la provoca ninguna muerte real o simbólica. El depresivo, al perder a una persona querida, se olvida de lo que perdió. Su conciencia, que finge ignorar la pérdida, lo juzga indigno de sentir dolor. Lo convence de que ha perdido su dignidad, se ha convertido en un redondísimo “cero”. Ante los demás se consagra al delirio de su nimiedad, pero no come, no duerme, no desea nada de la vida. Al perder algo, como castigo pierde también su *yo*. El deseo, en lugar de trasladarse a otro objeto, es arrastrado. El depresivo derrochó toda la energía que tenía para igualarse al objeto que perdió.

El deseo por el objeto que se perdió es narcisista. En realidad, no deseaba lo que perdió, sino lo que era él cuando lo tenía. También es narcisista la desaparición de su deseo. Se niega a desear otra cosa porque no puede imaginar en qué se convertiría si lo

tuviera. El deseo y la imaginación van juntos. Cuando muere uno, muere también la otra. Esto también ocurre, ha ocurrido millares de veces. Los muertos que viven circulan entre nosotros. Los niños, sin llegar a tenerles miedo, los evitan. Lo que los distingue es la diferencia en la anchura de onda que provoca la relación con la vida. El depresivo ha salido de la vida, ha dejado de vivir, mientras que el niño se prepara para entrar a la vida y para vivir.

El narciso es símbolo de muerte. Su espejo cierra con llave. En cuanto va a mostrar otras cosas *clap*, cierra su tapa y se refugia en su oscuridad.

13

Lo dejo aquí. Hasta hoy, 3 de junio de 2003 no he logrado encontrar aquello que podría reavivar una presencia quijotesca que, tantas veces como he pensado en ella, siempre me ha recordado a una criatura sometida que no encontró la calma ni en la desdicha ni en la felicidad, vagando siempre por senderos trazados por su mente, arrastrada a luchas con la realidad. Esta realidad, siempre prosaica e incompleta en comparación con los fantasmas que hilaba su mente, traicionaba sus intenciones y los ambiciosos proyectos de resistir su molienda. He hecho cuanto he podido para dibujar la figura que tan bien ocultaba en su interior, a la mujer, al hombre y al niño a fin de que pareciera un duende hecho de hierro, latón y plástico, plumas y cartón.

Que Dios te guarde, querido lector, del idealismo, el amor, la soberbia, por así decirlo, que hace a una persona lógica soñar con la locura y al loco, un caballo alado que vuela por las cumbres y los valles más libre aún que los pájaros y más justo que la justicia.

II

19 de diciembre de 2006

Desde la última frase, “más justo que la justicia”, que encuentro exagerada, han mediado conversaciones, diferencias, argumentos y réplicas, con las que muchas veces atormenté los pensamientos y las reflexiones de mi humilde escritor. Unas veces decía de editar un libro, soñaba con las alabanzas de los críticos y se animaba a mandárselo a algún editor y otras veces lo volvía a guardar en el cajón de su escritorio. Se rinde al pensar que ya no tiene veinte años para dedicarse a escribir lo que le dé la gana y que la literatura griega está sedienta de obras maduras. *Este manuscrito, que avergüenza a la literatura de mi país, no lo va a leer nadie, porque hace oídos sordos a sus expectativas*, se promete a sí mismo y su color pasa de amoratado a pálido como el de un paño amarilleado.

No era bueno, aunque evité decírselo directamente. Preferí seguir siendo amable, como cuando bajó desde el séptimo, con el manuscrito de *La materia Oscura* bajo el brazo para pedirme que le echara un vistazo. Me dijo con timidez que le interesaban mucho mis impresiones, por supuesto, si me apetecía leerlo. Decía que le preocupaba el grado de realidad en la creación de la heroína y en la narración de su historia. Temía no haber logrado dar vida a un fantasma inspirado (*me atrevo a reconocerlo*, como me dijo exactamente) en mí, aunque durante tantos años, quitando el consabido saludo, no habíamos entablado ninguna conversación, ni siquiera en el ascensor ni en ninguna de las ocasiones que se les presentan a dos vecinos que viven en el mismo edificio desde hace más de quince años.

“Sé que le interesa la literatura, como a mí, aunque me dedique a la enseñanza por motivos de supervivencia, como usted. ¿Me hará ese favor?”

Cogí el manuscrito y, como no quería alargar más esa incómoda situación, le prometí que le daría mi opinión.

Lo leí en los dos fines de semana que siguieron. Mi vecino se vio atrapado en un tema muy amplio, sin haber medido bien sus fuerzas ni su talento. Bien dice Cervantes que somos lo que son nuestras obras y mi Cervantes es para reír y llorar, porque no sólo no le llega ni a la suela del zapato, sino que recuerda a aquel insignificante Alonso Fernández de Avellaneda que quiso robarle su héroe. Pero ese pobre miserable lo intentó cuando aún vivía Cervantes y de ese modo, en lugar de robarle su gloria, la hizo aún mayor, porque provocó la ira del creador y lo hizo retomar el tema y regalarnos una segunda parte todavía mejor que la primera. Mi vecino lucha contra molinos de viento y, sinceramente, es todavía muy pequeño para un trabajo semejante. Cuando le comenté diplomáticamente mis reparos intentando no herirlo, con un buen ánimo sorprendente, estuvo de acuerdo, lo cual demuestra la dimensión de sus posibilidades. Porque normalmente los héroes están subordinados a su escritor, mientras que él, cada vez que me ve en la entrada del edificio, o en el teléfono (no con tanta frecuencia, eso es verdad) me atormenta con sus dudas sobre si ha hecho bien o no en escribir esto así, lo otro de otra manera, etcétera. Aunque se esfuerza por no ser irritante, reconozco que me he cansado de los agasajos de un mediocre y de la mala suerte de verme envuelta en los productos de su mente.

Desde tanta distancia como me permiten las cosas, intenté comprender qué era lo que tanto me molestaba de aquella historia. Para decir las cosas como son, el hecho de que no se inventara un cuentecillo para distraer al lector; se lo reconozco como un mérito. A pesar de eso, hay algo que no va bien. Creía que ahora, que ya no hay ni pizca de idealismo, que el pluralismo ha terminado con el amor, ahora que la dedicación parece estupidez y quien se dedica a los valores de la fidelidad, un pobre hombre que no quiere traicionarse a sí mismo y todo cuanto quiere (ojalá supiera lo que quiere), lo último que perseguiría alguien que escribe con el alma y con la mente, cual si afilara un cuchillo, es toda semejanza de sus reflexiones con la realidad. Pero como el mundo rebosa de inteligentes e inseguros, a quienes lo único que les importa es que otros más inteligentes que ellos no les lleven la contraria, el que escribe está obligado a poner las cosas en su sitio y si él no puede, sus héroes y si tampoco éstos están en disposición, por lo menos los involucrados en esta historia imperfecta. Por supuesto, el lector sabe que no puede esperar milagros. Las medidas de la historia determinan al escritor y a los héroes. Aunque con esto quiero rivalizar conmigo misma, en honor a la verdad, que refuerza sus motivos.

Aunque mi vecino se refugia en la ironía, no se atreve a volverla en contra de su heroína. Al contrario, se esfuerza por ocultar sus debilidades, ya que traicionan la intención que tenía y lo hacen desviarse de su propósito. Le encantaría crear un mito en torno a ella si tuviera las agallas que hacen falta para eso. Tanta es su obsesión por un ideal elevado que, sin ignorar el espíritu de nuestra época, pasa por alto el cinismo con el que su mísero y ruin sistema se

enfrenta a ese ideal. Él insiste en flirtear con el idealismo, aunque sabe que no es más que una chispa. Sin embargo, parece haber entendido demasiado tarde que es una chispa peligrosa, hecha para bien y para mal. Las responsables son unas intenciones confusas y turbias que se olvidó de excavar, de labrar y de podar. Porque, aunque cree que los atormentados, los desfavorecidos de la justicia y los infortunados merecen una mejor suerte y que los fuertes sacan su fuerza y su autoridad de los débiles, no ha podido pensar más que en una heroína que los menosprecia.

Si suponemos que Dorotea soy yo, no es bastante el hecho de que realmente me hierva la sangre ante la vileza de esos lumbresas tan sagaces y taimados que dan tierra y agua a los centros de la tercera y de la cuarta autoridad a cambio, no sólo de dinero, sino también de la gloria, hasta la del poeta. Porque personas como yo, a quienes, como no somos dioses, no nos basta que nuestras vidas fluyan como riachuelos, se parecen a las golondrinas que no hacen el verano. ¿A cuántos lectores puede conmover mi escritor con su pluma y hacerlos tirar la ropa sucia y ponerse la limpia? Mis aventuras no pueden sino provocar risa a los inteligentes, porque no son pocos los que, sin atreverse a decirlo directamente, me toman por idiota y por una palurda. Porque, según dicen, no he aprendido a cerrar el pico y todo lo que me ha pasado ha sido por mi propia estupidez. Dicen además, que les molestaba, mi arrogancia y mis ínfulas. Supongo que para ellos la soberbia soberana es no calcular bien tus fuerzas ni tu dinero, creer en la pobreza y ver en la felicidad que experimenta el avaro y el imprudente el principio de las calamidades de los que te rodean. Pero esto es lo que yo creo. Porque las dificultades hacen aprender a la gente, mientras

que, cuando por casualidad y gracias a una reacción adecuada, uno es feliz, se convierte en una fiera indómita dispuesta a despedazar a todos aquellos que envidió en el pasado por los dones que él no tenía ni tendrá jamás. Esto se le quedó clavado como una espina y ahora encuentra la ocasión de poner zancadillas y trampas, intrigando y maquinando cómo humillarlos y quitárselos de en medio. Nueve de cada diez veces lo consigue, porque tiene buena salud, dinero que ahorró con canalladas, operaciones secretas, los pactos adecuados, además de la posibilidad de hablarle de tú al ministro, al editor, al director de tal servicio, de tal banco y todo sin escándalos. Al contrario, todos parecen aplaudir el éxito de su medra, porque reconocen que no es fácil llegar casi a la cima de la escarpada montaña del poder. Aquel a quien pusieron en el punto de mira en un lento proceso de neutralización, pierde la fuerza que le daban sus dones. Las puertas se le cierran, el periódico no publica su artículo, los editores, uno tras otro, le devuelven sus manuscritos, los grupos de investigación lo ignoran, los trabajos los cogen mediocres faltos de cualificación que, de pronto, cobran fama de especialistas y añaden títulos a la tarjeta de visita que imprimen cada dos años. Y todo para que los llamen por teléfono los pobretones como ellos para pedirles puestos de trabajo a cambio de algo. El lector sabe muy bien que otro de los motivos es que les gusta romper las cigalas con el cubierto adecuado y otro, igual de importante, favorecer a sus hijos, familiares y amigos. De este modo, el hecho de que el mundo es un voraz y redondísimo cero a la izquierda como trazado por un compás, es un secreto a voces.

¿Piensa acaso en todo esto o se le ha secado el seso leyendo una novela tras otra como si fueran el pan de cada día y se ha olvidado

de todos aquellos escritores a quienes, ya desvalijados, lograron que se los tragase la tierra, como si no hubieran existido jamás? ¿Acaso no se lo he dicho? Porque si estuviera en su mano, se pasaría el día holgazaneando con sus amigos. Pero yo lo hago sentir tan mal con lo que le digo, que se pasa las horas en los cafés y luego se va a dormir pesado como un plomo. ¿Qué le voy a hacer? Adormecerlo con buenas palabras no es mi estilo. Sólo lo haría si quisiera hacerle daño y no quiero, porque reconozco que es una persona agradable. Sin embargo, le falta la dureza que requiere todo proyecto inspirado para llegar a buen puerto. Con tantas carencias como revela su estilo, se ha refugiado en un discurso metafórico, pero sin la exactitud de un Handke, y eso lo ha llevado a hipérbolos. Sin el ánimo con el que Ítalo Calvino escribe sus historias, eligió una versión entre tantas otras. Y así, despistado como es, con esa tendencia suya a ver siempre lo blanco negro y a llorar cuando hay reír, desde el momento en que Bernhard se ríe cuando hay que llorar como bien recordarán sus lectores, olvidó esa parte de mi carácter que por naturaleza tiende al sarcasmo y al buen ánimo. No tuvo en cuenta el asco que me causan las serpientes y los gusanos por miedo a pisarlos. Como saben lo inútiles y peligrosos que son, sueñan con tener fuerza y la consiguen reptando, como aquella monstruosa hiedra que envuelve el rosal, como si lo ahogara, y cuando siento tantísimo asco, me zambullo en el mar, comienzo mis juegos con él, comienzo las brazadas que rompen las olas, los paseos en bicicleta que me encantan, las conversaciones serias con niños que se llenan de satisfacción y lo atribuyen a su interlocutor, las bromas y los chistes con quienes aparentan seriedad y con los pedantes, a los que quiero hacer pedazos, los paseos

solitarios por Pilio, con las flores y los pájaros que sin detener su canoro parloteo me llenan de dicha. Y, por supuesto, se olvidó del sol, del calor que vierte sobre mis huesos helados, de las mejillas que vuelven a sonrosarse de gozo y, sin la menor sorpresa, el alma aterida vuelve a templarse. Pero sobre todo, se olvidó de los milagros que hace el tiempo, cuando borra los trazos y aquellos que se fueron regresan al ser recordados. Mi vecino diría que las puertas del castillo medieval que rodea la ciudad, abiertas de par en par, con sus herrajes alzados, los dejan volver a entrar. Yo voy a hablar de otro modo, porque no era mi intención decir lo que voy a decir.

Aunque muy tarde, los días de duelo han pasado. La muerte de mi padre, que sobrevino antes de darle tiempo a escuchar los sentimientos que albergaba hacia él en lo más profundo de mi corazón, la pérdida de la voz, que se ahogó en las distancias fotométricas que tuve que recorrer para borrar sus huellas de mis meninges, las traiciones que se me revelaron, sin que nada chirriara ni se adormeciera en el cuerpo al evocar sus heridas, la inmovilidad que se vio frustrada justo en el momento en que ponían en marcha un asesinato perfectamente planeado, calculando que sería el tiro de gracia que me haría cuidar los gatos del barrio y hablar sola todo el día en las calles, como una loca, pero también Cleon, que volvió a llamar al timbre de mi puerta cuando ya no lo esperaba.

«Nuestra amistad», dijo, «es lo más valioso que tengo. Ahora que Gunila no ha podido aguantar tanto egoísmo y que yo he me he dado cuenta de que he vivido para mí mismo, Dorotea» me dice aún desde el umbral de la puerta, con el felpudo bajo los pies, «quiero que aceptes la amistad que estoy dispuesto a darte».

Conforme hablaba mi sorpresa iba menguando. Evité besarlo

o abrazarlo. Le toqué el brazo como antes y le dije que pasara. Me habría gustado que nos sentáramos a la mesa y que comiéramos juntos para hablar, pero solo tenía vino blanco y un poco de queso. Me preguntó si tenía huevos.

Tenía tres e hicimos una tortilla. Afortunadamente el pan era del día y la postal de Calirroe desde Gotland, donde se hallaba buscando las huellas de los vikingos, estaba a la vista desde hacía dos años sobre el mármol de la cómoda. Sus palabras resonaron en mi interior: «Hola, tía Dorotea!!!» me escribía «afortunadamente, todos hemos sentado cabeza aquí también, como decían los cuentos que me leías antes, con estrés y prisa, cuando ves a los caballeros cabalgar sobre sus caballos junto a las murallas, estás listo para creer que lo imposible sólo está en nuestra cabeza. Pero te aseguro que ya no necesito a los vikingos. Así que ven a verme siempre que quieras (¡¡¡No me refiero a que vengas cada mes!!!)».

Cleon volvió a poner en silencio la postal en su lugar. Después lo oí murmurar para él mismo «Lamento no haber tenido tiempo entonces para hablar más con ella. Pero tampoco lo tenía para mis hijos. Con todo, tiene razón Calirroe, los caballeros andantes no son la metáfora más acertada». Le dije que todo había sucedido así porque no habíamos sabido cómo decirlo o hacerlo de modo diferente.

Le recordé la noria de la feria, a la que subimos una mañana de domingo y yo creía que había llegado al punto más alto de la montaña, cuando, de repente, todo se oscureció a nuestro alrededor y una borrasca sacudió los asientos y creí que había llegado el momento de entregar nuestro cuerpo y nuestra alma a los negros gigantes que hundían el cielo.

«Me tenías cogida del hombro y yo te abrazaba. “No te preo-

cupes, no nos va a pasar nada” me dijiste “las negras nubes que encapotan el cielo se deben a la borrasca y pasarán”. No habías hecho más que decirme aquello para tranquilizarme, cuando la noria dejó de girar, los pasajeros salían de las casetillas colgantes y ponían sus pies sobre la plataforma de madera donde reposaba la gigantesca rueda, con el alivio de haberse salvado de una repentina caída al vacío. Las sillas, los puestos, las pelotas del tiro al blanco, los regalos sorpresa, los billetes de los cajones de las cajas registradoras que no tuvieron tiempo de cerrar, las alas de los caballos de los carruseles y sus riendas, los niños que cabalgaban sobre ellos, todo volaba por el aire, que no dejó títere con cabeza, pero pisábamos tierra firme y resistíamos al viento que nos llevaba y que quería elevarnos a lo alto. ¿Te acuerdas?»

«Sí, lo recuerdo, pero estás exagerando. El viento no se llevó por delante a ningún niño. Un poco de alboroto sí que hubo, un poco de pánico, pero eso fue todo, todo lo demás son exageraciones tuyas».

«Estaba bromeando, Cleon, pero la tempestad fue muy fuerte y ¿acaso no nos puso el corazón en un puño?»

«Sí, es verdad. Pero tú querías decir otra cosa».

«Sí, quiero decir que es lógico perderse en la exageración de los sentimientos. Si no los exageras, los olvidas, no te apetece pensar en qué pasó para que te sintieras así y qué puede ocurrir para volver a vivir después de tantas muertes pasajeras que provocan el corte respiratorio y circulatorio.

»Bueno, lo más triste es el pensamiento» le dije «Parece que es la colina de las lágrimas por donde se tiene que pasar para salvarse de la confusión y de la indolencia que provoca. Es para tener lástima de quienes, para encontrar una salida, tienen que empa-

parse de una tristeza extensa que no promete salvación alguna. La luz que desprende el pensamiento es el reflejo que su espejito envía a la oscuridad y los hace ver en su interior. En cuanto se lo vuelven a guardar en el bolsillo o en el cajón, la luz se pierde de nuevo. Una aspiradora se traga el reflejo, el ay ay del alivio, la sonrisa sensata, el álito del silencio engendrado por una comprensión profunda. Lo único que les queda es sacar el espejo de donde lo habían guardado y disfrutar de la pena que muestra su rostro, llegar hasta las raíces de esta pena, hallar sus causas y las circunstancias que la hicieron crecer. Cuando vuelves a crear a los personajes desde el principio, la pena deja de ser una carga, como cuando se relata una desgracia y te queda la alegría de haberla narrado correctamente, de no haberla traicionado. La cuestión, sin embargo, permanece ahí: ¿Cómo ver la luz que escapa a las tinieblas? La fosforescencia de la fuerza subterránea en nuestro interior sólo deja margen a la imaginación, que con su anarquía es llamada a enfrentarse a la disciplina de la mente y a aprender de su ascética sin imitar a la mente.

Desgraciadamente, en este caso, para que la imaginación trabaje, tiene que aprender a llevar las riendas y a dominar la paciencia, porque sobre el suplicio del pensamiento no tenía ni idea. El suplicio del pensamiento es traumático. El dolor se alivia sólo con los esfuerzos de la mente. Porque una cosa es que la mente se atormente y otra que piense en los tormentos que ha pasado y que tú pasas ahora por su culpa. En el primer caso, te ahoga la ira, la amargura, el sentimiento de injusticia. En el segundo, comienzas a entender que la víctima que fuiste tuvo su parte de culpa en el asesinato que has sufrido, también fuiste un verdugo que no acertó a

dar la primera cuchillada.

Tú afirmas, claro está, que tu cuchillada asestaría un golpe justo y no injusto. Es una diferencia importante, porque quien es indiferente a la justicia no muestra el menor reparo en ser injusto y además alardea de ello. Esto es muy molesto. Provoca. Te hace volver a acordarte de Dios, volver a desear que existiera, porque Él es todopoderoso, omnisciente y por ello, digno de temor para todo desaprensivo. De pronto te acuerdas de que Dios es indiferente a la justicia en cuestiones metafísicas, porque no es responsable de lo que ocurre en el mundo que creó y entonces te das cuenta de que el deseo que pediste *ojalá no hubiera muerto* no es sino es un acto de desesperación. Aunque no hubiera muerto y deambulara como un fantasma en lo más hondo de nuestro corazón, no podría salvarte del golpe ladino del desaprensivo que quiso quitarte de en medio cuando dejaste de hacerle falta. Pero conforme reflexionas sobre estos golpes, te das cuenta también de que la ira, aunque no amaina, se hace soportable, de que la amargura según la vas rumiando, se convierte en una medicina y de que la injusticia, tal como la buscas por doquier, se asemeja a un lento y necesario aprendizaje en el reparto de la justicia.

«La imaginación» continué diciéndole «aun de manera indirecta, obtiene muchos beneficios al reflexionar sobre estas experiencias y sensaciones. La intensidad de los sentimientos la ayudan a relajarse. Las estúpidas cavilaciones con las que nos esforzamos por librarnos de ese peso no son aconsejables. El peso que abate nuestra mente y no deja a la imaginación ejercitarse en el vuelo, que es nuestro movimiento natural, cede solo cuando desenvuelves retrospectivamente el ovillo y sueltas los nudos y los enredos.

Al contrario que el cordón umbilical, que lo cortan cuando ya está fuera, los nudos y los enredos de las relaciones mantienen guardados sus secretos y no permiten que levantes la espada para cortarlos, porque se perderían. Tal chapuza sólo puede ayudar al paranoico y al modo en que concibe la grandeza. Pero la violencia paranoica no sospecha ni secretos ni enigmas. La imaginación usada para facilitar su ruptura es lacerante, incapaz de distinguir, ciega y peligrosa. Por eso decimos que la imaginación, para poder ver en la oscuridad, tiene que aprender del dolor del pensamiento. De lo contrario, no puede deshacer los nudos gordianos ni curar las heridas ni la confusión que provocan sus enredos.

¿No es acaso, Cleon, una reflexión parecida la que te ha hecho volver a llamar a mi puerta? Has vuelto a recordar los sentimientos que alimentabas hacia ti mismo, hacia Gunila, hacia tus hijos, hacia mí y todo esto te ha obligado a pensar, a encontrar el modo de continuar. Ha hecho falta, claro está, que te abandonara tu mujer. Que se viera obligada a hacerlo significa que combatió hasta el límite de sus fuerzas, en un momento en que había una segunda presencia, donde pudo ver entera su figura y medir los agujeros y los remiendos que tú provocaste y los que le provocó su propia pasividad. Si no te hubiera abandonado, nuestra amistad sería un paréntesis en tu vida, como todos aquellos paréntesis que abrimos para escapar de una presión insoportable.

»La partida de Gunila es el límite por el cual te has visto obligado a competir tú también. Cada herida que parece mortal constituye el engaño que ayuda a desenvolver la historia y el tiempo que es su curso. Morimos, antes de lo que nos toca, para volver a vivir

como alguien diferente al que fuimos».

Hice una pausa para respirar, me había cansado de hablar, quería que me hablara él ahora, sobre cosas que tuvieran interés para ambos. Después de varios segundos en los que no cesó de mirarme:

«Quiero que me hables», le dije, «que me digas qué eras cuando en mi mente te llamaba Lázaro porque resucitabas, qué querías ser y en qué has terminado siendo, cuáles fueron los crímenes invisibles que sufriste y que perpetraste. ¿Por qué has vuelto a mí? Hay tantos modos de evasión que nos ayudan a sobrevivir en la situación del moribundo que urde continuamente cómo demorar lo inevitable y hace como que vive con la miseria que le ofrecen sus agonías. Dice *respiro, luego vivo, tengo sed, siento envidia y me alegro de la desgracia de mi vecino, luego vivo. Estoy bien, porque estoy mejor que el de al lado que tose y resuella y aún mejor que aquel otro que escupe sangre y que está lleno de ronchas. Dime, Cleon, por qué has vuelto a mí y yo te diré por qué ha sido tan grande mi alegría al verte en el umbral de mi puerta. Como si me hubieran regalado la casita de campo con la que soñaba antaño y hubiera perdido al que me hizo este regalo*».

Volvió a llenar los vasos de vino, miraba fijamente ora el cristal, ora a mi, directamente a los ojos. Un sentimiento de inquietud atravesaba su mirada. Buscaba las palabras para explicarse. Levantó el vaso, bebió un sorbo y se decidió:

«Porque haces lo que te da la gana, dependiendo de la paciencia y del aguante que te ofrece tu maestría. Eso es verdad», me dijo. «No me hizo falta cortar ningún nudo gordiano. Desde que se fue Gunila y los niños, he intentado desatarlo, comprender por qué estaba y no estaba ahí, por qué tenía hijos y los evitaba, por

qué cuando ella venía me oprimía y cuando se iba me castigaba. Por qué rara vez la dejaba que me sonriera, por qué creaba continuamente obstáculos para ser felices en nuestra desdicha, si teníamos, cuando menos, una vida que iba para largo, veintitantos años bastaron para demostrar que estábamos hechos el uno para el otro. Sé que me quería, que quería vivir para mí más de lo que yo quería vivir para ella y que nunca se lo permití sin hacerla sentir remordimientos y culpa. Como si me hubiera hecho algo malo. Porque eso es lo que yo quería, que viviera para mí sin que hiciera falta estarle agradecido ni recompensarla. Cuando empezó, no sólo a no comprender, sino a resultarle desagradable mi comportamiento caprichoso, comenzaron las idas y venidas a Finlandia. Unas veces por su padre, otras por su hermano, otras por una amiga de toda la vida, siempre había alguien que la necesitaba más que yo. Luego volvía llena de remordimientos porque por el teléfono era bueno, callado, no me quejaba, no gritaba, era un señuelo para que volviera a mi lado lo antes posible. Esta pequeña maldad mía era una liberación. La hacía volver a recordar el amor que sentía por ella antes de tener a los niños. En efecto, regresaba lo antes posible y entonces me oprimía y la casa se me caía encima.

»La primera vez que la vi abalanzarse sobre mí hecha una furia comprendí que había convertido a un ángel en Satanás. Sus deseo de amarme más que a sí misma se había convertido en obsesión por despedazar a la fiera que la estaba destrozando y, sin embargo, la dejó vivir, dudando si darle o no el tiro de gracia con los dientes. Nuestra vida se convirtió en un infierno por mi cobardía a la hora de soportar el tipo de felicidad que Gunila se esforzaba en crear para mí y para los niños. Pero ¿quién era la que se atrevía a saber

qué era para mí la felicidad y a servírmela como si fuera el plato de comida del mediodía? Su simplicidad me sacaba de quicio. Nos dejamos arrastrar en un juego de egoísmo. Cada uno golpeaba por turnos y luego comparábamos qué golpe había sido más certero y más fuerte. Vivíamos juntos para curar las heridas que nos hacíamos el uno al otro. Porque nos sentíamos incapaces de curárnoslas solos. No hay duda de que la utilicé. No hay duda de que me aproveché de sus sentimientos y de sus buenas intenciones. Era a mí a quien quería. El valor que necesitaba para reivindicar el resto de las cosas que deseaba lo extraía de mi presencia en el imperturbable paisaje de su propia vida. Y conforme se iba petrificando su paisaje, el mío iba perdiendo su contorno, cambiaba continuamente de volumen, de forma y de color.

»Fue entonces cuando te presioné a aceptar una relación amorosa conmigo. ¡Qué bien hiciste en negarte! Te habría destrozado el vacío que sentía. Con Gunila había llegado a completar algo –he ahí nuestros hijos- antes de que me diera tiempo a comprender su importancia. Pero lo único que me hacía falta era seguridad y la seguridad era menospreciar la sabiduría del sentido común y no apartarme del camino ya trillado buscando otros caminos. El amor de Gunila me hacía sentir seguro. Mis sentimientos habían dejado de importarme desde hacía tiempo. Vivía con las reservas de los suyos. Mis dudas y mi cobardía son de risa.

»Cuando se marchó, torturé mi mente a fin de comprender qué sobraba y qué faltaba. Mi hijo pequeño, al cumplir los dieciocho me dijo que ya no me necesitaba. Se había cansado de la mezquinidad de mis sentimientos. Esa conversación me hizo volver a entrar en el tren que durante años contemplaba sentado en el andén.

«¿Qué tren? ¿A dónde?»

«Escucha, Dorotea, quienes no tienen el valor de torturar su mente para que trabaje, como en un laboratorio de análisis científicos y se niegan a pensar metidos y perdidos en la bibliografía, están plantados en el andén desde hace años y esperan a que pase un tren que los lleve. Lo que pueden imaginar les interesa a los maniáticos de las telecomunicaciones, pero les falta la esencia. Los datos que contribuirían al restablecimiento de la “sustancia inteligente” que tenía en la mente Solomós, cuando pensaba en acciones masculinas y femeninas –¿recuerdas que lo comentábamos?– han desaparecido desde hace tiempo. Los bancos de datos no conservan estos datos porque los consideran inútiles. Las instrucciones prevén tirarlos a la papelera electrónica.

Eso es lo que he hecho yo también durante muchos años, los tiraba, pero a escondidas. Estaba decidido a no reconocerlo jamás, ni a Gunila ni a los demás. En realidad, estaba decidido a no reconocérmelo ni a mí mismo. Me había acomodado. Sólo ante las mujeres a las que había empezado a abrirme eróticamente sacaba todo mi desazón. Fingía ser desgraciado y estar confuso, fingía ser alguien que no tenía en gran estima al género humano.

»Tuvo que irse Gunila para que ese juego con el que decidí librarme de las dificultades llegara a su fin. Cuando la casa se quedó vacía de la presencia de los niños, tuve que reconocer que había sido mezquino y miserable. Tuve que coger, recargarme, exprimir a los demás para poder ofrecerles yo algo, unas migajas, algo de información, un beso, un comentario, antes de apresurarme a volver a entrar con mis monsergas. Sentía rencor incluso hacia mis hijos, porque mientras les pagaba los estudios, gasté dinero y ma-

teria gris para orientarlos correctamente y ellos, por una cruel ingratitud, se negaron a compensar mis esfuerzos y mi preocupación con un poco de sensibilidad, como si me hubieran pedido que los engendrara. Me avergoncé de mi ruindad y más aún de la estúpida malicia que alimentaba mi amor propio. Tenía que poner fin a todo eso. No tenía otra opción, porque no sabía cómo vivir ni podía volver a vivir del modo en que lo había hecho. Me harté de decir que no tengo en consideración al género humano. Me harté de sentir asco por el olor que se supone que desprende. Su pestilencia era la coartada de su inexperiencia. Porque mientras juzgaba al género humano, no me juzgaba a mí mismo. Es como si tuviera necesidad de saber qué pensaba sobre la humanidad, yo, que no me atrevía a preguntarme qué pensaba de mí mismo.

»Así pues, volví a entrar en el tren para viajar hacia el dolor. Eso es lo que hacen quienes no tienen otra opción. Vuelven a entrar en el tren del que tuvieron tiempo de bajarse antes de que arrancara, calculando en el último momento que sería una pérdida de tiempo conducir un vehículo que, en lugar de viajar, te inmoviliza. Todos ellos, al principio, estaban seguros de que se trataba del velocísimo TGV que corría a trescientos kilómetros por hora. Aunque no corriera a 300.00 kilómetros por segundo, creían que, sentados en alguno de sus vagones, podrían surcar el terreno y que les daría tiempo a observar cada metro cuadrado por los que pasaran. Eso creían cuando saltaban a los vagones. Sólo que en el último momento comprendían que ese tren no pasaba ni por uno de los centímetros cuadrados de los que habían imaginado y que les llevaba hacia atrás, vía por vía, punto por punto por la superficie de la calle que ya habían recorrido en el pasado. Y no bastaba con darse cuen-

ta, les tenía que dar tiempo a saltar de nuevo al andén para respirar de alivio al haberse librado de un tormentoso trayecto sin destino. Porque dicen que el tiempo corre a una velocidad vertiginosa y que la vida es demasiado corta como para replanteársela en lugar de vivirla. Tendrías que estar desesperado, no esperar ya nada para que te diera tiempo a dar un segundo salto y volver a subir antes de que el tren arranque, como lo estaba y como lo hice yo. No esperaba nada, pero si no me hubiera dado tiempo a bajar la primera vez, no me habría dado cuenta.

Los que no cogieron el tren porque les dio tiempo a bajar esperan de estos lentos viajes a lo largo de una calle ya recorrida poder ver qué pensamos y que vimos los que volvimos a subir. Esperan nuestras revelaciones, porque suponen que las vamos a poner en revistas de prestigio que les mostrarán lo que no pueden ver. No se dan cuenta de que son víctimas de la pasividad que nos invade cuando nos salen mal las cosas y fracasamos más de diez veces.

»Muchos, los más racionalistas, creen que no hay tren-alma. Los oyes y te hierve la sangre. Pues claro que no existe tal tren que te lleve al pasado. ¿Cómo pueden ser tan cortos de miras? Utilizas una metáfora para explicar los días y las noches que pasas sentado en una silla mirando la pared de enfrente y te sangra el alma, te duele haber desperdiciado el tiempo ignorando las consecuencias de cada una de tus acciones.

Les digas lo que les digas y por mucho que se lo expliques, les tiene sin cuidado. Sólo un cerebro que funciona mecánicamente, moldea la civilización que hemos heredado, obedeciendo en secreto a los mecanismos del esfuerzo, como si fuera el sistema de

engranajes de la Historia Sagrada y el género humano, un género de piadosos que por ella obran indecentemente, violan, saquean, asesinan y asaltan sólo para salvaguardar la inviolable normalidad de los nacimientos y las muertes que traen consigo monumentos, himnos, legados, modos de transmitir el drama y la comedia sobre un escenario que se restaura, se moderniza y se traslada a otros campos todavía vírgenes, incluso en el arte de la interpretación, hasta el momento en que ya no es capaz de aprender la paciencia, el dolor, el agotamiento. El *Himno de la alegría* es para ellos una sabia creación que cuajó en el mercado y se convirtió en el éxito de la década o del siglo.

»Me vas a decir que están también los que balan y admiran la habilidad de los oradores, la destreza de los malversadores, la astucia de los negociadores en los acuerdos, de los generales en el derramamiento de sangre, de los diplomáticos en la siembra de la discordia. A todos ellos les repele el esfuerzo de volver a empezar, un nuevo comienzo que los sinvergüenzas confunden con la nada y croan cual ranas para que se vuelva a repetir lo irrepetible. Nada se hace de la nada, pero no dicen que todo puede a volver a hacerse desde el principio, basta con tener los medios y la necesidad. Se complacen en el salvajismo de su imaginación ignorante que liquida o descuartiza las entelequias. Esgrimen esta incapacidad cual si fuera lo mejor que han tenido para rendir homenaje a la civilización creada hasta el momento. El uno y uno son dos es la fuente analgésica que los acoraza. Simulan que ignoran que esta dignidad devolverá la cordura a los locos y refiriéndose a ese tipo de locos que dan hasta su vida para surcar y sembrar desiertos en la tierra y en el firmamento».

Jadeaba y estaba aún más pálido que antes. Respiró profundamente, su pecho se levantó y se incorporó. Se volvió hacia mí y me abrazó con la mirada:

«Me preguntas qué me ha traído a tu puerta. La necesidad de volver a empezar, sin las complicaciones de antes. La necesidad de volver a ver, de volver a sentir y de volver a hacer las mismas cosas del modo en que no sabía verlas, ni sentir las ni hacerlas en el pasado».

Lo escuchaba. Intentaba no decir nada, ni siquiera con la mirada. Se había olvidado del vino. Inclino la espalda sobre su asiento y apoyó una mano en su cinturón y con la otra le daba vueltas a un trozo de pan. Tenía el rostro enjuto, con arrugas en las mejillas y en la frente, pero sus ojos ardían al hablar.

«Y ya sabes, Dorotea, que todo lo que hemos hablado aquí, jugando con las migas sobre la mesa, ya lo habíamos hablado, son cosas conocidas y mortalmente aburridas para quienes están reñidos con ellas. Sólo continúan siendo desconocidas para aquellos que estarían de acuerdo con lo inaudito, para quienes asumirían su defensa si tuvieran argumentos propios. Pero esos siguen siendo ignorantes, tan ignorantes, que consideran que hacer reflexiones prácticas para sacudirse el malestar que, sin saber por qué, es oscuro, ciego e incurable, es una muestra de genialidad. Cuando oyen hablar del psicoanálisis y de la meditación, se ríen a carcajadas. ¿Qué es eso? Tienes que ser un verdadero idiota para no darte cuenta de que noventa y nueve de cada cien psicoanalistas de profesión no tienen ni idea, de que son unos charlatanes que no saben nada de la profesión con la que decidieron ganarse

su buen pan. Eso es lo que dicen y lo consideran irreprochable. Pero así pagan justos por pecadores. Ante con los pícaros que fingen cerrar las heridas, no sirve de nada el valor del conocimiento. Cuantos podrían enseñarles a arrojar luz sobre la oscuridad son cómplices de su ignorancia y de ese modo, la oscuridad se vuelve aún más densa.

¿Recuerdas al amor de tu vida? Cinco años fueron suficientes para volverte como Gunila, de ángel a demonio, de sirena y bacante a arpía y bruja para hacerlo comprender. Alguna que otra vez, cuando me encontraba con vosotros en algún café y lo veía comedido y poco hablador, pensaba que se iba haciendo mejor persona, un poco menos irreflexivo, algo había empezado a suceder en su interior, veía su cabello encanecer y escasear y sus hombros inclinarse y me alegraba porque, en el fondo, estaba rejuveneciendo. Esto se percibía en el modo en que te escuchaba y te miraba. Sin embargo, ya has visto, no lo soportó, no todos lo soportan. Al volver a su antigua vida, volvió a ser el mismo que era antes de conocerlo. Todo se olvidó y junto con sus antiguas costumbres, volvió también como la marea, el miedo a la muerte y al vacío. Por supuesto, cuando te sobrevienen súbitas olas de desventura, supongo que cuenta las ganancias y las pérdidas para repelerlas. *Lo importante es que los otros no te la den con queso*, dice frotándose las manos, pero insatisfecho, de eso estoy seguro. Su esposa y luego amante, blanda como una muñeca de goma, se cuida sus largas uñas para clavárselas en la carne cuando sea necesario. Tal vez no podía conseguirlo de mejor manera. Te tiene a ti para tratar de ocultar su amor por ella, luego por ti y más tarde por ella de nuevo, lo que tenía y no apreciaba, ahora resulta valioso para los

dos. Él y su esposa, con la que se movía por fin en la misma altura, utilizan los mismos adjetivos para describir lo que les molesta, se dicen las mismas mentiras uno al otro, insinúan para no ser charlatanes, la charlatanería les aburre, al contrario que las sumas y las restas, que les relajan los nervios. Solo que de vez en cuando no se soportan el uno al otro y salen a dar un paseo por el mercado y compran lo que les entra por el ojo para saciar el hambre por el que se sienten constantemente amenazados. Porque de todos modos, el paisaje se ha quedado desierto y la hierba hace ya tiempo que se secó.

»Estas personas, Dorotea, querían acomodarse y no educarse. No querían ni oír hablar de aprender a pensar. Viven en una profunda tiniebla. La pasividad de la materia oscura es la fuente de la energía que consumen y les gusta. Las lámparas de baja intensidad ocultan los ojos entrecerrados y la mirada que se cansó de distinguir sombras. Los conozco bien.

»Gunila se fue, cuando empecé a morir de amor por la mujer de un compañero. Perdí la cabeza por ella, estaba dispuesto a deshacer todo mi pasado y a volver a empezar. Le suplicaba que dejara a su marido, porque, tal como me había dicho, ya no había nada entre ellos. Durante meses decía “sí, sí” “voy a hablar con él” “hemos hablado” “volveremos a hablar”. Me enseñaba los papeles que había preparado el abogado, *paciencia, paciencia, qué le vamos a hacer*. Luego ya no decía nada. Su marido se había ido de casa y ella, llena de angustia y de inquietud, no hacía más que hablar de él y suspirar. Cuando él procuró ausentarse durante unos meses e irse a América, se metía en mi cama, en un estudio que había alquilado, todos los días a las tres y a las seis se iba por que él la

llamaba por teléfono. Yo sufría. En mis sueños la veía con él como la sombra que dejaba tras de sí. Me despertaba y la sombra, en lugar de desvanecerse, tomaba forma y de aire pasaba a ser una masa de barro que se arrastraba por el suelo y lo cubría, mis pies se quedaban pegados en él y no podía moverme. ¿Cómo pensar en Gunila y en los niños? Corría como un loco para cumplir con mis obligaciones, pero mi casa y mi mente estaban ya perdidas.

»Cuando volvió su marido, comenzaron sus idas y venidas secretas. Le hablaba del divorcio y cambiaba de tema. Cuando la presionaba, me aseguraba que se encontraba ya en la fase final y cuando pasaba el tiempo, que el proceso se había estancado, pero que ya llegaría. No había duda, se habían hecho amantes como no lo habían sido jamás en el pasado. Perdí a mi mujer por mi amante y a mi amante por su marido. Volvió con él y viven la vida que querían y que nunca se habían atrevido a llevar. Un poco de libertad en los flirteos, los congresos, las empresas y en definitiva, pensaban uno en el otro.»

Le temblaban las manos cuando levantó el vaso para terminarse el vino. Hizo una pausa fijando la mirada en la pared de enfrente, como si viera escritas sobre él las conversaciones que necesitaba pronunciar:

»Gunila me escribió una carta en la que me pedía que intentara ver con claridad entre la oscuridad en la que me había sumido. Me decía que ella no volvería a Grecia. No le cansaba el sol ni el calor, todo lo contrario, le cansaba el mal gusto, las tretas, la gorronería y el sagrado pinchito, que se habían llevado por delante todo cuanto le había subyugado cuando vino a este lugar por primera vez, del que repetía continuamente que era bendito mientras olía las lilas,

las músicas, los húmedos baldosines, la interminable variedad de la naturaleza y del carácter humano que se había convertido de fantoche en luchador y de luchador en granuja. No, no volvería a este paisaje alterado ni a nuestra relación deshecha. *Pero yo tenía conmigo misma el deber, me decía, de mantenerme firme. Qué van a decir los niños, cuando algún día te busquen y tengas que ser fuerte y entero, un ejemplo para ellos, la muestra de que la vida no trae solo fracasados. ¿No te da vergüenza?, me decía, siempre has sido fuerte, vuelve a encontrar el coraje.*

»Entonces me puse a excavar la pared con la mirada. Horas, días y meses. Intentaba ver qué se escondía en la densa oscuridad que salvó mi vida. Un agujero negro que absorbía su materia oscura en su interior se extendía por mi alma sin darme apenas cuenta, la invadía conforme me empeñaba en querer lo que nunca podría tener, y por obcecación, cabezonería y por pasión, me negaba a reconocerlo. Hizo falta que mi pensamiento atravesara esa materia oscura para poder ver qué era, qué tenía que hacer y qué podía hacer con las tinieblas que me cegaban a fin de no tenerle miedo.»

Le tenía miedo, era evidente por el modo en que sus manos se trasladaron del cinturón y las migajas y comenzaron a dibujar círculos ante sus ojos, como si el espacio a su alrededor se hubiera convertido en un vacío en el que intentaba encontrar a tientas algo a lo que agarrarse y le tranquilizara. Después recogió sus manos y continuó:

«Tuve que moverme siguiendo el eje de una imaginación bien labrada, como si fuera el cartoncillo alrededor del cual se enrolla el hilo y eso me ayudara a desenrollarlo ahora. Porque la imaginación labrada que atraviesa la oscuridad, distingue sus agujeros negros y

todo lo que hace al amo y señor reírse a carcajadas y morir de risa. La fuerza de esta imaginación supera su tendencia a predominar, es el agua que se mofa del petróleo. ¿Por qué los confunden? Intentan controlar la imaginación del mismo modo que controlan la voluntad de quien es indiferente a lo que tiene. Como está abstraído en lo que quiere ser y aún no es, le roban los sueños mientras duerme. Su objetivo es ponerlo en su sitio, pero confunden el deseo con la voluntad. Aún cuando el deseo, que mueve la imaginación, es también la motivación de la voluntad.

Un alma bella es un alma devorada por el miedo a ir al fondo del cuerpo y buscar su historia. Un alma verdadera, por el contrario, se atreve a ir al fondo del cuerpo intrépido, sin importarle el precio de la inmersión, que ignora las convenciones vigentes. Lo único que le interesa es inventar modos de destruirlas. Así pues, el vago o el conformista se apresura a concluir maliciosamente que es un precio demasiado elevado por nada.

»Pero dime, ¿de verdad es vano? Porque algo pasa con las convenciones, que se vuelven cada vez menos convencionales, un paso de lo sencillo a lo complejo y de lo complejo a lo simple que vuelve a abrir el círculo de la investigación. Porque lo simple engendra dudas y sorpresa en su simpleza y cuando las dudas y la sorpresa atormentan la mente, ésta crea estrategias para asediarlas y conquistarlas. Cuando lo logra, los espectadores de las alturas de alrededor admiran, además de la belleza de la naturaleza, la perfección con la que la mente, entregada a la sorpresa, vence por completo sus dudas. La mayoría dice que es de admirar. En efecto, lo es.

Con esta última frase su rostro se relajó. Se volvió a mirarme como si quisiera adivinar, no ya lo que pensaba sobre todo lo que

había dicho hasta ahora, sino el ánimo que tenía para oír lo que se preparaba a decirme a continuación. Para vencer la inquietud, apoyó los brazos sobre la mesa, con el plato sin tocar entre los codos y tras una breve pausa me dijo:

«Vuelvo a ti, Dorotea, porque te esfuerzas por ser auténtica sacrificando tu belleza. Eso es algo raro en las mujeres, pero también en los hombres, que últimamente se parecen cada vez más a las mujeres, ahora que ellas han aprendido tan bien como nosotros a salir de caza para atrapar liebres, zorros, becadas. Lo único que me preocupa es tu falta de puntería. Tienes que ponerte una señal concreta: eso es más importante que aprender a disparar bien las flechas, de lo contrario, todo se vuelve nebuloso, o mejor dicho, acaba siendo una aguja en un pajar.» No podía disentir, tenía razón.

«Tienes razón, Cleon», le dije «No consigo calcular bien las consecuencias de mis actos. Me ciega el desagrado que provoca la acechanza y la descripción de pequeñas y grandes fuerzas que determinan los comportamientos. ¿Cómo te lo explico para que me entiendas? El gran Cervantes se refugia en las historias que narran las desgracias de Lucinda, de Camila, de Anselmo y de Lotario, que fue víctima de la insensata aventura de su amigo, pero también de muchos otros personajes reales a los que la fortuna, la falta de seso, la envidia y la maldad ponen a prueba. Pero ¿qué importancia tiene que me refugie en historias y que me refiera a su trama para que entiendas lo que quiero decir? Un ejemplo es suficiente, supón que tiene que ver con nosotros dos. Invitas a alguien a tu casa, a Kostas o Ayi. Aspiras a tener una relación de amistad sincera y sólida con él, porque es comedido, reflexivo, ha

leído mucho y tiene poco dinero, que gana con mucho esfuerzo, sin estar implicado en los juegos institucionales que tanto gustan a esos hambrientos que se relamen cuando huelen el poder. Da la casualidad de que viene también otra persona a la que durante años considerabas amiga, sin tener en cuenta su carácter, su filosofía de vida ni sus intenciones. A éste, llamémoslo Jaris o Ana, le da por pelearse porque te la tiene guardada sin decir nunca nada. Tu invitado y amigo en potencia, Kostas o Ayi, se queda atónito por momentos. Luego, calculando rápidamente qué es mejor para él, reta al más débil, a aquel de quien obtendrá mucho menos de lo mínimo necesario. Porque antes de compartir sentimientos e ideas con alguien, que son necesidades básicas, están las necesidades del destino y un hombre sensible, pero pobre tiene que pensar en las cosas básicas antes de asegurarse las primordiales. Para abreviar, el encuentro entre los tres termina siendo un fiasco increíble. Se han espetado terribles maldades a causa de las proyecciones que tienen uno sobre el otro cuando empiezan los juicios y las críticas sobre su calaña, su mal carácter, su inutilidad en tal, tal y tal momento de su pasado, destapado sin escrúpulos ante el invitado para sacar tantos argumentos hirientes, que maldices el momento en que tuviste la brillante idea de invitar al comedido que querías como amigo.

»Me dirás que por qué lo invitaste. Porque necesitabas abrirte a alguien que te recordara a ti mismo, que fuera no sólo parecido, sino idéntico a ti y por eso hiciste bien en pensar en invitarlo a casa. ¿Qué fue lo que hiciste mal? Creer que, como al igual que tú, no tenía nada, no tendría miedo a perder y se abriría a ti. Pero calculaste mal, porque el que no tiene nada que perder está obligado

a pensar de quién puede sacar algo, cuando las cosas se pongan difíciles y necesite regatear por nada para escapar a la pobreza. Hasta esto ambiciona el que lo quiere todo para él. Jaris o Ana que atacó de repente y se olió las alianzas que te harían fuerte, por un invencible impulso de jugar al diabolus ex machina, porque sólo a eso sabe jugar, arremete decidido a no dejar títere con cabeza y lo consigue, en colaboración con Kostas o Ayi. Sorprenderse por esto es hipocresía.

»En fin, tras una tormentosa pero absurda pelea, en la que tu posible amigo, olvidando hasta las excusas, se ha aliado contra ti con tu supuesto amigo, recoges los pedazos e intentas tranquilizarte. Piensas que es demasiado exigir que tu invitado sacrifique el pan de cada día por ti. Te ablandas. Piensas que no podía hacer otra cosa. Su honestidad y su sinceridad no podían oponerse a sus necesidades básicas. Lo consideró contraproducente y por ello desacertado. Ahora tú vienes hablándome de objetivos y haces bien, pero, además del objetivo hay que calcular también las armas de las que se dispone. Porque el fin no justifica los medios del que apunta.

»En definitiva, lo único que te puede amargar justificadamente es la seguridad con la que Ayis hizo sus cálculos. Porque ¿quien le dijo que, en efecto, cuando necesitase la ayuda de Jaris o Ana, con quien colaboró, estimando que sus contactos eran más fuertes y que él sería tan sensato como para no defender a alguien como tú, rico sólo de sentimientos y fuerte sólo de principios y de convicciones, en otras palabras, un don nadie. Si Jaris o Ana, que es rico y fuerte quisiera ser tu amigo, sería porque lo tenía todo excepto los sentimientos y la fortaleza de carácter que desearía poseer, tal

vez para alardear de ellos cual si fueran una distinción honorífica o tal vez porque sospechaba que lo que le faltaba era la causa de su permanente desagrado. Por eso añoraba tu compañía, por eso te llamaba por teléfono, por eso te invitaba cada dos por tres a su casa, por eso llamaba a menudo a tu puerta y entablaba conversación con la intención de sonsacarte el secreto de tu postura ante la vida, que no lograba entender porque nunca fue la suya. Me dirás que estoy exagerando, porque sabemos qué fue lo que dio comienzo a la pelea y cuál era su miedo. Tú afirmarías que tal vez la intención era buena y que fue la mala suerte la que lo hizo presentarse allí algo más tarde que tu invitado. Yo, por si acaso, creo que si no puedes aprender ni de tu amigo ni de tu enemigo, tampoco aprenderás de tu maestro. Cuando piensas en todo esto, se te bajan los humos, limitas tus exigencias de sinceridad e integridad por parte de los demás y te interesas sólo por la tuya y de este modo comienza de nuevo el vagar».

Cleón no mostraba acuerdo ni desacuerdo. Una vez tomó impulso para interrumpirme, *a qué te dedicas*, pero hice como que no lo oí. Lo que venía a decirme me lo iba a decir de todas formas, si ahora o al final no tenía demasiada importancia. Me volví a mi sitio, le rocé el dorso de la mano que había apoyado en la mesa y continué:

«Con esos pensamientos que retuerces en tu cabeza por aquí y por allá, lo importante es mantener la calma para conservar una pizca de bondad, porque sin ella, tu obsesión por lo elevado y por los ideales se convierte en un bumerán. Aunque querías vivir y comportarte como una persona, terminas siendo inhumano, un arrogante que vive en las nubes y que ya no tiene nada ni a na-

die de quien defenderse. Esta angustia por seguir teniendo algo y alguien de quien defenderse, del maltratado por la justicia que fue o será injusto contigo, del hambriento que en cualquier momento hará lo posible por robarte el último bocado, del profano y del analfabeto que estudia contigo para quitarte el diploma que demostrará que ya no es un inculto, aunque sea más inculto ahora que sueña con entrevistas en televisión, contactos en círculos que se consideran la élite y el puesto que le cederán para que pueda jugar, no ya a ser investigador o maestro, sino a ser el elemento que brilla con una luz prestada y después se pierde como un cometa. Esa angustia por mantener las distancias, en el galimatías que impone la correlación de fuerzas a quienes no quieren problemas y se aseguran su bienestar y un poco más, codeándose con todo tipo de escoria intelectual, esta angustia por que no se marchite todo, por que todo se mantenga fresco y rozagante y huela a jazmín y a azahar en vez de ser pestilente y hediondo, esta angustia me hace descuidar las estrategias, las técnicas y demás.»

«Una razón más, Dorotea, por la que tienes que distinguir con quienes merece la pena estar.»

«Cierto, muy cierto. Pero algunas veces crees que tiene prioridad conservar tus ansias de verdad y de justicia y te comportas de manera superficial. A mi me tranquilizaba la idea de que el precio de los gestos generosos que luego se consideran superficiales era un castigo a mi altura. La evasión y el vagar», le dije, «era una reacción silenciosa de mi carácter.»

Pero ya me había cansado de huir y de vagar por grandes y pequeños episodios a los que, al carecer de sentido yo tenía que dar un poco de mis propios sentidos, unas veces una migaja o un

pedazo y otras veces, la barra entera. El hambre que he pasado y que me ha asolado durante periodos más o menos largos no tenía nada que ver con el dinero, ni siquiera con el pan de cada día que me ganaba con esfuerzo, sino con los sentimientos helados y con las traiciones. No le hablaba de manera general y abstracta de lo que ocurrió y lo sabía. Tras las palabras se escondían personas concretas, circunstancias reales, mucha pena, pero también un poco de satisfacción. Porque los fracasos y las decepciones que te obligan a irte defraudado, no te obligan a traicionar las banderas que te hacen vivir como tu consideras que puede vivir una persona. Claro está, no basta con tener un ánimo osado, como tampoco puede uno contar sus victorias según sus heridas. Por eso el que mi amigo hubiera regresado era para mí una fiesta, porque necesitaba a alguien que se pareciera a mí y al que yo me pareciera para contarle mis proyectos y al contárselos, realizarlos.

«Dejemos las estrategias, las tácticas y demás.» le dije «Necesito a alguien que no sea de mi propia sangre que se preocupe por mí y por el desenlace de mis proyectos, alguien dispuesto a pensar conmigo, no sólo en los mejores modos de sistematizar, sino también en el valor de esta sistematización. Por favor, no lo tomes por egoísmo. Ya sabes que tan importante o más es que él me necesite también por los mismos motivos y con el mismo objetivo, ya que fuimos capaces de encontrarnos en la misma altura y frecuencia de onda.»

«Cierto», asintió, «pero no olvides que por encima de todo tenemos que ver, no sólo cómo han de ser las cosas, sino cómo son en realidad. Y cuando no podamos ver venir a tiempo a los inútiles, a los imbéciles y a las alimañas, que alguien nos abra los ojos y noso-

tros prestaremos atención a sus avisos, creeremos en él.»

«Cleon, Cleon» exclamé «te olvidas de que eso es lo que hacen los más irresponsables y los más astutos de esos con los que nos hemos relacionado y a los que hemos amado. ¡Esos sí que no nos muestran cómo son las cosas! Yo creo que importante es el que ve, no sólo cómo son, sino también cómo se pueden poner las cosas. Alguien que, además de imaginación, tenga vergüenza y amor propio para que, aun hundido en la mierda se atreva a decirnos cómo y porqué se encuentra en esa situación, pero también qué hizo para salir de ella. Los que prefirieron salir al valle porque les daba asco restregarse en el barro como los cerdos son criaturas que decidieron sacudirse el barro, no por tontería, sino por la osadía que un día los hará sensato. Lo difícil es encontrarlos, porque aunque no son pocos, no hacen ruido. Esos locos se atreven de vez en cuando a combinar los hechos con los pensamientos que rumian y al final reflexionan. Como el topo, excavan para llegar a entender que cuando su deseo no lo incita la ávida y voraz codicia, sino la admiración, la duda y la curiosidad, es un plan que tienen ahora que proyectar con su decisión y bajo su responsabilidad.

Esto requiere ganas de luchar con vehemencia. La catatonia, el abandono, el egoísmo, la falta de concentración o de estabilidad y, tal vez lo peor de todo, la necesidad de confianzas ligeras son las caras del enemigo. La negación del deseo es un monstruo que se esconde tras una máscara de mil caras que no se quita jamás, pues se le quedó pegada de tanto esconderse y de tanto esconder el deseo. Detrás de esta máscara está el bloqueo. Quien no es capaz de idear un proyecto de plenitud y de seguir su camino se bloquea, como si fuera una máquina. Oye el crac de las grietas abiertas en su interior;

ve las hendiduras que separan la superficie y deja de seguir su rastro. Este es el camino que seguirá en adelante. El bloqueo tiene la última palabra y lo determina todo. El que lo padeció termina por refugiarse en la picaresca: utiliza como engaño el futuro hipotético, que es un espejismo en el desierto, que termina siendo su vida, cuando se distancia de todo lo que ocurrió e insiste en lo que podría haber pasado si algo de lo que ocurrió hubiera sido de otra manera. El que cae presa del bloqueo, Cleon, sueña con volver a empezar, con una segunda oportunidad, con el día en que amanecerá con un nuevo sol, pero el sol que sale cada día es el mismo sol inamovible. Es el mismo sol que lo iluminaba mucho antes de que sufriera el bloqueo. Si no consigue desbloquearse se quedará helado, el mismo sol le dará calor cuando lo logre. Sin embargo, finge no tener ni idea de todo esto. Esto es lo que pasa con los comportamientos hipócritas, hacen pasar al lobo por cordero, al perspicaz por lego, al realista por soñador y lo peor de todo, hacen del soñador todo un canalla, porfiado y sin escrúpulos. Sólo una persona sensata...».

«¿Sensata?». Frunció las cejas con duda. «No puedo recordar qué significa la palabra sensato.»

«Sensato es el que conserva su flema y se niega a caer tan bajo como para creer que la mala hierba puede convertirse en aromática camomila. Se niega a esperar días mejores. Se conforma con sus días. Reconoce en ellos su ritmo y su carácter, las costumbres que adoptó con tanto esfuerzo, su buen y su mal humor, sus gustos y la necesidad de estar preparado en todo momento para lo peor. Sus días son un continuum donde recoge los mil trozos de su cerebro hecho añicos. Sin embargo, una granada lanzada con fuerza se abre y sus granos se esparcen sobre la ropa limpia, en el suelo, en la cara.

El sensato ya no puede alardear de lo coherente que se ha hecho.

Así pues, existe también la posibilidad de volver a construirnos una continuidad propia en el lugar donde se rompió la cuerda que nos sujetaba, pero la rechazamos. Tanto esfuerzo para nada. El cínico se muere de risa. Porque, claro, esta misma posibilidad de una nueva acrobacia no justifica entusiasmo alguno. Alguna feliz casualidad ayuda y el artista se despierta en el alma del inexperto y del que no tiene cargas. Entonces empieza por los planes y las maquetas para pasar a la ejecución de sus proyectos, con toda su fuerza de voluntad y el fervor de la imaginación que le queda. Me dirás que son bagatelas, pero bagatelas de oro, basta con que conozca y evite de antemano las trampas y las emboscadas que los inexpertos y los irresponsables tienden a su alrededor.»

«¿Cómo?»

«Tendrá que cortar los cables que lo comunican con todos los que siguen viviendo en un contexto de boqueo. Aunque tenga que convertirse en un retraído y en un monomaniaco de lo que ideó. De repente, se juega toda la vida en este tablero. De repente ya no hay otra vida. Todo tiene que entrar en la obra que levanta y todo tiene que iluminarse con el mismo sistema. Nadie más puede asesorarlo ni intervenir.»

«¿No querrás decir que nadie más puede oponer resistencia, pedir cuentas o criticar? Dorotea, me temo que, en tu ímpetu por defender las cosas que se han perdido muelas en el molinillo de los relativistas. Dices cosas arriesgadas, les ofreces la coartada para que sigan insistiendo en su dogma por muchos años.»

«No, Cleon, no tengo nada que ver con el dogma del “todo vale” y lo sabes. Para mí los relativistas y los dogmáticos son iguales.

Quería decir que en la construcción de la subjetividad, en la que trabaja el deseo, es como si trabajara uno para que disfruten muchos. En consecuencia, el diálogo que la alimenta parece superfluo, porque la plenitud que proyectas febrilmente abarca a otros de los que no te distinguen las dobleces, las rivalidades y los antagonismos. Sin embargo, pareces superfluo. No lo eres. Porque el camino del deseo es el recóndito camino de la unión. Digo secreto porque sólo quien lo siguió sabe que se consumó una unión ante la que todos los racionalistas y los inteligentes tienen que echar mano de una lógica cuadrículada para ponerla en duda. No se dan cuenta de que no que alimenta al ambicioso, no sólo porque lo que desean es tan sólo aumentar sus pertenencias, sino porque dudan si sentir unos celos tan mortales. El que quiere cumplir su deseo, para sentirse pleno se cuida de ocultarles el espectáculo de una unión consumada, algunas veces tarde y otras de forma independiente, porque si se convierten en sus espectadores, lo descuartizarán por haberse atrevido a ser lo que ellos no tuvieron siquiera la fuerza de soñar.

Muy pocos luchan» le dije «por vivir en la abundancia. Sólo dan el paso los que no se amilanaron ante la pasión femenina y la violencia masculina que llevan en su interior y se atreven a pedir justicia, no sólo para ellos mismos, sino también para los demás.» A veces me rompía la cabeza para averiguar cuál es el más profundo deseo que consume poco a poco al profesor de español del séptimo. Si fuera la escritura habría escrito una obra maestra, pues una pizca de talento siempre hacer arder lentamente el deseo de escribir. Sin embargo, por muchos esfuerzos que hice por comprender, se me escapaba qué era lo que lo con-

sumía. Muchas veces intenté concentrarme e intuir. Porque se atormenta literalmente. Es irritable. Es una lástima ver cómo se muerde las uñas y la carne. Me da pena verlo con las uñas mordidas, los dientes amarillos por el tabaco y el pelo graso. Me he pillado muchas veces a mi misma estrujándome las meninges para concentrarme aún más y comprender, pero me resulta imposible llegar al fondo, encontrar qué lo consume. Tal vez no haya fondo para el deseo y lo tenga que construir alguien, pero se atreven sólo los que han comprendido que la vida no se les dio con el nacimiento. Tuvieron que regalársela. A los que ni siquiera se les pasó, por la cabeza que su existencia no es un regalo continúan silabeando MA-MA-PA-PA. Con estas sílabas en la boca continuamente se amontonan y forman unas colas enormes esperando a morir.

«Dorotea», me devolvió a la realidad extendiendo la mano hacia mí, «el gusanillo del idealismo no te abandona. Todo esto está bien para los existenciales de idiosincrasia. Te olvidas de la política, de los de izquierdas».

No lo dejé terminar la frase, se me subió la sangre a la cabeza:

«Sí, sí» le interrumpí, «en lugar de excavar en los archivos de la historia de los partidos y desenterrar los hechos históricos imponderables, van pregonando la renovación o cargan sentimientos en espaldas ajenas, luego empieza el recuento de votos y éstas escasean». Se han olvidado de que lo inconfesable y lo inescrutible subvierte cada uno de sus movimientos. Leen poco, piensan mucho menos que poco y en lugar de esforzarse por desatarse de las cuerdas de la autoridad que se convirtieron en un nudo en el cuello de los desesperados, ellos siguen soñando con la autoridad.

Con la cuerda en las extremidades, trepan para no poner los pies en la tierra. No estudian, no investigan, no experimentan otras posibilidades de vivir. Levitan. Y lo peor, como no pueden ver más allá de sus narices han confundido lo poco con lo que les parece mucho y lo mucho con lo poco».

Pensaba que el espectáculo de millones de miserables que se amontonan en las colas de las cajas del supermercado capitalista no es menos triste que el espectáculo de la tienda de ultramarinos socialista de antes, con las patatas, los arenques y el queso. Si encontrara triste la miseria que exhalan las bolsas de plástico llenas hasta los topes y los deshilachados capachos medio vacíos es porque, en el fondo de ambos, se escondía la maniobra para que la mayoría se sacie con poco y unos pocos con mucho. Cuánto tiempo y cuánta materia gris se han perdido por su causa. Toda la sociedad lucha por conservar las colas interminables de cuantos se empujan en la sala de espera del hospital de guardia esperando a morir. Entretanto, tienen que hacer el amor, puedan o no, lanzar hijos al mundo y así, junto con su género, se reproduce también la mente obesa. Un alma magra se exprime en un santiamén en sus hornacinas. Todos estos de mente obesa y magros de alma mueren antes de que les dé tiempo a comprender, más allá de sus necesidades básicas, cuál es su necesidad postrera. Mueren así, en la inactividad, porque son víctimas de la propaganda que nos convenció de que existimos desde el momento en que nacemos.

«Al final» reventé «la sociedad creó una máquina-cepo que asegura una protección y una tumba para sus miembros moribundos. A los pocos vivos inquietos los dejan al margen. Han previsto para ellos el estómago vacío, la escalada en montes y montañas,

los gatitos, la calada y la palanca para que los olviden».

Por eso le hablaba del deseo y de la materia oscura que lo determina. «Me dirás que si consigues superar la negra oscuridad que te lo oculta, no es nada fácil defender que el deseo no es la fuerza de voluntad que ponemos para hacerlo realidad. Es como si cerraras puertas y ventanas a la política. Pero esto son palabras, Cleon. Porque hace ya años que en la política no cuenta la voluntad sino cómo contenerla. Y como la voluntad reprimida que te empuja a sobrevivir y a mantenerte no puede mover el deseo que arde en los rincones ocultos y en la oscuridad, lo elimina como si no existiera. Ha desarmado al moribundo cliente del supermercado. Ha logrado paralizarlo. Contra la voluntad reprimida lo que hace falta es un momento de iluminación que pueda poner en marcha la obra de gracia. El deseo es la gracia que encuentra el modo de atraernos a su camino, más allá de los desvíos del bloqueo. Mientras insistes en caminar por su curva, no se interrumpe, no se pierde, no termina. Este es el motivo por el que no puedes encontrarlo en el mapa. No cabe en él. La sociedad finge obedecer a sus necesidades, que fueron creadas por las personas. Pero ¿qué personas, los vivos o los moribundos? Para que el moribundo reviva hace falta un cambio, para que considere que la luz verde es señal de bloqueo mientras que la roja, que detiene este atontamiento, es señal de movimiento. Muy rara vez encontramos a alguien que nos convenza de cuán erróneo era el camino que habíamos tomado».

Creía que Gunila intentaba explicarle a Cleon precisamente esto, pero no lo convenció. Tienes que tragarte tu orgullo para comprenderlo. Para seguir el camino de nuestro deseo, necesitamos una intuición propia a fin de distinguir aquello que la men-

te no es capaz de deslindar. Pero no es tan sencillo ni tan fácil. La hipocresía del miedo nos estorba y nos tranquilizamos en su crisálida. La amante de Cleon y su marido fingían este miedo a la unión secreta. De este modo, saquearon su pasión, se aprovecharon de sus sentimientos para pasar de marido y mujer, a amantes. La incapacidad que tiene la imaginación ignorante de concebir un plan propio y de llevarlo a cabo es lo que alimenta el miedo a las uniones secretas. El profesor dormido es aún peor que el ladrón. Les roba a sus alumnos lo que un ladrón no podría imaginar llevarse de un banco. Pero lo dejan suelto. Nadie puede concebir que es necesaria una pena aún más dura. Los alumnos atontados lo recompensan con el menosprecio, la indiferencia, incluso con la lástima. *Señor Kostas Basiás, aquí tiene usted unas flores, muestra de agradecimiento por la oscuridad que ha vertido en nuestras mentes, que pueden ya sin ser molestadas, dormir un sueño sin sueños, el sueño de la injusticia.* Claro está, tras uno, dos tres o cinco años de sueño sin sueños, el sueño de la injusticia se asemeja al sueño de la justicia. Todo fluye según la ley y según el tipo. El maestro dormido sigue sin ser arrestado y sin ser arrestado llegará a la jubilación. El pobre atracador se pudre en la cárcel, se atrevió a pedir cuentas y le quitaron hasta la poca rebeldía que dejó que retumbara en su cabeza, sólo por pensar que podía robar, cuando no le permitían ni dar. ¿Qué podía darles? Les es indiferente qué podía darles un criminal habitual. Dicen que los que pueden dar, son sólo los que cogen con coherencia y se refieren a todos aquellos que roban con la correcta interpretación de la ley.

Con todos aquellos pensamientos, mis mejillas se habían encendido. Me complacía que mi rostro sonrosado escondiera su

palidez, porque quería no sólo estar viva, sino también parecerlo. Cleon volvió a llenarme el vaso mientras que yo buscaba el paquete de tabaco. Parecía preocupado y confuso.

«Tu moralismo es incorregible», me dijo volviéndose hacia mí, «Yo lo soporto, pero piensa en los demás que tienen alergia a los sermones. Creo que en esto te vas a dar un batacazo. Vas en contra de tu estética. La ignoras, aunque nos ayuda a no caer más bajo de lo que podemos soportar».

Cogí un papel del paquetillo y lié un cigarro. Con el cigarro en la mano, me incliné hacia él. Mientras me lo encendía le rocé los dedos que sujetaban el mechero y respiré hondo:

«Escucha, querido Cleon, no basta con la estética. Soy, como tú, una de esas personas que cree que la poesía se escribe para salvaguardar un poco de sustancia. Cuando vemos a quiénes se les han puesto las coronas de laurel del poeta, nuestra risa es amarga e inquieta. Aun si la decadencia de aquellos que los promocionan en las columnas de los periódicos y en las tertulias está bien escondida, nosotros seguimos distinguiendo qué es poesía, música, buenos cuadros y buenas construcciones. Nada parece derribar nuestra necesidad por lo bello, aun cuando todo a nuestro alrededor está puesto para destruirla. Sin embargo, la estética no basta para tener un parecer que se precie y que soporte, además de la belleza, un poco de majestad. Las cosas hermosas no te enseñan a soportarla. Tienes que luchar tú solo con la fealdad, el fraude, el engaño, con el roce del tejón, para comprender su importancia».

Le solté la mano y continué:

«No tuve la suerte de encontrar a tiempo a una persona práctica que hiciera que mi cabeza hueca se vaciara de grandezas y

esas cosas. Pero si hubiera ocurrido a tiempo, lo consideraría mala suerte incluso ahora. En mis relaciones, siempre había alguien que buscaba el reconocimiento y la gloria. Rechazaba a las personas que alternan con el dinero y no con los valores, como si no existieran, no tenían nada que ver conmigo. Me daba absolutamente igual que buscaran la gloria y los valores y ocultaran paciente-mente sus ganas de negocios. El dinero que se multiplica me deja indiferente- letras bancarias, inversión de capitales, intereses, bonos del Estado, cheques, divisas, liras o acciones, me ponen dolor de cabeza. Igual que esos que defendían que fabricar productos defectuosos con menor coste y comprar el mejor producto con el menos dinero posible, aunque era imposible, sirve para todos sin excepción, exceptuando a los tontos y a los locos. Sin ser tonta ni loca, nada podría hacerme soñar con estas compras tan inteligentes. Además, cuando compraba lo más barato, sabía que no era lo mejor, sino lo peor. Los antiguos naturalmente sabían qué fuerza tenía el dinero para corromper la sangre, ya que la mayoría cuenta con ello, además de con la comida, el esparcimiento, el reconocimiento, la recompensa. Cuando lo tienes, impones tu voluntad. Si no lo tienes, otros lo hacen a tu costa».

«No, no», me interrumpió «el curso de la disertación te está arrastrando. El dinero puede ser corrosivo, pero afortunadamente, no es todopoderoso. Esto lo saben bien quienes no lo tienen y son la mayoría».

«Aunque así sea. Este arma», le dije que me asustaba, no me atraía. «Toda una vida con la preocupación de hacer que sobre, si no, lo pierdes, lo considero una vida perdida. Les viene bien a tus descendientes en la inexperiencia y en la indolencia. No es un

regalo de amor, es maldición y odio. ¿Cuál es mi forma de pensar? Muy simple: en esta vida propones imágenes de fantasía, palabras poéticas, sentidos que iluminan las aventuras y los padecimientos, se descifran sus secretos, se resuelven sus enigmas. Para los prácticos de las divisas, son tonterías, porque lo tienen todo o quieren tenerlo todo, pero ni tienen ni se interesan por poseer la intuición que te hace oler la fuerza de transformación de las imágenes, de las palabras, de los sentidos. Sólo pueden oler carne a la brasa. Consideran que los sentimientos sublimes son locuras de los muertos de hambre. El único sentido que agudizan es el sentido de la caída del paraíso de los objetos. El miedo a la quiebra inminente lo alimenta y lo agudiza. Contando sus posesiones, disfrutan de su ser inexistente, lo hinchan y le sacan brillo. Encargan una chaqueta cara y se alegran seguros de que, en cuanto se lo pongan encima, dejarán de estar vacíos. Aun si mueves cielo y tierra para conmovier a una persona de este tipo para sembrarlo en otro surco que se ha secado en su interior, aún así, lo que creías que era posible porque corría un poco de agua, vuelve a ser imposible».

El cigarro se me había terminado hacía rato, igual que el vino. Me incliné a mirar el plato vacío y mi mirada se quedó allí como clavada en mi tenedor. Con mi loca cabeza, me había enamorado con tanta pasión y tanto furor de una persona práctica, con una lógica de este tipo, como si fuera la última vez que fuera a ocurrirme. Para que fuéramos uno, quería que tuviera sed y la saciara al mismo tiempo que yo. ¡Cómo no iba a deseárselo! Se lo deseaba incluso a mis enemigos. Sin embargo, insistía incluso cuando todas las señales decían que no había ninguna esperanza, a menos que volviera a nacer como una persona diferente a la que era. ¿Por qué seguía insistiendo?

«¿Por qué, Cleon?»

«Por qué, qué?»

¿Qué podía decirle? No contesté. Me preguntaba si el amor me hacía creer que había llegado el momento de luchar sola con la dureza de los sentimientos simples. Pero no era una duda, era hipocresía, como era hipocresía el hecho de que me hubiera volcado en combatir mi quijotismo. Cada cual lucha con las armas de las que dispone. ¿Acaso aquel a quien amaba no luchaba también con sus propios sentimientos y los sopesaba con la implacable alianza? Ni estaba loca ni era osada. Era también yo una cautiva de mi lógica, cuando contaba con sendas recónditas que al descubrirse hacen al sentido común perderse en el desinterés y la vehemencia. Él correspondía para tener la pasión y el furor que no se venden en el mercado. Allí encuentras sólo las réplicas. El hecho de que se hubiera dado cuenta era un golpe en la certeza que su lógica le garantizaba. La guerra que desencadené contra ellos lo intimidaba. No quería reconocer que, sin la lógica del toma y daca que lo sacaba de quicio, se sentía a la deriva. Lidiaba con esta lógica incompleta porque creía que sólo así podía salvaguardar la justicia para ambos y que nos calmaríamos. Sin justicia para ambos, no terminaría la guerra y yo quería que estuviéramos en paz. Quería viajar con él y que me cogiera de la mano y que me transmitiera la tranquilidad de que todo entre nosotros tenía la correspondencia más exacta que podía existir. Quería que recorriéramos el Hermes Epicureo, Dimitsana, Delos, Livadi, con la vitalidad de dos jóvenes que al día siguiente volverían, ya adultos, cada cual a sus planes. Que nunca estuviera

nunca ausente, aunque fuera necesario que se marchara lejos. Que una cantata borrara todos mis miedos y volvieran a estar ahí. Que me envolviera su presencia para tener la calma que me hace falta para corregir los exámenes, para leer a Solomós, las memorias de los revolucionarios del 21, a Hesíodo y a mis filósofos. Los momentos en que terminara el día y prepararíamos la cena, el vino que nos tomaríamos, después el coñac, el tabaco sería para nosotros una fiesta, con todas las luces encendidas incluso cuando nos fuéramos a la cama. Que no hubiera sombras del pasado, ni amenazas. Que ninguna mujer de las que había conocido o de las que conocería lo volviera a poner a la caza de la otra mujer que pudiera hacer desvanecerse mi aroma. Pero y él, ¿qué quería? Quería silencio y luces apagadas, estar aquí y poder estar en otro sitio, cogermelo de la mano y ser libre de marcharse nada más convertirse en un enredo que le subía al cuello y lo hacía creer que se ahogaba. Quería las sombras del pasado y las que dejara tras nosotros el sol cuando escapamos de sus rayos. Quería sus secretos y luchaba por ellos y cuando perdía sus pequeñas luchas diarias, me rogaba que le vendara las heridas y le frotara la espalda, porque nuestras armas eran unos hierros pesados y viejos. Dormía tranquilo y se despertaba con pesadillas. Temía el modo en que sentía la razón y la paz interminable que prometía. ¿Y su daga, su espada, su armadura? ¿Qué sería de él sin su daga, su espada ni su armadura? Tenía que engrasarlas, afilarlas, sacarles brillo, porque con su lógica, la razón repartida y la paz duradera eran inviables. Su lógica lo convencía de que lo único verdaderamente realizable eran las capitulaciones, algunos días tranquilos y noches sin música en que encuentras el tiempo y las ganas para plantar

flores, para alimentar a los animales, para olvidar los acuerdos erróneos y las deudas sin pagar y disfrutar del placer. Era la única que no se salvaba nunca de la repetición con la que se encendía y se apagaba y volvía a encenderse su pasión. Para salvar todo esto y para salvarse, ponía en marcha aquel sistema que te hace implacable, aun cuando crees que tienes piedad. En momentos en que se asustaba ante la mentira en la que se perdía y me arrastraba, me recordaba que no teníamos futuro. Sólo teníamos el pasado que nos perseguía. En aquellos momentos intentaba ser adulto, pero se asustaba de nuevo y volvía a convertirse en el niño que ya no era. Y yo lo mismo, porque sabía la verdad y quería que fuera mentira. Mucho más tarde, cuando todo lo que había comenzado iba a terminar en cansancio y en sangre, volvería a preguntarme si verdaderamente existían las sendas que me imaginaba que trazaba en mi interior. Y en caso de existir- y existían, sí, sí, no había duda, existían, mi lógica y el tono de su voz me lo confirmaban- primero su madre y más tarde su hermana y las hijas de ésta, se lo ocultaron. Para que se preocupara por ellas y sólo por ellas, para que tuviera remordimientos y se preocupara todavía más, lo bloquearon con cemento. Por ellas habría de convertirse en un hermoso y masculino canalla. Pero no es sólo que les hiciera el favor de renunciar a su plenitud, era también que no conocía el significado de las palabras plenitud y abundancia. Nadie se lo enseñó, ni siquiera yo. Porque dicen que la medida del amor es amar sin medida. Y mi amor lo medía la rabia ante la mentira y la injusticia.

Llenó mi vaso y el suyo, como si hubiera comprendido que los buenos y los malos momentos que había vivido volvían a la superficie y me ahogaban.

«Tranquilízate», me dijo «no estás sola».

En efecto, no lo estaba. Además, él que creía en el amor sin medida, pensaba en él como algo digno de Dios y no de los hombres, tan seguro estaba de la pequeñez de nuestros sentimientos.

La habitación había comenzado a oscurecerse, me levanté a encender la luz y volví a sentarme en mi silla. ¿Qué hora era? Habían pasado seis- ¿o siete?- años de silencio entre Cleon y yo. Teníamos muchas cosas que decirnos. Echaba de menos conversar con él y el fervor con el que asentíamos y disentíamos para ponernos de acuerdo por fin gracias al diálogo. Echaba de menos sus ganas de estar conmigo y mis ganas de sentir aquella comprensión que me inundaba cada vez que pensaba en él y me llenaba de agradecimiento porque estuviera en la misma ciudad que yo, en la misma década de su vida y de mi vida, con las mismas peculiaridades y los mismos defectos, más generoso que el hermano que no tenía, menos ruin que los hermanos que me imaginaba que tenía.

No, no estaba sola. La voz y la chaqueta azul que llevaba estaban también con nosotros, cual si salieran de las paredes o del techo. El suelo se había llenado de agua, las suelas de mis zapatos y mis calcetines estaban empapados. Para quitar el agua y la humedad que me pasaba a los huesos, porque en realidad no estaba allí, sino en mi interior, presioné a mi mente a que recordara hechos y circunstancias que no quería recordar, la persecución, la infracción, la trampa, la venta, para intentar sacarla de mi interior, pero no podía. Porque desenraizaba una parte de mi alma, la mejor, la que me prometía la dulzura, la risa, el salir de los miserables bailes de la soledad. Quería abrir la ventana, pero no podía moverme, sólo mi cabeza se movía de un lado al otro. Había olvidado a Cleon.

Su pregunta «¿tú qué quieres? ¿cuál es tu deseo?» volvía una y otra vez. ¿Mi deseo? La voz que me envolvía y la boca que me besaba se habían convertido en pedazos y yo con ellos, por mi testarudez de librar una y otra vez batallas que anulaban a la guerrilla. Los ojos, porque además de la voz, que decía poco, estaban también los ojos que querían esconderse y que no podían mirarme más de dos segundos sin caer sobre la pared donde los habían cercado, ellos me descubrieron la lógica del fracaso. Caliroe, desde el primer momento en que los vio, vio también la muralla y me dijo que tuviera cuidado, *ten cuidado*, me dijo, *esa muralla es medieval, no se puede derribar*. No la escuché. Era imposible escucharla. Escuchaba sólo mi deseo, que se hizo añicos.

Me puse a explicarle a Cleon, lo más claramente que pude, que lo que yo quería hacer con los añicos de mi deseo era una vida propia y que sin la astucia del politiquero o la afectación del esteta, continuaba luchando con preocupación por hacer de los añicos de mi deseo una vida propia en la que mi firme disposición de que todo saliera a la luz, se unía a mi imperturbable voluntad de continuar luchando contra la cerrazón de mollera, el letargo y la falta de reflexión. Porque esto era el paso por donde se derramaba la materia oscura como un torrente incontenible. En esta lucha obligada, lucha a la fuerza, como si no lo hubiera decidido yo, sino todos los demás menos yo, lo veía y lo medía todo con el sentimiento (¿cómo llamarlo? Fe o certeza no son las palabras más adecuadas) de que podía rehacer desde el principio un mundo distorsionado sin intervención mía.

Puede que mi voluntad exhale moho, pero el tesón con el que la he servido me volvió a dar gracia y frescura. Sin ser tan sonrien-

te como Afrodita ni tan combativa como Atenea, cuando reía, reía con el alma y resplandecía. El moho no me molestaba ni me oprimía. Siempre quise ser una anticuada en los gestos, como Roidis, pero no en el modo con los que me acercaba, apuntaba, arrojaba la lanza y atrapaba. Creía que aquel a quien hacía prisionero después de mucha resistencia, cedería y se rendiría ante mí. Así pues, frescura no es una palabra desacertada, sólo que los términos de los que se desprendía son complejos en exceso.

Le dije que también esta guerra, como todas las demás, fue sangrienta y duró muchos años. En las batallas que libré para hacerme con las cabezas de mis enemigos y poner otras en su lugar, perdí la mía y tuve que poner otra en su lugar. Con la mente perdida tuve que reconocer que, como el mundo funciona con independencia de nuestro juicio y de nuestra voluntad, desplegué un mundo propio dentro del mundo. Como una cuña que entra en el caparazón de lo real, quería que atravesara su corteza exterior y revolucionara el devenir de su interior.

«No exagero, Cleon, eso es lo que hace quien construye un mundo dentro del mundo. Porque fue el mundo real, hecho de requisitos impuestos por sus operarios, y no los romances, el que me enseñó el derecho y la posibilidad de fijar mis propios requisitos. Estoy refutando un reto que siempre me expone al peligro de fracasar. El riesgo de ser considerada una inadaptada, una loca, una persona fuera de lugar y de tiempo e incluso superficial y tal vez soberbia, porque, aun conociendo las consecuencias de transgredir lo vigente, sigo insistiendo en rebatir mis propias reglas, que para los demás son ininteligibles y tienen mala fama, por las mismas necesidades y por los mismos desvelos».

Pensaba que si el peligro era tan grande, no merecía la pena hablar de él. Como mucho me tomarían por un bicho raro neurótico e incapaz de sentar cabeza. El auténtico peligro es separarte de las personas que has querido, porque no dudas en tirar por la borda tu relación con la realidad. Están ahí, no son fantasmas. En esta revolución personal lo peligroso era aislarte en un cristal cerrado por todas partes sin agujeros por los que poder huir. La amargura que te depara este encierro, seamos sinceros, es mucho mayor que la satisfacción. Pero por lo menos de él no sale veneno y a ratos te hace feliz.

«Por eso Cleon, el peor peligro es el peligro de muerte. Pero cuando estás en peligro de muerte no te das cuenta. Para que me entiendas, pongamos que un coche corre a una velocidad vertiginosa. El conductor, en un ataque de celos justificados, se ha puesto furioso con la mujer que está a su lado. Con una mano sujeta el volante y con la otra golpea incansablemente la cabeza de ésta. En un descanso de un minuto, la misma mano, movida por una imaginación sin límites, alimentada por el ímpetu con el que quiere atormentarla, le arranca mechones de pelo. El coche mantiene el equilibrio durante un rato, no se sale de la recta que dibuja el asfalto. En un momento dado, se sale, pero no le importa. La mujer le suplica que pare en el arcén para hacerlo entrar en razón con palabras y evitar la desgracia. En el momento en que ella suplica, no ve el peligro que corre, ni por la conducción temeraria, ni por los golpes en la cabeza, comportamientos ambos que amenazan su vida tanto como la de él. Prevalece el sentimiento de humillación y la lástima por el engaño a la relación.»

Sentirá el peligro de muerte cuando, después de mucho rato, echada en el asiento de atrás del coche, vuelva a pensar en la escena. Después de un lento y mudo llanto que nadie vio ni oyó, sacará el peine de su bolso para peinar su cabeza dolorida y un ojo se le quedará atónito ante la lluvia de cabellos que flotan en la breve distancia que separa su rostro inclinado del asiento. Su otro ojo revive lo que ha ocurrido hace un momento y desearía dejar de ver. Porque ¿qué otra cosa puede ver? Vio y vivió la época de las transgresiones como ve el testigo llamado a testificar sobre lo que ocurrió y se le espesa la memoria y dice *dejadme, en otra ocasión, cuando se seque la sangre, cuando se vuelvan a unir los huesos rotos, cuando me venga aquella cancioncilla que decía... ¿qué decía? No lo recuerdo, pero aunque lo recordara, no podría decíroslo porque muge dentro de mí.*

Pensaba interiormente en las palabras del testigo amedrentado, *dejadme, cuando vuelva a encontrar la melodía y el ritmo, entonces estaré en disposición*, mientras continuaba contando el hecho. Le decía que la mano de la mujer aterrada, se sacudió de la mano los cabellos como si se despidiera de ellos dándoles las gracias por recordarle el peligro de muerte que había corrido. Volverá a sentir ese mismo peligro muchas veces, pues muchas veces volverá a pensar una y otra vez en aquella escena. Si no hubiera sobrevivido, no lo habría sentido nunca y se habría ido segura de no haber corrido nunca peligro de muerte.

La verdad es, pensaba, que se había quedado bloqueada en ese instante, en el asiento de detrás del conductor a quien le unía el deseo de experimentar, qué digo experimentar, en condiciones que ayudan a que florezcan los limoneros hasta en los barran-

cos, los peces que surcan los cielos en lugar de los mares, el cielo que ilumina la noche. Esa mujer se lo estaba buscando. Su decisión había sido valiente, pero irreflexiva. Empujada por la pasión del amor, se arriesgaba por lo que no tenía. Le dejó torpemente el mando al sentido común, del que la verdad dice que es para ingenuos que quieren atormentarse y que el amor es un placer ciego dependiente del órgano que lo provoca, adecuado para la reproducción, pero también para el deleite. Y como si no bastara con toda esta filosofía del sentido común, los especialistas, que acarician el placer pagando, dicen además que éste se repite porque el deseo, metido en las entrañas, sin salida alguna, cuando se arremolina para aumentar su intensidad, se enciende y se apaga y vuelve a encenderse y a apagarse de nuevo y así sucesivamente.

Este es el punto de roce entre esta sedienta de abundancia que no quiere que su deseo se apague y el hartazgo de la repetición del placer que viene, se va y se vuelve a ir, como si no hubiera ocurrido nada entretanto. ¿Cuál de los dos miente o se engaña? ¿Cuál de los dos tiene razón y se atormenta?

«Cada cual tiene su parte de mentira y su parte de razón» dijo Cleon.

«¿Y son partes iguales?» le pregunto.

«No, iguales no son, pero mira, la mentira parece casi inocente. No es difícil que te des cuenta de que es la debilidad quien dicta la mentira. Lo que saca de quicio a quienes no pueden con la mentira y se atormentan con la razón son las sistematizaciones que le impone al mentiroso. Toda la vileza del mentiroso reside ahí. Porque ¿qué otra cosa es la mentira en sí misma, Dorotea? Una mentira que exige su propia realidad y la realidad que adopta

el peso de una situación objetiva y exige lo que es suyo a fin de crear, a su vez, todos los mecanismos que canalizan la mentira. Sin embargo», continuó, «¿No está hecha así toda realidad, en los mecanismos que la mentira mueve para convencernos de su verdad? La certeza del realista es de risa. Dice que la mesa está ahí. Sí, claro que la mesa está ahí. Sin embargo, las decisiones secretas, las deliberaciones, la maquinación de las intrigas y de los planes, ¿dónde están? ¿Vive el realista en la realidad o acaso vive también él con las imágenes que crea para esa parte de la realidad que sus ojos no pueden ver ni escuchar sus oídos?».

No teníamos nada más que decirnos porque nos lo habíamos dicho todo menos las cosas cotidianas: dónde vivía ahora, qué pensaba hacer con los niños, qué pasaba con su trabajo, quién le cocinaba y quién le lavaba la ropa y le limpiaba. Pero faltaba una cosa antes de preguntarle por todo esto.

«Quien, como nosotros, mi buen amigo, se propone perseguir el deseo de la abundancia y no el de la repetición, se convierte en un pordiosero y comienza a vivir recogiendo de la basura las piedras oscuras que brillan y que atraen hacia sí todo lo del contenedor. Con el destello que crea su roce en nuestra mano, cuando las encontramos en el montón bajo el que estaban escondidas, la basura se vuelve pasto de las llamas. El pordiosero, que un día fue el cordero en las garras del lobo, por un error de la memoria y por un error de la vista, se asemeja ahora a un despiadado pirómano. En realidad, sólo quema basura en el descampado donde amontonan los desperdicios que dejan tras de sí las injusticias, los engaños y los timos de quienes carecen de la otra vida.»

«Dorotea, estás delirando. Vuelve en ti. ¿Qué otra vida?»

«No te preocupes, no me refiero ni al paraíso ni al infierno, ni al purgatorio de Dante. Me refiero a que el deseo que nos fascina convierte el desierto del descampado en un oasis. Sus aguas y sus plantas, los animales y las ranas, el follaje de las ramas, las piedras bajo el sol, el azul del cielo y del mar, la sombra y la fuente en las faldas de la colina, son criaturas del desbloqueo, el más oscuro recordatorio de la libertad».

Debieron ser suficientes las metáforas y las alegorías que utilizaba para explicarle a qué me refería. De cualquier otro modo por el que intentara que comprendiera, las palabras no tendrían ningún sentido. También yo fui tejiendo mi vida con sus hilos y no sólo yo, sino también otros como yo viejos-jóvenes, sedientos-sacitados, hambrientos-hartos, ejércitos de rebelados contra la lógica típica, corriente y común que prohíbe y desestima lo que no entra en sus esquemas.

Me levanté de la mesa, encendí otra luz y cambié de asiento. Cleon vino y se sentó junto a mí. Me pasó el brazo alrededor de los hombros y me estrechó contra él. Me dijo que había encontrado una casa dos calles más abajo de la mía. Que con los niños, sin decirles nada de lo que habían hablado, tenían una comunicación distinta desde que se fue Gunila. No les preguntaba, no les presionaba. Tenía confianza en lo que les había enseñado su madre durante el tiempo en que los educó. Tenía asumido que de todo lo bueno que hicieran o dejaran de hacer él no sería el responsable, de lo que hicieran con su vida, sólo ellos serían los responsables.

«La comida me la cocino yo», continuó «viene una mujer dos veces a la semana y limpia la casa». Me dijo también que Gunila vivía con alguien en Vaasa, que sin ser feliz del todo, estaba tran-

quila. Que en el trabajo las cosas estaban difíciles, luchaba por limpiar el panorama y por instaurar un régimen de derechos y obligaciones. Después me dijo que le hablara de mí «Porque veo», susurró «que todo ha cambiado».

Y veía bien, el gran río no se detiene. Le dije que todos aquellos a los que amé habían seguido su camino. Todo había enmudecido, todo lo devoraba un silencio insoportable, que aguantaba sólo porque auguraba movimientos, palabras, obras. Le dije que, al contrario que don Quijote, no había hecho ni iba a escribir mi testamento, porque, exceptuándome a mí misma, yo no determinaba nada. Que continuaba reivindicando todo lo que había hecho durante años para que se me prometiera la vida. Confiaba en ella. No me había mentido y si fue dura conmigo, igual de dura fui yo con quienes no pudieron soportar su grandeza. Si los atacaba, los atacaba por ella, porque creía que *ese que ahora está triste y asustado, como yo, tal vez mañana salga victorioso y esté fresco y sonriente*. Y sigo creyéndolo, incluso ahora.



Alexandra Deligiorgi nació en Tesalónica y vive en Atenas. Es profesora emérita de filosofía de la Universidad Aristóteles de Tesalónica. Ha publicado numerosos estudios y artículos de filosofía así como de crítica literaria. Su ensayo *A-νοστον ήμαρ* (1997) fue galardonado con el Premio Nacional de Ensayo en 1998. Se ha dedicado también al mundo de la literatura con la publicación de colecciones de relatos como *Ιστορίες μίας ελάχιστης εποχής* (1991), *Μια δική σου ζωή* (2008) y también de novelas entre las que cabe destacar *Ανδρόγυς* (1890), *Το τέλος του χρυσού φεγγαριού* (1987), *Γυναίκες ή σκοτεινή ύλη* (2004), *Ο Τρυφερός σύντροφος* (2012), galardonada con el Premio Nikos Themelis en 2012. Su novela *Ανέστιος* (2014) se encuentra entre el listado de obras candidatas para el premio nacional de novela de 2016.

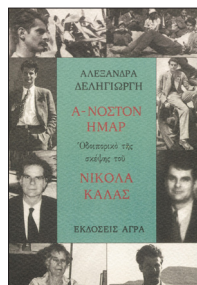
Obras de la autora



Ο κριτικός Μαρξ:
1843-1844
(1985)



Ιστορίες μιας
ελάχιστης εποχής
(1991)



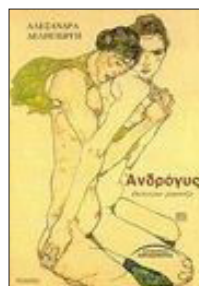
Ά-νοστον ήμαρ.
Οδοιπορικό της
σκέψης του Νικόλα
Κάλας (1997)



Σκέψη και
προοπτική. Από το
quattrocento στο
ηλεκτρονικό
novecento (2002)



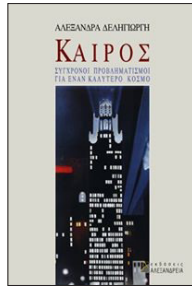
Γυναίκες
ή
σκοτεινή ύλη
(2004)



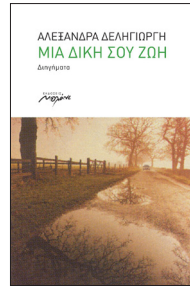
Ανδρόγυος
(2007)



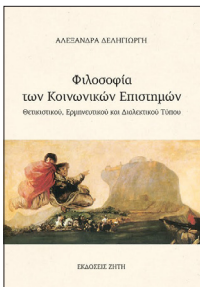
Ο μοντερνισμός
στη σύγχρονη
φιλοσοφία (2007,
δεύτερη έκδοση)



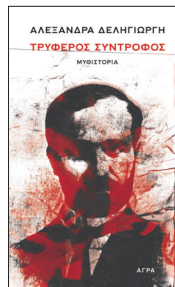
Καιρός
(2008)



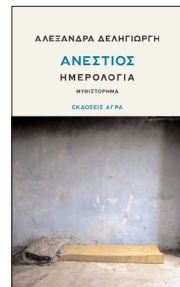
Μια δική σου ζωή
(2008)



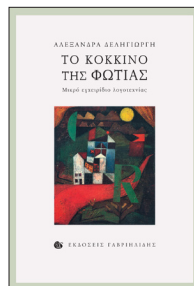
Φιλοσοφία των
κοινωνικών
επιστημών
θετικιστικού,
ερμηνευτικού,
διαλεκτικού τύπου
(2011)



Τρυφερός
σύντροφος
(2011)



Ανέστιος
(2014)



Το κόκκινο της φωτιάς
(2016)

